

Sinopsis

«La locura y el horror han obsesionado mi vida —escribe el autor—. Los libros que he escrito no hablan de otra cosa. Después de *El adversario*, ya no aguantaba más. Quise escapar. Creí que escapaba amando a una mujer y realizando una investigación. La investigación fue sobre mi abuelo paterno que, tras una vida trágica, desapareció en el otoño de 1944 y, muy probablemente, fue ejecutado por actos de colaboración con los alemanes. Es el secreto de mi madre, el fantasma que atormenta a nuestra familia. Para exorcizarlo seguí caminos azarosos. Me llevaron hasta una pequeña ciudad perdida de la provincia rusa, donde permanecí largo tiempo al acecho, a la espera de que ocurriese algo. Y ocurrió: un crimen atroz».

Título Original: *Un roman russe*

Traductor: Zulaika Goicoechea, Jaime

©2007, Carrère, Emmanuel

©2008, Anagrama

Colección: Panorama de narrativas, 707

ISBN: 9788433974884

Generado con: QualityEbook v0.62

Emmanuel Carrère

Una novela rusa

Traducción de Jaime Zulaika

1

El tren rueda, es de noche, hago el amor con Sophie en la litera y ella es ella. Los compañeros de mis sueños eróticos suelen ser difíciles de identificar, son varias personas a la vez sin tener la cara de ninguna, pero aquella vez no, reconocí la voz de Sophie, sus palabras, sus piernas abiertas. En el compartimento del coche cama donde hasta entonces estábamos solos entra otra pareja: el señor y la señora Fujimori. Ésta se nos une, sin remilgos. El entendimiento es inmediato y muy risueño. Sostenido por Sophie en una postura acrobática, penetro a la Fujimori, que pronto experimenta un raptó de placer. En ese momento, el señor Fujimori nos comenta que el tren ya no avanza. Está detenido en una estación, quizá desde hace un rato. Inmóvil en el andén iluminado con lámparas de sodio, un miliciano nos observa. Corremos las cortinas a toda prisa y, convencidos de que el miliciano va a subir al vagón para pedirnos cuentas de nuestra conducta, nos apresuramos a ponerlo todo en orden y a vestirnos para estar dispuestos, cuando él abra la puerta del compartimento, a asegurarle con el mayor aplomo que no ha visto nada, que lo ha soñado. Todo sucede en una mezcla excitante de aturdimiento y de risa tonta. Sin embargo, explico que no hay motivo de risa: corremos el riesgo de que nos detengan, nos lleven al puesto mientras el tren parte y Dios sabe lo que sucederá después, se perderá nuestro rastro, palmaremos sin que nadie nos oiga gritar en un calabozo subterráneo en el fondo de este pueblecito fangoso de la Rusia profunda. Sophie y la Fujimori se desternillan aún más al oír mis inquietudes, y al fin yo también río con ellas.

El tren se ha detenido, como en el sueño, a lo largo de un

andén desierto pero vivamente iluminado. Son las tres de la madrugada, en alguna parte entre Moscú y Kotelnich. Tengo la garganta seca, dolor de cabeza, he bebido demasiado en el restaurante antes de partir a la estación. Con cuidado de no despertar a Jean-Marie, tendido en la otra litera, me infiltro entre las cajas de material que atestan el compartimento y salgo al pasillo, en busca de una botella de agua. En el vagón restaurante donde, unas horas antes, nos hemos ventilado los últimos vodkas, ya no sirven. La luz se reduce a una lamparita por mesa. Cuatro militares, que han tomado sus precauciones, siguen no obstante la juerga. Cuando paso junto a ellos me ofrecen un vaso que declino y, al seguir avanzando, reconozco a Sasha, nuestro intérprete, desplomado sobre su asiento y roncando fuertemente. Me siento un poco más lejos, calculo el desfase horario, medianoche en París, no es demasiado tarde, intento llamar a Sophie para contarle este sueño que me parece extraordinariamente prometedor pero el móvil no tiene cobertura y entonces abro mi libreta y lo anoto.

¿De dónde salen los Fujimori? No me lo pregunto mucho tiempo. Es el nombre del presidente peruano, de origen japonés, sobre el cual había un artículo en *Libération* esta mañana. Lo he leído en el avión, en diagonal: los asuntos de corrupción que acaban de costarle el cargo no me apasionan. En la página de enfrente, en cambio, otro artículo me ha intrigado. Hablaba de unos japoneses desaparecidos cuyas familias estaban convencidas de que los habían secuestrado y retenido en Corea del Norte, algunos desde hacía treinta años. Ningún hecho reciente explicaba este artículo, del que cabía preguntarse por qué aparecía aquel día y no algún otro, e incluso aquel año en vez de otro: no había habido una manifestación organizada por las familias ni un aniversario ni un elemento nuevo en el expediente, archivado desde hacía mucho tiempo, si es que alguna vez había estado abierto. Daba la impresión de que el periodista había entablado por azar, en el metro, en un bar,

relación con gente cuyo hijo o hermano había desaparecido sin dejar rastro en los años setenta. Para afrontar el horror de la incertidumbre, esas personas se habían contado esta historia y luego, mucho después, se la habían contado a un desconocido que a su vez la contaba. ¿Era una historia verosímil? ¿Había tal vez, a falta de pruebas, presunciones que la sostuvieran, una argumentación, al menos? Me parece que de haber sido yo el redactor jefe del periodista le habría pedido que llevara más lejos su investigación. Pero no, él informaba solamente de que unas personas, unas familias, creían que sus parientes desaparecidos estaban presos en campos de Corea del Norte. Muertos o vivos, ¿cómo saberlo? Lo más probable era que muertos, de hambre o a causa de los golpes de los carceleros. Y si aún vivían, no debían de tener ya nada en común con los jóvenes a los que se había visto por última vez treinta años antes. Si les encontraban, ¿qué podrían decirles? Y ellos, ¿qué dirían? ¿Era deseable encontrarlos?

El tren se ha puesto en marcha, atraviesa bosques. No hay nieve. Los cuatro militares se han ido a dormir por fin. En el vagón restaurante donde tiemblan las lamparillas sólo quedamos Sasha y yo. En un momento de la noche, Sasha se agita y se incorpora a medias. Su cabezota con el pelo revuelto surge de detrás del respaldo del asiento. Me ve escribiendo sentado a una mesa y frunce el entrecejo. Le dirijo una pequeña señal aplacadora, como diciendo: vuelve a dormir, todavía hay tiempo, y él se queda dormido, sin duda seguro de que ha soñado.

Cuando fui cooperante en Indonesia, hace veinticinco años, circulaban entre los viajeros historias horripilantes y en su mayoría ciertas sobre las cárceles donde encierran a la gente a la que han detenido con droga. En los bares de Bali siempre había un barbudo con una camiseta sin mangas contando que él se había librado por los pelos y que un amigo suyo, menos afortunado, purgaba en Bangkok o Kuala Lumpur ciento

cincuenta años de muerte lenta. Una noche en que hablábamos de esto desde hacía horas, con una indiferencia feroz, un tipo al que yo no conocía contó otra historia, quizá inventada, quizá no. Era la época en que existía aún la Unión Soviética. El tipo explicaba que cuando tomas el transiberiano está estrictamente prohibido bajarse en el itinerario, apearse por ejemplo en una estación para hacer turismo mientras esperas el siguiente tren. Ahora bien, parece ser que a lo largo de la vía férrea hay ciudades perdidas donde se encuentran unos hongos alucinógenos excepcionales: la historia, según el público, puede contarse modificando el reclamo: alfombras muy raras y muy baratas, joyas, metales preciosos... Así que algunos audaces se arriesgan a desoír la prohibición. El tren para tres minutos en una pequeña estación de Siberia.

Hace un frío que pela, no hay ciudad, sólo cabañas: una zona siniestra, fangosa, que parece despoblada. Sin hacerse notar, el aventurero se apea. El tren parte, él se queda solo. Con su mochila a la espalda, abandona la estación, es decir, el andén de tablones podridos, chapotea en los charcos, entre empalizadas y alambradas, y se pregunta si en realidad ha sido una buena idea. El primer ser humano con el que topa es una especie de gamberro degenerado que le sopla a la cara un aliento espantoso y le suelta un parlamento cuyos matices se pierden (el viajero sólo habla unas palabras de ruso, y lo que habla el vándalo quizá no sea ruso), pero el sentido general es claro: no puede pasearse así, va a detenerle la policía. *¡Milicia!... ¡Milicia!* Sigue un torrente de palabras incomprensibles, pero, con ayuda de la mímica, el viajero comprende que el vagabundo le ofrece hospedarle hasta el próximo tren. No es una propuesta muy atrayente, pero no tiene alternativa y quizá, en definitiva, se presente la ocasión de hablar de hongos o de joyas. Sigue a su anfitrión y entra en un cuchitril infecto, calentado por una estufa humeante, donde están reunidos otros tipos aún más patibularios. Sacan una botella de matarratas, beben, hablan

mirando al forastero, repiten a menudo la palabra *milicia*, es la única que él reconoce y, con razón o sin ella, se imagina que hablan de lo que sucederá si cae en manos de la milicia. No se librará de una buena multa, ¡oh, no!, todos se ríen a mandíbula batiente. No, no volverán a verle nunca. Aunque le esperen en la terminal, en Vladivostok, se percatarán de su ausencia y punto. Por más escandalera que armen su familia, sus amigos, nunca lo sabrán, nunca intentarán averiguar dónde desapareció. El viajero trata de razonar consigo mismo: quizá no es en absoluto lo que dicen, quizá hablan de las mermeladas que hacen sus abuelas. Pero no, sabe muy bien que no es así. Sabe muy bien que hablan de la suerte que le espera, ya ha comprendido que más le habría valido caer en manos de esos milicianos corruptos con que le amenazan tan jovialmente, que de hecho *todo* habría sido mejor que esta choza de planchas mal juntadas, que estos alegres compinches desdentados cuyo círculo se cierra ahora a su alrededor, que siempre con aire de broma empiezan a pellizcarle la mejilla, a darle papirotazos, empellones, a enseñarle cómo hacen los milicianos hasta el instante de dejarle inconsciente y de despertar más tarde, en la oscuridad. Está desnudo en el suelo de tierra batida, tiembla de frío y de miedo. Al extender el brazo comprende que le han encerrado en una especie de cobertizo, y que está perdido. La puerta se abrirá en cualquier momento, los campesinos que se reían tanto vendrán a golpearle, a pisotearle, a sodomizarle, a divertirse un poco, en suma, no hay tantas ocasiones para hacerlo en Siberia. Nadie sabe dónde está, nadie acudirá en su auxilio, está a su merced. Cuando se espera la llegada de un tren deben de merodear por la estación con la esperanza de que algún imbécil viole la prohibición: ése es para ellos. Lo usarán de mil maneras hasta que reviente, y luego esperarán al próximo. Por supuesto, el viajero no se dice todo esto de una forma tan razonable, sino a la manera de un hombre que recobra el conocimiento en una caja estrecha donde no ve nada,

no oye nada, no puede moverse y tarda algún tiempo en comprender que le han enterrado vivo y que todo el sueño de su vida conducía a esto, y que es la realidad, la última, la verdadera, de la que no despertará nunca.

Está ahí.

Yo también, en cierto modo, estoy ahí. Lo he estado toda mi vida. Para imaginarme mi condición, siempre he recurrido a historias de este género. Me las he contado de niño y después las he contado. Las he leído en libros y después he escrito libros. Me gustó durante mucho tiempo. Gozaba sufriendo de una manera particular mía y me convertía en un escritor. Hoy día ya me he cansado. Ya no soporto ser prisionero de este guión triste e inmutable, sea cual sea el punto de partida en que me encuentre para tejer una historia de locura, de hielo, de encierro, para dibujar el plano de la trampa que debe destruirme. Hace unos meses publiqué un libro, *El adversario*, que me tuvo preso siete años y me dejó exangüe. Pensé: ahora se acabó, haré otra cosa. Voy hacia el exterior, hacia los demás, hacia la vida. Para eso estaría bien hacer reportajes.

Lo divulgué a mi alrededor y no tardaron en proponerme uno. No era cualquier cosa: la historia de un húngaro desventurado que, capturado al final de la Segunda Guerra Mundial, pasó más de cincuenta años encerrado en un hospital psiquiátrico en lo más recóndito de Rusia. Todos nos dijimos que era un tema para ti, repetía con entusiasmo mi amigo el periodista, lo cual, por supuesto, me exasperó. Que piensen en mí cada vez que se trata de un tío encerrado toda su vida entre las paredes de un manicomio es precisamente algo de lo que ya no quiero saber nada. No quiero ser el que se interesa por esta historia. Que, sin embargo, evidentemente me interesa. Y además la historia sucede en Rusia, que no es el país de mi madre porque no nació allí, sino el país donde se habla la lengua de mi madre, la lengua que hablé un poco de niño y

después olvidé totalmente.

Dije que sí. Y unos días después de haber dicho que sí conocí a Sophie, lo que de otra manera me dio la impresión de que empezaba algo nuevo. Durante toda la cena en el restaurante tailandés cerca de Maubert, le conté la historia del húngaro, y esta noche, en el tren que me lleva a Kotelnich, vuelvo a pensar en mi sueño y me digo que contiene todo lo que me paraliza: la mirada de un miliciano cuando hago el amor, la amenaza o más bien la certeza del encarcelamiento, de la trampa que se cierra, y de que todo esto, no obstante, es ligero, activo, alegre, como los retozos improvisados con Sophie y la misteriosa Fujimori. Me digo que sí, voy a contar la historia de un encierro, y que será también la historia de mi liberación.

Lo que sé de mi húngaro cabe en algunos despachos de la Agence France-Presse que datan de agosto y septiembre de 2000. Aquel pequeño campesino de diecinueve años fue arrastrado por la Wehrmacht en su retirada y después capturado por el Ejército Rojo en 1944. Internado primero en un campo de prisioneros, fue trasladado en 1947 al hospital psiquiátrico de Kotelnich, una pequeña ciudad a ochocientos kilómetros al noreste de Moscú. Allí pasó cincuenta y tres años, olvidado de todos, sin hablar casi porque nadie a su alrededor comprendía el húngaro y, por extraño que parezca, nunca aprendió ruso. Le encontraron este año, por puro azar, y el gobierno húngaro organizó su repatriación.

He visto algunas imágenes de su llegada, una crónica de treinta segundos en la televisión. Las puertas de cristal del aeropuerto de Budapest se abren delante de la silla de ruedas en que se acurruca un pobre anciano asustado. La gente que le rodea está en camiseta, pero él lleva un gorro grueso de lana y tirita bajo una capa escocesa. Una pernera del pantalón está vacía y recogida con un imperdible. Los flashes de los fotógrafos crepitan y le deslumbran. Alrededor del coche en que lo meten,

mujeres de edad se apretujan haciendo grandes gestos y gritando nombres de pila distintos: «¡Sándor! ¡Ferenc! ¡András!» Más de ochenta mil soldados húngaros fueron declarados desaparecidos después de la guerra, hace muchos años que han dejado de esperarles y de pronto vuelve uno, cincuenta *y* seis años más tarde. Está más o menos amnésico, hasta su nombre es un enigma. Los registros del hospital ruso, que constituyen sus únicos documentos de identidad, le llaman indistintamente András Tamas, András Tomas, Tomas András, pero él mueve la cabeza cuando pronuncian estos nombres en su presencia. No quiere o no puede decir el suyo. Esto explica que en el momento de su repatriación, cubierta por la prensa húngara como un acontecimiento nacional, decenas de familias creen reconocer en él al tío o al hermano desaparecido. Las semanas que siguen a su regreso, la prensa da prácticamente cada día noticias de él y de la investigación. Por un lado reciben e interrogan a las familias que le reclaman y por el otro le interrogan a él, intentan despertar sus recuerdos. Le repiten nombres de pueblos y de personas. Un despacho informa de que por el Instituto Psiquiátrico de Budapest, donde le tienen en observación, desfilan anticuarios y coleccionistas convocados por los médicos para mostrarle gorras de uniformes, galones, monedas antiguas, objetos que se supone que evocan la Hungría de la época que él conoció. Reacciona poco, masculla más que habla. Lo que ocupa el lugar de su lengua no es realmente el húngaro sino una especie de dialecto privado, el del monólogo interior que ha machacado durante su medio siglo de soledad. Subsisten fragmentos de frases que hablan de la travesía del Dniéper, de zapatos que le han robado o que él teme que le roben, y sobre todo de la pierna que le han cortado, allá en Rusia. Quisiera que se la devolviesen o que le diesen otra. Título del despacho: «El último prisionero de la Segunda Guerra Mundial reclama una pierna de madera.»

Un día le leen *Caperucita roja* y llora.

Al cabo de un mes concluye la investigación, confirmada por tests de ADN. El reaparecido se llama András Toma, pero en Hungría dicen Toma András, Bartók Béla, el apellido antes del nombre, como en Japón. Tiene un hermano y una hermana, más jóvenes que él, que viven en un pueblo en el extremo oriental del país, el mismo que abandonó hace cincuenta y seis años para ir a la guerra. Están preparados para acogerle en su casa.

Al ir en busca de información, me entero, por una parte, de que el traslado de András de Budapest a su pueblo natal no tendrá lugar hasta dentro de unas semanas, y, por otra, que el 27 de octubre el hospital psiquiátrico de Kotelnich festejará su noventa cumpleaños. Por ahí hay que empezar.

La parada en Kotelnich sólo dura dos minutos, es poco para desembarcar nuestras cajas de material. Estoy acostumbrado a los reportajes escritos y, por tanto, a trabajar solo, a veces con un fotógrafo: un equipo de televisión es, de entrada, más pesado. Aunque somos los únicos pasajeros que nos apeamos y nadie sube, hay bastante gente en el andén, sobre todo ancianas con mantilla y botines de fieltro que quieren vendernos cubos llenos de arándanos y nos abroncan cuando les señalamos nuestro cargamento para que comprendan que ya vamos bastante cargados. Alrededor, esto se parece mucho a la estación del transiberiano de mi historia: tierra batida, charcos fangosos, empalizadas de madera escamadas, detrás de las cuales unos tipos rapados te miran con una curiosidad nada agradable. Me digo que es mejor estar aquí cuatro que uno solo. Jean-Marie empuña la cámara, Alain fija el micrófono en la jirafa, las viejas duplican su malhumor. Sasha va hacia la estación a buscar un coche y vuelve enseguida acompañado de un tal Vitali que en su Jiguli sin edad nos lleva al único hotel de la ciudad, el Viatka. Viatka es a la vez el antiguo y el nuevo nombre de Kírov, que es la capital de

la región y la estación siguiente en la línea de ferrocarril. Comiendo con mis padres unos días antes de mi partida *y* tratando de localizar con ellos los lugares de mi reportaje, me enteré por mi madre de que Kírov fue llamado así en la época soviética en homenaje al gran bolchevique cuyo asesinato fue el comienzo y sin duda el pretexto de las purgas de 1936, y por mi padre —que se apasiona por la familia de mi madre—, de que en 1905, en el tiempo en que se llamaba Viatka, mi tío bisabuelo, el conde Víktor Komarovski, fue vicegobernador de la ciudad. El Viatka, en todo caso, es uno de esos hoteles que conocen bien los viajeros en Rusia y donde no solamente no funciona nada, ni la calefacción ni el teléfono ni el ascensor, sino que se adivina que nunca ha funcionado nada, ni siquiera el día de su inauguración. Dos bombillas de cada tres están fundidas. Empalmes de cables eléctricos mal forrados corren en todos los sentidos a lo largo de paredes leprosas. Los radiadores apagados, en vez de estar adosados a las paredes, como en todas partes, se orientan hacia su perpendicular, hacia el centro de las habitaciones, al final de largos tubos que nunca están derechos, sino extrañamente acodados. Sábanas raídas y grisáceas, tan pequeñas que se las distingue mal de las toallas, cubren a medias las camas individuales hundidas, y una capa de polvo grasiento recubre lo que pasa por ser el mobiliario. No hay agua caliente. Sasha, al que la víspera le he preguntado si se podía pagar el hotel con tarjeta de crédito, me mira sacudiendo la cabeza, guasón. Con tarjeta de crédito... Ufff... Y como hablo un poco de ruso, *chut chut*, un poquitín, comenta: *Tut, my vo dnié*, esto es un agujero.

La peregrinación a los lugares donde vivió Andrés Toma comienza en el despacho del doctor Petujov, médico jefe del hospital, y sería perfecto, juzga él manifiestamente, si también terminara allí. No es que Yuri Leonídovich, como nos invita a llamarle, sea hostil a los periodistas: por el contrario, hojea con orgullo el paquete de tarjetas de visita que han dejado los

representantes de diversos medios de comunicación rusos y extranjeros, Izvestia, CNN, Reuter..., pero ha preparado su pequeño relato de la historia y no entiende qué más podemos querer. Así pues, el 11 de enero de 1947, el paciente fue trasladado del campo de prisioneros de Bistriag, a unos cuarenta kilómetros de distancia y desaparecido desde los años cincuenta, al hospital psiquiátrico de Kotelnich. Aquí mismo, en esta casita de madera bien caldeada, bien encerada, pintada de bonitos colores pastel, le recibió la doctora Kozlova, que le abrió un historial. Con un gesto ligeramente teatral, Yuri Leonídovich lo abre a su vez e invita a Jean-Marie a filmar con un zoom, como sin duda lo han hecho sus antecesores, las primeras anotaciones de la doctora. Papel amarillento, tinta descolorida, letra pequeña e irregular. El paciente fue registrado con el nombre de Tomas, Andreas, nacido en 1925, de nacionalidad magiar. Esa s y esa e de más crearon mucha confusión a su regreso a Hungría, pero difícilmente se puede culpar a la doctora Kozlova, porque el paciente no responde a ninguna de sus preguntas, parece que ni siquiera las oye, y es de suponer, por tanto, que las respuestas las dieron los soldados que le acompañaban. Viste ropa sucia, desgarrada, que le queda pequeña y es sobre todo muy ligera para la estación. Calla tercamente, a veces se ríe sin motivo. En el hospital militar que dependía del campo, se negaba a comer, no dormía, lloraba y en ocasiones se mostraba violento. En esta conducta se basa el diagnóstico de «psiconeurosis» que justifica su traslado a un hospital civil. Sin confiar mucho en una respuesta afirmativa, pregunto si la doctora Kozlova vive todavía. Yuri Leonídovich niega con la cabeza: no quedan testigos de la llegada de Andrés Toma ni de los primeros tiempos de su estancia. Yuri dice que cuando él asumió su puesto, hace una decena de años, el paciente no ofrecía ningún interés para un psiquiatra. Apacible, silencioso, retraído. En 1997 tuvieron que amputarle una pierna. Y después, el 26 de octubre de 1999, hace un año justo,

un pez gordo de los servicios de sanidad vino a visitar el hospital. Yuri Leonídovich, al pasear a su huésped, pasó por delante del hombre con una sola pierna y le presentó como el decano de sus pacientes. Sonríe, enternecido, al evocar esta escena. Le imagino dándole un pellizco en la oreja, como Napoleón a sus soldados: un buen viejo, muy tranquilo, que está aquí desde la guerra y sólo habla húngaro, ¡ja, ja, ja! Coincidió que una periodista local cubría el suceso y, como no debía de ser muy apasionante de contar, hizo su artículo sobre el tema siguiente: el último prisionero de la Segunda Guerra Mundial está entre nosotros. Lanzado el lema, una agencia lo reprodujo, después otra, y pronto recorrió todas las redacciones. Alertado, el cónsul de Hungría llegó de Moscú, seguido de los psiquiatras de Budapest que terminaron llevándose este verano. Desde entonces, Yuri Leonídovich sólo ha recibido noticias excelentes de András y se congratula de los progresos de que le informan periódicamente sus colegas húngaros. La placidez con que habla de esos progresos me asombra un poco. Que un hombre pueda resucitar a la vida y a la palabra en dos meses, después de haber pasado cincuenta y tres años reducido al estado de tarugo, no le perturba en modo alguno y no se le pasa por la cabeza cuando recibe a periodistas que ellos podrían sacar conclusiones crueles sobre la psiquiatría en su país en general o en su hospital en particular. No hay nada de defensivo en su manera de resumirnos el historial, y aunque se niega a dejarnos consultarlo directamente, tengo la impresión de que no es tanto por desconfianza como por conservar su monopolio sobre el único objeto de curiosidad mediática que ha habido nunca en Kotelnich.

Médico jefe y administrador del hospital, diputado de la Duma local, como sabremos más tarde, Yuri Leonídovich no sale apenas de su casa confortable de madera y sólo en raras ocasiones ve a los enfermos. Vladímir Alexándrovich Malkov, a

quien nos confía tras haberle insistido mucho en ver un poco más, es el médico responsable del pabellón en que Toma pasó los últimos decenios. Muy grande, muy rubio, muy pálido, con una bata blanca y gafas ligeramente ahumadas, tiene ese físico frío que, en una novela rusa del siglo XIX, habría hecho decir que tenía aire de alemán. Al principio menos jovial y solícito que su jefe, parece haber guardado un recuerdo mitigado de los diversos equipos de periodistas cuyas tarjetas de visita colecciona. ¿Cómo pueden vivir sin agua caliente?, le ha preguntado un cámara. Y él se ha encogido de hombros: Ustedes viven. Nosotros aquí sobrevivimos.

Sala número 2. Nueve camas. La de Andrés era la primera a la izquierda de la puerta, contra la pared, en un ángulo. No ha habido cambios en los últimos tiempos, los otros no se han movido desde su partida, eran sus vecinos de sala. Chándal, zapatillas, rostros vaciados de hombres a los que han despojado de todo. Algunos recorren el pasillo entre las camas, de la ventana a la puerta, arrastrando los pies y agitando las manos. Otros se quedan horas sentados en el borde de la cama y otros están acostados: uno debajo de la manta, al que no llegamos a verle la cara, y el otro derecho, como un yacente, con los brazos cruzados sobre el pecho, la cara cerrada en un rictus que en adelante será su única expresión. Han venido a parar aquí porque la vida era demasiado dura fuera, el alcohol demasiado fuerte, su cabeza demasiado llena de voces amenazadoras, pero no son peligrosos, ni siquiera se agitan. «Estabilizados», nos explica Vladímir Alexándrovich. En los diez últimos años se ha ido reduciendo el presupuesto del hospital y ha habido que reducir también la plantilla, despedir a los que podían, a todos los que habían mejorado o que tenían familia para acogerlos, pero éstos no tienen nada ni a nadie, ¿qué quieren ustedes, pues? Nos los quedamos. En realidad, no se les cura, se quedan aquí. Es poco. Es mejor que nada.

Se quedaron con Andrés Toma. Sin embargo, había una

familia, un país donde habrían podido enviarle, no era teóricamente imposible informar de su existencia al consulado de Hungría en Moscú, pero la idea no se le ocurrió a nadie, Moscú está lejísimo, y no digamos Hungría. Había recalado allí y allí se había quedado, como un bulto que sufre, y poco a poco hasta el sufrimiento acabó desgastándose.

No estaba postrado, no se pasaba los días en la cama, sino en la carpintería, en la cerrajería, en el garaje y, en los tiempos en que el hospital tenía una granja en el exterior, él siempre estaba allí metido. Muy habilidoso con las manos, muy atareado siempre, iba y venía libremente, y por eso Vladímir Alexándrovich juzga un poco excesivo el lema que le presenta como el último prisionero de la guerra. No estaba en absoluto preso, ni siquiera enfermo: vivía aquí, esto era su casa y punto. ¿Ni siquiera enfermo, de verdad?, insiste Sasha. Ya no. Al ingresar le habían diagnosticado esquizofrenia, pero era un hombre en estado de shock, que había conocido los horrores de la guerra y pasado tres años en campos de prisioneros. El episodio psicótico que sufrió era una reacción a estos traumatismos y nunca se reprodujo. Debió de decirse, más o menos conscientemente, que para evitar que se reprodujera más valía someterse, pasar inadvertido, no hablar, no comprender lo que le decían, fundirse con el paisaje.

Ya en el despacho de Yuri Leonídovich, cada vez que pillaba tres palabras yo interrumpía la traducción diciendo *da, da, ia ponimaiu*, sí, sí, comprendo, y al salir Sasha, exasperado, me dice: oye, o comprendes y no me necesitas, o bien me dejas hacer mi trabajo, ¿vale? Le digo que sí, pero no puedo evitar hacer lo mismo con Vladímir Alexándrovich, y le explico como puedo que mi madre es de origen ruso, que yo hablaba ruso de niño, que he leído en ruso *El pabellón número 6*, el cuento de Chéjov cuya acción transcurre en un manicomio de provincias. Sasha se pone de morros, mis progresos le irritan, Alain y Jean-Marie están admirados, y Vladímir Alexándrovich, por su

parte, se ha animado por completo. ¡Hablo ruso, he leído *El pabellón número 6*! Somos amigos ya y, llevado por mi impulso, me atrevo a preguntarle si no habría forma de consultar el historial del húngaro y, de ser posible, hacer una copia. Sí, sin duda, hay que pedirselo a Yuri Leonídovich. El problema es que Yuri Leonídovich no quiere. Entonces Vladímir Alexándrovich hace una mueca: si Yuri Leonídovich no quiere, hay un problema, en efecto.

Pronunciar unas palabras en ruso me ha exaltado, literalmente, y cuando por la noche volvemos a reunimos los cuatro, en el único restaurante que hemos encontrado abierto en la ciudad, quiero continuar a toda costa. El restaurante, el Troika, es una especie de bar infecto, en un sótano donde se congrega una juventud que bebe mucho y de la que sospechamos, al menos por lo que respecta al lado masculino, que es potencialmente peligrosa. Nos sirven unos *pelmenis*, los raviolis rusos, que me empeño en acompañar con vodka. A pesar de la curda de la víspera, no me cuesta nada convencer a Alain, que tiene un embudo en el gaznate, ni a Sasha, que se vuelve en el acto más indulgente conmigo. Sólo Jean-Marie declina con una sonrisa, como la noche anterior: no bebe nunca. En cuanto a mí, ya estaba borracho de excitación antes del primer vaso y me dedico a poner a prueba mis progresos con dos chicas bastante feúchas que, en la mesa de al lado, parecen muy interesadas en conocer gente. En mi ruso de andar por casa, las interrogo sobre nuestro héroe, convertido en la celebridad de la ciudad. No garantizo que haya comprendido todo lo que han respondido, pero según una de ellas —he anotado en mi libreta— András no quería irse, tuvieron que llevarle a Hungría por la fuerza, y según la otra no estaba loco en absoluto, había simulado estarlo para que no le enviaran a Siberia. Tengo el recuerdo indistinto, un poco más tarde, de los sarcasmos de Sasha cuando le he preguntado si en su opinión se podría telefonar a Francia desde el hotel —Y pagar con tu

tarjeta de crédito, ¿no es eso?—, y después de haber vagado con él por las calles desiertas, hasta la estafeta que está abierta hasta muy tarde y que admite a los borrachos que ni siquiera un local tan poco remilgado como el Troika quiere. Allí se puede encontrar un poco de calor humano, ocasiones de pelea, para la cual Sasha parece bien dispuesto, y de pasada se puede telefonar. Sin interrumpir una conversación que desde la primera frase amenaza con degenerar, Sasha me ayuda de mala gana a pedir la conferencia, que espero en una cabina de madera donde alguien ha meado hace poco, así que tengo que elegir entre las náuseas si cierro la puerta y, si la abro, el rumor de la sala que tapa el cascabel lejano de la señal de llamada. Cuando por fin Sophie descuelga, no me queda otra elección que cerrar para oírla, *y* empiezo de inmediato a describirle la cabina-urinario, el bar, la ciudad, el hospital. Esto sólo puede recordarle la historia del transiberiano que le conté en el restaurante tailandés de Maubert donde cenamos juntos la primera noche. Sin embargo, estoy eufórico, le digo que hoy me he puesto a hablar ruso, que voy a seguir, a ponerme a hablar en serio, que para mí es tan importante como haberla conocido, y que además la sucesión cercana en el tiempo de estos dos acontecimientos no es un azar. Le cuento mi sueño del tren, insistiendo de una forma algo pastosa en la promesa de liberación que contiene y sorteando, en cambio, a la señora Fujimori, porque aunque conozco a Sophie desde hace menos de dos semanas ya me he dado cuenta de lo celosa que es. Al llamar pensaba que sería tarde para ella, que estaría acostada, desnuda, preparada para acariciarse a instancia mía, pero me he liado con el desfase horario y de hecho son las siete de la tarde en París y ella está todavía en el despacho. Al principio de la conferencia ella se preguntaba si yo no estaría en peligro, pero ahora comprende que simplemente me he emborrachado, estoy agitado, hasta se puede decir que feliz y que el fondo de la cuestión es que la quiero. Ella empieza entonces a hablarme de

mi polla, a decirme que le gustan de verdad las pollas, pero que de las muchas que ha conocido la mía es la que prefiere de todas y que le gustaría mucho que se la metiera y, que, en su defecto, que me la menee. Ella, a su vez, ha cerrado la puerta del despacho y deslizado la mano debajo de la falda, de las medias y encima de la braga. Roza la tela con la punta de los dedos. Pienso en los maravillosos pelos rubios que la braga comprime, pero me veo obligado a decir que por lo que a mí respecta no puedo cascármela ahora mismo: mi descripción del ambiente era estrictamente realista, veo por el cristal a Sasha y al tipo que se buscan pacientemente las cosquillas, ellos también pueden verme, tendré que esperar a llegar al hotel. No hay calefacción y las sábanas parecen tan sucias que dudaría en meterme dentro, por lo cual me apresto a dormir vestido, amontonando todo lo que encuentre para servirme de mantas, pero prometo meneármela, de todos modos, y al volver eso es lo que hago.

Kotelnich es un agujero, pero un centro ferroviario importante, nunca pasan más de diez minutos sin que el rumor de un convoy, a menudo bastante largo, haga vibrar los cristales de nuestras habitaciones. Ese ruido no me ha impedido dormir. A Alain sí, y esta mañana, en el café restaurante del hotel, donde dos tíos trasiegan en silencio la que sin duda no es su primera cerveza y donde conseguimos a duras penas que nos den una taza de té, está todavía más deshecho que de costumbre, y pese a ello de un excelente humor. Para combatir el insomnio se ha pasado la noche registrando el paso de los trenes, y me ofrece algunas muestras. No veo bien la diferencia entre uno y otro y él intenta educarme el oído, enseñarme a distinguir entre el *chuc-chuc* del vagón de mercancías y el *chic-chic* del expreso: yo muevo la cabeza, digo que sí, sí, y él se ríe: ya verás lo contento que estarás en el montaje por tener todo esto.

Sasha es el último en bajar y viene hacia nosotros

prácticamente a reculones, mirando a otra parte, volviéndose todo el tiempo, y cuando por fin se decide a mirarnos de frente, vemos que le han partido la crisma. Ojo a la virulé, pómulo tumefacto, labio partido. Avergonzado, suelta una explicación embarullada, según la cual después de haberme traído desde la estafeta se fue a dar una vuelta, a ligar un trago, como dice él mismo, en un café que resultó ser un antro de bandidos, donde le calentaron unos tipos que según su relato no se entiende bien si eran bandidos o maderos, la cosa es que —aunque esto no tiene nada que ver y él trata de convencernos— no vuelve con nosotros al hospital esta mañana porque tiene una cita con un tipo del FSB respecto a nuestros pasaportes. El FSB es lo que antes se llamaba KGB, y un equipo francés que se apalanca varios días en una pequeña ciudad como Kotelnich pide un trato de favor, desde el punto de vista del FSB: estaría bien, por tanto, prever unas propinas para que olviden las irregularidades que inevitablemente encontrarán en nuestros papeles. Alargo cien dólares a Sasha y él dice que de entrada serán suficientes.

Filmamos el hospital durante todo el día. Las comidas, la rutina. El solar que sirve de patio, donde acaba de oxidarse un vagón militar que data de la última guerra. La verja que da a la gran carretera lluviosa y los autobuses que de vez en cuando recorren esta carretera con los cristales empañados de vaho. Los enfermos que se entretienen haciendo trabajos de jardinería o permanecen ociosos, que lían y fuman cigarrillos, sentados durante horas en unos bancos. El banco que a Andrés Toma le gustaba especialmente, porque desde allí se veía un cercado que le recordaba Transilvania. Es lo que dice Vladímir Alexándrovich, o al menos lo que yo comprendo, porque en ausencia de Sasha, retenido en la ciudad por sus negociaciones con el FSB, sólo me quedan mis recursos lingüísticos. La embriaguez los enardece, pero la resaca los entumece. A este tío al que ayer yo hubiese abrazado y cuya estima me enorgullecí de haber conquistado, ya no sé qué decirle hoy ni cómo

decírselo, me faltan las palabras y le escucho, en la carpintería donde le gustaba trabajar a Toma, desgranar con una voz monótona lo que me parece una letanía incomprensible. La punteo con *da, da* sombríos, a veces con *kanieshna*, que significa por supuesto y no compromete apenas. Él, por su parte, parece desencantado por mi apatía, le gustaría que hablásemos otra vez de Chéjov, de Rusia y de Francia. Sueña con ir a Francia algún día, el problema es que no habla una palabra de francés, en cambio sabe un poco de latín: *de gustibus non est disputandum*, declama. Eso debería bastar para apañártelas, le anima Sasha, que acaba de llegar, visiblemente revitalizado por su entrevista con el FSB. El teniente coronel que representa a los órganos en Kotelnich se llama también Sasha, nos dice, una coincidencia que no tiene nada de milagroso en un país donde apenas se utilizan para cada sexo una quincena de nombres de pila, aderezados cada uno con una batería de diminutivos, pero han descubierto que los dos estuvieron en la guerra de Chechenia, el teniente coronel en el ejército ruso y nuestro Sasha como intérprete de un equipo de televisión francés. Esto crea lazos, que unos vasos, al parecer, han estrechado, y Sasha está ahora en condiciones de ayudarme en mis entrevistas con enfermos que Vladímir Alexándrovich juzga presentables. Todos cuentan las mismas cosas sobre su antiguo compañero: un tipo tranquilo, servicial, que nunca hablaba. ¿Comprendía el ruso? Nadie lo supo nunca y, a decir verdad, parece que nadie se hizo jamás la pregunta.

Cuando nos vamos del hospital, hacia la puesta del sol, Vladímir Alexándrovich nos dice *da zavtra*, no *da svidania*, hasta mañana, no adiós, y con el mismo desapego rutinario me desliza, justo antes de cerrar la puerta del Jiguli y de darse rápidamente media vuelta, un sobre grueso de papel de estraza. Lo abro en el coche: es la copia del historial médico. Le has caído bien, mira por dónde, bromea Sasha.

Esa noche nos acostamos temprano, no bebemos, hay que estar en plena forma para la jornada del domingo, que es la del cincuentenario del hospital. Sasha se ha informado: habrá un banquete que se celebrará en el comedor de nuestro hotel. Espero mucho de ese banquete, me imagino una zambullida pintoresca en la Rusia profunda, cuya guinda, entre brindis entusiastas y bailes hasta perder el resuello, podría ser el encuentro con una vieja enfermera jubilada, una *bábushka* truculenta que nos contaría la llegada del húngaro en 1947 y nos diría, con un destello de malicia en los ojos, que por mucho que no abriera la boca tenía muchas mañas, el muy pillín. Mientras tanto, y como la única solución de repliegue en materia hostelera parece ser el café de los bandidos donde a Sasha le partieron la cara, volvemos a comer *pelmenis* en el Troika, y allí examinamos nuestro botín.

El historial médico de Andrés Toma consta de cuarenta y cuatro páginas manuscritas, de letras diferentes, que abarcan los cincuenta y tres años de su estancia en Kotelnich. Las primeras anotaciones son de la doctora Kozlova, que ya nos leyó y comentó Yuri Leoníдовich. Las de las primeras semanas son bastante numerosas y precisas, pero enseguida se hacen más espaciadas y comprendemos que el reglamento del hospital impone a los médicos que incluyan una nota cada quince días sobre el estado del paciente. Según estas notas que Sasha acaba de traducirme, se puede seguir la curva de una vida entera, y la de Andrés Toma, como sin duda la de muchos otros, es atroz: un proceso de destrucción inexorable relatado en pequeñas frases neutras, sencillas, repetitivas. Por ejemplo: 15 de febrero de 1947: el paciente está acostado, intenta decir algo pero nadie le comprende. A la pregunta: ¿Qué tal está?, responde: Tomas, Tomas. No se deja examinar.

31 de marzo de 1947: se queda acostado con la manta encima de la cabeza. Dice algo con cólera en su idioma y enseña los pies. Esconde comida en los bolsillos. Físicamente tiene

buena salud.

15 de mayo de 1947: el paciente sale al patio pero no habla con nadie. No habla ruso.

30 de octubre de 1947: el paciente no quiere trabajar. Si le obligan a salir, grita y corre en todas las direcciones. Esconde sus guantes y el pan debajo de la almohada. Se envuelve en trapos. Sólo habla húngaro.

15 de octubre de 1948: el paciente es sexual. Se ríe como un tonto en la cama. No se somete al orden del hospital. Corteja a la enfermera Guilichina. El paciente Boltus está celoso. Ha golpeado a Toma.

30 de marzo de 1950: el paciente se ha encerrado en sí mismo. Se queda en la cama. Mira por la ventana.

15 de agosto de 1951: el paciente ha cogido lápices a los enfermeros. Escribe en las paredes, las puertas, las ventanas, en húngaro.

15 de febrero de 1953: el paciente está sucio, colérico. Colecciona basuras. Duerme en sitios inconvenientes. En el pasillo, en bancos, debajo de la cama. Molesta a sus vecinos. Sólo habla húngaro.

30 de septiembre de 1954: el paciente está débil y negativo. Sólo habla húngaro.

15 de diciembre de 1954: no hay cambios en el estado del paciente.

Estamos en la página seis del historial, se nota que los médicos se cansan, y Sasha *y yo* también. Nos conformamos con un vistazo a las páginas siguientes. Sasha refunfuña, canturrea *y* pronto salmodia:
no-hay-cambios-en-el-estado-del-paciente-sólo-habla-húngaro,
no-hay-cambios-en-el-estado-del-paciente-sólo-habla-húngaro...
Ah, sí, no obstante, ocho páginas más adelante, estamos en 1965 y ocurre algo. El paciente se ha encariñado con la dentista

del hospital y, para tener ocasión de volver a verla, no para de enseñar los dientes... «con una sonrisa tonta», precisa el informe. Ella le examina de nuevo, todo está bien. Pero cada quince días señalan que sigue mostrando los dientes. Mediante gestos, da a entender que quiere que ella se los arranque. Es lo mejor que ha encontrado para crear un lazo con ella. La dentista se niega a extraerle dientes sanos. Entonces él se fractura la mandíbula a martillazos. No tiene suerte, le curan, pero no la dentista a la que ama. Pobre viejo, suspira Sasha. Pobre viejo..., quizá no follara ni una sola vez durante todos aquellos años, y antes, en Hungría, tampoco es seguro. Quizá no ha follado en toda su vida...

Veinte páginas más, treinta años más.

11 de junio de 1996: el paciente se queja de dolores en el pie derecho. Diagnóstico: arteritis. Hay que consultar la amputación con los parientes del paciente. El paciente no tiene parientes.

28 de junio de 1996: se le amputan al paciente dos tercios del muslo derecho. No hay complicaciones.

30 de julio de 1996: el paciente no se queja. Fuma mucho. Empieza a andar con muletas. Por la mañana su almohada está húmeda de lágrimas.

A la mañana siguiente, cuando llegamos al hospital, una enfermera nos dice severamente que el doctor Petujov quiere vernos. Nos hace esperar un largo rato. Para ocupar la espera, Jean-Marie toma algunas panorámicas entre la grisura que encuadra las ventanas y el lago polinesio que sirve de fondo a la pantalla del ordenador. La secretaria le pide que pare, que enfunde la cámara y unos minutos más tarde, cuando ella responde al teléfono, no comprendo bien lo que dice y Sasha ha salido a fumar un cigarro, pero ella repite bajando la voz la palabra *frantsuski*, y presentimos que están hartos de los

frantsuski. Por fin, Yuri Leonídovich sale de su despacho para despedir a un visitante de aspecto oficial. Parece a la vez sorprendido y molesto de ver que entorpecemos el paso y muy de prisa, entre dos puertas, nos comunica que nos vayamos. Ninguna otra brigada —es la palabra que emplean para un equipo— se quedó más de dos horas y nosotros llevamos aquí dos días, ¿qué más queremos? Sasha trata de explicarle la diferencia entre una filmación de dos minutos para un telediario y un reportaje de cincuenta y dos, pero no sirve de nada, Yuri Leonídovich ha tomado su decisión o la han tomado por él. Ya basta, nuestra presencia perturba el proceso de curación de los enfermos y, por lo que respecta a los festejos del cincuentenario, ya no estamos invitados. Es una celebración privada, una fiesta para el personal, no tiene nada que ver con el húngaro.

Pero, Yuri Leonídovich, nuestra película intenta mostrar el ambiente del hospital...

Eso es, ¿y mañana me pedirán permiso para filmarme en mi baño, so pretexto de que muestra el ambiente del hospital? Lo siento, pero no.

Despechados, ociosos, vagamos por la ciudad. En un lado de la carretera, a la entrada, hay una escultura de hormigón, de unos dos metros, que representa la hoz y el martillo, y en el otro una olla gigantesca que es desde hace mucho más tiempo el emblema de Kotelnich. Es lo que quiere decir *kotel* en ruso, me explica Sasha: una olla o un caldero. Una estancia ahí dentro es una especie de tres estrellas de expatriación depresiva, y todo hace pensar que esta sensación de inmovilización en el fondo de una olla de sopa fría y solidificada de la que, hace mucho tiempo, habrían desaparecido los buenos trozos, suponiendo que los hubiese habido, constituye el común denominador de las ciudades de veinte mil habitantes de la Rusia profunda. Nadie va a esas ciudades. No se habla de ellas. Un buen día, uno se entera de que existía un pueblo llamado Chernóbil, y es,

en menos terrible, en más modesto, lo que le ha sucedido a Kotelnich desde que allí encontraron al último prisionero de la Segunda Guerra Mundial.

Como el banquete tendrá lugar en nuestro hotel, cuyo acceso, pese a todo, no pueden prohibirnos, Alain ha decidido librar un último combate inútil. Cuando entramos los cuatro, hay unas cincuenta personas sentadas alrededor de una mesa en forma de U, ni un solo sitio libre, y Petujov, de pie delante de nosotros, propone un brindis. Nos ve, finge que no nos ha visto, lo normal sería que nos retiráramos, pero Alain sigue avanzando hacia el centro de la sala y Jean-Marie y yo, no queriendo rajarnos, vamos tras él. Reconozco algunas caras: las enfermeras destinadas en el sector del húngaro, nuestro amigo Vladímir Alexándrovich, el oficial al que Petujov despedía esta mañana. Todos nos miran sin comprender y sin decir ni pío. Petujov ha interrumpido su brindis. Se desarrolla entonces una escena de película burlesca: atravesamos la sala con sonrisitas corteses, gestos benévolos y tranquilizadores que quieren decir algo como: nos limitamos a pasar, no nos presten atención, no se molesten. Nos siguen con ojos pasmados y nuestra conducta en ese momento es tan absurda que desarma toda agresividad. En una película, los héroes saldrían pitando en el preciso instante en que, cesado el hipnotismo, la turba se les echa encima para despedazarlos. Entre la mesa central, presidida por Petujov, con el vaso todavía en alto, la boca abierta y muda, y las mesas laterales hay por casualidad un hueco para pasar. Alain se dirige hacia él y nosotros detrás. Por otra casualidad, en el otro extremo de la sala hay otra puerta que nos permite salir sin el riesgo de tener que desandar el trayecto. Una bóveda oscura y maloliente y estamos en la calle, donde encontramos a Sasha, que mueve la cabeza: ¿sois totalmente gilipollas o qué? Al otro lado de los cristales empañados, el brindis se reanuda, el personal del hospital empieza a entromperse, no nos queda más remedio que enfilear hacia el Troika.

Sin duda es la decepción, también la fatiga, pero al vaciar y al ver a mis compañeros vaciar en silencio sus escudillas de *pelmenis*, observo que en tres días hemos adquirido los modales locales en la mesa: el espinazo encorvado, el cuello estirado para dar lengüetazos, una mano pegada a la cuchara de hojalata, la otra al pedazo de pan y los dos brazos, hasta los hombros, formando una muralla alrededor de la comida, como si fueran a robárnosla. Detrás de la barra, la televisión difunde sin interrupción anuncios publicitarios que evocan la vida de ensueño que llevan en Moscú y San Petersburgo jóvenes bien vestidos y peinados, con sonrisa carnívora, que se apean de coches de lujo y pagan con tarjetas de crédito doradas cuentas de restaurante que deben de representar aquí varios años de salario. Cuando vives aquí, ¿qué efecto hará que te machaquen estos anuncios? Los tíos jóvenes desplomados sobre estas mesas pegajosas de aguachirle volcada, ¿verán esta exhibición obsesiva de fasto y arrogancia como una ofensa o como una película de ciencia ficción que se desarrolla en un universo paralelo?

De repente, desde la mesa vecina, se dirigen a nosotros en francés. Al volverme me encuentro con una chica de unos veinticinco años, de nariz puntiaguda, ojos algo saltones, no sin encanto, sin embargo, sentada al lado de un hombre mucho mayor, vestido con un terno, jeta de *apparátchik* alcohólico, que la acosa. Se llama Ania y está loca de alegría de poder hablar francés con franceses. Me acuerdo de que ha empleado esta expresión: loca de alegría. Nos mira a los tres con una excitación infantil, con los ojos brillantes, y poco falta para que aplauda. No se atrevía pero soñaba con acercarse, está enterada de nuestra estancia en la ciudad desde nuestra llegada, por lo demás todo el mundo en la ciudad conoce nuestra presencia, no se habla de otra cosa, circulan sobre nosotros toda clase de rumores. ¿Rumores? ¿Por ejemplo? Pues que acabamos de armar un escándalo en el banquete del hospital. Y que, dice, en

un tono más grave, que filmamos cosas que no son bonitas. ¿Qué cosas? Mujeres viejas, personas pobres, gente que bebe, no es nada bonito, no da una buena imagen del lugar. Dicen también que para no darnos una impresión pésima se las han arreglado para restablecer el agua caliente en el hotel, cosa que no le hace gracia a mucha gente: casi nadie tiene agua caliente en Kotelnich, desde la decadencia del país —porque todo el mundo habla aquí, como si fuera algo completamente obvio, de los diez últimos años como de una catástrofe—: entonces, ¿por qué nosotros tenemos agua caliente y los rusos no? En este punto concreto, podemos desmentirlo formalmente: no tenemos más suerte que los demás. Ania habla de la abundancia, en un francés divertido, a la vez vacilante y puntilloso, sembrado de palabras en desuso —«voy a fumar un pito»—, pero notable, aun así, si tiene tan pocas ocasiones de practicarlos como dice. Asegura que lo aprendió en la escuela de intérpretes militares de Viatka, sobre la cual Sasha empieza a interrogarla con un tono francamente inquisitorial: ¿en qué año? ¿En qué sección? Esto incomoda a la chica y, para cambiar de tema, nos presenta a su acompañante, que durante toda esta conversación, y como si no hubiera advertido nuestra presencia, ha seguido sobándola y, de vez en cuando, recibiendo un brutal y distraído rechazo. Es Anatoli Ivánovich, un querido amigo suyo, director de la panadería industrial de Kotelnich. Uno tras otro, estrechamos la mano sobona de Anatoli, que pide vodka para todo el mundo, insiste en que lo bebamos de un trago, vuelve a servirnos y, ahora que se ha integrado en nuestro círculo, aprueba con un movimiento de cabeza enérgico todo lo que en él se dice, aunque la conversación continúa en francés. Llega un poco más tarde un grandullón rubio, bastante guapo, que Ania nos presenta como Sasha, y el nuestro nos cuchichea al oído que es su nuevo amigo, el teniente coronel del FSB que hizo la guerra en Chechenia y dicta la ley actualmente en Kotelnich. Al hilo de las confidencias de Ania, parece ser que este Sasha es

asimismo su amante, que dejó por ella a su mujer y su hijo, lo que no le impide observar impasible las libertades que se toma Anatoli, ni a éste proseguirlas con una insistencia cada vez más empalagosa. En cuanto a nosotros, si queremos chicas, auténticas enamoradas rusas, él se encarga de buscárnoslas. En la ciudad se han fijado en que somos serios, que volvemos por la noche al hotel sin compañía, no como los norteamericanos de la CNN que vinieron el mes pasado. Está bien ser serio, pero también hay que ser hombre, y un hombre bebe y folla. Esto lo dice en ruso, por supuesto, y ahora tenemos dos intérpretes, una Ania, que se ruboriza, no puede evitar la risa, dice que eso no, que prefiere no traducirlo, no es bonito, y el otro Sasha, que añade cosas de su cosecha a lo escabroso. Cada vez más cordial a medida que disminuye la jarra de vodka, Sasha el militar sólo se ensombrece cuando ve que Jean-Marie saca del bolsillo la pequeña cámara DV que lleva de complemento, para circunstancias como ésta. Ni hablar de filmarle, nos advierte. A los demás le da igual, pero a él no. Ya sea este tabú una paranoia personal o el reglamento de su servicio, para hacerlo respetar ejerce una vigilancia sin tregua, y no aparta los ojos, a pesar de la borrachera, de la cámara que Jean-Marie, utilizando un truco comprobado para que la gente se confie, hace pasar de mano en mano, cada cual la enfoca en el vecino, se mira él mismo en la pantallita invertida, rebobina la película para visionar las últimas imágenes... Mientras prosigue este rodaje de aficionados, la conversación se orienta hacia el objeto de nuestro reportaje, y a este respecto Ania nos cuenta rumores que nos dejan sin habla. De creerla, todo el mundo en la ciudad conocía a Andrés Toma. Tenía amigos, protectores, de hecho no estaba loco en absoluto, nos ocultan la verdad y ella parece dispuesta, amparándose en la lengua francesa, a revelarla. A presentarnos a gente que nos dirá cosas muy distintas de la versión oficial que facilita el hospital: una señora que le llevaba miel, el director del Museo de la Guerra

que tiene archivos sobre András, y luego, por supuesto, Sasha: es su trabajo saber todo lo que ocurre aquí. Al comprender que hablamos de él, Sasha frunce el ceño, pide una traducción. Acto seguido nos lanza sobre el húngaro un discurso del que sólo capto una cuarta parte, pero que parece coincidir exactamente con el de Petujov. Aquí Ania me sorprende. Se supone que traduce, pero a medida que habla mueve la cabeza y nos dice que está muy decepcionada: todo lo que nos cuenta su amante es pura trola y propaganda. Dicho esto, no le extraña demasiado porque el asunto es realmente explosivo. Por suerte, podemos contar con ella, sólo que habrá que tener mucho cuidado, vendrá a buscarnos al hotel mañana. Sasha opina al respecto, como confirmando la traducción de sus palabras, Anatoli se ha derrumbado, con la cabeza entre las jarras vacías, y nosotros, como es evidente, estamos sobreexcitados. Más tarde bailamos y yo estoy tan borracho que no veo nada raro en bailar con canciones de Adamo... *Permettez, monsieur, Tombe la neige...* Más tarde aún vuelvo a la estafeta para contar nuestra velada a Sophie y explicarle con exaltación que un reportaje es así, que por eso es tan apasionante. Te tragas durante tres días los cuentos chinos que endilgan a todo el mundo y de pronto, una noche, en un tugurio sórdido, encuentras más o menos por azar a una chica que te cuenta una historia totalmente distinta. ¿Más o menos por azar?, repite Sophie, que quiere saber cómo es la chica. No es gran cosa, pero ¿cómo decirlo?: es singular. Esto no la tranquiliza, y aún menos el anuncio de que, tal como van las cosas, sin duda vamos a quedarnos algunos días más.

Nos planteamos seriamente la cuestión aguardando a Ania, al día siguiente. Ella había dicho a las diez, a las doce todavía no ha llegado y Sasha opina que el otro Sasha, sobrio, le ha prohibido venir. De ser así, no vale la pena cambiar nuestros billetes de vuelta, reservados para esta noche. Estamos decepcionados, pero la verdad es que si no hay novedades en nuestra investigación estamos un poco hartos de Kotelnich, de

sus cagaderos infectos, de los *pelmenis* del Troika y de los banquetes donde no nos quieren. A falta de algo mejor, para matar el tiempo decidimos visitar el Museo de la Guerra del que nos habló Ania. Sasha señala que es bastante extraño que haya un Museo de la Guerra en un villorrio donde no ha habido un conflicto armado desde la guerra civil de 1918, y de hecho las colecciones que alberga consisten en una mezcla de animales disecados, de carteles que reproducen la Trinidad de Andréi Rubliov, de aperos de labranza apenas antiguos, de fotos de un escritor local llamado Savkov, del que una página ha quedado inmortalizada en el rodillo de su máquina de escribir, y por último de diversas cacerolas y ollas que atestiguan la vocación secular de la ciudad. El director, que nos recibe de buena gana, no tiene nada que decir sobre Andrés Toma, como tampoco los paseantes a los que interrogamos después en la calle. Los que se avienen a respondernos sólo han oído hablar de él en los telediarios, y les parece una historia rara, y lo que más raro les parece es que en todos aquellos años no aprendiera ruso.

Sentados encima de nuestro equipaje, aguardamos la hora de partir en el vestíbulo del hotel, donde hace un poco menos de frío que en nuestras habitaciones. La puerta se abre y aparece Ania. ¿Cómo? ¿Nos vamos? ¡Qué lástima! Contaba con enseñarnos mañana la fábrica de embutidos donde Toma trabajó largo tiempo. ¿La fábrica de embutidos? A los cuatro se nos ocurre la idea de que si nos quedáramos más tiempo Ania se inventaría todas las noches una nueva patraña y nos daría plantón todas las mañanas. Para hacerse perdonar el de hoy, se ofrece a cantar una canción, y ha traído la guitarra para hacerlo. Primero en el vestíbulo y después en la escalera por la que suben y bajan clientes con sacos de plástico en los que tintinean botellas vacías, canta durante una hora canciones sentimentales y patrióticas que nos dejan realmente impresionados. Canta bien pero no sólo es eso: no imita a nadie, canta con el alma, canta toda ella. La cara no muy

agraciada se le ilumina. Y canta para nosotros, un verdadero regalo. En medio del recital llega Sasha, en un estado que nuestro Sasha califica de «desordenado». Sin perder de vista el objetivo de la cámara, él también empieza a cantar, pero mucho peor, propone que tomemos la espuela y finalmente nos acompaña a la estación y así abandonamos Kotelnich en los términos más cordiales con el FSB. Podría servirnos, digo, si volvemos. Seguro que no volvemos, bromea Sasha. Le pregunto: ¿tú qué sabes?

En el tren, Jean-Marie me enseña lo que filmó en el Troika. En la minúscula pantalla de control, las imágenes de libaciones caóticas, temblorosas, mal iluminadas me gustan mucho. Por supuesto, hay pocas posibilidades de que entren en nuestro reportaje, pero valdrían para abrir otra historia totalmente distinta, otra película. Explico a mis compañeros que habría que volver a Kotelnich y pasar allí no cuatro días, sino un mes o dos. Sin tema esta vez, sin otro objetivo que el de plasmar estos encuentros, prolongarlos, desenredar madejas de relaciones de las que no entendemos nada. En el fondo, ¿quiénes son esas gentes? ¿Qué hace cada cual en la ciudad? ¿Quién tiene poder y sobre quién? ¿Quién es ese Sasha medio macarra? ¿Y esa chica que canta como los ángeles, sueña sin duda con marcharse a ejercitar en alguna parte su francés aplicado y obsoleto, y entretanto vegeta en un pueblo por el que pasan trenes que nadie coge? Además, los habitantes se asombrarían al vernos volver, más todavía que si nos apalancamos allí. Circularán sobre nosotros nuevos rumores que será divertido seguir y contar. En la mayor parte de los documentales se hace como si el equipo no estuviera. Habría que hacer exactamente lo contrario, el tema no sería la ciudad sino nuestra estancia en ella, las reacciones que suscita. Un equipo extranjero que se queda dos meses en Kotelnich es un acontecimiento único en los anales de la ciudad: filmar ese suceso podría ser formidable.

En mi arrebatado decido reanudar mis prácticas de ruso

para estar a la altura del desafío, y a mis compañeros, ganados por mi entusiasmo, poco les falta para prometer que al regreso comprarán el método Assimil. Nos hemos entendido tan bien que ¿no sería un placer volver a trabajar juntos? Y para celebrarlo vamos al vagón restaurante a bautizar con algunos vodkas nuestra futura película: *Regreso a Kotelnich*.

Dos semanas más tarde asistimos al regreso de Andrés Toma a su pueblo natal. «¡Esto es Hungría, ven!», repite el joven psiquiatra que le acompaña. El joven psiquiatra, con sus gafas redondas, se parece a John Lennon. Es muy suave, habla a su paciente como a un niño. Pero el anciano no quiere bajar del minibús. No está nada seguro de que esto sea Hungría. Los que se ocupan de él desde su repatriación tienen que repetírselo constantemente, tranquilizarle. Allá, en Rusia, le dijeron que Hungría ya no existía. Borrada del mapa. Entonces, ¿quién es toda esta gente que le habla en una lengua desaparecida? ¿Que se comporta como si le conociera, que le tiende ramos de flores y le envía besos? ¿No será una nueva trampa?

Bajo la gorra, el rostro está devastado. Una cara de *zek*, como se llamaban a sí mismos las gentes del gulag, la cara de los hombres cuyas vidas destruidas relataron Solzhenitsyn y Shalámov. El joven psiquiatra le tiende las muletas, le ayuda a calzárselas debajo de los brazos. Tarda sus buenos cinco minutos en plantar el único pie en el suelo. Como tampoco tiene dientes, babea y escupe mucho. Le guían, cojeando, hasta la casa de su hermana y su cuñado, donde va a vivir. Han organizado una comida de fiesta. Se hacen brindis. Los flashes de los fotógrafos le asustan. Su hermano, que aún era niño cuando él se fue a la guerra, le hace preguntas pacientemente, sin duda para mostrarnos que es capaz de responderlas. Repite nombres de antaño, esperando despertar un recuerdo: Sándor Benko, el maestro de escuela... Smolar, su antiguo compañero de clase... Y el otro, por debajo de la gorra, escupe, gira la

cabeza, a veces masculla fragmentos de frases que nadie comprende, que ya no pertenecen a ningún idioma. Tengo la impresión de ver a un Kaspar Hauser de setenta y cinco años.

Es tristísimo.

En la comida hablo con Smolar, el antiguo condiscípulo. Dice que a los dieciocho años Andrés Toma era un chico muy guapo, que todas las chicas se encaprichaban de él. Pero no era un gallito: era delicado, caballeroso, muy tímido. Smolar era muy inquieto, Andrés no. Y Smolar cree que debió de irse a la guerra sin haber conocido mujer.

Cuenta su partida, y lo que cuenta difiere un poco de la versión oficial, la de que le alistaron a la fuerza. En el otoño de 1944, cuando el Ejército Rojo entró en Hungría y la Wehrmacht emprendió la retirada, hubo unas semanas de confusión extrema en las cuales el partido pro nazi de las cruces flechadas, todavía en el poder, ordenó la movilización de la quinta de ambos. Convocados en la oficina de reclutamiento, Smolar y Toma se presentaron juntos, pero Smolar, comprendiendo que se trataba de algo más que ejercicios de tiro y marchas por el campo, habría pedido permiso para ir al baño y se habría largado por la ventana, mientras que Toma, menos audaz, más disciplinado, esperaba a que le dieran el uniforme.

Resumiendo, ¿se alistó por voluntad propia en el ejército alemán? Smolar se encoge de hombros. Los dos eran pequeños campesinos, ignorantes de lo que estaba en juego en la guerra y más bien partidarios de los alemanes, ya que su país había elegido este bando. Uno obedeció, el otro se fue por la tangente y la vida de ambos a partir de entonces fue completamente diferente, pero la política no tiene nada que ver en ello, fueron sus caracteres los que decidieron. Cuando les suspendían en la escuela, Toma copiaba aplicadamente las líneas de castigo mientras que Smolar se escapaba: fue lo que le salvó, pero no se enorgullece.

Escucharle me hace pensar en una discusión que tuve con Sophie antes de partir. Ella arremete contra los relatos que, como *Lacombe Lucien*, muestran que puedes convertirte en miliciano —o resistente— por azar o por ignorancia. Dice que esos relatos son falsos y falseadores, que niegan la libertad, que son de derechas. Yo los tengo por ciertos. Ella dice que es porque soy de derechas, y que me quiere pero que le fastidia que sea de derechas.

Entre el día de su partida, el 14 de octubre de 1944, y el de su llegada a Kotelnich, el 11 de enero de 1947, el rastro de Andrés se pierde. Dos años y tres meses en blanco. Después de Smolar, interrogo al joven psiquiatra que se parece a John Lennon y que, con la ayuda del ejército húngaro, ha intentado reconstruir su itinerario. Piensa, porque es verosímil, que Toma fue capturado en Polonia, internado en un campo de prisioneros cerca de Leningrado y luego, a medida que el campo se iba llenando y que había que hacer sitio para los recién llegados, deportado hacia el este. Pero no hay testigos de este éxodo. No estaba solo, sin embargo. Por fuerza tuvo que tener compañeros, de combate en Polonia y después de campamento en la Unión Soviética. Lo que me extraña es que nadie viniera a su pueblo después de la guerra a hablar con sus familiares, a mantener la esperanza de que quizá regresara. Y, medio siglo más tarde, cuando su nombre, su historia, su cara de anciano *y* su cara de joven aparecieron en todos los periódicos, que no hubiera un antiguo combatiente que dijese le reconozco, estábamos en el mismo batallón, en el mismo cuartel, un día en que yo estaba enfermo, que ya no podía levantarme, habría muerto si él no me hubiese dado un poco de su sopa, y otro día fui yo el que encontró algo de comer, yo había puesto la mano sobre un saco de patatas congeladas, nos tumbábamos encima para intentar calentarlas, me acuerdo como si fuera ayer, la última vez que le vi pensábamos que nos iríamos juntos, no sabíamos dónde, nunca lo sabías, pero lo importante era seguir

juntos, nosotros los húngaros estábamos seguros de que juntos saldríamos de aquélla, y en el último minuto nos separaron, nos pusieron en vagones diferentes, ni siquiera tuvimos tiempo de desearnos buena suerte, y cuando tres días después me bajé de aquel vagón en otro campo, allá en los Urales, él ya no estaba. Hice preguntas pero nadie sabía, me acuerdo de que aquel día lloré, pensé que ya estaba, que yo no regresaría y él tampoco y sin embargo volví. Y él también, ahora, ha vuelto. Y ya ve usted, soy viejo, estoy enfermo pero me alegro de haber vivido hasta aquí, me alegro de que volvamos a vernos antes de morir, mis nietos me han dicho que me llevarán a verle, en los periódicos dicen que se ha vuelto loco, que no reconoce a la gente, pero yo estoy seguro de que me reconocerá, le llamaré András, él me llamará Geza y también se acordará de las patatas congeladas, se acordará de la última vez, antes de subir al tren, y le diré ya ves, al fin y al cabo no era la última vez...

Es como si, durante todo este tiempo, hubiera estado solo.

Le llevan muy temprano a descansar en la habitación que su hermana le ha preparado, pero la comida y las conversaciones duran hasta la caída de la tarde. De vuelta en el hotel, estamos un poco ebrios, saciados y sobre todo abrumados de tristeza. Ninguno de nosotros tiene ganas de hablar, nos acostamos sin cenar. Las habitaciones no son como las de Kotelnich, la calefacción aquí es tan fuerte que te asfixias. Doy vueltas en la cama. Para combatir el insomnio, recurro a la única cosa que tengo a mano, que es la traducción del historial médico. Y descubro algo que hasta entonces se me había escapado.

Los diez primeros años de su internamiento, András Toma fue un paciente arisco, violento, rebelde. Un joven fortachón que se peleaba, escribía en las paredes como quien lanza botellas al mar, escupía palabrotas a la jeta de sus carceleros. Era un caso difícil. Pero cambió hacia mediados de los años cincuenta, y

este cambio coincide con algo que sucedió en su país, Hungría, algo que me contó el joven psiquiatra.

La vida había seguido su curso en su pueblo, en todo el país. Los prisioneros de guerra habían vuelto, uno tras otro. Y a los que no regresaron hubo que decidirse a declararlos muertos. Es un acto doloroso, pero psíquicamente indispensable: un desaparecido es un fantasma, fuente de una angustia sin nombre que puede contaminar a varias generaciones, mientras que por un muerto se puede guardar luto, llorarlo, olvidarlo. El 14 de octubre de 1954, diez años después de su partida, día por día, entregaron a sus familiares el certificado de defunción de András Toma. Él no lo supo, allí donde estaba, pero todo ocurrió, extrañamente, como si lo hubiese sabido. De la noche a la mañana, o casi, se rindió. Se convirtió en un paciente dócil. Siempre encerrado en sí mismo, sin tratarse con nadie, murmurando en húngaro, pero tranquilo. Del pabellón de los agitados le trasladaron al de los estabilizados, el que nos hizo visitar Vladímir Alexándrovich, y a partir de entonces no hay nada que destacar en su historial hasta la amputación.

Lo han declarado muerto y está muerto.

2

Festejé mis cuarenta y tres años durante el montaje. Aquel día, el 9 de diciembre de 2000, mi madre me dijo: ¿sabes?, se me hace raro, has llegado a la edad de mi padre... Igual que se dice la edad de Cristo, sobrentendiendo la de su muerte. Al principio no reaccioné. Después miré las notas que desde hacía algún tiempo reunía sobre mi abuelo. Nació en Tiflis, hoy día Tbilisi, el 3 de octubre de 1898, nadie sabe ni sabrá nunca cuándo murió, pero desapareció en Burdeos el 10 de septiembre

de 1944, poco antes de cumplir cuarenta y seis años. Pensé que el error de cálculo cometido por mi madre me fijaba un plazo: yo disponía de tres años, hasta el otoño de 2003, para dar sepultura a aquel fantasma, y para ello era necesario reanudar el ruso.

En pocas palabras: mi abuelo materno, Georges Zurabishvili, era un emigrado georgiano que llegó a Francia a principios de los años veinte, después de realizar estudios en Alemania. Allí tuvo una vida difícil, agravada por un carácter igualmente difícil. Era un hombre brillante, pero sombrío y amargo. Casado con una joven aristócrata rusa, tan pobre como él, ejerció diversos oficios sin llegar a integrarse nunca en ninguna parte. Los dos últimos años de la ocupación, en Burdeos, trabajó de intérprete para los alemanes. En la liberación, unos desconocidos fueron a detenerle a su casa y se lo llevaron. Mi madre tenía quince años, mi tío ocho. No volvieron a verle. Nunca encontraron su cuerpo. No le declararon muerto. Ninguna tumba lleva su nombre.

Ya está dicho. Una vez dicho no es gran cosa. Una tragedia, sí, pero una tragedia banal, que no me cuesta recordar en privado. El problema es que no es mi secreto, sino el de mi madre.

Adulta, la joven pobre de nombre impronunciable se convirtió, con el de su marido —Hélène Carrère d'Encausse—, en universitaria y luego en autora de bestsellers sobre la Rusia comunista, poscomunista e imperial. Fue elegida miembro de la Academia Francesa y en la actualidad es su secretaria perpetua. Esta integración excepcional en una sociedad en que su padre vivió y desapareció como un paria se construyó en el silencio y la negación, cuando no la mentira.

Este silencio y esta negación son literalmente vitales para ella. Romperlos es matarla, o por lo menos ella lo cree firmemente, y yo, por mi parte, me he convencido de que es,

para los dos, indispensable hacerlo. Antes de que ella muera y antes de que yo haya alcanzado la edad del desaparecido...; de lo contrario, me temo que tendré que desaparecer como él.

Mi abuelo tendría hoy más de cien años, y es muy probable que lo abatieran algunas horas, algunos días o algunas semanas después de su desaparición. Pero durante años, decenas de años, mi madre se esforzó —o se prohibió, pero viene a ser lo mismo— en imaginar lo inimaginable: que él vivía en alguna parte, que quizá estuviese prisionero, que un día volvería. Todavía hoy, lo sé porque me lo ha dicho, sueña con el regreso de su padre.

Comprendí que la historia del húngaro me había trastornado porque daba cuerpo a un sueño. Él también desapareció en el otoño de 1944, él también se pasó al bando de los alemanes. Pero él volvió, cincuenta y seis años más tarde. Volvió de un lugar que se llama Kotelnich, adonde yo fui y adonde adivino que tendré que volver. Porque Kotelnich, para mí, es donde uno reside cuando ha desaparecido.

Decir que hablaba ruso de niño sería excesivo, pero lo oí, me sumergí en esa lengua y me quedó un acento que mis interlocutores concuerdan en calificar de excelente. A la primera frase, creen que hablo ruso de corrido. Esa primera frase es a menudo: *Ya ochen ploja gavariú pa ruski* —hablo ruso muy mal—, y como la pronuncio muy bien lo toman por falsa modestia. A la segunda no tienen más remedio que darme la razón. Estudié ruso en el instituto, y era un alumno pésimo, y durante veinte años no quise volver a pensar en ello. El ruso y Rusia eran el territorio de mi madre y yo prefería no frecuentarlo. Pero al cabo de unos años me convencí de que aprender o reaprender ruso sería la clave de un cambio decisivo. Que, hablando o volviendo a hablar ruso, me liberaría de la vergüenza que me estrangula la voz y podría por fin hablar en primera persona. Para decir que se habla un idioma con

fluidez, se dice *svobodna*, libremente, y es justo lo que me figuro: que hablar ruso me liberará.

Hice una tentativa, hace cinco años. Había empezado un relato sobre un niño cuyo padre es un criminal, y tardé un año en escribirlo y pasé la mayor parte de tiempo de esta gestación penosa estudiando ruso, sin saber muy bien qué me empujaba a hacerlo. En realidad no intentaba hablar, o no me atrevía, pero leía. Con bastante rapidez, fui capaz de descifrar textos no demasiado difíciles. Relatos de Chéjov, al principio, como *El pabellón número 6*, y después *Un héroe de nuestro tiempo*, de Lérmontov, que me llevé a las montañas del Karakoram, en el norte de Pakistán. Había ido allí a hacer senderismo con mi amigo Hervé. Dormíamos en pequeños albergues para senderistas, no había electricidad, leía por la noche a la luz de una vela y esto concordaba perfectamente con la narración de un viaje al Cáucaso a principios del siglo XIX. Me acuerdo de una frase en especial, a mi entender una obra maestra de economía descriptiva: las montañas, dice el narrador, son tan altas que por mucho que levantes los ojos nunca ves a los pájaros recortándose en el fondo del cielo.

No sólo estaba la célebre novela en el volumen que yo acarreaba, sino también una selección de versos entre los cuales, hojeando al azar, me topé extasiado con los siguientes:
Spi mladiénets, moi prikrasny,

Báiushki baiú...

Duerme, pequeño, maravilla mía, arorró, mi niño...

Los reconocí al instante. Y la melodía también la recordé, porque no es solamente un poema, sino una nana. Una nana cosaca que conocen todos los niños rusos y que alguien me cantaba cuando yo era pequeño. ¿Mi madre? ¿Mi *niania*? No lo sé, lo único que sé es que todavía hoy siento ganas de llorar cuando la oigo; de hecho, no cuando la oigo, puesto que nadie me la canta ya, sino cuando me la canto en voz baja, para mí

mismo. Y sé que lo que intento hacer aquí es dar forma a la emoción que me embarga cuando tarareo esta nana, es decir, cuando vuelvo a ver en mí la infancia de la que no recuerdo nada.

Quise aprenderla de memoria. Me la repetí, día tras día, acompañé con ella mis pasos cuando caminaba por el Himalaya, y no lo conseguí. Sin embargo, no es larga: seis estrofas de seis versos cada una, un total de treinta y seis versos cuyo sentido comprendo y que, con la ayuda de la melodía, deberían estar al alcance de una memoria media. La mía es excelente, pero, por lo visto, no para el ruso, y no lo conseguí. Algo, alguien, dentro de mí, rechazaba aquel regalo.

Y aquí estoy, cinco años más tarde, saliendo de otra biblioteca, en otro apartamento, con otra mujer, con el Chéjov, el Lérmonov y los ejercicios de gramática que no he vuelto a tocar desde que terminé *Una semana en la nieve*. Aquellos ejercicios los hacía por entonces a lápiz, del primero al último, y para volver a utilizar el libro tengo que borrar con una goma mis respuestas. Lo hago en la cama, página tras página, a veces se arrugan, las partículas de goma llueven sobre las sábanas. Sophie me mira, divertida. Me siento vivo bajo su mirada.

Sophie vino a vivir a rue Blanche cuando volví de Hungría. Ella habría preferido que escogiéramos juntos un piso nuevo, pero yo alegué que el mío estaba muy bien, era muy grande, no lejos de la casa de mis hijos, sin pasado ni fantasma porque lo ocupaba yo solo desde que dejé a mi mujer, y «mi casa» se convirtió muy fácilmente en «nuestra casa». A Sophie le gusta decir «nuestra casa», «en casa». En la agenda de su móvil, donde mi número ha pasado a ser el nuestro, ha cambiado «Emmanuel» por «casa». Yo temía que al cabo de trece años de matrimonio me costase reemprender una vida en común, pero con ella me encanta. Me gusta hacer el amor con ella y también

dormirme con ella, despertar con ella, leer con ella en la cama, prepararle el desayuno, hablarle cuando se baña al volver del trabajo, sentarme a una mesa con ella en la terraza de la rue Lepic, ir al mercado. Esta actividad conjunta sigue siendo una de las experiencias eróticas más fuertes de mi vida. Estamos juntos delante del frutero, cada uno ocupado en lo suyo, yo en elegir la fruta y ella una lechuga, y cuando levanto la cabeza, cuando nuestras miradas se cruzan, comprendo que ella me observaba, nos sonreímos y me dice que es como si entrase en ella, allí, delante de todo el mundo. Me gusta la mirada que comerciantes, clientes del café posan en ella, en su belleza. Sophie es alta, rubia, tiene el cuello largo, un pelo que se le esponja en la nuca, un porte magnífico *y* al mismo tiempo algo tan abierto, tan familiar, que todo el mundo tiene ganas de ofrecerle flores o de dedicarle piropos de opereta. El adjetivo «radiante» le va como anillo al dedo. Hasta ahora yo nunca había alcanzado esta plenitud amorosa, pero esta vez tengo la sensación de que ya sí.

Sin embargo, no es así. Nunca es así conmigo, nunca es duradero. Basta que un amor sea posible, sea feliz, para que al cabo de tres meses descubra su imposibilidad. Empiezo a pensar que no me conviene la mujer que amo, que me he equivocado, que habrá otra mejor en alguna parte, que al vivir con ella renuncio a todas las demás. Y Sophie, a su vez, se siente inmediatamente humillada. Para ella la humillación es una vieja historia. Ella es regia, pero a la vez plebeya. Su padre no se casó con su madre hasta mucho después de su nacimiento. Su madre estaba sola en la clínica y lloraba porque no tenía a nadie a quien enseñar el bebé. Sophie se siente bastarda, rechazada. He tardado en comprenderlo y también que a sus ojos pertenezco al círculo a la vez encantado y odioso de los herederos. Al nacer me lo dieron todo, me dice: la cultura, la buena posición social, el dominio de los códigos, gracias a lo cual pude elegir libremente mi vida y vivir haciendo lo que se

me antoja, al ritmo que me apetece. Nuestras vidas son diferentes, nuestros amigos también. La mayoría de los míos se dedican a actividades artísticas, y si no escriben libros o filman películas, si, por ejemplo, trabajan en la edición, eso quiere decir que dirigen una editorial. Allí donde yo soy amigo del jefe, ella lo es de la recepcionista. Ella forma parte, al igual que sus amigos, de la población que toma el metro cada mañana para ir al trabajo, que tiene un abono mensual, vales de restaurante, que envía currículos y solicita vacaciones. Yo la quiero, pero no me gustan sus amigos, no me siento cómodo en su mundo, que es el de los asalariados modestos, gente que dice «pa' París» y que va a Marrakech con el comité de empresa. Soy consciente de que estos juicios me juzgan, y que dibujan de mí un retrato desagradable. No soy solamente ese hombrecillo seco, poco generoso. Puedo ser abierto con los demás pero cada vez más a menudo me rebelo, y ella me guarda rencor.

Vamos a cenar a casa de unos amigos míos, en el Marais. Todo el mundo se conoce, todos son más o menos gente del cine y están más o menos al mismo nivel de éxito y notoriedad. Cuando llego con mi nueva novia, ocurre algo que ocurre cada vez y que me regocija intensamente. Como si hubieran abierto de par en par las ventanas, como si antes de que ella entrara la habitación fuese más pequeña, más sombría, más cerrada. De golpe ella ocupa el centro. A su lado, todas las chicas, incluso las más bonitas, adoptan aire de acorraladas. Noto que los hombres me envidian, se preguntan de dónde la habré sacado, y el hecho de que Sophie no encaje del todo en las pautas de nuestro pequeño círculo, que se ría un poco demasiado fuerte, que remueva una cantidad excesiva de aire, muestra lo libre que soy, lo liberado que estoy de la endogamia que reina entre nosotros.

Pero llega el momento en la mesa en que alguien pregunta a Sophie lo que hace en la vida y ella debe responder que trabaja en una editorial que publica textos escolares, en fin,

educativos. Noto que le cuesta decirlo, y a mí también me gustaría que pudiera decir: soy fotógrafa, o fabricante de laúdes o arquitecta; no necesariamente un oficio elegante o de prestigio, sino uno elegido, uno que ejerces porque te gusta. Decir que haces textos educativos o que atiendes la ventanilla de la Seguridad Social es decir: no lo he elegido, trabajo para ganarme la vida, estoy sometida a la ley de la necesidad. Esto es así para la inmensa mayoría de la gente, pero alrededor de esta mesa todos escapan a esta condición y cuanto más avanza la conversación tanto más excluida se siente Sophie. Se vuelve agresiva. Y para mí, que dependo tan cruelmente de la mirada de los demás, es como si ella se devaluase a ojos vistas.

Sobre esta cuestión social que nos envenena, me digo y le digo algo un poco hipócrita. Digo que no es problema mío, sino suyo. Que yo la quiero tal cual es, que no me molesta que después de una cena en la que alguien ha hablado con una pasión contagiosa de las novelas de Saul Bellow ella apunte en su libreta, con su letra un poco infantil: «Leer a Solbelo.» Lo fastidioso es su resentimiento, que se sienta constantemente ofendida. A la larga se vuelve penoso. Ya estoy harto de que me atribuya el papel de niño mimado que no ha tenido que luchar por nada y de que ella se reserve el de proletaria eternamente rechazada. De entrada, no es verdad. Yo también he tenido que luchar, y mucho, aunque no fuera en el terreno social. Sophie no es una proletaria, viene de una familia burguesa un poco singular, su padre es una especie de anarquista de derechas que vive como un guardabosques en una finca de trescientas hectáreas en Sarthe. Y añado: aunque fuera verdad, la libertad existe, no estamos totalmente determinados, ¿qué son esas chorradas a lo Bourdieu?

En lo que le miento y me miento, para empezar, es en que en el fondo no creo en la libertad. Me siento tan determinado por el malestar psíquico como ella por el social, y por mucho que me digan que es un malestar puramente imaginario, no por

ello me pesa menos en la vida. Y también miento cuando digo que ella es la única que se avergüenza. Por supuesto que no.

Un día me dice esta frase, que me trastorna: no soy una mujer con la que alguien se casaría. Y yo me dije: yo sí me casaría con ella.

Me lo dije, sí, pero no se lo dije a ella. Le dije otra cosa, en cambio, de la que no me enorgullezco. Fue en casa, en una cena improvisada a la salida de un cóctel. Habíamos invitado a una docena de personas que iban y venían entre el salón y la cocina, mientras yo preparaba pasta. Alguien, a mi espalda, descorchando una botella, dijo que realmente hacíamos buena pareja, que se estaba bien en nuestra casa, y un imbécil fue aún más allá: entonces, ¿por qué no tenéis un hijo? Yo habría podido no prestar atención, pero sin dudar, sin volverme, respondí: ah, no, ni hablar. Comprendería muy bien que Sophie tuviera ganas de tener un hijo, pero tendrá que tenerlo con otro. Ah, bueno, por lo menos está claro, dijo, un poco cortado, el imbécil, que por otra parte no era un imbécil sino un bicho raro, turbio, que de cara se parecía a Guy Georges, el asesino del este parisino, y al que era fácil imaginar como un asesino en serie. Deduciendo de mi respuesta que yo no amaba a Sophie como se merecía, a partir del día siguiente el tipo se lanzó a cortejarla con tanta asiduidad que al cabo de unas semanas se convirtió en acoso. La telefoneaba todos los días, la esperaba horas en el café enfrente de su oficina. Ella se me quejaba a mí, pero lo hacía sobre todo de que yo le hubiese señalado tan claramente al pretendiente que la vía estaba libre.

Digo a mi madre que reanudo el estudio del ruso, que tengo un vago proyecto relacionado con mis raíces rusas. Ella dice que muy bien, pero noto que la inquieta. En efecto, estaría muy bien que hablara de mis raíces rusas, de mis antepasados rusos, que, por parte de mi madre, son todos príncipes, condes,

grandes chambelanes, damas de honor de la emperatriz. Siempre he visto sus retratos constelados de condecoraciones en las paredes del piso donde crecí, en la rue Raynouard, y ahora que mis padres se han mudado al quai Conti, esos retratos casan muy bien con los de los académicos pretéritos. Los escándalos y las calaveradas atribuidos a sus modelos son pintorescos. La princesa Pánina causaba sensación en los salones de San Petersburgo paseando por ellos a unos lobos. El conde Komarovski, el que fue vicegobernador de Viatka, tenía por costumbre, cuando se enfurecía, defenestrar a sus interlocutores, sobre todo a los musulmanes. Otro conde Komarovski, un camorrista que estuvo en todas las guerras, en Transvaal, en Manchuria, en los Balcanes, y cuyas fotos, por lo general ecuestres, siempre me inspiraron mucha simpatía, acabó siendo arrojado a un pozo por los revolucionarios. Su destino es trágico, pero glorioso. Con estos personajes tan vistosos, que figuran todos en el almanaque Gotha, se podría escribir una novela histórica estupenda, pero mi madre sabe muy bien que no quiero escribir esa novela, que lo que me interesa es eso de lo que no se debe hablar.

Voy a ver a Nicolas, mi tío. Quizá no sea verdad, pero me parece que todo lo que sé de mi abuelo lo sé gracias a él. Lo que me transmitió mi madre es lo que no sé, lo que produce vergüenza y miedo y me petrifica cuando encuentro su mirada. De toda mi familia, de quien más próximo me siento es del tío Nicolas. También hay que contar que él tenía catorce años cuando murió su madre, que su hermana y él se encontraron solos en el mundo y que ella le crió. Le hizo de madre y de hermana, y esto hace que él sea para mí hermano y tío a la vez. Los dos hemos hablado bastante a menudo del abuelo, del secreto, de lo que rezuma de él en los libros que he escrito, para que le extrañe que hoy yo quiera volver sobre el tema. Deposita delante de mí la caja de zapatos donde ha reunido y clasificado todo lo que posee de los archivos de la familia y, principalmente,

la *perepiska raditeliei*, la correspondencia de los padres. Comienzo a examinar los documentos. Tomo notas.

Georges Zurabishvili nace en Tiflis, en una familia de la burguesía cultivada. Su padre, Iván, es jurisconsulto y su madre, Ninó, tradujo a George Sand al georgiano. Las fotos de familia muestran bigotes y chales, se adivinan rosarios de ámbar entre los dedos. Huelen a Oriente, pero también a la seriedad propia de los intelectuales de los países colonizados. Georgia, largo tiempo objeto de disputa entre turcos y persas, formaba parte del imperio ruso desde hacía un siglo. Controlada por los mencheviques durante la revolución de 1917, en 1920 proclama su independencia, que las democracias occidentales reconocen *de iure*. Los Zurabishvili exultan. Patriotas fervientes, tienen una aguda conciencia de las responsabilidades que entraña la independencia. La primera de ellas es el dominio de su lengua nacional. «Hablar un idioma extranjero en un país independiente sería deshonoroso», escribe Ninó en una carta al primogénito de sus tres hijos, Artchil, que estudia ingeniería en Grenoble. Y en la misma carta menciona la humillación de Georges, el hermano menor, cuando haciendo de intérprete en una conferencia anglo-georgiana se ve obligado a continuar la interpretación en ruso, debido a que no conoce bien el georgiano. De hecho, parece que la humillada por este episodio es ella, no él. Él consideraba provincianos la lengua, la cultura, el patriotismo georgianos. Toda su familia escribe en georgiano y él en ruso. Hay una carta suya de esta época, dirigida también a su hermano Artchil. En ella habla de todo con una ironía afectada, incluido el reconocimiento *de iure* que tanto valor tiene para los suyos. A los veintitrés años, hace de diplomático cínico, de dandy frívolo, enemigo de toda forma de *pathos* y sentimentalismo, y se considera a sí mismo «complicado, poco sincero, superficial». Evidentemente, esta actitud escandalizaba a sus padres. Ninó, cuando escribe a su hijo en Grenoble, repite sin cesar la gran confianza que tiene en su predilecto, su

adorable Artchiliko (padre y madre se dirigen a su hijo con una ternura conmovedora y una sobreabundancia de diminutivos): es un chico serio y seguro de sí mismo. Ella se preocupa, en cambio, por Georges, a causa de su carácter egoísta, perezoso y guasón. El joven de quien se habla y que habla de sí mismo en estos términos se enorgullece aún de su reputación y ve en ella el signo de una personalidad extraordinaria: se adivina que se siente superior a sus hermanos, superior a todo el mundo. Menos de diez años después, se cumplirán los presentimientos de sus padres y el más brillante de los tres arrastrará el papel del fracasado de la familia.

Cuando Georgia proclama su independencia, los soviéticos creen en la revolución mundial y la emancipación de las naciones. El fracaso estrepitoso de los espartaquistas en Alemania hará cambiar a Lenin de doctrina: la revolución se hará en un solo país, y más vale que sea uno grande. Georgia es recobrada en 1921. Las democracias protestan blandamente. Los Zurabishvili toman el camino del exilio. Pasan tres años en Constantinopla, y Georges parte solo a estudiar en Berlín. Estudios de economía política, de comercio, de filosofía, no está muy claro, y la correspondencia con su madre no aclara nada. No se sabe nada de lo que hace, si aprueba o no los exámenes, ella se lo reprocha y él se vuelve aún más evasivo. Nabokov también estaba en Berlín en aquella época y, al leer las cartas de mi abuelo, pienso que sin haberle conocido, ni a él ni sus obras, era la clase de personaje que Nabokov intentaba ser: un tipo que lo mira todo desde arriba, un dandy burlón. Pero Nabokov estaba seguro de sí mismo y de su genio; fueran cuales fuesen las pruebas que atravesó, vemos bien que se despertaba cada mañana dando gracias a Dios por el privilegio único de haber nacido en la piel de Vladimir Nabokov, mientras que en mi abuelo, incluso de joven, entrevemos una inquietud y una desconfianza de sí mismo que yo reconozco: son las mías.

Se reúne con su familia en París, en 1925. El padre ha

encontrado un empleo de jefe de sección en Bon Marché, la familia de cinco vive en dos cuartitos una vida de emigrantes pobres, pero los otros dos hermanos terminan sus estudios de ingeniero y pronto emprenderán auténticas carreras: uno construirá embalses, el otro trabajará en Ford. Aunque mantienen la fidelidad a la comunidad georgiana, de la que hasta su muerte constituirán pilares, se integran perfectamente en la sociedad francesa. Georges no. Sigo sin saber muy bien qué diplomas obtuvo en Alemania, pero en todo caso no son válidos en Francia, de modo que se ve limitado a ejercer oficios artesanales. Sus hermanos intentan ayudarlo, pero él no se deja: demasiado orgulloso, demasiado receloso y susceptible.

Durante un tiempo fue taxista, y es una de las pocas cosas que a mi madre le gusta contar de Georges, una de las pocas que de niño supe de mi abuelo. Ser taxista en París en los años veinte es bastante chic, parece de príncipe ruso. Mi madre dice que en el taxi él se pasaba casi todo el tiempo leyendo obras de filosofía, y cuando le preguntaban si estaba libre respondía que no, con un tono irritado, porque quería terminar el capítulo. Amaba las ideas, los ensayos más que las novelas, y leer un libro equivalía para él a conversar con su autor. Le aprobaba o le insultaba, acribillaba los márgenes de anotaciones febriles («¿Lo has descubierto tú, imbécil siniestro?»), y cuando encontraba un interlocutor de carne y hueso a su altura, nada le gustaba tanto como pasarse toda la noche en ásperas discusiones políticas o filosóficas, bebiendo entretanto litros de té y fumando un cigarrillo tras otro: un auténtico intelectual ruso, planeando con soberbia por encima de las realidades cotidianas.

En el antiguo régimen, mis abuelos maternos no se habrían casado ni tampoco se habrían conocido. Él era un plebeyo georgiano, ella pertenecía a la gran aristocracia europea. Su padre era prusiano, su madre rusa, y lo que más le gusta del mundo a mi padre es trazar y comentar sus árboles

genealógicos, llenos de títulos, de dominios inmensos y nombres refulgentes. El barón Victor von Pelken y su mujer, de soltera condesa Komarovski, no vivían ni en Prusia ni en Rusia, sino en la Toscana, en una mansión muy bella que yo visité un día. Parece que fue un matrimonio desdichado, y cuando mi bisabuela dio a luz a un segundo hijo que no era de su marido, sino del jardinero jefe, se divorciaron, lo cual apenas se hacía en su época ni en su medio. El barón Von Pelken volvió a Berlín, dejando a su hija sumida en una infancia bastante triste entre una madre sin dulzura, un medio hermano preferido a ella y un ejército de criados. Aquel pequeño mundo vivía de las rentas de vastos dominios en Rusia, y cuando la revolución confiscó aquellas tierras y cortó aquella fuente de ingresos, mi bisabuela primero despidió a los criados, después vendió la casa, invirtió mal el producto de la venta y en pocos años se vio totalmente arruinada. Como los tres miembros de la familia no se querían, se dispersaron y Nathalie de Pelken, que, no siendo una muchacha feliz, en su defecto habría sido una rica heredera, llegó a París en 1925 a la vez sin un céntimo y sola en el mundo. Su principal baza para componérselas era que hablaba cinco lenguas: ruso, italiano, inglés, alemán y francés. Por lo demás, había estudiado sobre todo acuarela. Con el óvalo perfecto de su cara, sus cintas en el pelo peinado con raya en medio, es fácil imaginar a aquella muchacha rusa, noble pero pobre y de salud frágil, en una pensión para heroínas de Katherine Mansfield: «Nuestra Natalia Viktorievna...»

Él le escribía cartas de veinticinco y treinta páginas. En ellas compara su amor con un jardín donde halla refugio contra las vicisitudes de una vida pasada corriendo como un animal descerebrado en busca de su condumio en una ciudad polvorienta, ensordecedora, hostil. En este jardín maravilloso, al lado de su Natasha, su alma disfruta del descanso durante breves instantes, pero esos impulsos de lirismo y confianza no le impiden presentarse ante su prometida como «una cosa

irremediablemente podrida», condenada a una apatía mortal, sujeta a terribles oleadas de tristeza que suben por él, ascienden, oscurecen el cielo, anulan los sonidos y los colores, gangrenan la vida. Nicolas me tradujo y yo copié páginas enteras de esas cartas, de las que es difícil citar extractos porque lo que importa es su movimiento, febril y machacón. He aquí, de todos modos, una muestra: «Mi corazón», escribe, «se ha vuelto duro y frío como el acero y, si no tuviese el contacto de tu manita, la única cosa que aún es capaz de sentir, habría olvidado por completo hasta la idea de la lucha. Si este corazón estuviese vivo, caliente y lleno de sangre como el de los demás hombres, y no frío y duro como el acero, hace mucho tiempo que se habría roto, vaciado de esa sangre que se habría esparcido por este horrible desierto que lo ha estrangulado con su torno gris y frío. ¿En qué se convertiría, Nátochka, un corazón de hombre normal, vivo y caliente, si estuviera apresado en este torno gris y frío de donde sólo surgen cohortes de espectros espantosos —feos y silenciosos, pero que por medio de su silencio, sus burlas sofocadas, sus guiños, la burlona insolencia de su modo de andar, hablan tan clara e inteligiblemente—, los espectros de todas las esperanzas asesinadas o mutiladas, los espectros de creencias forjadas por el alma pura de mi adolescencia, los espectros de todas las bajezas mentirosas de la vida, esos espectros que me dicen con tanta claridad a través de sus labios mudos: Y bien, ¿qué has conseguido? ¿Has obtenido siquiera algo de lo que deseabas? No lo obtendrás jamás. Jamás, ¿me oyes?, jamás. ¿Comprendes esta palabra: jamás? ¿De qué te sirve gritar: ¡salid, salid todos, no temo a nadie, quiero veros uno a uno, cara tras cara? Nadie saldrá, ¿por qué íbamos a hacerlo? Somos los pequeños, los insignificantes, no somos orgullosos, no buscamos pelea, no la necesitamos para devorarte vivo, mi pequeño halcón. Nos hemos ventilado a no pocos más forzudos que tú. ¿Uno a uno? ¿Y por qué quieres que lo aceptemos? ¿Por qué? Nuestra fuerza

no está en eso, avanzamos poco a poco, a pasitos pequeños. Somos la multitud, somos legiones de legiones, somos el mundo entero y tú, ¿tú quién eres? Estás solo; somos el mundo entero y tú estás solo, ¿entiendes? Gesticula, gesticula cuanto quieras...; nosotros esperamos, no tenemos prisa, somos personitas. Grita, pues, mi pequeño halcón, grita y gesticula...; nosotros esperamos, no somos orgullosos, no somos como tú, tú, que te figurabas que el mundo había sido creado para que tú cumplieses en él tus sueños. ¡Mira qué listillo! Nuestra fuerza, amigo mío, no está ahí, avanzamos despacio, tranquilos...; primero te mandamos uno, después otro y un tercero y un décimo, y de pronto ves que hay una multitud. Pues así nos vamos a posar encima, todos juntos, en masa, para aplastarte. Y todo el mundo estará con nosotros, incluso los más próximos a ti, ellos también estarán con nosotros. ¿Y contigo, mi pequeño, quién estará contigo? Nadie. Porque no se sacia a nadie con bellos sueños grandiosos, ¿y aunque tú creyeras en ellos, en tus sueños? ¿Crees, al menos? ¿Crees de verdad que puedes hacer que un río fluya del mar hacia la montaña, hacer que el sol se desplace del poniente al levante? ¿Lo crees? Y tu tristeza, entonces, ¿de dónde sale? ¿Y el agotamiento mortal de tu alma? ¿Y ese pliegue de desesperación en la comisura de tu boca? ¿No sabes acaso que todo lo que has tocado con la mano se ha transformado en destrucción y desdicha? ¿Todavía no lo has comprendido, pequeño halcón? Estás solo, completamente solo, nadie te acompaña ni te sigue. ¿Sigues gesticulando? Sin embargo ya lo sabes, que cuando ya no puedas gesticular será el momento en que todos acudiremos a la cita, bien frescos y dispuestos, para aplastarte con nuestro peso y nuestra multitud. ¿Y quién te defenderá? Nadie te defenderá, porque realmente no has parado de pisarles con tu arrogancia diabólica. Estás totalmente solo con tus sueños grandiosos. Nosotros, en cambio, quizá seamos pequeños pero somos la multitud..., ¡oh, qué multitud! Y tú, pequeño halcón,

gesticulas...»

El hombre que escribe esto en una carta de amor a su novia tiene treinta años. Se ve ya como un desecho, un hombre perdido, y no sólo por culpa de la mala suerte que le impide encontrar en la sociedad un lugar digno de él, sino también porque lleva dentro algo enfermo, podrido, lo que él llama «mi defecto constitucional» o, más familiarmente, «mi araña en el techo». El mal fario le perseguía, todo el mundo era su enemigo, pero él era sobre todo enemigo de sí mismo, dice una y otra vez con un tono y un ritmo que advierto, al copiar estas líneas, que son exactamente los del hombre del subterráneo cuya inquietud, locura razonadora y odio atroz a sí mismo transcribió Dostoievski.

Es bastante extraño que esta correspondencia entre mis abuelos prosiga más allá del tiempo de su noviazgo. Se casan en octubre de 1928, su hija Hélène, mi madre, nace el 6 de julio de 1929, y menos de un año después las cartas se reanudan. Se debe a que se separaron muy pronto. La separación se explica en parte por motivos materiales.

Eran demasiado pobres para alquilar un apartamento, incluso pequeño, y a menudo ocurría que amigos caritativos acogían a Nathalie y a su hija en un cuartucho donde no había sitio para Georges. Él encontraba un refugio en otra parte, en el hotel o en el sofá de otros amigos, y sus empleos calamitosos le forzaban a hacer grandes giras por provincias, que él cuenta detalladamente con una ironía amarga. El fondo de la cuestión, sin embargo, es que no soportaba la vida familiar, y sobre todo la de una familia pobre. Lo cotidiano le hería, le hacía sentirse maniatado. Cargado de responsabilidades, tenía que renunciar a sus aspiraciones y para ganar unas perras llevar una vida mezquina y agotadora.

Pero ¿cuáles eran sus aspiraciones? ¿Los sueños grandiosos que la hostilidad del mundo y su propio

temperamento le prohíben cumplir? ¿Qué habría querido hacer en el absoluto? ¿Literatura, política, periodismo? No está claro, y no tengo la impresión de que la vida le haya impedido seguir una vocación concreta. Su pobreza le humillaba, pero no soñaba con hacer fortuna. Escribía febriles cartas interminables, pero nunca, que yo sepa, propuso un texto a un editor ni a un periódico. Creo que sobre todo habría querido que le respetasen. Ser importante. Visible. Existir ante los demás. Que no le vieran como un fracasado, un pobre de solemnidad toda su vida.

No sólo escribía a su mujer ni sólo escribía en ruso. La caja de cartón de la *perepiska radíteliei* contiene un fajo de cartas en francés, pacientemente recogidas por Nicolas de corresponsales que eran en su mayor parte femeninas: dos o tres señoras de la buena burguesía francesa a las que se dirige a veces con un tono de enamorado transido, a veces de mentor despótico y a menudo de las dos cosas juntas. Mi madre reconoce con indulgencia que era mujeriego, pero al parecer buscaba no tanto amantes como confidentes y lazos de amistad con mujeres que tenían en común ser menos sumisas que él al yugo degradante de la necesidad. Amaba sus maneras delicadas y sus casas, que sin ser forzosamente fastuosas tampoco eran chabolas. Su vida de desclasado le pesaba muchísimo y descargaba ese peso en las cartas que enseguida se volvieron en francés tan laberínticas y afectadas como en ruso. Frases largas, tortuosas, machaconas, que persiguen el pensamiento, multiplican guiones y paréntesis, dan la impresión de que cojean hasta que las hace salir por piernas en un estallido de autoescarnio cruel.

Garabateadas a lápiz en mesas de café, las cartas, después de la época del taxi, están franqueadas un poco en todas partes de Francia y Bélgica. ¿Qué oficio ejercía exactamente? ¿Representante? ¿Vendedor ambulante? Habla de puestos que carga y descarga en mercados, de patronos que lo explotan. Al

principio ha decidido tomarse estas experiencias penosas y mal pagadas como experiencias, precisamente, como un deporte que temple el carácter. Quiere ser enérgico, nietzscheano, pero el desaliento no tarda en aparecer. Todo es complicado. Cuando está en París se aloja en una zahúrda de la rue de Malte; a Nathalie y a la pequeña Hélène las hospedan en Meudon unos conocidos, pero estos conocidos dicen que eso no puede durar eternamente y él teme tener que reanudar la convivencia, lo cual sería, confiesa a una de sus corresponsales, «la solución más desagradable para todo el mundo».

¿Qué sé yo de la pequeña Hélène, mi madre, en aquella época? La llaman Poussy, se maravillan de su vivacidad. Las fotos no abundan, entonces eran un lujo, pero en las que existen está encantadora. Hasta los cuatro años —me lo cuenta ella misma— no habla francés. En la sociedad de emigrantes en la que crece se habla ruso y sólo ruso. Ella cree incluso que vive en Rusia. Meudon se pronuncia *Miedonsk* y Clamart *Kliemar*. Ella se acuerda de un día en que su padre la lleva al Bois de Boulogne, donde pasean en barca acompañados de una mujer francesa. La mujer no habla ruso, la niña no habla francés, sólo pueden intercambiar sonrisas. Al volver a casa, el padre le explica a la hija que pronto ella se irá de vacaciones con aquella agradable mujer francesa. Hélène ya está acostumbrada a pasar vacaciones con personas que no conoce o apenas, puesto que sus padres no tienen medios de llevarla a ninguna parte, pero suelen ser rusas. No protesta, pasa el verano en Bretaña, rodeada de gente que habla una lengua de la que ella, al principio, no entiende nada. La aprende enseguida y bien, hasta el punto de que al volver en septiembre prácticamente ha olvidado el ruso: lo recuperó en pocos días.

De niño me encantaba que mi madre me contase esta historia y ella nunca se hacía de rogar. Me gustaba cada detalle. Hoy, sin embargo, me cuesta creer que no hablase francés en absoluto antes de su estancia en Bretaña, y que de verdad

creyera que vivía en Rusia. ¿Cómo una niña inteligente y curiosa no habría advertido que en la calle, en el jardín público, entre los comerciantes, en todas partes, se hablaba un idioma distinto que en casa?

Mientras que en oscuras ciudades de provincias Georges embala y desembala tenderetes por un sueldo de miseria, Nathalie está triste, le preocupa el porvenir. Sus únicas alegrías son su hija y el coro de la iglesia donde canta. «En lo más alto de mi torre», escribe, «no veo a nadie, nadie viene a verme, no voy a casa de nadie. Me vuelvo cada vez más salvaje y también, entre nosotros, cada vez más fatigada.» En 1936, sin embargo, espera un segundo hijo, y cuando Nicolas nace, Georges reanuda la vida en común. Encuentra un trabajo en París, como vendedor en Vilmorin, quai de la Mégisserie. La familia ocupa un pisito de dos habitaciones en Vanves. Como una amiga suya se va unos días de vacaciones a Niza, Nathalie le pide que aproveche para visitar a su madre, que vive allí, en un hotel mísero que ostenta el extraño nombre de Hotel Ric et Rac.¹ Han perdido el contacto desde hace años: «Acuérdate de que ella, por supuesto, no sabe nada de mi vida y de Nicolas, no lo comprendería y se apenaría inútilmente. Así que, versión oficial, un hogar muy feliz.»

Versión oficial, un hogar muy feliz...

El 18 de julio de 1936, las tropas franquistas se sublevan contra el Frente Popular español. Se forman las Brigadas Internacionales para acudir en su ayuda. Pero él, Georges, si no tuviera, como dice, «a Natasha y a la pequeña *to take care of*», se habría afiliado bien gustoso a otra brigada: a la Bandera, que apoya a los franquistas y congrega, según Nicolas, «a los últimos amantes de lo decente y lo caballeroso, la jerarquía y el orden, la abnegación desinteresada». Hace ya varios años que admira a Mussolini y a Hitler, que anima a sus corresponsales a leer a Béraud, Kérillis, Bonnard, compañeros de viaje del

fascismo francés. Copia para ellas citas donde abundan palabras como chusma, podredumbre, decadencia, y cuando emplea, textualmente, la expresión «la bestia inmundada» es para designar a las democracias que en 1921 no movieron un dedo cuando los bolcheviques invadieron su pequeño país. Todos los temas del fascismo figuran en su epistolario: aversión al parlamentarismo, a Norteamérica, al materialismo, al trabajo, a la pequeña burguesía; admiración por la autoridad, la fuerza, la voluntad. Observo, sin embargo, que, con independencia de los destinatarios, no hay en las cartas huella alguna de antisemitismo. A priori, habría sido el exutorio ideal para su modo de pensar obsesivo, amargo y reiterativo. Pero parece ser —lo cual, en suma, es bastante curioso— que nunca hizo a los judíos responsables de sus desgracias. Quizá, en su condición de georgiano apátrida, se sintiese solidario con aquellos perseguidos. Pero también pudo haber sido al revés: alguien que se halla en lo más bajo de la escala, humillado por todos, suele consolarse cuando encuentra a otro aún más bajo que él, y lo humilla a su vez. No fue lo que ocurrió.

Políticamente, hacia el final de los años treinta está cada vez más furioso y deposita todas sus esperanzas de renacimiento para Europa —si no para él, cuya perdición ya está consumada— en las dictaduras española, italiana y sobre todo alemana. Pero al mismo tiempo gira alrededor de la fe cristiana como último recurso para un alma como la suya. Esta fe en la que aspira a abismarse no es la de su mujer, heredada, apacible, resignada, la fe que se expresa cantando en el coro de la iglesia ortodoxa y que es el único sostén de Nathalie en las vicisitudes de la vida. La fe de Georges, al menos la fe con la que sueña, es un impulso místico, una quemadura más que un bálsamo, y cuando un alma buena cita una frase de Claudel sobre «la elección al revés» del réprobo, sobre «el enfermo y el santo, a los que Dios no deja tranquilos», prorrumpe en sarcasmos contra el escritor y le reprocha que hable de ello

«desde fuera».

«¿Qué sabe él de la desesperación auténtica, que es como un ácido que te vierten en el alma gota a gota y que te penetra hasta la médula de los huesos? Habla de esto bien, muy bien, porque es un gran artista y como tal es capaz de imaginar con una veracidad y una credibilidad inauditas la “cosa”, exactamente como sabría imaginar y describir el estado de ánimo de un hombre encerrado para el resto de su vida en una mazmorra. Pero ¿qué sabe él realmente? Que me enseñe la punta de los dedos. Si veo en ellos, en lugar de uñas bien cuidadas, muñones sanguinolentos a fuerza de excavar la piedra viva y los huesos de las muñecas puestos al descubierto por sus propios dientes, le creeré, pero no antes.»

Se considera autorizado para hablar de la desesperación, y se esfuerza en enraizar su fe en ella. Estas frases, y otras que contienen a la vez una apologética y una autopersuasión insistente, me resultan familiares. Me recuerdan una época en que yo era horriblemente infeliz y traté de hacerme cristiano. Ahí reencuentro lo que conocí: el mismo deseo de creer para enganchar tu angustia a una certeza; el mismo argumento paradójico según el cual la sumisión a un dogma contra el que se rebelan la inteligencia y la experiencia es un acto de libertad suprema; la misma forma de dar sentido a una vida insoportable, que se convierte en una sucesión de pruebas impuestas por Dios: una pedagogía superior, que esclarece a través del sufrimiento.

Nathalie, su mujer, resumía así su historia: «Un hombre en cuya vida Dios se instaló por la fuerza y el embrollo resultante.»

¿De dónde saco esta escena? Mi madre, de niña, está en el metro con su padre. A su lado, en el banco, o bien cada uno en un traspuntín. Él lleva ropa a la vez pobre y correcta: una chaqueta oscura, una corbata, una camisa limpia y raída, un

jersey de lana gruesa, quizá con dibujos multicolores, que le dan el aspecto exacto de lo que es: un emigrado pobre, al que aún no llaman trabajador inmigrante, pero cuya cara estrecha y hundida por las preocupaciones, cuya tez mate y cuyo pelo, ojos y bigote negros fácilmente habrían hecho que veinte o treinta años más tarde le confundieran con un árabe. Su rostro es también sombrío, y su voz, sorda. Habla de su vida a su hijita, con cólera y con vergüenza. Ha fracasado en todo, es un perdedor. Sin embargo, es inteligente, culto, estudió filosofía en universidades alemanas, lee libros sesudos, habla con fluidez cinco idiomas y todo esto no le sirve de nada, sino que le hunde aún más. Sus hermanos, por el contrario, se las arreglaron. Los dos son ingenieros, tienen títulos que valen algo, empleos en empresas sólidas, no tienen problemas para mantener a sus familias. Son hombres de fiar y razonables. No son genios, desde luego. Él era distinto: el más dotado, el más brillante, todo el mundo estaba de acuerdo en este punto, y a pesar de ello, o más probablemente a causa de ello, no ha llegado a nada. Es un don nadie en la sociedad francesa. Nadie. Literalmente, no existe. Un ticket de metro gastado, un escupitajo en el suelo, entre los destellos de mica. Forma parte irremediabilmente de esta turba de gente que se ve en el metro, pobre y gris, con los ojos apagados, los hombros caídos bajo el peso de una vida de la que nada han elegido, una multitud desdeñable, pobre ganado humano uncido al yugo... Lo más triste es que a pesar de todo esa gente tiene hijos. Es horrible. Al menos para esos hijos, un hombre tendría que ser fuerte, inteligente, respetado. Un niño o una niña que pronuncia la palabra «papá» debería estar seguro de que papá es un héroe, un valiente, y un padre que no es capaz de presentarse así ante la mirada de sus hijos no es digno de que le llamen papá.

Imagino estas palabras y quizá esta escena. Me parece, no obstante, que mi madre me contó un día algo parecido. La veo sentada en el metro al lado de su padre, escuchando este

monólogo amargo y sordo y conteniéndose para no llorar. La veo mal vestida, con zapatos pésimos de suelas perforadas, como en las novelas miserabilistas, y me imagino la vergüenza de su padre por no poder comprarle unos nuevos, tener que contar sin fin, ahorrar para comprarle a su hija un par de zapatos que, de todos modos, serán feos y de mala calidad, porque las personas como él sólo pueden comprarles a sus hijos cosas feas y baratas. Esta escena es muy nítida en mi conciencia, pero no logro recordar cuándo me la contó mi madre, si fue ella. Lo que es seguro es que no puedo ver a un pobre hombre con su hijo en el metro sin imaginarme su vergüenza y su humillación, la conciencia que de ambas tiene el niño, y sentir, a mi vez, ganas de llorar.

A principios de la primavera me invitan a Amsterdam para hablar de mis libros. Suelo desconfiar de estas invitaciones, pero era la ocasión de pasar tres días con Sophie como enamorados. Acepté. La víspera de la partida tuvimos una riña violenta, como sucede cada vez con más frecuencia, y viajo solo. Lo lamento nada más llegar a mi hotel chic y encontrarme sentado en la cama *king size* donde habría sido tan placentero hacer el amor juntos. ¡Idiota, pobre idiota, *biedny durak!*

Me trago la vergüenza, llamo a Sophie, le digo que soy infeliz sin ella, que aún podemos reunimos y que voy a telefonar para reservarle un billete. Ella me escucha en silencio y después dice, con calma, que me quiere pero que no acepta estar a merced de mis cambios de humor. No sé lo que quiero, oscilo continuamente entre el deseo más ardoroso y el rechazo más hiriente. Ella es como es, con su risa ruidosa y sus amigos de los arrabales, y yo no voy a cambiarla, y lo que a ella no le gusta es ver cómo el hombre divertido, encantador y animoso del que se ha enamorado se transforma en un tipejo seco, agrio y cruel, que al juzgarla sin benevolencia se juzga a sí mismo y se condena. Y punto.

Son las siete, no tengo ningún plan, los organizadores de la conferencia no han previsto nada para mí hasta el día siguiente, y se perfila la perspectiva inquietante de una noche solitaria, tumbado en la cama, mientras la gente pasea por la calle, se reúne en bares, charla, sonríe, se besa, hace, en suma, lo que hace la gente el sábado por la noche en una gran ciudad, siempre que sea gente normal. Toda mi vida me he considerado no normal, excepcional, a la vez maravilloso *y* monstruoso, lo cual no es inquietante cuando eres adolescente pero sí lo es a mi edad, y por mucho que vaya tres veces por semana al psicoanalista cada vez veo menos razones para que esto cambie.

Al salir del hotel, situado, como es debido, al borde de un canal perfectamente romántico, veo en la planta baja del inmueble vecino un salón de masaje y al acercarme veo que ese salón no sólo ofrece masajes, sino también sesiones de *floating*, que consiste en flotar dentro de un tanque de agua salada sin tener que hacer ningún movimiento para mantenerse en la superficie. El tanque, del que se ven fotos en el escaparate, es del tamaño de una bañera grande, pero está provisto de una tapadera y herméticamente cerrado, de tal manera que ningún estímulo exterior, visual ni auditivo, perturba la relajación. No hay que ser muy malicioso para observar que ese *tank* se parece mucho a una tumba y adivinar que la perspectiva de pasar un rato en una sepultura semejante me ha revitalizado al instante: ya sé cómo voy a pasar la velada.

Como de momento no hay *tank* libre, reservo uno para más tarde y me voy a pasear. Ceno ligero en un restaurante donde soy el único que está solo y lo sobrellevo mal. Vuelvo a llamar a Sophie, a quien no le entusiasma mi proyecto para las horas siguientes. ¿Cuál es la idea?, pregunta. ¿Volver al útero materno? ¿No crees que más bien deberías salir del vientre de tu madre?

La habitación donde se encuentra el *tank* es en parte

jacuzzi, cabina de rayos UVA y cámara mortuoria. Tomo una ducha y entro en el tanque. Cierro la tapa.

Floto desnudo en la superficie de agua templada, ligeramente pegajosa. Oscuridad total, silencio total, aparte del latido de la sangre en las arterias. Si uno quiere puede pulsar unos botones que proporcionan música *new age* y luz tamizada, pero prefiero abstenerme. ¿Me gusta o no? Es difícil decirlo. El mundo exterior ya no existe. Supongo que es una experiencia enriquecedora para personas que se pasan el día en la trepidación incesante de una vida profesional estresante, hombres de negocios que sueñan —desde lejos— con la calma y una vida interior. Mi problema es exactamente el contrario. No frecuento mucho el mundo exterior, la vida real, y paso la mayor parte del tiempo en mi propio universo interior, del que estoy cansado, precisamente, o del que me siento prisionero. Sólo sueño con huir de esta cárcel, pero no lo consigo, ¿y por qué? Porque tengo miedo de huir de ella y también, y es lo más desagradable de admitir, porque en el fondo me gusta.

Sophie tiene razón. Soy un adulto, tengo cuarenta y tres años y, sin embargo, vivo todavía como si no hubiera salido del vientre materno. Me hago un ovillo, me acurruco, me refugio en el sueño, la postración, el calor, la inmovilidad. Bienaventurado y horrorizado. Es eso mi vida. Y de repente ya no la aguanto. Definitivamente, ya no puedo más. Pienso: ha llegado el momento de salir. Como el paralítico del Evangelio que se ha pasado la vida acostado, lamentándose en vano, y he aquí que le dicen: levántate y anda, y él se levanta y anda.

Me levanto. Levanto la tapa del tanque y salgo. Me ducho otra vez, me visto y como la chica de la recepción me ve salir tan deprisa le digo que no, que en realidad no me ha gustado, no debía de tener un buen día para esto, quizá en otra ocasión.

Quizá, dice ella, a su disposición.

Llueve fuera, pero me siento lleno de energía. Me repito

que en fin, ya está, soy libre. Me he levantado, he abierto la puerta de la cárcel —descubriendo de pasada que nunca estuvo cerrada— y ahora deambulo por las calles. Caminando así, con paso vivo y ligero, me digo que tengo que resarcirme después de toda una vida postrado como un paralítico. Andar, andar derecho hacia delante, sin parar, sin descansar y sobre todo sin volver atrás. Ésa será la regla de mi nueva vida: andar derecho hacia donde me lleven los pies, sin retorno ni pesar.

Andar derecho, sí, pero ¿hasta dónde? ¿Hasta los confines de la ciudad? ¿Hasta el mar? ¿Hasta el puerto? La idea del puerto me agrada, porque se le asocian otras ideas, un incierto peligro. Todos sabemos que en los puertos es más fácil tener malos encuentros, con marineros ebrios que enseguida sacan el cuchillo, y caigo en la cuenta, asombrado, de que no disto mucho de esperar esa clase de sorpresas.

Cuidado, yo no soy camorrista. Tengo mucho miedo de los enfrentamientos físicos y cuando, hace diez años, decidí practicar un arte marcial, elegí, como por casualidad, el tai-chi-chuan, en el que te entrenas solo, sin adversario: es una forma de onanismo marcial. Esta noche, sin embargo, tengo ganas de pelea, y en el fondo da igual que golpee o que me golpeen. Por supuesto, preferiría que no me matasen, e incluso que no me causaran heridas graves, pero estoy totalmente dispuesto a que me rompan la cara, sin masoquismo alguno, lo creo sinceramente, me limito a esperar excitado que ocurra aquello que he evitado toda mi vida: un combate. Por primera vez, deseo ir al encuentro del peligro y no detenerme hasta haberlo afrontado.

Tranquilícense..., o moderen su decepción: aquella noche no pasó nada. Me conformé con pasear por determinados barrios de Amsterdam sin topar con ninguna aventura ni tener más percances que la dificultad de caminar todo derecho en una ciudad cuyas calles y canales describen circunvoluciones

de concha de caracol. Hice lo que pude para perderme, pero debo confesar que por eso no me fui muy lejos. Mi periplo nocturno sólo duró unas horas, atravesó afueras apacibles y cuando, al despuntar el alba, encontré un taxi, le dije que me llevara al hotel. Allí volví a pensar en Kotelnich.

Pensé que Kotelnich era un lugar para pelear. Rusia, en general, que tiene fama de país peligroso, pero especialmente Kotelnich. Después de nuestro reportaje, a mí y a todos, Jean-Marie, Alain y Sasha, nos exaltó la idea de volver para quedarnos más tiempo filmando un documental sin un tema muy concreto. Es de esas ideas que acaricias en determinados momentos, como cuando, antes de separarte, intercambias direcciones y promesas de reencuentro: había pocas posibilidades de que el proyecto sobreviviera a nuestra curda en el tren de regreso, y de golpe, seis meses más tarde, tras una caminata nocturna por las calles de Amsterdam, se me impone con la claridad de una evidencia. Por supuesto, voy a volver a Kotelnich. Filmar una película, quizá, escribir tal vez un libro, y acaso nada de esto. Quizá sólo estar allí, también estaría bien.

Al volver se lo cuento todo a Sophie. El tanque, la salida del líquido amniótico, la caminata recta, las ganas de pelearme y la conclusión lógica: Kotelnich. A otros les parecería rebuscada: a ella le parece tan natural como a mí. Dice que está bien, que es correcto. Al mismo tiempo le inquieta. Quiere decir que volveré a irme, quizá para largo tiempo, sin ella. Que me va a atraer no sólo una lengua, sino un país, un mundo al que ella no podrá seguirme. Sin contar con que las rusas son rivales serias. Está celosa, bromea sobre sus celos. Yo también. Entre nosotros, sin embargo, las cosas van mucho mejor después del tanque que antes.

Intentaba escribir algo a partir de las notas tomadas respecto al asunto de mi abuelo, no me salía y me vino bien desistir. Dado que por lo general no soy tan belicoso como al

salir de un tanque amniótico, también desisto de la idea de partir solo a Kotelnich. Llamo a Alain y a Jean-Marie, como d'Artagnan, al principio de *Veinte años después*, convoca a los mosqueteros dispersados. En principio, los dos están dispuestos, pero nos hace falta un marco, un encargo, y enseguida me doy cuenta de que no es fácil hacer que te encarguen un documental cuando no conoces el asunto. Veo a gente de la televisión, del cine. Les muestro nuestro reportaje, les explico que quisiera volver a un villorrio llamado Kotelnich y pasar allí un mes para filmar lo que ocurre, si ocurre algo, que no está garantizado. Me dicen que tendría que afinar mi enfoque, encontrar una visión. De hecho, que habría que hacer una sinopsis, es decir, resumir lo que habrá en la película. Respondo que no sé lo que habrá, que no quiero saberlo, que si quiero filmarla es para descubrirlo. Mis interlocutores suspiran: es un proyecto muy técnico.

Me llevará más tiempo del que había pensado. No importa: voy a aprovechar ese tiempo para avanzar en ruso y, al igual que quienes proyectan una ascensión ardua se entrenan en una montaña de vacas, decido pasar el mes de agosto en Moscú, donde un amigo me presta su apartamento. Sophie, como ella dice y como no me gusta que diga, ha «solicitado» tres semanas de «vacaciones» a partir del 14 de julio, y entonces yo decreto que pasaremos quince días juntos en Formentera, tras lo cual yo volaré a Rusia y a ella, como me ha dicho que le gustaría hacer senderismo, le aconsejo una excursión que yo ya he hecho, en el Queyras. Podría ir con su amiga Valentine. ¿No crees que eres un poco dirigista?, me dice. La miro, asombrado: me parece que lo organizo todo de la mejor manera.

Una noche de finales de junio viene a cenar Valentine. En el Vieux Campeur he comprado los mapas del Instituto Geográfico Nacional y la guía de los senderos de grandes excursiones. En el circuito que hice en el mes de junio no había nadie, fue fantástico. La primera semana de agosto, obviamente,

no estará tan bien, pero no lo digo, no quiero incitar a Sophie al tema de los privilegiados libres como yo de marcharse cuando les apetece y de los condenados de la tierra obligados como ella a hacerlo al mismo tiempo que todos sus semejantes. Lo que digo, en cambio, es que hay que reservar en los refugios. Les preparo un itinerario cuyo punto culminante es el monte Agnel. Allí hay un refugio del que guardo un buen recuerdo. Al trasegar la segunda botella de Saint-Véran, improviso al respecto: las aventuras de Sophie y Valentine en los senderos del Queyras. Me imagino a estas dos chicas tan bonitas, la morena y la rubia, con la mochila, la camiseta empapada de sudor y las hermosas piernas doradas y expuestas entre los bajos deshilachados de los pantalones cortos y los calcetines de rizo: insisto en el rizo, es la mejor prevención contra las ampollas. Llegan a la cima de una larga cuesta, bajo el sol que da de lleno, hay una fuente o un abrevadero, estiran el cuello bajo el hilillo de agua, beben glotonamente, se asperjan, ríen de placer bajo el sol, brilla la nieve de las cumbres, los cencerros de las vacas tintinean, lo único que apetece es tumbarse en la hierba del pasto y al cerrar los ojos estás en el paraíso. Las chicas con las que te cruzas en estos recorridos suelen ser más bien feas: dos bellezas como ellas son un sueño para el excursionista. Mientras Valentine lía porros, yo adorno mi relato, hago que lleguen dos pastores musculosos, el refugio del monte Agnel se carga de una electricidad erótica digna del tren de noche Moscú-Kotelnich que es en mis sueños, como es sabido, el teatro de orgías violentas. La historia que invento, y de la que ya no recuerdo los detalles, hace llorar de risa a Sophie y a Valentine. Y tú, durante ese tiempo, dice Sophie, ligarás con modelos rusas. Lo dice sin acritud, todo es divertido y suave esa noche. Termina diciendo que le gusta que me ocupe de ella.

Encabezando la libreta negra que llevé a Moscú con la

intención de escribir en ella mi diario pegué dos fotos. En la página de la izquierda, mi abuelo, la cara inclinada, la frente preocupada, la mirada negra; en la de la derecha, Sophie, desnuda en la terraza de la casa de Formentera. Es una de mis fotos preferidas de Sophie. Está alegre, entregada. Me sonrío. Mirándose una a otra, las dos fotos oponen la sombra y la luz de mi vida.

En la página siguiente, anoté el número del refugio del monte Agnel y la fecha de paso de mis dos excursionistas. Telefono esa noche, calculando la hora de la cena. Cuando digo, para explicar las interferencias, que llamo desde Moscú, el guardián del refugio se queda impresionado y me divierte oírle decir a otras personas, en voz muy alta, que hay una llamada de Moscú para la señorita Sophie L. Me imagino la mesa colectiva, la ojeada que intercambian Sophie y Valentine, la mirada de los otros senderistas a Sophie, que se levanta, atraviesa la sala y, cuando coge el teléfono, noto que está orgullosa de ser la chica a la que el hombre de su vida telefona desde Moscú a un refugio de montaña del Queyras. Le pregunto si todo es como le había descrito, si Valentine y ella hacen estragos. Se ríe, dice que es magnífico, que le duelen muchísimo las rodillas en los descensos, que le gusta que la llame y que me quiere.

Con la libreta en la mano, miro su foto al hablar y de repente me parece que mi abuelo, desde la página de enfrente, la mira también con su mirada tan sombría, a la vez sardónica y acorralada. Me envidia, me desea algo malo, pero en este instante pienso que no puede nada contra nosotros. Amo a una mujer, esta mujer me ama. Ya no estoy solo.

Releo el diario de este mes de agosto. Estoy contento, en conjunto. La gente cuya dirección me dieron no son rusos nuevos ni soviéticos viejos, sino representantes, más bien intelectuales o artistas, de esta clase media cuya emergencia es

lo que mejor podría ocurrirle a este país: treintañeros que leen la edición rusa de *Elle* y compran los muebles en Ikea. Evidentemente, estamos muy lejos de las reyertas con vándalos en barriadas sórdidas, pero va bien así. Me reúno con mis nuevos amigos en cafés que son a la vez librería y galería de arte, me llevan el domingo a la dacha y, como soy escritor, a Yásnaia Poliana, la finca de Tolstói. Con este régimen hago progresos en ruso y es lo que más me importa. Los varios episodios depresivos que registra el diario están directamente relacionados con las pérdidas de seguridad lingüística. La mayoría del tiempo comprendo lo que me dicen, consigo expresarme, propongo brindis muy calurosos. Todo el mundo, y yo el primero, me considera un compañero encantador. Me represento mi vida futura como una sucesión de dichas y de victorias. Pero ocurre que con ciertos interlocutores estoy menos a gusto. Me quedo callado, sonrío para disimular, repito de cuando en cuando *kanieshna*, por supuesto, para demostrar que sigo la conversación, y empiezo a decirme que me estanco o, peor, que retrocedo, que mi entusiasmo de la víspera era sólo una ilusión, que mi vida se encamina derecha a la catástrofe. De hecho, es tan simple como esto. Hablar ruso me sienta bien y no poder hablarlo me hace daño.

Cuenta la guía durante la visita a Yásnaia Poliana que Tolstói aprendió griego antiguo en dos meses, al cabo de los cuales no sólo leía y traducía a Esopo, sino que lo hablaba con fluidez. Esta hazaña fastidiaba al poeta Fet, que llevaba diez años obcecado en la misma tarea. Me siento más bien del lado de Fet.

Sin embargo, hablo ruso todo lo que puedo, incluso cuando estoy solo. Camino por Moscú repitiendo palabras rusas. Me duermo leyendo no sólo relatos en ruso, sino el diccionario. A partir de una raíz común, trato de buscar todas las variantes que se pueden formar por medio de prefijos. A menudo es desalentador, debido a la dificultad de establecer un

vínculo lógico entre, por ejemplo, *nakázyvat*, castigar; *otkázyvat*, rechazar; *pokázyvat*, mostrar; *prikázyvat*, ordenar. Me empecino, no obstante, y sobre todo me solazo estudiando. Las palabras rusas se instalan en mi boca, donde les doy vueltas voluptuosamente. No me parece que haya tenido nunca esta relación sensual con la lengua francesa.

Galia tiene veintitrés años. Es periodista y campeona de baloncesto aficionada. Paseamos juntos con frecuencia, me lleva a Mélijovo a ver la dacha de Chéjov. Cuando la beso en ambas mejillas le aprieto ligeramente el brazo o el hombro, y cada vez me sorprende el contacto de su carne tan dura, tan compacta. Un domingo por la tarde me llama. Me pregunta qué hago. Le digo que trabajo en casa, pero que será un placer si le apetece venir. Dice que también tiene trabajo, un artículo que debe entregar a la mañana siguiente, pero que podría escribirlo en mi casa. Al llegar, declara que ha traído sus cosas para la noche. La instalo en el salón, donde ella enchufa su ordenador portátil, y vuelvo a mi habitación, donde estaba leyendo en la cama. Por la puerta entornada la oigo teclear a intervalos regulares. Más tarde voy a hacer té a la cocina, le llevo una taza y le poso la mano en el hombro tan duro, sin insistir. Ella posa unos instantes su mano en la mía, sin insistir tampoco, y sigue trabajando. Reina en el apartamento una quietud conyugal que hace la situación mucho más erótica para mí que si nos hubiésemos precipitado el uno sobre el otro cuando le he abierto la puerta. Los dos sabemos lo que va a suceder. Cuando termine el artículo, dará a una tecla para cerrar el archivo, el portátil emitirá un pequeño tintineo de despedida y ella vendrá tranquilamente a reunirse conmigo en la cama. La espero sin impaciencia. Abro mi libreta, reanudo mi diario. Pero al cabo de unas líneas un pensamiento me incomoda. Me imagino a Sophie leyendo este diario y tropezando con este pasaje: me arriesgo a oírla hablar mucho tiempo de la pequeña Galia. Entonces hago algo cuya importancia no sospecho todavía: me pongo a escribir

en ruso lo que acabo de contar aquí. Escribo: *I vot, Galia pishet statiyu v salonie, a ya v kómnatie yeyó zhdú, i my skoro budiem zanimatsia liuboviu:* y ya está, Galia escribe su artículo en el salón y yo la espero en la habitación y enseguida vamos a hacer el amor.

Al tenerla en mis brazos, experimento lo que debe de sentir un nadador que se baña por primera vez en el mar Muerto: un cambio de densidad. Su cuerpo de baloncestista es tan increíblemente firme que tengo la impresión de abrazar a una estatua. Sólo que al mismo tiempo es cálida, muy tierna y está viva. Todo lo que sigue es delicioso, pero lo más delicioso para mí son las palabras. Es la primera vez que hago el amor en ruso, que oigo gozar a una chica en ruso. Los sonidos que salen de su boca me trastornan. Le expreso mi gratitud y la complace.

Sin embargo, estoy hecho de tal manera que al cabo de unos días me siento culpable. Galia y yo nos paseamos besándonos con suavidad al borde del estanque del patriarca, donde transcurre el primer capítulo de *El maestro y Margarita*, cuando la hago sentar en un banco y de sopetón le lanzo un pequeño discurso virtuoso sobre el hecho de que yo vivo en Francia con una mujer y que por este motivo nuestra aventura tan encantadora y agradable no tiene porvenir... Ella me mira como si me hubiese vuelto loco. Yo también, dice ella, tengo un novio, pero está en Estados Unidos y tu mujer está en Francia, no tienen por qué saberlo, esto no les hace ningún daño y para nosotros es algo placentero, ¿dónde está el problema? Admiro su salud moral, pero repito que para mí es más complicado y, como un imbécil, rompo. Por muy atractivos que sean su cuerpo demasiado firme y sus dulces obscenidades en ruso, prefiero mirar la foto de Sophie.

Ya he cogido el tranquillo: sigo escribiendo en ruso. Mal, pero en ruso. Al principio, lo que escribo sigue siendo un diario, pero pronto mezclo relatos de sueños, recuerdos de la infancia,

notas sobre mi abuelo: cosas que afloran desde muy lejos y que creo que no habría podido escribir en francés.

En ruso no escribo lo que quiero, sino lo que puedo: mi pobreza acude en mi auxilio. Ya no me pregunto qué escribir, sino cómo. Construir una frase que se sostenga ya me parece hermoso. Y me gusta escribir en la primera persona del singular: *V piervom litsé edínstvenovo chislá*, en el primer rostro de la cifra única. Adoro esta expresión. Gracias al ruso, me parece que se me revela mi primer rostro.

Mi amigo Pável me cuenta una historia judía. Abraham suplica a Yavé: ¡Yavé, Yavé, me gustaría tanto ganar un día la lotería! Te lo suplico, Yavé, te lo imploro, te lo pido desde hace tanto tiempo, concédemelo, una sola vez, y no volveré a pedirte nada. Yavé, haz que gane la lotería. Llora, se arrodilla, se retuerce las manos. Al final Yavé sale de la nube *y* dice: Abraham, te he oído y quiero complacerte. Pero te ruego que me des una oportunidad. Por una vez en la vida, una sola vez, ¡cómprate un décimo!

Yo que pido sin cesar que me liberen, me digo que escribir en ruso es comprar mi décimo, dar a Dios una oportunidad de que me salve.

A mi regreso a París, desde la primera noche, mostré con orgullo a Sophie mis libretas llenas de caracteres cirílicos. Mi pequeña aventura con Galia estaba allí bien escondida y dos semanas más tarde ya no tenía gran importancia: lo que yo quería era que Sophie admirase mi proeza. Pasaba las páginas, le señalaba cuánto cambiaba mi letra del francés al ruso, se hacía más grande y aireada. Un año después era yo el que recorría febrilmente la libreta donde, de ciento en viento, ella llevaba su diario, y encontré su relato de este reencuentro. Yo no hice más que hablar de mí, dice, de lo que representaba la lengua rusa en mi vida, de mi proyecto de escribir en ruso sobre mi infancia, y era como si ella no existiera. Me daba igual lo que

le había sucedido a ella aquel verano. Yo no la veía.

Pero esto viene más adelante.

Hoy, 10 de octubre de 2001, entierran a Martine B., de la que estuve muy enamorado en mi adolescencia. Era una amiga de mis padres, para ser más exacto la mujer, más joven que él, de un amigo de mis padres. Era rubia, radiante, y casualmente Sophie me recuerda a ella. Mucho más tarde, mucho después de su divorcio, tuve una breve relación con ella y cuando la corté, como de costumbre, me sentí culpable. La última vez que la vi sufría ya el cáncer de mandíbula que habría de matarla y, antes de matarla, destruir su maravillosa belleza («He pasado cuarenta y cinco años en el pellejo de una chica bonita, no está nada mal, ¿eh?», le dijo a mi madre antes de una de las numerosas e inútiles operaciones que una tras otra devastaron su cara). Yo estaba incómodo, ella en absoluto: siempre simple, buena, presente, asombrada de mi malestar y perdonándolo, sin duda. Parece que la idealizo pero estoy convencido de que esa mujer no guardaba rencor a nadie en el mundo. Me miraba con afecto, interés, indulgencia, y yo, en vez de responder con simplicidad a su mirada, me repetía que era mi destino decepcionar a todos los que me aman, que era real y definitivamente un tío poco fiable, un traidor, un hipócrita, en fin, la vieja cantinela. ¿Definitivamente? Si fuese capaz de rezar, rezaría a Martine muerta para que me diese un poco de su ternura, de su alegría, del amor que emanaba de ella y sin el cual, como bien dice San Pablo, puedes ser todo lo demás, pero no eres nada. Me acuerdo de la primera vez que la besé, en los bosques cerca de Pontoise, era en otoño, y la recuerdo desnuda en mi cama, rue de l'Ancienne-Comédie. Pero prefiero recordarla mucho tiempo antes, en Grasse, donde ella tenía una casa. Mi madre, mis hermanas y yo pasamos allí una semana. Ella tendría... ¿menos de treinta años? ¿Y yo catorce, quince? Escuchábamos juntos discos de Billie Holiday y yo acechaba

todas las ocasiones de estar a solas con ella. Una noche fuimos todos a cenar a un pueblecito y no sé cómo nos alejamos de los demás y paseamos juntos, los dos solos, por las calles tortuosas y empinadas. Nos detuvimos bajo el pórtico de una casa. La miré: su cara, su sonrisa, su alegría. El corazón me latía y quiero pensar que también el suyo. Por supuesto, no me atreví a tomarla en mis brazos, pero pasé los días siguientes y, en cierto modo, el resto de mi vida soñando que lo había hecho, soñando con su cuerpo, que han enterrado hoy.

Mientras aguardábamos el comienzo del oficio funerario, mi madre me dijo: qué bien, al menos, que Philippe estuviera con ella toda la última noche.

Philippe es el hijo mayor de Martine. Tengo ganas de llorar durante todo el entierro, no tanto porque ella estuviera tendida en el ataúd, a pocos metros de mí, como por pensar en la muerte de mi madre y en lo que implícitamente acababa de pedirme. No es que yo no hubiese pensado nunca en ello: sospecho desde hace mucho que a pesar de nuestro distanciamiento ella cuenta conmigo para el momento de su muerte, y solo espero estar preparado cuando llegue. Escribo esto para prepararme, para aprender a mirar a mi madre a los ojos, para tener menos miedo al amor entre nosotros.

Hablé de Martine a Sophie, la noche del entierro, y le dije la frase de mi madre. Le pareció terrible: una especie de chantaje. Yo no estaba de acuerdo. La frase no me chocaba. No sé si yo estaría a la altura, pero me parecía bien pasar con mi madre su última noche. Estaría en mi lugar.

Al día siguiente me llamó para charlar un rato, no fue muy natural, y en un momento dado, de golpe y porrazo, me dijo que quería que yo leyera una carta de su padre. Estará bien, para empezar, añadió. Respondí que sí, que estaría bien.

Escribió aquella carta a mi madre en 1941. En francés y no en ruso, como solía escribirle: sin duda a causa de la

censura. Ella estaba en París, él en Burdeos. Es una carta muy larga, como casi todas las suyas, totalmente consagrada a explicar por qué ya no espera nada de la vida. Desarrolla el tema en su estilo repetitivo, hasta la saciedad. Por su carácter y su formación, no encontró nunca ni encontrará un sitio en la sociedad contemporánea. Está irrevocablemente condenado a una vida penosa, mezquina y sin esperanza, una vida reducida a la supervivencia material. Al decirle esto, no quiere quejarse ni apenar a mi madre, sino sólo describirle, para que la conozca, la realidad clara y cruda de su existencia. No, no es una queja, repite, incansable, sino sólo una constatación, la de una realidad a la que no tiene posibilidades de escapar y que nada podrá modificar.

Estoy sentado en un canapé enfrente de mi madre, en su despacho fastuoso del quai Conti. Leo la carta. Me mira mientras la leo. Ya he leído cartas parecidas, pero ella cree que es la primera a la que tengo acceso y no me atrevo a desengañarla. No le he dicho nada de la caja de zapatos que Nicolas abrió para mí. Ella también guarda sus tesoros en una caja de zapatos. Dice que la encontró cuando hizo la mudanza de la rue Raynouard a la Academia. ¿Que la encontró? ¿De verdad no sabía dónde estaba? Ella asegura que no y, después de todo, es muy posible. Ahora, algunas veces, tarde por la noche, al volver de las grandes cenas mundanas que son habituales en la vida de mis padres, abre la caja de cartón y lee una o dos cartas. Entonces llora, y al confesármelo le asoman lágrimas a los ojos.

Tiene treinta años más que su padre cuando desapareció. Y cuando piensa en él, piensa: pobre pequeño...

Cuantos más años pasan, me dice, más me parezco a él. Es cierto. La cara se me ha hundido, como la suya. Y tengo miedo de que mi destino se asemeje al suyo.

Le propuse continuar, ir a verla una vez a la semana y

dedicar unas horas a leer estas cartas juntos. No hemos precisado lo que haré con ellas luego, pero ella no puede no saber que un día u otro escribiré un libro sobre su padre. Pensé durante mucho tiempo que no lo haría mientras ella viviera, y al salir de la Academia aquel día pensé lo contrario: que debo escribirlo y publicarlo antes de que ella muera. Que lo escribo para ella. Para liberarla, y no sólo para liberarme yo.

Me acuerdo de lo siguiente: hace unos años, mi madre estuvo seriamente tentada de dedicarse a la política. Aceptó ser cabeza de lista del RPR en las elecciones europeas, y pensaban en ella como ministra de Asuntos Exteriores. Y luego apareció en un pequeño periódico de extrema derecha, *Présent*, un artículo que aludía a su padre. Decía algo así: con un padre colaboracionista, víctima de la depuración, ella debería ser de los nuestros, no estar en el bando de la derecha hipócrita. Nadie lee *Présent*, la cosa quedó aquí, pero vi a mi madre llorar como una niña cuando tuvo el artículo entre las manos. Pensó en llevarlo a los tribunales, comprendió que así atraería la atención sobre lo que ella precisamente quiere sepultar. Renunció a la política y creo que fue por esto. Por más que le expliques que aunque su padre hubiera sido el más comprometido de los colaboracionistas ella no tiene absolutamente nada que ver, sigue creyendo que aquel pasado que no es el suyo puede aniquilarla.

Pienso: pobre pequeña...

Ella tenía once años y Nicolas cuatro cuando la familia llegó a Burdeos, en el otoño de 1940. Allí, al principio, mi abuelo trabajó de «intérprete en un gran taller mecánico». La primera vez que topé con esta fórmula, en una carta a Nathalie, me pareció que sonaba como una frase absurda, oída en sueños. ¿Qué significa eso de ser intérprete en un gran taller mecánico? De hecho era muy sencillo: el taller, el taller Malleville et Pigeon, trabajaba sobre todo para el ocupante

—como, a decir verdad, la mayoría de los talleres—, y le habían contratado para redactar la correspondencia en alemán. Por primera vez le servía su conocimiento de idiomas. Sin embargo, a comienzos de 1942, perdió el empleo y fue entonces cuando el señor Mariaud le propuso presentarle a amigos que trabajaban para los servicios económicos alemanes.

Mariaud se había casado con una amiga rusa de Nathalie. Era un hombre de negocios deshonesto, cordial, que sin escrúpulo alguno aprovechaba la ocupación para enriquecerse en el mercado negro. Mi madre y Nicolas se acuerdan de que cuando iban a casa de los Mariaud se deleitaban tomando pan con mantequilla, chocolate y otras exquisiteces raras. Sus padres se alegraban por los niños, que normalmente comían muy mal, pero ellos mismos desaprobaban el mercado negro y se negaban a aprovecharlo. Oficiales alemanes visitaban la casa de los Mariaud, toda aquella camarilla se recreaba alegremente y el negociante, por supuesto, tuvo algunos problemas tras la Liberación; pero no lo mataron, sólo lo encarcelaron.

¿Dudó mi abuelo? Es posible. Parece que sus hermanos y su mujer quisieron disuadirle. No se trabajaba para el ocupante del país de adopción, era contrario a las leyes de la hospitalidad. Pero esos principios eran los de la gente que había sabido integrarse en el país. A él sólo le había deparado sinsabores. Además, respetaba a los alemanes. Despreciaba las democracias occidentales que no habían hecho nada cuando los bolcheviques invadieron su patria. Pensaba sinceramente que Hitler mostraba a Europa, entre corrupción parlamentaria y terror comunista, la vía de un renacimiento. Al colaborar, lo hacía por convicción, no por oportunismo, y lo que más debía de desagradarle era militar en el mismo bando que agiotistas como Mariaud padre, que encarnaba a su juicio toda la vulgaridad contemporánea y al que, como era de esperar, todo le salía bien.

Al contrario que todos sus patronos franceses, los alemanes le mostraron consideración. No sólo hablaba bien alemán, sino que conocía a los grandes escritores y pensadores alemanes. Su condición de hombre culto, que se había habituado a considerar un obstáculo en la sociedad francesa, despertaba el respeto germánico. ¿Trabó amistad con algunos de ellos? Existe una foto de una comida de Navidad con un oficial alemán, de aire bonachón y de uniforme, en la mesa familiar. Debían de cuchichear en el inmueble. En la planta baja vivía una familia que profesaba una oscura hostilidad hacia la familia del tercero. El tipo de la planta baja habría pedido a mi abuelo que hiciera lo necesario para que los inquilinos del tercero fueran expulsados; si hacía falta, que los detuvieran. Mi abuelo se negó, indignado, y amenazó al vecino con hacerle detener a él si insistía. Fue este vecino el que, al llegar la Liberación, debió de denunciarle. Nada de esto está demostrado pero tampoco es inverosímil. Esta hipótesis debió de consolar un poco en su desgracia a mi abuela y a mi madre. Su marido y padre habría sido denunciado no por haber obrado mal, sino al contrario, porque se había negado a denunciar a un inocente: ignoro si se trataba de un judío.

¿Qué hacía, exactamente? Era intérprete, y trabajaba para los servicios económicos, no para la policía. Creo que esto excluye toda participación en interrogatorios enérgicos. Pero incluso en una oficina donde no se ensuciaban las manos, no pudo no saber lo que les ocurría a los judíos a los que confiscaban los bienes los servicios para los que trabajaba. No pudo no haber comprendido lo que hacían sus queridos alemanes, defensores de la civilización contra el comunismo. Y a partir de entonces, según mi madre, se transformó en un fantasma. Ella recuerda que los dos últimos años era un hombre roto, un hombre que se sabía condenado y para quien esa condena era la consecuencia lógica de su vida descarriada, la clave de su destino.

Podría haber partido, haber cambiado de bando, haberse unido a la Resistencia. No lo hizo. No siendo un canalla, de lo que estoy convencido, se quedó petrificado, como si fuera culpable desde siempre, al fin y al cabo, y sólo tuviera que esperar el momento en que el castigo se abatiera sobre él.

El 15 de junio de 1944, dirige a una amiga una carta que empieza así: «Como tengo mis razones para creer que el otoño ya no me verá vivo...»

Son las últimas palabras que he leído escritas de su puño y letra.

La última imagen que mi madre tiene de él es en la cuenca de Arcachon, donde Nathalie y sus hijos habían alquilado una cabaña para las últimas semanas de vacaciones. Mi abuelo se había quedado en Burdeos, ciudad recién liberada y por tanto peligrosa para él, e hizo aquel día el trayecto de ida y vuelta para besarles. Nadie puede decir si él sabía que era la última vez, pero mi madre me ha dicho que cuando se acercó a ella al principio no le reconoció. Después le miró con un malestar profundo, como si se hubiera convertido en un extraño.

Se había afeitado el bigote que llevaba desde los veinte años y sin el cual ella no le había visto nunca.

No sé cuánto hay de cierto en esto, pero estoy seguro de no haber oído antes la historia del bigote. De todos modos, yo no poseía un conocimiento consciente de este hecho cuando hace veinte años escribí un relato cuyo protagonista pierde gradualmente todo contacto con la realidad, y al final se pierde él mismo después de haberse afeitado el bigote. Me han preguntado muchas veces cómo se me ocurrió este argumento y nunca he sabido responder.

Miro a mi madre ahora y le digo: pero, bueno, ¿no te recuerda nada?

Ella dice que no.

Insisto: mamá, ¡*El bigote!* ¡Mi novela!

Parece asombrada, mueve la cabeza.

La verdad, el psicoanálisis te ha deformado, concluye.

Al regresar a Burdeos el mismo día, mi abuelo se habría dirigido al 2.º Bureau, donde un oficial le habría interrogado sobre sus actividades y finalmente facilitado una firma en blanco, no sin prevenirle del riesgo que corría paseando por la ciudad en aquellos días turbulentos. Le habría aconsejado que se ocultase durante algún tiempo en un lugar tranquilo, y el más tranquilo que podía ofrecerle era la cárcel, donde se brindaba a ingresarle. Mi abuelo habría aceptado, pero antes quiso pasar por su casa para recoger algunas cosas. Un amigo que le acompañaba y por medio de quien la familia conoce este episodio intentó disuadirle, temiendo que los vecinos le hubiesen denunciado, pero él fue, pese a todo. Le aguardaban hombres armados con metralletas; o bien los llamaron los vecinos denunciantes cuando le vieron en la casa. Le detuvieron, le subieron en su coche de tracción delantera y a partir de aquel momento, la tarde del 10 de septiembre de 1944, nadie volvió a verle.

Nicolas, que entonces tenía ocho años, recuerda confusamente los días siguientes. Su madre lloraba y cuchicheaba con su hermana. Todas las mañanas la madre hacía antesala en diversos despachos y administraciones, con la esperanza de recabar información sobre su marido, y muchas veces llevaba con ella al niño. Los dos pasaban horas en pasillos, en salas de espera. Ella acechaba las puertas por las que entraban y salían, como un vendaval, funcionarios ocupados cuya atención trataba de atraer en vano. Como no se atrevía a abordarles directamente, confiaba en que alguno se fijase en aquella mujer modesta, triste y, sin embargo, distinguida que se pasaba allí el día entero con su hijo, sentada en una silla, y que espontáneamente le ofreciera ayuda. Cuando

tu marido desaparece, lo normal es acudir a la policía. Pero en su situación era más complicado. Sabía bien que quejarse podía ser peligroso y que en todo caso la expondría a la vergüenza. Su marido no era un buen francés; de hecho, ni siquiera era francés. ¿El señor qué? ¿Zurabishvili? ¿Qué es eso? ¿Georgiano? ¿Le han secuestrado? ¿Y quién? ¿Hombres armados? ¿Resistentes?... Un colaboracionista, entonces.

¿Y el niño? ¿Qué le decían? No debieron de explicarle nada, porque al principio, al menos, no podían explicar nada. No sabían nada y habría sido cruel hacerle compartir aquella terrible incertidumbre. Aún no habían elaborado la versión según la cual papá había emprendido un largo viaje, porque aún existía la esperanza de que le encontraran pronto. Los primeros días, las primeras semanas la espera fue atroz, pero no desesperada, y por este motivo la madre y la hija no habían trazado todavía un plan coherente para proteger al niño. Lo peor llegó después, cuando hubo que admitir que la vida iba a reanudarse y seguir su curso sin que supieran nada.

A su alrededor, por todas partes en Burdeos y en Francia, había una verdad sobre la que todo el mundo estaba de acuerdo: los resistentes eran héroes, los colaboracionistas unos canallas. Pero en su casa reinaba otra verdad: los resistentes habían secuestrado y probablemente matado al cabeza de familia, que había sido colaborador y del que sabían que no era un canalla. Tenía un carácter difícil, se enfurecía a menudo, pero era un hombre recto, honrado y generoso. No podían decir fuera de casa lo que pensaban. Tenían que callarse, sentir vergüenza.

Después de la guerra, cuando Nicolas iba de vacaciones a casa de amigos de la familia o a un campamento de scouts, escribía todas las semanas una postal a su madre, y al final de cada una repetía la misma pequeña historia.

«Cuando papá vuelva, oiremos toc, toc.

¿Quién es?

¡Es papá, que está muy contento de volver a ver a mamá, a Hélène y a mí!»

Toc, toc. Toc, toc. ¿Hasta cuándo se lo creyó?

Nuestras sesiones de lectura se interrumpieron enseguida, mi madre se encerró en sí misma y me pregunto si mi comentario sobre el bigote influyó en su cambio de actitud. Decido entonces regresar a Moscú y pasar allí el mes de diciembre hablando y escribiendo en ruso.

Justo antes de mi partida, Sophie se opera de una rodilla que se le había roto durante sus excursiones por el Queyras. Es una operación bastante pesada, dolorosa, seguida de un mes de rehabilitación en un centro especializado de Bretaña. Como de todas formas yo no me iba a quedar allí con ella, me dije que era un buen momento para irme yo también por mi cuenta: volveríamos al mismo tiempo, yo podría cuidarla en casa durante la convalecencia. Dicho así parece muy razonable, pero cuando dos días después de la operación la llevo en coche a un lugar siniestro, poblado de lisiados más o menos graves, comprendí que ella se sentía mal y que, sin reprochármelo abiertamente, pensaba que un hombre enamorado de verdad no la habría dejado plantada de aquella manera: aunque se quedara todo el tiempo, habría ido a verla dos o tres veces por semana, lo que al contrario de la mayoría de la gente yo podía hacer perfectamente. Durante las veinticuatro horas que pasé a su lado, y que no podía prolongar porque ya había comprado mi billete de avión y obtenido mi visado, no dejé de preguntarle si se encontraba bien, si estaría bien, porque si no, por supuesto, podía cambiar mis planes, y ella respondía que sí, que estaría bien, seguro, con un tono muy poco convincente.

He traído a Moscú mi colección de notas sobre el abuelo y me propongo escribir una especie de informe sobre lo que sé de

su vida, ordenar hechos, fechas, conjeturas, copiar extractos de correspondencia y, paralelamente, contar la historia del húngaro: todo ello en ruso. Pensaba que era un programa factible, un trabajo de recopilación para amansar al monstruo. Pero no es factible en absoluto, no es literalmente posible. Sigo petrificado frente al monstruo.

Además, mi ruso empeora. Por la noche veo a amigos franceses, o a rusos que hablan francés mejor que yo el ruso, y compruebo lo que ya había advertido en agosto: que mi humor depende directamente de mis progresos lingüísticos. Leo y escribo en ruso, pero no consigo hablarlo. En cuanto tengo que dirigirlas a alguien, las palabras no me vienen.

Llamo a Sophie todos los días. Nuestras conversaciones son penosas. El centro de rehabilitación la angustia, tiene miedo de que la operación no haya salido bien y que en vez de caminar mejor lo haga peor que antes. Está distante, evasiva, noto que me guarda rencor. Me digo que soy un cretino, yo también me siento mal aquí, sin ella, mejor haría adelantando el regreso y corriendo a su encuentro para llevarla a comer ostras a Douarnenez. Pero no lo hago.

Me quedo en la cama hasta la mitad de la tarde, inmóvil, enroscado en la angustia. Tarareo para mí, muy bajo, mi nana rusa.

Esta nana se la canta una madre a su hijo. Le dirige las palabras más tiernas, las más dulces: *Spi, maliutka, bud' spakoien...* Duerme, mi bebé, duerme tranquilo... *Spi, moi ánguel, tijo, sladko...* Duerme ángel mío, tranquila, dulcemente... Y las que más me emocionan: *Spi, ditia moie radnoie...* Duerme, niño de mis entrañas. Una madre que canta esto a su bebé le tiene apretado contra el pecho, como si le perteneciera. Él, sin embargo, no le pertenece y ella lo sabe. Le protege, en la medida de lo necesario, como los animales protegen a sus crías, pero ella no le posee, no le retiene en el

vientre. Lo que ella desea es que crezca y se vuelva valiente como su padre. Sabe que cuando llegue *vremia brannoie zhitio*, el tiempo de la vida guerrera, irá valientemente al combate y que ella verterá lágrimas amargas, que la inquietud ya no la dejará dormir, pero no por ello desea que se la ahorren. Si hubiera un medio de que él se quedara con ella en casa, bien caliente y tranquilo, en lugar de arriesgar su vida en el campo de batalla, ella lo rechazaría sin un titubeo y hasta con indignación. El niño al que aprieta tan fuerte en sus brazos no debe convertirse en una gallina mojada sino, al contrario, en un valiente, *kazak dushói*, un auténtico cosaco, que sigue el ejemplo de su padre.

Lo que expresan las palabras de esta nana, y que me atenazan el corazón cuando la reconozco, es una ley, una ley arcaica y universal que atañe a las relaciones dentro de una familia: el padre debe ser un guerrero y la madre desear que el hijo lo sea también; de lo contrario todo está falseado. En mi caso, lo tergiversaron todo. Muy pronto tuve conciencia de que mi padre no era un guerrero y mi madre prefería que me quedase a su lado antes que ir al combate.

Sin embargo, hubo en mi infancia otra mujer aparte de mi madre, que me cantaba las palabras de la vieja ley y gracias a la cual poseen alguna existencia en mí, enterradas como están en la lengua rusa.

Esta mujer era vieja, fea, y me quería.

Llegó a nuestra casa cuando yo nací. Su nombre de pila era Pélagie, mis padres la llamaban Polia y yo Nana, versión francesa de la *niania* rusa, que designa a un aya, pero es mucho más que esto: es un miembro de la familia al que se le reconoce una autoridad considerable. Mis padres contaban con gusto su vida, al menos lo que sabían de ella, y que era digna de una novela de aventuras. Procedía de una familia de zingaros muy célebres, que actuaban en un cabaré frecuentado antes de

la revolución por la mejor sociedad de San Petersburgo. Dicen que el propio Tolstói fue a verles actuar y aplaudió sus cantos y sus bailes. De joven, Polia era ya fea, lo cual no le impedía tener un éxito enorme con los hombres. Incluso en la vejez, se veía que estaba acostumbrada a los hombres, que los amaba, y yo fui el último de su vida.

Tenía dieciocho años cuando un príncipe de Daguestán, llamado Nakachidzé, se la arrebató a su familia y al cabaré. Llevaron juntos una vida sumamente romántica, en pleno torbellino revolucionario, hasta que el príncipe fue asesinado por los bolcheviques en presencia de Polia. Después ella se las ingenió para emigrar, siguiendo más o menos el mismo itinerario que los Zurabishvili: Constantinopla y luego París. Allí, mientras mi abuelo alimentaba a duras penas a su familia trabajando de taxista, Pélagie se ganaba la vida mucho más fácilmente, de la única forma que sabía, cantando y bailando en los cabarés. Se hacía llamar Pélagie Nakachidzé, quizá hasta princesa Nakachidzé, aunque sigue siendo un punto oscuro si el príncipe se casó o no con ella antes de morir. En todo caso, todos los papeles se habían perdido y nadie podía ni quería saber cómo se llamaba de verdad, qué edad tenía y si era la viuda o sólo la ex amante de un príncipe del Daguestán: uno cree o no esta clase de relatos, pero no los verifica. Llevó en París una vida más bien agitada, que en su vejez contaba de buena gana, con incoherencias y contradicciones que no eran forzosamente mentiras. De la bruma de aquellos años subsiste una amistad con Coco Chanel, que vivía aún cuando la vieja Pélagie trabajaba en nuestra casa. Iba a visitarla algunas veces y volvía de las visitas con neceseres lujosos y frascos de perfume que regalaba a mi madre. Vivió en ese mundo —el cabaré y la alta costura, los emigrados rusos y los juerguistas franceses— hasta el fin de la guerra, supongo, quizá un poco más, pero no mucho: una carrera en el baile y la galantería no puede continuar más allá de los cincuenta años. No sabía hacer

otra cosa, hablaba mal francés, no había ahorrado dinero. Por otra parte era muy piadosa e incluso durante sus años de juergas parisinas nunca dejó de frecuentar la catedral ortodoxa de la *riu Dariú*, donde había hecho amigos fieles, entre ellos el doctor Serge Tolstói, uno de los numerosos nietos del escritor. Del cabaré pasó directamente a la Iglesia, donde encontró un puesto de ama de llaves en casa de un cura. Éste, por desgracia, estaba viejo y enfermo, y a su muerte, en 1957, ella se prometió no volver a trabajar con ancianos, sino siempre que fuera posible en una casa donde hubiera niños. Ya no quería ser ama de llaves, sino *niania*, lo que es muy distinto. De este modo, recomendada por los Tolstói, se dirigió a *riu Reinuar*, adonde mis padres acababan de mudarse y donde yo acababa de nacer.

Mi madre dice que Nana le dio miedo la primera vez que entró en el piso. Tenía un poco aire de bruja, con sus ojos negros y penetrantes, y emanaba de ella una autoridad que sin duda forma parte de la función de una *niania*, pero en fin, hasta cierto punto. De entrada, se comportó como si estuviera en su casa y mostró su desagrado cuando mi madre le comunicó que pensaba quedarse en casa con su bebé, como mínimo el primer mes. Supongo que al hablar con la vieja zíngara me apretaba contra ella, quizá me amamantaba. En el fondo debía de temer que le robaran a su maravilloso bebé, su hijito tan hermoso, tan tierno, su Emmanuel al que amaba como no había amado a nadie en el mundo, salvo quizá a su padre cuando era pequeña. Le habían arrebatado a su padre, pero a su niño nadie se lo quitaría, nadie le separaría nunca de ella.

A pesar de que llevaba treinta años viviendo en Francia, Nana hablaba mal francés. Mezclaba palabras francesas con rusas en una jerga muy pintoresca que hacía reír a la gente en el Trocadero, adonde nos llevaba todos los días a mis hermanas y a mí. Pero según mi madre también hablaba mal el ruso. O más bien no hablaba un «ruso bonito». Mi madre está

orgullosa de su «ruso bonito», que recibió en herencia y que es el rasero por el que juzga a la gente. Era la única riqueza que habían podido conservar y transmitirle sus padres y nadie se la podía arrebatar, era lo que demostraba que habían vivido en palacios. Aún hoy, el elogio más grande que mi madre puede hacerle a alguien es reconocerle un «ruso bonito», es decir, ni pequeño burgués ni soviético: un ruso de antiguo régimen. Yo mismo, que no hablo ruso, hablo uno «bonito». Lo heredé y también me enorgullezco de esta herencia. Me felicitan por mi acento *y sé* que tienen razón, por lo demás distingo bien el ruso bonito o feo de los demás: mi tío Nicolas, por ejemplo, habla un ruso bonito, los dos Sasha hablan un ruso feo, así como todos los habitantes de Kotelnich. Pocas cosas me cautivan tanto como un ruso bonito, y mis esfuerzos hasta ahora vanos por aprender el idioma persiguen enriquecerme realmente con ese encanto que sé que existe en mí en un estado virtual y sin embargo inalienable.

Cuando digo que era mi legado quiero decir que me viene de mi madre y no de Nana. Mi madre insiste al respecto con mucha firmeza: ella y yo hablamos un ruso bonito, Nana hablaba un ruso espantoso.

Pero era Nana la que me hablaba en ruso, no mi madre.

Fue ella la que me cantó la nana cosaca. Es su voz la que revive en mí cuando la canto yo solo, en voz baja.

Yo maté a Nana.

Tengo once años. Esta noche hay invitados. Mientras mis padres les reciben en el salón, mis hermanas y yo jugamos al fondo del piso. Nana, como de costumbre, refunfuña porque no queremos acostarnos. Nos persigue, se pone nerviosa y cuanto más nerviosa se pone tanto más nos excitamos, con esa excitación que puede empujar a los niños a hacer cosas que normalmente no harían, como si ya no fueran ellos mismos, sino diablillos que hubieran ocupado su lugar. Y recuerdo aquel

instante: Nana está en el umbral de mi cuarto, de espaldas al pasillo, y nos riñe. Corro por el pasillo, de golpe me encuentro detrás de ella y la empujo por la espalda. Ella cae de bruces. No me acuerdo muy bien de lo que pasó después. Debí de asustarme, llamar a mis padres. Todo el mundo llegó corriendo al cuarto, incluso los invitados, pronto llegó una ambulancia que llevó a Nana a la clínica donde murió unos días más tarde. Durante esos días, los niños fuimos a visitarla varias veces. Hablamos con ella. Nos dijeron que había sufrido un infarto y no se habló nunca de las circunstancias en que se produjo. Me parece que Nana era conmigo especialmente tierna *y* amable, como si yo no fuera en absoluto responsable de su estado. Yo no la había empujado, ella no se había caído, sólo había enfermado, como les sucede un día u otro a las personas de su edad. ¿Había olvidado Nana, o decidido olvidar, con la esperanza de que lo olvidase yo también y no me pasara la vida pensando que era un niño asesino? ¿Y qué sabían mis padres? ¿Qué adivinaban? ¿Conocían la verdad pero decidieron ocultarla lo mejor posible, y sobre todo a mí? ¿Habría en la familia un segundo secreto, ya no referente al padre asesinado, sino al hijo asesino?

Poco antes de mi partida a Moscú, invité a cenar a mis padres y saqué a colación el tema de Nana. Evocaron su recuerdo con ternura y emoción, contaron anécdotas. Nada en su tono hacía pensar en un cadáver en el armario. En cuanto a las circunstancias de su muerte, he aquí su versión: Nana estaba muy cansada desde la mañana y mi madre le había exigido que se quedara en su cuarto a descansar tranquila. Por la noche llegaron los invitados y, al mismo tiempo que cumplía con sus funciones de anfitriona, mi madre iba cada cierto rato al cuartito de Nana, al fondo de la casa, para ver cómo estaba. Cada vez peor. Dolor agudo en el pecho. Llamaron a un médico que diagnosticó un infarto y organizó el traslado de Nana a la clínica. Estuvo ingresada una semana y mi madre fue a verla

todos los días. No permitían entrar a los niños, pero nos llevaron de todos modos para que, desde el jardín, hiciéramos señas y mandáramos besos a Nana por la ventana: su habitación estaba en la planta baja. Después murió apaciblemente.

Conozco lo bastante la expresión de mi madre cuando abordamos un tema penoso para tener la certeza de que mis padres no mienten. Si su versión es verídica, de lo cual estoy ahora convencido, la mía es falsa. Mi recuerdo, sin embargo, sigue siendo nítido, vivaz, remite a algo real, y el sentimiento de culpabilidad que despierta me ha acompañado toda la vida. Quizá yo no maté a Nana, pero ¿a quién he matado entonces? ¿Qué crimen he cometido?

Al volver de Moscú, voy a buscar a Sophie a la Bretaña y pasamos las vacaciones navideñas en la cama, en París. Como todavía le duele la pierna, apenas sale, sólo yo me aventuro fuera para comprar algo de comer y vuelvo enseguida a deslizarme a su lado. Hacemos el amor, escuchamos música, hablamos horas y horas. ¿Hacía mucho frío, aquel año? ¿Dijimos que nos íbamos fuera de París para las fiestas? Ya no me acuerdo, pero no tengo citas, el teléfono casi no suena, nadie viene a vernos y los días transcurren en una clandestinidad cálida, compenetrada, como me figuro que transcurre el invierno en el Gran Norte. La cama se convierte en un barco, una tienda de campaña, un iglú, y el trayecto hasta la cocina o el cuarto de baño es una pequeña expedición, aunque el apartamento tenga una calefacción impecable.

Un día, al final de esta hibernación, para variar estamos sentados en la cocina, ella me mira con los ojos llenos de lágrimas y me dice: hay otro hombre.

Esto no me lo esperaba. Me callo. Aguardo.

Ella dice: hace semanas, meses, que quería decírtelo y no

podía. Quiero que lo comprendas.

Y habla, y llora al hablar, las palabras salen atropelladamente. Dice que me quiere, que sabe que la quiero a mi manera, pero que es terrible para ella sentirse como en un asiento eyectable, todo el tiempo a merced de mis cambios de humor. Que siempre tiene miedo de dejar de gustarme, miedo de la mirada sin indulgencia que le dirijo, miedo de sentirse indigna de mí. De modo que conoció a alguien durante mi primera estancia en Moscú, el verano anterior. Se llama Arnaud. Es un chico más joven que yo y también más joven que ella. Se enamoró de ella. Nunca ha conocido a una mujer parecida. Cuando Sophie estaba en rehabilitación, iba a verla a la Bretaña todos los fines de semana. Sabe que yo existo y que se enfrenta a un rival temible, pero lo que él propone es algo distinto. No un asiento eyectable, una relación sin futuro. Quiere casarse con ella, tener hijos con ella. Sabe que es la mujer de su vida. La quiere de verdad.

Pregunto: y tú, ¿le quieres?

No lo sé. Sé que te quiero a ti. Pero tengo miedo de que tú no me quieras.

¿Qué quieres, entonces? ¿Irte con él, que estás segura de que te quiere, y al que no estás segura de querer? ¿O quedarte conmigo, a quien sabes seguro que quieres sin estar segura de que te quiera?

No lo sé... Es horrible tu manera de plantear las cosas.

Eres tú la que las planteas así. Si prefieres, podemos exponerlas de otra forma. ¿Qué esperas que te diga al contarme esto? ¿Qué querrías que te dijera? ¿Quédate o vete?

Ella reflexiona, con los ojos llenos de lágrimas, y después responde: quisiera que me dijeras «quédate».

Digo: quédate.

A continuación, ya no hablamos más del asunto.

No obstante, vuelve a abordarlo, y para decirme esto: ¿no te has fijado en que llevo en el pulgar un anillo grande de hombre? Sin embargo, un anillo de hombre en un pulgar de mujer es muy visible. Me lo dio él. Lo llevo desde hace tres meses. Y en tres meses ni siquiera te has fijado.

Bajo la cabeza. Un poco más tarde, con suavidad, le pido que se lo quite y se lo devuelva. Le pido que sólo sea mía.

Ella dice: es lo que yo quisiera, ya sabes. Es lo que quisiera de verdad.

Tiene miedo de mis viajes, mis ausencias, su desasosiego durante mis ausencias, y me dispongo a partir para más de un mes. He encontrado una productora, Anne-Dominique, que se interesa por mi proyecto de película. Juntos lo sometemos a la comisión de adelanto de fondos, que pide una sinopsis. Escribo tres páginas que concluyen así: «Tal como la imagino hoy, la película debería ser el diario de nuestra estancia en Kotelnich, el retrato de la gente que encontraremos allí, la crónica de las relaciones que mantendremos con ella, todo lo cual duplicado por la historia más íntima de mi inmersión en la lengua rusa.

Pero quizá no sea en absoluto lo que yo imagino hoy.

Pienso que saldremos en la pantalla, pero quizá al final no aparezcamos. Pienso que habrá un comentario en off, pero quizá al final no lo haya. Quizá al final sea el retrato de un solo habitante de la ciudad: o de una ciudad vecina.

No lo sé y por encima de todo prefiero no saberlo.

No sé si es posible, pero me gustaría conservar esta ignorancia hasta que empiece la filmación. Descubrir lo que cuenta la película sólo en el montaje: cuando lo que nos suceda se convierta en lo que nos ha sucedido.»

Algunos de los miembros de la comisión consideran descarada esta exposición, pero aun así obtenemos el adelanto y la producción se pone en marcha. Aparte de Sasha, siempre

disponible, no es posible reunir al primer equipo. Jean-Marie no puede tomarse un mes libre y me dicen que Alain está gravemente enfermo: un tumor cerebral, remisión breve, metástasis. Le telefono para tener noticias y digo, en el apuro, algo de lo que me avergüenzo hoy: parece que *has tenido* un mal rollo de salud... Una risita y me corrige: pues no, no lo he tenido. Lo tengo. Bromea, lucha, pero sabe muy bien que está jodido. Le cuento el proyecto *Retorno a Kotelnich*. Lamenta no poder participar. Tres semanas más tarde muere.

Recluto para la imagen a Philippe, un cámara francés que vive desde hace diez años en Rusia y me propone, para el sonido, a una tal Liudmila, con quien suele trabajar. El único problema es que ella sólo habla ruso. Digo que no es problema, al contrario.

Me llama un periodista de *Le Monde* a fin de proponerme que escriba un cuento para su serie de verano. Son suplementos que aparecen los fines de semana y que, al parecer, se leen mucho. Treinta y cinco mil caracteres sobre el tema del viaje. Mi primer impulso es rechazar la oferta porque no tengo ninguna idea; después me acuerdo de que Sophie me pidió un día: ¿por qué no escribes un relato erótico? Para mí. Dije: lo pensaré. Y lo pensé, en efecto. Vuelvo a llamar al periodista para decirle que, de hecho, sí tengo una idea, pero hay una condición para llevarla a cabo y es que pueda elegir la fecha de publicación. Parece que no hay inconveniente. Entonces de acuerdo. Despacho el relato en tres días, justo antes de partir a Kotelnich. No le digo nada a Sophie. No sé aún que este cuento causará terribles estragos en mi vida, y creo que nunca he escrito nada con tanta facilidad y alborozo. Ya no pienso en mi abuelo. Me divierto, me río solo, estoy muy satisfecho.

Antes de subir al tren, has comprado *Le Monde* en el quiosco de la estación. Hoy sale el cuento, te he dicho esta mañana por teléfono, añadiendo que sería una excelente lectura de viaje. Has respondido que tres horas era un poco excesivo para un relato corto, y que también llevarías un libro. Para no despertar sospechas, he admitido que sí, sin duda, sería más juicioso, pero ahora te apuesto que sea cual sea ese libro no lo abrirás.

Has ocupado tu asiento, observado cómo se instalan los pasajeros, es probable que haya bastante gente. Debe de haber alguien sentado a tu lado: hombre o mujer, joven o viejo, agradable o no, no tengo ni idea. Has esperado a que el tren se pusiera en marcha para abrir el periódico, como se hace cuando se dispone de tiempo por delante. Muros con graffitis a lo largo de la vía, que se abre paso hacia el sur, salida de París. Has recorrido la primera página, la última, donde hay un artículo sobre mí, y después has cogido el cuadernillo central, lo has desdoblado, recortado, replegado, espero que no hayas pillado palabras al vuelo. Ahora empiezas a leer.

Qué curiosa impresión, ¿no?

Lo curioso, en principio, es que no sabes nada de esta historia. Estábamos juntos cuando la escribí, pero no quise enseñártela. Te dije, evasivamente, que era más o menos de ciencia ficción. A primera vista, hace pensar más bien en aquella novela de Michel Butor, *La modificación*, que sucedía en un tren y que estaba escrita en segunda persona. Supongo que entre los lectores que han llegado hasta aquí algunos lo habrán pensado. Pero tú estás demasiado asombrada para pensar en Michel Butor. Caes en la cuenta de que, en lugar de un cuento, te he escrito una carta que seiscientas mil personas —es la

tirada de *Le Monde*— están invitadas a leer por encima de tu hombro. Estás conmovida, tal vez quizá un poco incómoda. Te preguntas cuál es mi propósito.

Te propongo una cosa. A partir de ahora vas a hacer lo que te diga. Al pie de la letra. Paso a paso. Si te digo: deja de leer al final de esta frase y sigue leyendo sólo al cabo de diez minutos, tú dejas de leer al final de esta frase y sigues leyendo sólo al cabo de diez minutos. Era un ejemplo, no vale. Pero ¿estamos de acuerdo en cuanto al principio? ¿Confías en mí?

Pues bien, ahora te lo digo: al final de esta frase deja de leer, cierra el cuadernillo y dedica diez minutos, reloj en mano, a preguntarte qué me propongo.

Lectores, lectoras sobre todo a las que no conozco, no tengo derecho a daros órdenes, pero os aconsejo que hagáis lo mismo.

Ya está. Ya han pasado los diez minutos.

Los demás no sé, pero tú, por fuerza, has comprendido.

Ahora me gustaría que hicieras un esfuerzo de concentración. Un esfuerzo sin esfuerzo, por decirlo así, porque te voy a pedir muchos otros, hay que hacerlo gradualmente. Sólo vas a intentar visualizarte. Primero tu entorno inmediato, del que muchas variables se me escapan: sentido de la marcha o no, ventana o pasillo, asiento normal o cuadrado y, en consecuencia, frente a frente o no, es desde luego un detalle importante. Y luego tú, sentada, con ese periódico abierto entre las manos. ¿Quieres que te describa, para ayudarte? En realidad no creo que sea necesario, primero porque no soy muy bueno describiendo y segundo porque la idea no es sólo conseguir que te humedezcas, sino humedecer también a cualquier otra mujer que lea esto y a la que una descripción demasiado precisa entorpecería la identificación. Sólo decir una rubia grande con el cuello largo, el talle fino y las caderas

opulentas sería ya demasiado, y por tanto no digo nada de esto. Igual de impreciso en cuanto a la ropa. Evidentemente, yo sería partidario de un vestido de verano que deje al descubierto los brazos y las piernas, pero no me he permitido darte instrucciones sobre el particular y es muy posible que lleves pantalón, es práctico para viajar, nos apañaremos con él. Sea cual sea el número de capas que hayas superpuesto, y aunque en esta estación sea razonable esperar que haya una sola, lo único seguro es que estás desnuda por debajo. Recuerdo una novela en la que el narrador se percataba maravillado de que en todas las circunstancias las mujeres están siempre desnudas debajo de la ropa. Compartí y aún comparto este estupor. Me gustaría que lo pensases un poco.

Segundo ejercicio, entonces: tomar conciencia de que estás desnuda debajo de la ropa. Distinguir: pequeño a las zonas de la piel que no están en contacto con ninguna tela, sino directamente con el aire libre —cara, cuello y manos, más una parte variable de los miembros superiores e inferiores—; pequeño b las zonas recubiertas de tela, y aquí se abre todo un abanico de matices, según que el tejido se adhiera —ropa interior, vaquero ceñido— o flote a más o menos distancia: blusa amplia, falda que choca con las pantorrillas. Queda un pequeño c que yo guardaba para el final y que atañe a las zonas de piel en contacto con otras zonas de piel, como, por ejemplo, siempre debajo de una falda, los muslos cruzados, la parte inferior de uno contra la superior del otro, la parte alta de la pantorrilla contra el costado de la rodilla. Vas a cerrar los ojos y a repasar todo esto, todos esos puntos de contacto de tu piel con el aire, la tela, la piel u otra materia: tus antebrazos sobre los brazos del asiento, tu tobillo contra el plástico del asiento de delante. Vas a pasar revista a todo lo que te toca la piel, a todo lo que te toca la piel. Detallar todo lo que ocurre en tu superficie.

Un cuarto de hora.

Hay un momento que es siempre delicado, agradable pero delicado, cuando ligas por teléfono, que es al pasar del diálogo normal al meollo del asunto. Casi invariablemente, se hace pidiéndole al otro que describa su posición en el espacio —«Mmm, estoy encima de la cama...»—, después la ropa que lleva —«Sólo una camiseta, ¿por qué?»—, y después se le pide que deslice un dedo por alguna parte entre esa ropa y la piel. Aquí vacilo. Es como en el ajedrez o en un análisis, donde parece que todo está contenido en el primer movimiento. La apertura más clásica sería un pecho, que se abordaría de una manera distinta según estuviese o no cubierto con un sujetador. Normalmente llevas uno. Conozco la mayoría, te he regalado varios, es algo que me gusta mucho, escoger lencería sexy. Me gusta hablar con la dependienta, describirle a la destinataria, la mezcla legítima de trato puramente profesional y de sobrentendido sexual crea una pequeña complicidad tal que enseguida llegas a preguntar: y si fuera para usted, ¿cuál elegiría?

Podría pedirte que te acariciaras un pecho, que rozaras la punta con la yema de los dedos a través del vestido y del sujetador, lo más discretamente posible. Otra cosa que me gusta, que nos gusta a los dos: mirar juntos a las mujeres e imaginar sus pezones. Sus conejos también, por lo demás, pero calma, por ahora estamos en sus pezones. Como ya he explicado varias veces a dependientas de lencería, para que puedan aconsejarme mejor, los tuyos son bastante especiales en el sentido de que parece que los han montado al revés, la punta hacia el interior, y de que salen como un animalillo de su madriguera por el efecto de la excitación. Supongo que es lo que hacen en este momento y que ni siquiera necesitas tocarlos. No los toques. Interrumpe el movimiento que quizá habías iniciado, deja tu mano suspendida en el aire y límitate a *pensar* en tus pechos. Y ahora visualízalos. Ya te he explicado que es una técnica de yoga extremadamente eficaz —aunque su eficacia

sirva, por lo general, para otros fines— visualizar una parte del cuerpo con la mayor precisión y transportarse a él en el pensamiento y la sensación. Peso, calor, textura de la piel, textura distinta de la areola, frontera entre la piel y la areola, estás toda entera en tus pechos. Normalmente, en el instante en que lees esto, alguien que tienes delante —¿tienes a alguien delante?— debe ver tus pezones erizarse debajo de la doble capa de tela tan claramente como debajo de una camiseta mojada.

Alto, una vez más. Cierras el periódico. Sólo piensas en tus pechos y en mí pensando en ellos, durante un cuarto de hora. Cierra los ojos o no, como prefieras.

¿Ha estado bien?

¿Has pensado en mis manos sobre tus pechos? Es en lo que he pensado yo. De hecho, no en mis manos *sobre* tus pechos, sino en mis manos *cerca* de tus pechos. Mira, un cuarto de milímetro más y las palmas que los envuelven y abarcan la curva los rozarían, pero justamente no los rozan. Rozar quiere decir «tocar ligeramente», ahora bien, yo no te toco, yo me acerco todo lo que puedo sin que haya contacto, todo el juego consiste en evitarlo y al mismo tiempo guardar una distancia constante, lo que implica ínfimas retractaciones de la palma en respuesta al pecho que avanza bajo el efecto de la excitación o simplemente de la respiración. Cuando digo en respuesta: es más sutil que eso, no se trata de responder, sería demasiado tarde, como en las artes marciales, en los que el objetivo no es asestar un golpe sino no encajarlo. Se trata de anticipar y para eso hay que dejarse guiar por el calor corporal, la intuición, el aliento, con un poco de entrenamiento se logra que la punta del pecho y el hueco de la palma funcionen como dos contadores Geiger, tú y yo estamos muy adiestrados. Si tocas pierdes. Por otra parte, esto se puede practicar con cualquier parte del cuerpo, y si bien es cierto que palma y dedos, labios y lenguas, pechos, clítoris, glánde y ano permiten las combinaciones más

exploradas, las que en cuestión de minutos hacen lanzar gritos como para enloquecer a los vecinos —aunque tampoco está mal contener los gritos—, sería un error limitarse a las zonas mucosas y eréctiles clásicamente erógenas y desdeñar variaciones como el cuero cabelludo, concavidad poplítea, mentón, planta del pie, hueso de la cadera, hueco de la axila, yo soy personalmente un apasionado de la axila y en especial de las tuyas, de las que precisamente pensaba hablarte.

Sonríes porque sabes que yo adoro esto, mientras que tú no tienes nada en contra pero, en fin, no es lo que te hace dar cabriolas por el suelo. Mi entusiasmo te enternece más que te excita. Así que sonríes. Al escribir esto, dos meses antes de que tú lo leas —si todo sale bien y lo lees—, intento imaginar esa sonrisa, la de una mujer leyendo sola en un tren una carta pornográfica dirigida a ella pero que leen al mismo tiempo miles de otras mujeres diciéndose, supongo, que tienes mucha suerte. Hay que reconocer que es una situación bastante especial, que también debe de provocar una sonrisa particular, y me parece que suscitar esa sonrisa es un objetivo literario exultante. Me gusta que la literatura sea eficaz, me gustaría idealmente que fuese performativa, el ejemplo clásico de lo cual es la frase «Declaro la guerra»: desde el instante en que la pronuncio, la guerra está declarada. Cabe sostener que, de todos los géneros literarios, la pornografía es el que más se acerca a este ideal, leer «te humedeces» te hace humedecer. Era sólo un ejemplo, no he dicho «te humedeces» y por tanto no te humedeces todavía, o si lo haces no le prestas atención, pones toda tu energía mental en desviar la atención de tus bragas. Hay una historia así que me gusta mucho, la del tipo a quien un mago le promete la realización de todos sus deseos, pero con una condición: que durante cinco minutos no piense en un elefante rosa. Es evidente que si no se lo hubiesen dicho no se le habría pasado por la cabeza, pero ahora que se lo han dicho, y se lo han prohibido, ¿cómo pensar en otra cosa? De todos modos voy a

intentar ayudarte, vamos a pensar en otra cosa, a ocuparnos de tus axilas, vamos incluso a *hacer* otra cosa.

Ahora tienes derecho a un poco de contacto. Sin soltar el cuaderno de la mano izquierda, vas a colocar la mano derecha en la cadera izquierda. Tu antebrazo, entonces, que supongo desnudo, descansa en tu vientre, a la altura del ombligo. A partir de tu cadera vas a subir la mano hasta el pequeño abultamiento que se forma en todas las mujeres por encima de la falda o del pantalón, acariciando a través de la tela con la palma y los dedos la carne especialmente tierna y elástica de este punto. Es tibio, dulce, relajante, nos demoraremos mucho en este campamento base. Demórate un momento antes de reanudar la ascensión hacia los flancos y la parte baja del sujetador. La situación en este estadio varía un poco si una segunda capa de ropa —blusa sobre camiseta, chaqueta ligera— te permite actuar relativamente al abrigo de las miradas o si avanzas al descubierto. En cualquier caso, siempre puedes acercar la mano que sostiene el periódico y ocultar más o menos la que ahora envuelve resueltamente tu pecho izquierdo. Ahí tienes vía libre. Tómate el tiempo necesario para hacer, en la medida en que lo permita la decencia, todo lo que te apetecía hacer hace un rato, cuando el contacto estaba prohibido. Sin embargo, no pierdas de vista que nuestro objetivo actual no es el pezón sino el hueco de la axila, hacia el cual apuntan tus dedos. Ahí hay sin duda un acceso a la piel desnuda, abertura de la ropa o de la camiseta, y si por casualidad llevas una blusa de manga larga no tienes más que pasar por el cuello, que me figuro ampliamente escotado. Sea la que sea la vía elegida, por encima o por debajo, por primera vez desde el comienzo de esta carta tocas directamente tu piel. Separa ligeramente el brazo izquierdo, basta con apoyar el codo en el brazo del asiento para hacerlo con naturalidad. Con la punta de los dedos alisa el ligamento del brazo y luego comienza a explorar el hueco de tu axila. Una tarde de julio, en un tren que supongo bastante

cargado, me extrañaría mucho que no recogieras algunas gotas de sudor. Me gustaría que dentro de unos minutos —sobre todo, no te apresures— te las llevaras a la nariz, para olerías, y luego a los labios, para probarlas. Eso me encanta: sin llegar a los extremos que gestaron la gloria de Enrique IV, no me vuelve loco la piel recién enjuagada, y a ti también te gusta que huela a polla, a chocho y a sobaco. Tú no lo tienes depilado y eso también me encanta. No necesariamente como norma general, no es una religión, más bien caso por caso, pero en éste, sin la menor duda, podría pasar horas, de hecho las paso, en ese musgo ligero de vello rubio. Tienes razón en considerar que esto forma parte de un conjunto de preferencias eróticas que me situaría, digamos, más del lado de las fotos del difunto Jean-François Jonvelle que de las de Helmut Newton: más la chica en braguita que se masajea los pechos con crema hidratante, al tiempo que te sonrío en el espejo del cuarto de baño, que la de tacones de aguja, mohín desdeñoso y collar de perro. Pero no sólo hay eso en el gusto por el vello del sobaco, sino también, ¿cómo decirlo?, una especie de efecto metonímico, como cuando se dice vela para decir barco, la impresión de que paseas con dos coñitos adicionales, dos coñitos que la decencia autoriza a exhibir en público aunque hagan pensar irresistiblemente, o al menos a mí me hacen pensar, en el que tienes entre las piernas. En principio, repruebo este tipo de razonamiento. Soy partidario de pensar en un conejito delante de un conejito, de pensar en una axila delante de una axila, y no de hacer asociaciones preconizando que todo responde a todo en un sistema de ecos y de correspondencias inefables que conduce pronto al romanticismo, de éste al bovarysismo y de aquí a la negación generalizada de la realidad. Estoy a favor de la realidad, nada más que la realidad, y de ocuparse de una sola cosa a la vez, como el gurú indio que, en otro de mis cuentos favoritos, repite infatigable a sus discípulos: «*When you eat, eat. When you read, read. When you walk, walk. When you make*

love, make love», y así sucesivamente. Pero un día, durante una sesión de meditación, sus discípulos le encuentran desayunando y leyendo el periódico. Se asombran y él les responde: «*Where is the problem? When you eat and read, eat and read*» Me baso en este ejemplo para, en contra de mis posiciones filosóficas, pensar en tu coño mientras acaricio y hago que te acaricies las axilas, tú también, además, piensas en él y no digo nada de tu vecino, que desde hace cinco minutos te mira por el rabillo del ojo a punto de lamerte los dedos.

Por el momento no digo nada.

Esto también es una maravilla inagotable: las mujeres no sólo están desnudas debajo de la ropa, sino que todas tienen esa cosa milagrosa entre las piernas, y lo más turbador es que la tienen siempre, incluso cuando no piensan en ella. Durante mucho tiempo me pregunté cómo lo hacían, me parecía que en su lugar yo no habría parado de sobármela, o al menos de pensar en ella. Una de las cosas que me gustaron de inmediato en ti es la impresión de que pensabas en ella más de lo normal. Un día alguien te dijo que llevabas el chocho en la cara, tú titubeaste sobre cómo tomártelo, como una grosería extraordinaria o un piropo, y al final ganó este último. Estoy de acuerdo. Me gusta que al mirar la cara de una mujer puedas imaginarla gozando. Las hay en que es casi imposible, no se siente ningún abandono, pero a ti se te ve moverte, sonreír, hablar de cualquier otra cosa, se adivina enseguida que te gusta gozar, al instante dan ganas de conocerte cuando gozas y al conocerte, pues bueno, no decepcionas. La verdad es que no es el tono de este texto pero qué más da, me permito una observación sentimental: nunca me ha gustado tanto ver gozar a alguien, y cuando digo ver, por supuesto, no es sólo ver. Te imagino leyendo esto, tu sonrisa, tu orgullo, orgullo de mujer bien follada que sólo iguala el del hombre que folla a una mujer bien follada. Ahora puedes hundir tu pensamiento en la braga. Pero espera, no te precipites. Haz como con el elefante rosa. No

pienses todavía en mi polla, ni en mi lengua, ni en mis dedos ni en los tuyos, piensa sólo en tu coño, tal como está ahora entre tus piernas. Lo que te pido aquí es difícilísimo, pero la idea sería que pienses en el conejito como si no pensaras en él. La gente que hace mucha meditación dice que el objetivo, y la iluminación que sobreviene por añadidura, consiste en observar la respiración propia sin modificarla. En estar ahí como si no estuvieras. Intenta imaginar tu coño desde el interior, como si lo tuvieses simplemente entre las piernas y pensaras en otra cosa, como si estuvieses trabajando o leyendo un artículo sobre la ampliación de la Comunidad Europea. Procura mantenerte neutral y a la vez detallar cada sensación. La manera como la tela de las bragas comprime el vello. Los labios mayores. Los labios menores. El contacto de las paredes entre sí. Cierra los ojos.

¿Ah? ¿Está húmedo? Ya decía yo. ¿Muy húmedo?

Reconozco que el ejercicio era difícil, pero, bueno, aunque esté muy húmedo no está abierto: no puede estarlo, sentada en un tren con una braga y sin meter dentro el dedo. Mira, veamos ahora si se pueden separar un poco los labios del interior, sin ayuda. No lo sé. No creo. Tienes una excelente musculatura vaginal, pero no es ella la que gobierna la abertura de los labios; lo que puedes hacer, en cambio, es apretar y relajar, apretar y relajar, lo más fuerte que puedas, como si yo estuviera dentro. Aquí he resbalado un poco, he ido más deprisa de lo que pensaba, pero sería desleal retroceder. Tienes, pues, derecho a pensar en mi polla. Pero sin abalanzarte sobre ella. Sin apresurarte. Estoy seguro de que inmediatamente sólo piensas en metértela hasta el fondo y masturbarte al mismo tiempo, pero no, habrá que tener paciencia, seguir mi ritmo, que en síntesis consiste en reducir siempre, retrasar, retener. En mi juventud fui un eyaculador precoz, es una experiencia horrible y de ella me viene la convicción de que el mayor placer consiste en estar en todo instante al borde del placer. Es exactamente lo

que me gusta: *al borde*, y alargar siempre ese borde, deshilar aún más esa punta. Al principio esto te parecía un poco perturbador, ahora ya no. Ahora te gusta que antes de chuparte te acaricie un largo rato el clítoris únicamente respirando muy cerca, jugando con el calor del aliento, alargando la espera de la primera lamida. Te gusta que antes de metértela hasta el fondo deje el glande un largo rato en la entrada de tus labios, te gusta entonces decirme, mirándome a los ojos, que te gusta mi polla en tu coño, te gusta repetirlo y es lo que vas a hacer ahora. Vas a decir «me apetece tu polla en mi coño», en voz muy baja, naturalmente, pero vas a decirlo de todos modos, no sólo mentalmente, sino formando los sonidos con los labios. Vas a pronunciar estas palabras lo más *fuerte* que puedas sin que te oigan los vecinos. Vas a buscar ese umbral sonoro y acercarte todo lo posible sin franquearlo. ¿Alguna vez has visto a alguien rezar el rosario? Imítalo. El mantra básico es «me apetece tu polla en mi coño», todas las variaciones son aceptables y cuento con que des libre curso a tu imaginación. Adelante. Hasta Poitiers, que no debe de estar muy lejos, si mis cálculos son correctos.

Durante este tiempo yo pienso en tus vecinos. Debo confesar que no estoy muy a gusto con estos personajes que es tentador utilizar, pero que escapan a mi control peligrosamente. Soy muy consciente, por lo demás, de que esta carta presenta a la vez el aspecto delicioso de un objeto de puro placer y el aire un poco angustiante de un rollo de *control freak* caracterizado. Si todo ha ido bien, si has respetado los plazos indicados, lees esta página el sábado 20 de julio hacia las 16.15, cuando el tren acaba de partir después de la parada en Poitiers. Yo la escribí a finales de mayo, antes de ir a Rusia a rodar mi película. Pedí muy pronto a los de *Le Monde* que fijaran la fecha de aparición, no comprendían por qué yo le atribuía tanta importancia a este hecho y les dije, como a ti, que era una cuestión de anticiparme y que para hacerlo necesitaba una fecha concreta. Era cierto.

No sabía aún lo que haríamos en el mes de agosto, pero estaba acordado que yo estaría con mis hijos en la isla de Ré a partir de mediados de julio y que tú te reunirías con nosotros a partir de la segunda semana. Como los relatos salían los sábados tenías que tomar el tren aquel sábado, y sobre todo no antes de las 14 horas, para que *Le Monde* estuviera ya en los quioscos. Con la esperanza de que sería difícil cambiar aquel período de vacaciones, me cuidé de reservar tu billete de antemano. Cabe decir, por tanto, que como obsesivo que soy puse de mi parte el máximo de posibilidades. Lo cual no me impide saber, como todo buen obsesivo, que del otro lado está el azar, lo imprevisto, todo lo que puede dar al traste con los planes mejor preparados. Y ahí está el horror.

Escribir esto me ha producido un placer inmenso, pero también severas angustias, las cuales debo reconocer que sin duda lo han agudizado. Veía un segmento de tiempo, en un extremo el pequeño punto a: he entregado el texto a *Le Monde*, ya no puedo tocarlo, volver atrás, el tren está en marcha, y en el otro extremo el pequeño punto b: es la terminal, lo has leído, vas a mi encuentro por el andén de la estación, estás loca de deseo y de gratitud, todo ha ocurrido exactamente como lo había soñado. Entre pequeño a, a fines de mayo, y pequeño b, el 20 de julio de 2002 a las 17.45, todo puede suceder y das por supuesto que yo lo había imaginado todo, desde el contratiempo leve hasta la catástrofe irreparable. Que el ferrocarril hiciera huelga, o los distribuidores de prensa. Que perdieras el tren o que el tren descarrilase. Que ya no me quisieras, que yo ya no te amase, que ya no estuviéramos juntos, de forma que este juego alegre y ligero se transformase en algo triste o, peor aún, engorroso.

Habría que estar plenamente liberado de todo pensamiento mágico para planificar hasta tal punto el placer sin temer desafiar a los dioses. Imagina que eres Dios y un mortal te dice, a través de *Le Monde* que recibes con una eternidad de

adelanto: verás, he decidido que el sábado 20 de julio, en el tren de las 14.45 a La Rochelle, la mujer que amo se masturbará siguiendo mis instrucciones y gozará entre Niort y Surgères, ¿cómo te lo tomarías? Creo que te parecería una insolencia. Simpática, pero insolencia. Te dirías que el tipo merece una pequeña lección. No el rayo que fulmina al imprudente, no el buitre que le devora el hígado, pero sí un pequeño escarmiento. Yo creo que en tu lugar —siempre si tú fueras Dios— intentaría arreglarlo como en una película de Lubitsch, donde el espectador recibe siempre lo que quería, pero nunca de la manera que quería. Y creo que para dar a este guión programado demasiado bien el *twist* inesperado que a la vez desbarata y colma la espera, Lubitsch se serviría precisamente de tu vecino o vecina. Podría, por ejemplo, ser sordomudo. ¿Te imaginas a una bonita sordomuda que mira a hurtadillas desde hace diez minutos los labios de la mujer sentada a su lado que salmodian en éxtasis, con los ojos cerrados: «Me apetece tu polla en mi coño»? Para desarrollar la escena hay mucho donde elegir, desde el momento ligero y grácil de turbación entre chicas hasta el registro más abiertamente porno. Dicho esto, si la idea de darme una lección consistiera en hacer que tu placer escapara a mi control y lo desviara hacia un beneficiario imprevisto, la bonita sordomuda debería ceder su puesto a *un* sordomudo bonito y esto, como sin duda imaginas, me entusiasma muchísimo menos. Dejémoslo, puesto que pienso en otra situación.

Encontrarse en un lugar público a un desconocido enfrascado en la lectura de tu libro es algo que ocurre, aunque no muy a menudo, en la vida de un escritor. No hay que contar con ello. En cambio, es cierto que no pocos viajeros de este tren leen *Le Monde*. Intentemos calcular. Francia tiene sesenta millones de habitantes, *Le Monde* tiene una tirada de 600.000 ejemplares y sus lectores, por consiguiente, representan el 1 % de la población. La proporción de entre ellos en el TGV París-La

Rochelle un sábado de julio por la tarde debe de ser mucho más elevada, estaría tentado de multiplicar directamente por diez. A ojo, el 10%, del cual la mayoría, porque hoy tiene tiempo, echará al menos un vistazo al cuento que ofrece el suplemento. Aquí no quisiera parecer pretencioso, pero las posibilidades de que quienes echen un vistazo lo lean hasta el final se aproximan, a mi entender, al 100%, por la sencilla razón de que cuando hay sexo se lee hasta el final, así de simple. Esto significa que alrededor del 10% de tus compañeros de viaje leen, han leído o van a leer estas instrucciones en el curso de las tres horas que vais a pasar juntos en el tren. Es otro orden de probabilidades totalmente distinto que el de tener a tu lado a una bonita sordomuda. Hay una posibilidad de diez, sin duda exagero pero no tanto, de que la persona sentada a tu vera lea en este momento lo mismo que tú. Y si no la persona a tu vera, otras que están más lejos.

¿No te parece que ha llegado el momento de ir al bar? Coge el cuadernillo, enróllalo dentro del bolso, levántate y emprende la travesía del tren. Te espero allí. No saques el cuadernillo hasta llegar al bar.

Ya está. Has hecho la cola, has pedido un café o un agua mineral. Hay mucha gente en el bar. No obstante, has encontrado un taburete libre, has sacado del bolso el periódico que tienes abierto delante, en la mesita de plástico gris, y ahora reanudas la lectura. Al recorrer los vagones, ¿se te ha ocurrido la misma idea que a mí? Alguien en este tren lee esta historia. Lee y quizá sonrío al leer, quizá se dice vaya, qué gracioso, ¿qué mosca le habrá picado a *Le Monde*? Y después, en un momento dado, lee que transcurre en el TGV París-La Rochelle de las 14.45, el sábado 20 de julio. Arquea las cejas, levanta los ojos por encima del periódico, sufre un mínimo instante de turbación —de vértigo sería demasiado decir—, releo la frase y se dice: ¡caramba, si es mi tren! Y al instante siguiente: pero entonces la chica del relato, la destinataria, ¡también viaja en

este tren! Hombre o mujer, ponte en su lugar. ¿No te resultaría excitante? ¿No intentarías localizar a la chica? No tienes una descripción física, me he cuidado de no darla, pero dispones de un indicio, y uno sumamente preciso: sabes que entre Poitiers y Niort, es decir, entre las 16.15 y las 16.45, la puedes encontrar en el bar. ¿Qué haces entonces? Vas al bar. Yo, en todo caso, iría. Lectores, lectoras, os invito, no os quedéis sentados mirando a los que bailan: tomad vuestro ejemplar de *Le Monde* para reconocer y dirigíos al bar.

No sé si tú has entrado, tú, tras haber tomado conciencia de lo que ello implica, o si sólo acabas de descubrirlo, no sé lo que opinas, pero debo decir que a mí me encanta esta situación. Lo que me gusta es que, contrariamente a la escena con la bonita sordomuda, no descansa en nada aleatorio, sino que se desprende de una manera cierta del mecanismo instalado. Si el cuento ha aparecido el día previsto, si el tren circula bien ese día, si el bar no está en huelga, es absolutamente cierto —o si no, es desesperante— que algunos pasajeros y espero que algunas pasajeras se presentarán allí a la hora prevista, es decir, *ahora*, con la esperanza de identificarte. Ahí están, a tu alrededor. No los conozco pero yo les convoqué hace dos meses y ahí están. Esto es literatura performativa, ¿no?

Por muy exhibicionista que seas, me figuro que hundes la nariz en el periódico y ya no te atreves a levantar los ojos. Vas a levantarlos un poco. Estás frente a la ventana. Si anocheciese, o si el tren entrara en un túnel, el interior del vagón se reflejaría en el cristal y *los* podrías ver sin volverte, pero no hay túnel, no hay reflejo, sólo el paisaje sombrío de la Vendée, depósitos de agua, casas bajas, caminos de sirga, bajo el sol aún alto en el cielo.

Y *ellos*, detrás de ti.

Anda. De nada sirve hacer el avestruz.

Vas a respirar hondo y te darás media vuelta.

Como si no pasara nada, con toda normalidad.

Venga.

Están todos ahí.

Hombres, mujeres. También como si no pasara nada, pero varios tienen *Le Monde* en la mano.

¿Te miran?

Estoy seguro de que te miran. De que te miran desde hace varios minutos, ¿no has sentido sus miradas en la espalda? Esperaban que te dieras media vuelta y ahora ya está, estás frente a ellos, es como si estuvieras desnuda en su presencia.

¿Te parece que esto es excesivo? ¿Que empieza a parecerse a una escena de película de terror? La heroína cree haberse refugiado en un lugar seguro, en un bar lleno de gente, cuando un detalle en apariencia anodino le revela de golpe que todas las personas que la rodean, ellas también de apariencia anodina, forman parte de la conspiración. Espías, zombis, invasores extraterrestres, da igual, pero todos leen *Le Monde*, por eso se les reconoce y la rodean, y el círculo se estrecha...

¿Te sientes atrapada?

Pues no, era broma. La historia no es así. Reflexiona. Primero, no eres la única sospechosa, estoy seguro de que hay otras mujeres que exhiben *Le Monde* en el bar. ¿Cuántas? ¿Una, cuatro, once? Digamos que a partir de tres juzgaré que es un gran éxito. A esas mujeres no sólo les he pedido que vengan, de preferencia solas y cuantas más mejor, para no dejar todo el terreno a una horda de hombres, sino que también les he pedido otra cosa. Es decir, se lo pido ahora, pero sé muy bien que al contrario que tú no han respetado estrictamente las consignas de lectura y han descubierto antes que tú este párrafo. Les pido lo siguiente: si habéis leído esta carta y os ha excitado un poco, aunque sólo sea un poco, entonces jugad el juego y durante la última hora de viaje, entre Niort y La

Rochelle, haced como si fuerais la destinataria. El papel es fácil de interpretar, basta con leer *Le Monde* bebiendo un café o tomando un agua mineral en el bar del tren y prestar atención a lo que ocurre a vuestro alrededor. Es simple, pero puede resultar sumamente erótico. Cuento con vuestra ayuda.

Bueno, ya está todo, recuerdo la regla del juego: hay en el vagón cierto número de hombres y de mujeres que han leído este relato y que, con reservas mentales diferentes, pero esencialmente sexuales, tratan de identificar a la heroína. La heroína eres tú, pero eres la única que lo sabe y las demás mujeres fingen que son tú. La heroína se humedece como una loca desde hace dos horas y las demás también se ponen a humedecerse como locas. En suma, al contrario que la heroína, han leído el relato de principio a fin y saben, por tanto, lo que ocurre en las páginas que quedan.

Me encanta esta situación, me encanta que gracias a *Le Monde* exista *realmente*, pero ya no veo cómo controlarla. Demasiados personajes, demasiados parámetros. Así que ya no controlo. Desisto. Sigo imaginando cosas, por supuesto: un baile de miradas, de sonrisas discretas, un guiño entre chicas; una risa sofocada, quizá una risa tonta, tal vez un *acting out* intenso o incluso un escándalo, ¿por qué no? Alguien que dice en voz alta que es asqueroso y que él no compra el periódico de Hubert Beuve-Méry para leer semejantes cochinadas; quizá un diálogo crudo y alambicado al estilo de yo-sé-que-usted-sabe-que-yo-sé, y quizá dos personas que llegan juntas al bar sin conocerse y lo abandonan juntas. Me pregunto qué perciben las personas que se encuentran en el lugar sin haber leído *Le Monde*: ¿no captan nada? ¿Notan que sucede algo que no saben qué es? Me pregunto, imagino, pero ya no decido, dejo que cada cual improvise su papel y aguardo a que tú llegues enseguida, dentro de una hora, para contármelo todo, en la cama y luego delante de una gran bandeja de mariscos, veremos en qué orden, ya ves que no soy tan

autoritario.

Faltan tres cuartos de hora de trayecto y a mí me quedan cinco mil caracteres, el máximo son treinta y cinco mil. Las demás lectoras de *Le Monde* saben ya lo que puede ocurrir aún, al margen de todo lo que escapa a mi control, y tú, evidentemente, te lo imaginas. Has visto levantarse a una mujer hace unos minutos, la has seguido con la mirada y has visto que otras también la seguían. Saben lo que quiere decir y ella sabe que lo saben. Quiere decir: voy a masturbarme.

Así pues, la mujer sale del bar y se dirige hacia los aseos más próximos. Están ocupados. Aguarda un poco. Cree oír, amortiguado, claro está, por el ruido del tren, un ruido de respiración entrecortada al otro lado de la puerta. Pega el oído, sonrío, un tipo de pie cerca de la puerta la mira un poco sorprendido, tiene otro periódico en la mano y ella se dice el pobre no sabe lo que se pierde. Por fin la puerta se abre y otra mujer sale del aseos, con *Le Monde* asomando por el bolso. Cruzan una mirada, se ve en la cara de la mujer que ha salido del aseos que se ha corrido mucho y esto excita tanto a la que se dispone a entrar, que se atreve a preguntar: «¿Ha estado bien?» y la otra le responde: «Sí, ha estado bien», con una voz sumamente convincente, y el tipo que no leía *Le Monde*, el pobre, se dice que, la verdad, suceden cosas extrañas en este tren. La mujer cierra la puerta y pasa el cerrojo. Se mira en el espejo que llega hasta el lavabo, lo que le permite, al levantarse el vestido —o bajarse el pantalón—, ver bien lo que se dispone a hacer. Se quita la braga empapada, levanta una pierna para posar un pie en el reborde del lavabo, se sostiene con una mano en la especie de picaporte para mantener el equilibrio y con la otra empieza a acariciarse la vulva. Se mete directamente los dedos dentro, el tiempo de los refinamientos ya ha pasado, tiene demasiadas ganas, hace como mínimo una hora que le apetece. Se mete al instante dos dedos, los hunde, está completamente inundada y la inunda aún más mirar en el espejo la mano que

aferra el chocho y los dedos que lo hurgan. Quizás actúa de una forma distinta y va derecha al clítoris, cada mujer tiene su técnica propia para masturbarse, me encanta que me la enseñe y ahí proyecto la tuya sobre ella, no tiene importancia. Es quizá la primera vez que se masturba de pie en los lavabos de un tren, seguro que es la primera que lo hace sabiendo que la gente al otro lado de la puerta sabe lo que está haciendo. Es como si lo hiciera delante de todo el mundo, se mira el coño en el espejo como si todo el mundo lo mirase, como si todos vieran cómo desliza los dedos por los labios empapados, es increíblemente excitante. Piensa en ti, aunque con seguridad no te ha localizado, pero aun así se hace una idea: la rubia grande de cuello largo, cintura estrecha y caderas anchas de la que se hablaba al principio, puede que fuera una pista falsa pero puede que no, había una chica que correspondía a la descripción. Se dice que sin duda, en estos momentos, tú también estás en los lavabos, en otro vagón, y haces lo mismo, se imagina tus dedos hundiéndose entre tu vello rubio y por mucho que no sienta una atracción especial por las chicas, le apetecerá, tendrá muchas ganas. Ve sus propios dedos en el chocho y los tuyos en el tuyo y los dedos de otras mujeres en sus coños, todas masturbándose al mismo tiempo en el mismo tren, todas empapadas, todas acercándose al clítoris ahora, y todo porque un tío, hace dos meses, decidió aprovechar un encargo de *Le Monde* para montarse un guión erótico con su chica. Ahora ya está, tiene los dedos encima del clítoris, tira de los labios para que se vea bien, para verlo expuesto en el cristal que hay encima del lavabo, digamos que hace como tú en este momento, que frota cada vez más fuerte con la yema de los dedos índice y corazón, le gustaría acariciarse el pezón con la otra mano pero tiene que sujetarse para no caer, se mira la cara, no es frecuente mirarse uno mismo cuando va a correrse, tiene ganas de gritar, llega deprisa, sabe que hay alguien detrás de la puerta, sabe que respira fuerte, que hace ruido y que la

oyen, está muy cerca ahora, tiene ganas de gritar, ganas de decir que sí, ganas de gritar sí, se contiene en el momento en que se corre pero aun así tú la oyes, tú estás al otro lado de la puerta, tú también dices sí, sí, llegamos a Surgères, ahora te tocará a ti.

Al volver a tu asiento, justo antes de llegar a la estación, lees el último párrafo. En él invito a los que y a las que han hecho este viaje, en el tren o en otro sitio, a que me cuenten su versión. Habrá quizá una continuación, que no sólo será performativa sino interactiva, ¿quién da más? Hasta les doy mi correo electrónico: emmanuelcarrere@yahoo.fr. Te parezco un jeta. Tienes razón, soy un caradura. Te espero en el andén.

4

Sin embargo, me dijo Anne-Dominique la víspera de la partida, más que saber de antemano lo que quieres hacer, ya he entendido que lo que te gusta es no saberlo, estaría bien que te preguntases ya lo siguiente: ¿vas a salir en la imagen? Cuando el tren llegue a la estación, ¿vas a pedirle a Philippe que baje el primero con la cámara y te filme cuando te apeas, o prefieres que la cámara siga tu mirada?

No supe qué responderle. Es extraño: desde que concebí el proyecto de película he hablado mucho de él, con un entusiasmo en general contagioso, he escrito notas de intención, convencido a los que deciden, reclutado un equipo, pero esta pregunta tan sencilla ni siquiera se me ha pasado por la cabeza. Y ahora, en el tren de noche que sale de Moscú, empieza a inquietarme. Como al barbudo a quien le preguntan si duerme con la barba por encima o por debajo de la manta, doy vueltas en la litera sin que me reconforten mucho las

consignas que repetía hasta ahora como mantras: no prever nada, estar al acecho, tomar todo según viene.

¿Y si no viene nada?

¿Y si no fuera capaz de hacer una película? Tengo una clara conciencia de que esto dependerá de mi capacidad de hablar ruso, y este punto es el único que me preocupa. Este año he pasado dos meses en Moscú, he hecho todos los días ejercicios de gramática, he leído prosa en ruso y hasta he llevado una especie de diario en ruso, pese a lo cual, y a mi excelente oído, no progreso. Más o menos puedo leer y escribir y casi no puedo hablar. Pero aguardo un deshielo: un día, de pronto, me soltaré. Los datos pacientemente almacenados y que no puedo utilizar por el momento se harán accesibles. Hablaré ruso. Quizá ocurra en Kotelnich. Y entonces sí, por supuesto, apareceré en la película.

Vuelvo a pensar en mi primer viaje, en el mismo tren, y en el presagio que tuve entonces en sueños. Palabras rusas se mezclan con las frases de mi cuento ferroviario, la cara de Sophie enturbia la de la señora Fujimori. Me la imagino leyendo *Le Monde*, exactamente seis semanas después, en otro tren cuya llegada esperaré en la estación. Imagino nuestra alegría, su orgullo. Ayer, mientras yo terminaba de hacer mi equipaje, vino a entrevistarme un periodista de *Le Monde*, para un retrato que debe acompañar mi texto. Se asombra de que me vaya de viaje tan despreocupado, habiendo dejado detrás «una granada a punto de explotar». El chico me ha parecido muy ñoño, muy espantado. ¿Soy tan despreocupado? Sí, de momento.

Como la primera vez, al bajar del tren, alquilamos el único coche aparcado cerca de la estación y que presta servicios de taxi. Es el mismo Jiguli de la vez anterior, conducido por el mismo Vitali que, no especialmente sorprendido por nuestro regreso, nos lleva al mismo Hotel Viatka y luego al Troika, donde comemos y celebramos consejo. En el aspecto práctico,

Sasha sostiene que vayamos lo antes posible a presentarnos ante las autoridades para registrarnos: una formalidad indispensable cuando llegas a una ciudad rusa y cuyo olvido este invierno, en Moscú, me valió que me detuvieran en el metro y pasara dos horas en una pequeña jaula hasta que el miliciano, juzgando que ya me había intimidado bastante, me propuso arreglar el asunto con un centenar de rublos. En el aspecto artístico, a Philippe le gustaría saber a qué clase de personajes quiero dedicarme a priori. Tengo una reserva mental: Ania la francófona y Sasha el del FSB. Pero me la callo y, con una confianza evasiva, respondo que no tengo nada preconcebido al respecto, que el azar se encargará de presentarnos a los personajes. Lo que hay que hacer es estar preparados para filmar al que entra cuando se abre una puerta.

La puerta se abre, precisamente, para mostrar a un trío de vagabundos que se sientan a la mesa y forman con nosotros la única clientela del Troika esta mañana. Nos acercamos para entablar conversación y filmarla. La primera tarea es incumbencia de Sasha, que no carece de defectos, en particular su carácter de cerdo, pero que no tiene rival a la hora de parlotear a la rusa, con una sorna cómplice y suspiros fatalistas. Uno de los vagabundos lanza un largo monólogo que Sasha puntea, como un psicoanalista o un sociólogo ducho en la entrevista denominada «abierta», con breves incisos encaminados a azuzar lo que no necesita la menor incitación. A ratos se inclina hacia mí para hacerme un resumen. Pero no me hace falta, no es difícil comprender que el tipo refunfuña porque la vida es dura, que a su juicio antes no era fácil pero sí mejor, en suma. Lo que yo quisiera captar son los detalles, que se pierden en la dicción grumosa, y tampoco quiero pedir a Sasha una traducción simultánea, porque turbaría la naturalidad de la charla y sobre todo porque tendría que confesar y confesarme que a pesar de mis esfuerzos, la verdad sea dicha, no pillo gran cosa. Molesto, voy a sentarme un poco más lejos. La camarera,

una mujer de edad y de cara doliente, se me acerca y me pregunta por qué filmamos a esa gente: no es bonito. Ha sido la primera beneficiaria del pequeño discurso que a continuación perfecciono y pronuncio, creo, para todos mis interlocutores: no, no es bonito, pero es la realidad y hemos venido a filmar esta realidad. Hay cosas bonitas, desde luego —la verdad, no sé cuáles—, y también las filmaremos. Al saber que somos franceses, la camarera adopta una expresión aún más doliente: ¿por qué venir desde Francia a filmar esto? La invito a sentarse, me presento. Se llama Tamara. Empieza a hablar y lo que dice en el fondo no me parece muy distinto de lo que dice el vagabundo, pero la comprendo un poco mejor y procuro por ello transformar el monólogo en diálogo, aprovechando cada ocasión de insertar, como Sasha, una frase de aprobación o comprensión. Tamara lee la Biblia pero no extrae ningún consuelo de la existencia y la omnipotencia de Dios. Se inclina más bien por el Eclesiastés: todo pasa, todo cesa, todo cansa, y es evidente que estas verdades crueles las ha vivido en carne propia, más a menudo de lo que le tocaba. Menos porque espero interesarla que como quien se impone un ejercicio de tema difícil, empiezo a explicarle que, por cierto, yo he traducido la Biblia, es decir, he participado en una nueva traducción de la Biblia en Francia, pero debo de explicarme mal y ella no parece interesada. Yo, en su lugar, tampoco lo estaría.

En el despacho del alcalde, yo hablo francés y Sasha traduce, lo que da a la entrevista un aire más oficial. Hago de nuestro proyecto una exposición resueltamente positiva, en un impecable lenguaje estereotipado que parece convencer, pues el alcalde encarga a su ayudante, Galina, que nos obtenga todas las autorizaciones necesarias e incluso que nos encuentre un apartamento.

Sobre este punto rezongo, para sorpresa de mis compañeros. La historia del apartamento era un elemento esencial de mi plan. Me había dicho lo siguiente: el Hotel Viatka

está bien para una semana, pero un mes es mucho, habría que buscar algo mejor, alquilar algo. Por unos cientos de dólares habría sin duda mucha gente dispuesta a cedernos su piso y a instalarse un mes en casa de unos primos. Sin duda; quizá no: veríamos. Lo que sabía seguro, en todo caso, era que un equipo francés que pretendiera alquilar un piso en Kotelnich representaba una situación inédita en la historia de la ciudad, y que generaría encuentros, chácharas, sinsabores, toda clase de pequeños acontecimientos que merecerían contarse. Más que un ligero progreso en materia de confort, yo esperaba que esta búsqueda diese a nuestra crónica un hilo conductor. Por eso me fastidia un poco que el asunto se arregle tan rápidamente. Galina, en efecto, se toma las cosas demasiado a pecho. El mismo día, un Volga de la alcaldía viene a buscarnos y nos lleva, fuera de la ciudad, a la central eléctrica, un complejo de edificios de ladrillo rodeado de alambradas y que da a unos descampados. No menos cordial que el alcalde, el director de la fábrica se divierte amablemente con nuestra descripción del Viatka, por supuesto unos huéspedes distinguidos como nosotros no van a pudrirse allí, y nos lleva a visitar, en la entrada de la central, una casita que sirve para alojar a ingenieros de paso y que podría poner a nuestra disposición. Está limpia, es casi coqueta, hay tres habitaciones tapizadas hasta las paredes de moqueta de color heces de vino, una cocina, una ducha: en suma, es exactamente lo que buscamos, salvo que yo hubiera querido que lo buscáramos, precisamente, que lo encontrásemos al final de un recorrido ajetreado y no que nos lo facilite nada más llegar y obligatoriamente el municipio de la ciudad. Digo, pues, que voy a pensarlo y por la tarde rastreamos otras pistas, es decir, interrogamos a transeúntes que niegan con la cabeza y compramos el periódico local, donde algunos anuncios inmobiliarios ofrecen, en el mejor de los casos, una habitación en un piso. Consciente de que desisto antes de tiempo, pero preocupado por la comodidad de mi

equipo, accedo a mudarnos sin por ello abandonar nuestro objetivo: la central eléctrica es una base provisional, encontraremos algo mejor; bueno, no mejor, me figuro, sino distinto, más pintoresco, más merecido; de todos modos seguiremos buscando.

Como es evidente, la historia se acaba aquí.

Como ha corrido rápidamente por la ciudad el rumor de nuestra llegada, desde la segunda noche espero que Ania aparezca con su guitarra para darnos la bienvenida. Pero no, ninguna noticia de ella ni de Sasha. Él no puede ignorar, sin embargo, que estamos aquí. ¿Por qué no se presenta, ni ella tampoco? Me intriga.

Mañana es la fiesta de la ciudad, y esperamos mucho de ella para poner la máquina en marcha. Philippe es partidario de prepararla con cuidado y escoger a uno o dos personajes a los que seguiremos durante todo el día, y enviamos a Sasha a conseguir información. La guinda de las fiestas, de creer a Galina, la ayudante del alcalde y su fuente principal, será el homenaje que se hará a dos ciudadanos ejemplares, uno el director de la fábrica de gas («un dandy», asegura Galina), el otro un jefe de la brigada de albañiles. Según Philippe, habría que atrapar a uno de los dos al levantarse de la cama, mostrar el desayuno en familia, a la esposa conmovida que anuda la corbata del héroe, y no soltarlo hasta la noche. Lástima, la suegra del albañil ha muerto la víspera y la entierran pasado mañana, con lo que el hombre faltará a su propia consagración y como poco no estará de humor para darse importancia delante de nuestras cámaras. En cuanto al gasista dandy, Galina ha intentado llamarle pero está ilocalizable.

Despechados, erramos por la ciudad y como a primera vista no ofrece otra curiosidad que el paso incesante de trenes, decidimos ir a filmarlo. Philippe instala la cámara de trípode en el puente metálico tendido sobre las vías, Liudmila los

micrófonos y yo, con la pequeña DV, me propongo filmarles filmando los trenes. Las vistas ferroviarias son la única cosa aquí que nunca va a escasear, en el peor de los casos podremos conseguir un efecto de repetición cómico: nuestros héroes, sin nada mejor que hacer, suben al puente a filmar convoyes interminables de mercancías. Ha pasado ya una buena docena cuando llega un miliciano que con bastante educación nos ordena parar y seguirle a la oficina de la milicia ferroviaria. El jefe de la milicia, que nos recibe también muy cortésmente, es un joven rubio, de ojos muy azules, cuya cara difunde la expresión de inocencia humilde y apacible que imaginamos en los locos por Cristo de la Santa Rusia y vemos en algunos personajes de las películas de Tarkovski. Nos confirma que, salvo autorización expresa, está prohibido filmar la estación, los trenes, las vías, los puentes sobre las vías. ¿Por razones estratégicas?, pregunta Philippe, con una ironía cómplice, y el otro, al que visiblemente le gustaría complacernos, responde con una gran sonrisa y un encogimiento de hombros fatalista: es un poco ridículo, por supuesto, pero es así. ¿Y quién puede darnos la autorización? Pues el FSB. Pregunto entonces si el responsable del FSB sigue siendo un tal Sasha, cuya amiga habla francés. Lo de la amiga, la pequeña rubia, no lo sabe, pero lo otro lo confirma: Sasha Kamorkin, sí, es él. ¿Y podríamos llamarle, al tal Sasha Kamorkin? Servicial, el rubito marca el número sin éxito: nos aconseja que más vale ir a verle, y nos da la dirección. Nos quedamos un momento en la dulce luz amarilla del final de la tarde que baña la oficina polvorienta y nos sume a todos en un embotamiento plácido. Nuestro anfitrión, que no tiene motivo alguno para retenernos, no tiene prisa por que nos vayamos y nosotros tampoco, se está bien en la oficina, hablamos con indolencia, hablamos de Francia, donde al rubio le gustaría ir algún día sabiendo muy bien que hay pocas posibilidades de que llegue a hacerlo, y de Kotelnich, donde no entiende bien qué hemos venido a hacer. Que

queramos rodar allí una película lo hace mostrarse pensativo, pero no hostil, y con la misma sonrisa, en el momento de separarnos, nos sugiere un título: *Tut zhit Nielziá, paká zhivut*, no se puede vivir aquí, pero se vive.

La mañana de la fiesta, Philippe, que sin embargo tiene buen carácter, no depone la cólera. Ha filmado muchos reportajes, en Rusia y en otros sitios, conoce el paño, y la jornada, según él, sólo puede contarse siguiendo a una persona concreta desde el principio al fin. Ahora bien, no tenemos nada. Ni personaje ni ángulo, nos vemos obligados a vagar por el parque municipal y a rodar, a falta de algo mejor, a mujeres jóvenes que colocan montañas de pasteles en mesas recubiertas de manteles de papel, braseros donde se asan salchichas y brochetas. Durante este tiempo, Sasha va y viene simulando que busca información *y yo*, sentado en una grada del campo de fútbol, tomo en mi libreta notas en las que ya asoma el desaliento. Tengo tendencia, y eso me inquieta, a separarme del equipo, a dejar que trabaje por su cuenta. Cuando estamos juntos, naturalmente hay detalles sobre los que me gustaría llamar la atención de Philippe, pero no puedo, cada vez que tiene el ojo en el visor, darle una palmada en el hombro y decirle que filme lo que yo veo, fuera de su campo de visión: esas moscas sobre el pastel, para cuando las encuadre, ya habrán volado. Y, además, ¿qué interés tienen esas moscas en un pastel? ¿Qué interés tiene la fiesta de Kotelnich? La mañana del cuarto día, me dedico a imaginar la película como la superposición de imágenes en las que yo no aparezco para nada y de un comentario introspectivo sacado de mi diario y que cuenta lo que yo pensaba en mi rincón en el momento en que se estaban tomando estas imágenes. La idea de este mecanismo narcisista me deprime, y deposito todas mis esperanzas en la irrupción de algo que lo trastorne. Algo o más bien alguien.

Y en eso alguien nos aborda: es el periodista-fotógrafo del diario local, el *Kotelnichnyi véstnik*, reconocible por su chaleco

de múltiples bolsillos. Me digo: muy bien, vamos a seguirle, a mostrarle en su trabajo, y de paso nos contará los chismes de la ciudad. El problema es que su trabajo consiste en entrevistarnos. Y cuando, aprovechando esta entrevista, trato de sonsacarle los sucesos locales, me explica que su periódico, que tira ocho mil ejemplares, se ha impuesto la misión de insistir en los aspectos positivos de la vida, por ejemplo la captura de un pez muy grande en el río Viatka, o la construcción por parte de un valiente de un barco que, en este mismo río, lleva a navegar a su familia el domingo. Le pregunto sobre Sasha Kamorkin y Ania, pero asegura que estos nombres no le dicen nada. Me asombra que un periodista local no conozca o finja que no conoce al responsable del FSB. Y también me asombra que el propio Sasha no dé señales de vida, lo que confiere una vaga amenaza al misterio que le rodea a mis ojos.

El homenaje a los ciudadanos de honor de la ciudad comienza al mediodía, en la sala del club de fútbol donde se reúnen los notables. Pero apenas empezamos a filmar los brindis nos ruegan que nos larguemos y ni siquiera nos ofrecen un trago. La desconfianza hacia nosotros es patente, y a mi entender legítima. Cualquiera se figura que si un equipo de cine francés viene a rodar Kotelnich es para mostrar lo triste y fea que es la vida aquí, y el que pretendiera lo contrario pasaría a todas luces por mentiroso. La pregunta surge continuamente: ¿por qué nuestra ciudad? La acompaña una variante: ¿qué impresiones les produce Kotelnich? Sabiendo que si digo que buenas me tomarán también por un mentiroso, pruebo con el periodista del chaleco de múltiples bolsillos una nueva cantinela según la cual la ciudad, sí, es sucia, la vida difícil, la coyuntura desfavorable, pero la gente es buena y animosa y es la gente la que me interesa: pero la gente no me cree, y con razón.

Fuera, sobre la escena de un pequeño teatro de madera, se desarrolla un espectáculo: bailes, canciones, números cómicos

presentados por los escolares de la ciudad, entre los cuales Philippe detecta a una posible heroína, que canta sin una voz excesiva, pero con mucho fervor, una canción de Britney Spears y, cuando la interroga, dice que le gustaría ser cantante profesional. Se llama Cristina, tiene diecisiete años y, muy bajita, un poco rechoncha, aparenta catorce, pero es bonita de cara, tiene una expresión abierta y risueña, no se muerde la lengua y declara que le encanta que la filmemos. Yo tenía una idea algo distinta en materia de heroínas: pensaba en esas chicas rectilíneas, rubias, encantadoras, que encuentras en las discotecas de Moscú y que son las amantes de los nuevos rusos, con abrigos de pieles sobre vestidos muy cortos y muy caros, circulan en Mercedes de cristales ahumados, miden a sus acompañantes por el rasero exclusivo de su tarjeta de crédito y pasean por el mundo una mirada de una dureza glacial. Muchas de esas chicas deben de ser oriundas de villorrios de la Rusia profunda, hijas de familias que ganan seiscientos rublos al mes y sólo comen patatas. Un día se suben al tren para escapar a la suerte de sus padres y, con el arma única de su belleza y la cabeza sin duda atestada de esos anuncios que desfilan ante los borrachines atontados del Troika, eligen con pleno conocimiento de causa la prostitución de un vuelo más o menos alto, actividad que un sondeo reciente revelaba que dos terceras partes de las jóvenes rusas consideraban sin el menor escrúpulo moral un medio de hacerse un hueco en el mundo. En Kotelnich me habría gustado detectar a una de aquellas chicas *antes*, saber lo que tenía en la cabeza, y veo mal a Cristina ejerciendo este oficio. Por otro lado, sueña con marcharse, conocer otra cosa, con que un día la aplaudan en un escenario: Philippe tiene razón, esto puede hacer de ella un personaje atractivo.

En el lindero del parque municipal hay un café llamado Rubin, que Sasha designa con evidente malestar como el café de los bandidos: es donde le rompieron la cara durante nuestra

primera estancia. Esta noche, debido a la fiesta, todo el mundo se agolpa en la terraza del Rubin, no sólo los bandidos que forman el núcleo duro de la clientela. Hay uno, sin embargo, y que además, como sabremos pronto, es el jefe, Andréi Gonchar, un tío enorme, con el torso desnudo, el cráneo rapado, barrigudo y tatuado por todas partes, que con un tono entre guasón y agresivo me lleva aparte, a mí el francés, cuando paso junto a su mesa, y me propone un pulso que yo declino. No vale la pena, le digo, ya se ve que eres más fuerte que yo, y se ve, en efecto. Al cabo de unos minutos lamento este reflejo de prudencia: Andréi me habría hecho un poco de daño en el brazo, pero nos habríamos reído, habríamos entablado relación y esto bien podría haber supuesto relacionarse con el cabecilla del lugar. Cuando lo hablamos entre nosotros, Sasha tuerce el gesto: no, no estaría bien, sería demasiado peligroso.

Más tarde, todo el mundo baila en una especie de cercado al aire libre, rodeado de una verja. La pequeña Cristina se retuerce como una loca, unos crios con el pelo al rape están divididos entre las ganas de que les filmen y la de joder a la cámara, Philippe capta todo lo que puede y al día siguiente yo descubriré al visionar las cintas a una rubia encantadora y divertida que habría podido ser perfectamente el personaje que yo pensaba, pero ay, no volveremos a encontrarla, quizá no fuera de Kotelnich. En un momento dado respondo a la pregunta sempiterna —¿por qué venir a filmarnos?— con mi sempiterna cantinela sobre la ruda realidad y el valor de la gente que la afronta, pero mi interlocutor, un cuarentón grandote con veinticinco años de ejército a la espalda —Tatarstán, Chechenia, Mongolia—, guiña el ojo como alguien al que no se la pegas. Sabe muy bien lo que nos interesa: no es Kotelnich, no hay nada de interés en Kotelnich, sino Morodikovo. ¿Morodikovo? Sí, la fábrica que, a cincuenta kilómetros de aquí, producía hasta hace poco armas químicas. La desmantelaron, pero nadie sabe a ciencia cierta lo que

hicieron con las sustancias peligrosísimas que procesaban en ella. Yo había oído vagamente hablar de Morodikovo durante nuestra primera estancia, creía que estaba más lejos, y de repente comprendo la sospecha que incluso entonces debía de circular por la ciudad: filmar Kotelnich sólo puede ser una tapadera para tratar de acercarnos a la zona prohibida. Deben de decirse que somos unos listillos: no sólo no vamos en esta dirección, sino que no hablamos de ello con nadie *y* esperamos a que nos hablen los otros. Pregunto al antiguo militar si estaría dispuesto a hablar del asunto, *y* por lo demás a hablar de su vida en general, pero no, no quiere que le filmemos. Tengo frío, estoy harto. A las tres de la madrugada, el día, que no se ha puesto realmente, empieza a despuntar —estamos en la latitud de San Petersburgo, en junio las noches son blancas— y el cercado cierra. La fiesta ha terminado y no ha sucedido nada.

La oficina del FSB, en el chaflán de las calles Karl Marx y Octubre, se encuentra en el mismo inmueble que la redacción del *Kotelnichnyi véstnik* y cuando, al subir la escalera, me cruzo con el periodista de chaleco de múltiples bolsillos, veo que se burla un poco de haberme dicho que no, que no conocía a Sasha Kamorkin, al que sin anunciarnos venimos a visitar esta mañana. En su despacho, adornado con un retrato grande de Felix Derjinski, el fundador de la checa, nos recibe con cordialidad, sin denotar sorpresa pero cerciorándose de que la tapa está bien puesta en el objetivo de la cámara. Le presento a Philippe y a Liudmila y le informo de la muerte de Alain, lo que parece entristecerle sinceramente. En un año y medio se ha avejentado. Conserva la prestancia de un héroe de la Unión Soviética, pero tiene la cara cada vez más abotargada y los ojos inyectados de sangre. Adopta el aire superior y astuto de quien ha sabido esperar que fuéramos a él en vez de precipitarse a nuestro encuentro, pero presiento que en realidad este regreso le intriga. Él también —él más que nadie, es su oficio— debe de

sospechar que oculta algo, y ese algo tiene que ver con Morodikovo. Pero fiel a lo que él debe de tomar por una estrategia especialmente ladina, no pronuncio el nombre, sino que me limito a pedirle la autorización de filmar la estación y trenes —verá lo que puede hacer— y, aprovechando la ocasión, a preguntarle qué ha sido de su amiga Ania, la que hablaba francés. Al no verla yo había pensado que se habría ido, que habría encontrado un empleo de intérprete en una gran ciudad, pero no: siguen juntos, tienen un hijo, ella vive actualmente en casa de su madre en Viatka, pero volverá pronto, en cuanto esté preparado el piso. Al final de la entrevista, que es breve, quiere hablar a solas con Sasha. Cuando éste se reúne con nosotros, en la calle, es para comunicarnos, socarrón, la norma que presidirá en adelante las relaciones con nuestro amigo del FSB. La norma es que no existe el FSB. Él no trabaja para el FSB, sino en la protección del medio ambiente, y vale.

Pero esto es absurdo.

Es absurdo, cloquea Sasha, pero es así.

Como ahora tenemos una casa y una cocina, vamos al mercado para un gran avituallamiento. En cuanto la cámara de Philippe se vuelve hacia ellos, la mayoría de los comerciantes y sus clientes hacen una señal de que no quieren que les filmen. Un carnicero abandona su puesto, en el que zumban las moscas, y nos amenaza directamente. Un viejecito de manos enormes, que trabajaba en la serrería local antes de que ésta cerrase, teme que le detengan si le ven en la tele, y no sirve de nada explicarle que no se detiene a la gente sin más ni más y que de todas formas la película no se verá en la televisión rusa, sino en Francia. Y otra vez la monserga que nos persigue desde el principio de nuestra estancia: vivimos como perros y ustedes viven en el paraíso, son unos cerdos por venir a filmarnos. Nos batimos rápidamente en retirada.

Durante la comida, preparada por Liudmila,

confeccionamos la lista de los posibles personajes para la película. Philippe se inclina resueltamente por Cristina, con cuyos padres se ha puesto en contacto para filmarla en familia. Yo deposito grandes esperanzas en el matrimonio Kamorkin. Las opiniones están divididas respecto a Andréi Gonchar, el jefe de los bandidos, el interés y el peligro que representa, pero convenimos en que no se trata de realizar una investigación seria sobre las relaciones entre la policía y la delincuencia, o sobre la práctica del chantaje en Kotelnich. No es nuestro tema; sin embargo, me costaría trabajo decir cuál es el tema de la película.

Al atacar con cuchara la carne dura y llena de nervios comprada al carnicero brutal, Liudmila levantó la liebre: en esta ciudad no hay cuchillos. Ni en el restaurante, ni en los cajones de nuestra cocina: sólo cucharas y tenedores de hojalata. Liudmila piensa que es para no tentar al diablo y, más concretamente, a los borrachos, y yo, encantado, propongo este título: *Gorod biez nozhéi*, la ciudad sin cuchillos. En realidad, estoy encantado sobre todo porque durante el almuerzo en nuestra pequeña cocina sólo he hablado en ruso, primero con Liudmila, pero también con los demás, y no me ha ido tan mal. Otra buena noticia, y sin duda el único cambio notable con respecto a mi estancia anterior, es que los móviles funcionan ahora y que se puede llamar a Francia sin pasar por la oficina de correos: me acuesto pronto y paso media hora hablando con Sophie, le cuento los momentos de duda que atravieso. Ella tampoco está muy contenta. El trabajo le pesa, así como la perspectiva de buscar otro. Trato de calmarla, la quiero, ella también me quiere. Acabamos haciendo el amor por teléfono y a fe mía que como sexualidad me basta y sobra.

Los padres de Cristina, a cuya casa vamos cargados con pasteles, chocolate, vodka y *shampánskoe*, viven en las afueras, en una casita comunitaria. Ocupan un piso de dos habitaciones muy cuidadas, con estantes acristalados, cubiertos de libros de

encuadernación dorada, baratijas y fotos de familia. Cuando llegamos se sienten intimidados, pero el ambiente se deshíela sin que, para ser sincero, yo contribuya en nada. Cristina sólo tiene ojos para Philippe, cuya amabilidad hace maravillas. El padre, que es miliciano, suave y apagado, tiene treinta y dos años y aparenta cuarenta y cinco: cierto es que proyecta jubilarse pronto. Se nota que es la mujer la que manda en casa. Dice que le gustaría abandonar la ciudad, Morodikovo la inquieta, como a todo el mundo, hay mucha gente enferma, gente joven, cánceres, pero ¿adónde ir? Para ellos es demasiado tarde, transfiere sus esperanzas a sus hijos. Aunque capto lo esencial, me cuesta participar en la conversación. Añoro a la bonita rubia localizada demasiado tarde en los tumultos de la fiesta, tengo un poco la impresión de haberme impuesto yo mismo esta Cristina y su agradable familia, pero no he tomado ninguna iniciativa y debería agradecerle a Philippe que haga lo necesario para que, pese a todo, las cosas avancen.

Gracias a él, asimismo, descubrimos al día siguiente a un nuevo personaje, más positivo imposible y capaz de tranquilizar a la ayudante del alcalde, a la que preocupa discretamente nuestra tendencia a filmar a los borrachines desplomados en las plazas peladas de Kotelnich. Vladímir Petrov es el entrenador del club de culturismo. Treintañero, el apretón de manos franco y una hermosa sonrisa ingenua, se clasificó décimo de la CEI en los campeonatos de 2001 y le propusieron un puesto en San Petersburgo, que rechazó para no dejar plantado a su club y a los jóvenes que se entrenan allí. Se siente responsable de ellos. Muchos son antiguos delincuentes que bajo su influencia han dejado de fumar y de beber y ya no callejean por ahí, sino que levantando pesas han vuelto al camino recto. No contento con supervisar sus ejercicios musculares, se ocupa de su reinserción profesional y les contrata de vigilantes en la fábrica de cuya seguridad es el responsable. En suma, es un chico que en esta ciudad a la

deriva no se rinde. Al rodar su sesión de entrenamiento imaginamos conexiones atrayentes: que entre quienes frecuentan la sala figuran los matones de Andréi Gonchar, el bandido tatuado; que uno de los chicos rescatados de la delincuencia por Vladímir Petrov tiene un amigo de la infancia menos afortunado, internado en la colonia penitenciaria para niños de la que nos ha hablado la ayudante del alcalde y que nos ha propuesto que visitemos, para gran sorpresa nuestra; que Cristina viene a hacer *fitness* al club, se enamora del joven halterófilo y que los dos van a visitar al amigo encarcelado. Ante nuestras cámaras se cruzarían todos estos destinos y, como broche de esta serie de felices encuentros, se me ocurre la idea de un gran banquete al que invitaríamos a todos nuestros personajes al final del rodaje. Este día creo en la película y hasta pienso en proponer a Sophie que se tome una semana de vacaciones para venir a vernos y asistir al festín triunfal. Lo pienso, pero no se lo propongo. Hoy me pregunto qué camino habrían seguido nuestras vidas si lo hubiera hecho.

Sasha, el jefe del FSB, al que a partir de ahora llamamos Sasha el ecologista, convoca a nuestro Sasha para una de esas entrevistas privadas sobre el contenido de las cuales él se muestra evasivo, pero que parecen ser más que nada un pretexto para beber juntos. De hecho, cuando les encontramos al final de la tarde en el restaurante Zodiac que, abierto hace poco, pasa por ser el nuevo lugar elegante de la ciudad, los dos llevan una buena trompa. La embriaguez no merma en nada la obsesión del ecologista por rehuir la cámara. Especifica que es un tío majo, pero que si intentan tenderle una trampa puede volverse malo. Sin embargo, hay mucha gente esta noche de sábado y no puede prohibir a Philippe que filme lo que ocurre en la pista de baile. Para Philippe y para mí se vuelve un juego que él, mientras revolotea alrededor de los que bailan, intente robar una imagen de Sasha y que yo, sentado con él a una mesa mal iluminada, trate de distraer su vigilancia. Sin dejar de

insistir en que brindemos por la belleza de las mujeres, me suelta un rollo cada vez más plúmbeo sobre la cultura, Francia, el hecho de que él es un psicólogo fino, que sabe juzgar a las personas y, a fuerza de girar a nuestro alrededor fingiendo que apunta hacia otra parte, Philippe termina captando un plano del perfil de Sasha. Nos regocijamos de este pequeño botín al volver a casa, como cazadores que han capturado una pieza especialmente delicada, y sólo al día siguiente me avergüenzo un poco. Nuestro éxito principal al cabo de diez días en Kotelnich es haber filmado sin que él lo sepa a un tipo al que las normas le prohíben ser filmado. Un tío desdichado, alcohólico, sentimental y vengativo al que se me ha metido en la cabeza, por la sencilla razón de que él se niega, convertir en un personaje de la película, y a su mujer también, porque me figuro que podría contarme en francés cosas que no contaría delante de Sasha en ruso. A partir de una cinta filmada hace año y medio en el Troika, y en la que no se ve ni se oye casi nada, he construido una novela sobre esa pareja a la que ahora tengo intención de tender una trampa. Como para castigarme, me parece que mi ruso retorna.

Cuando en el desayuno Philippe me pregunta: ¿qué hacemos hoy?, cada vez más a menudo le respondo: no lo sé. Podría cruzarse de brazos, esperar a que yo me decida, pero no es su estilo y entonces decide él mismo, y la decisión, por lo general, consiste en filmar a Cristina, su familia, sus amigas, sus exámenes. Mientras que él trabaja yo me siento en bancos al sol y en el mejor de los casos tomo algunas notas en mi libreta, pero lo más frecuente es que dé una cabezada. Soy en teoría el jefe del equipo, pero no decido nada, me dejo llevar y en todos los encuentros me comporto como un peso muerto, de vez en cuando sonrío o digo *da, da, kanieshna*, para mostrar que no se me escapa todo lo que se dice en mi presencia.

Esperaba de este viaje el desbloqueo que por fin me permitiera hablar ruso y, de la misma tacada, desarrollar

relaciones calurosas con el prójimo, y resulta que no hablo ruso y cada vez estoy más retraído. Me sumerjo en una lengua que se me hace conocida, íntima, maternal y que sin embargo no comprendo. Me dejo acunar por ella y no sólo capto únicamente a medias el sentido de lo que me dicen, sino que en el fondo no me interesa. Cuando digo que sólo entiendo la mitad, ¿es la proporción correcta? Si dijese una tercera, una cuarta parte, ¿sería más exacto? ¿Cómo evaluar el nivel de alguien capaz, durante dos meses, de llevar un diario en ruso, capaz en Moscú de una conversación trufada de faltas y que recurre a palabras inglesas, pero fluida y viva, y que hoy, en Kotelnich, parece afectada de afasia? Cuando digo a mis compañeros que a pesar de mis esfuerzos un bloqueo me impide el acceso al idioma ruso, se encogen de hombros: ¿por qué llamar bloqueo a la clásica dificultad de pasar de la práctica pasiva a la activa en una lengua extranjera? No obstante, yo sé que se trata de un bloqueo, que algo o alguien en mí teme y rechaza este retorno a la lengua materna, y que hay un enigma cuya clave, espero, acabará por revelarme este trabajo, empezado con la historia del húngaro, proseguido a través del ruso para recobrar recuerdos de la infancia y de mi regreso hoy a Kotelnich. Por eso estoy en Kotelnich, por eso decidí rodar aquí esta película.

Aun así, ¿por qué Kotelnich? Bromeo cuando digo, para ir de prisa, que quiero encontrar aquí mis raíces. No tengo ninguna en Kotelnich, y en el fondo tampoco en Rusia. Cuando hablo de él, sigue causando un gran efecto el tío bisabuelo que fue durante seis meses gobernador de Viatka y que defenestraba a los musulmanes. Sasha el ecologista se brindó a investigar sobre él en los archivos, yo le dije que sí con aire de entusiasmo pero en realidad me importa un bledo. Mi abuelo era georgiano, mi abuela creció en Italia, los vastos dominios de mis bisabuelos me dejan indiferente. Esta tierra no me dice nada, sólo me interesa la lengua que se habla en ella. No fue aquí, sino en París, donde mi madre la aprendió y la habló, donde yo

la oí de niño. Entonces, ¿por qué viajar a Rusia, por qué volver a Kotelnich, si no es porque aquí vino a parar el destino del húngaro que me permite acercarme por un desvío al de mi abuelo?

A veces me digo que se trata de un trayecto cuyo punto a es la historia del húngaro, y cuyo punto z la de Georges Zurabishvili, y que entre los dos puntos ignoro lo que hay. La apuesta, que nada racional justifica, es encontrarlo en Kotelnich. Habría podido ir a Georgia, seguir la emigración de mi abuelo, Tbilisi, Estambul, Berlín, París, Burdeos, hasta aquella avenida que imagino extrañamente achicharrada por el sol donde se encontraba el inmueble que albergó a la Kommandantur. Pero no, he venido a Kotelnich.

Traje el expediente que contenía las fotocopias de sus cartas y a veces, mientras los demás se van a filmar, me quedo en casa para descifrarlas. Es una lengua muy personal la que desarrolló, tanto en francés como en ruso, pero es tan personal que llega a no tener mucho que ver con la lengua común: es un idioma privado que, a pesar de la cultura y el brío, acaba por parecerse a la de Andrés Toma, que durante cincuenta y seis años masculló solo en su propia lengua y que ya nadie hoy comprende. Para rumiar sus obsesiones, su amargura, su megalomanía y su odio a sí mismo, mi abuelo se forjó una lengua que es casi *demasiado* suya, y al leer sus cartas se me ocurre la idea, que me asusta, de que son las de un loco.

Ahora que tenemos permiso, filmamos el paso de trenes debajo de los puentes, pero hay que confesar que los trenes cansan pronto. Filmamos el entrenamiento de los halterófilos y las rondas de los matones de Vladímir en la fábrica de cuya seguridad se encargan. Filmamos el examen de final de curso de la pequeña Cristina, su acceso de lágrimas porque no sabe nada (lo que se dice realmente nada), su sonrisa recobrada porque no obstante le han puesto 4 sobre 5. Filmamos a sus compañeras

de clase y una de ellas, Liudmila, me parece encantadora. Filmamos a su profesor, Ígor Pavlovich, un oso indolente de veintiocho años que aparenta cuarenta y al que nos proponemos interrogar sobre su vocación, el noble desinterés que muestra, pero nos responde sin ambages que no le gusta nada enseñar, es sólo una manera de eludir el servicio militar. El año que viene habrá sobrepasado la edad límite y dejará la docencia. Mientras espera esta jubilación merecida, da cuatro horas de clase a la semana por seiscientos rublos al mes, es decir, veinte dólares, que le bastan: vive a caballo de Kotelnich, en casa de su hermano estudiante, y la casa de sus padres en el campo; esta vida le conviene, ¿por qué esforzarse más? Este conformismo apacible me lo hace bastante simpático, menos aburrido, en todo caso, que la virtuosa familia de Cristina, a cuya casa volvemos después del examen para brindar por su éxito escolar. Sin embargo, es conmovedora esta chiquilla a la que le gustaría ser cantante como Britney Spears y Céline Dion, y ya se imagina, creo yo, que sin grandes dotes físicas ni vocales tiene pocas posibilidades de ir mucho más lejos en la vida que sus pobres padres. Hojeo y la miro hojear los álbumes de familia, ella de bebé, ella de niña, ella en escena por primera vez, con su gran sonrisa y sus gordos mofletes. No me entusiasma la idea de seguirla a lo largo de una serie de repartos de premios y de concursos, como Philippe parece resuelto a hacer, y me bastaría con decir que no, con proponer otra cosa, pero tiendo a seguir las tendencias ajenas y he decidido convertir en política esta norma, veremos qué da de sí, y en cualquier caso estoy seguro de que Ígor Pavlovich me daría la razón.

Digo desde el principio que este rodaje es una experiencia, lo que implica que puede salir bien o no, y, por extraño que pueda parecer a alguien tan angustiado como yo, me comporto como si fuera verdad, como si el fracaso posible no tuviese nada de dramático o como si tuviera un sentido que se revelaría más

adelante. Pero mi cuento para *Le Monde* aparecerá exactamente dentro de un mes y es irremediable, ocurrirán cosas, y además Sophie me quiere: todo esto influye mucho en mi ecuanimidad relativa.

Ania me telefonea una mañana. Estará unas horas en Kotelnich, nos citamos en el restaurante Zodiac. Apenas ha cambiado: no es bonita, pero es viva, inquieta, escindida, dubitativa, por eso me interesa más ella que los demás personajes. De nuestra primera velada en el Troika, de los comentarios ácidos con que ella punteaba, en vez de traducirlas, las frases de su amante, guardé la impresión de que, al contrario que Sasha, que incluso borracho se vigila sin cesar, ella hablaba libremente, sin control, sin ton ni son, y de hecho, apenas sentarse, habla y habla con los ojos brillantes, como si no hubiera tenido ocasión de hacerlo desde nuestro último encuentro, que recuerda, dice, como «un cuento de hadas» o como la visita de los Reyes Magos. Que vengamos de otro lugar, de otro mundo, inspira desconfianza a mucha gente de aquí, pero a ella la maravilla realmente. Y que hayamos vuelto demuestra que los milagros existen. A la espera de que terminen las obras en su nuevo piso, vive en Viatka con su madre y su hijo de cuatro meses, el pequeño Lev, al que nosotros llamamos León, a la francesa, pero volverá a Kotelnich dentro de unos días y espera que nos veamos a menudo. ¿Será un regreso definitivo? Ania tuerce el gesto. La idea de un retorno definitivo a Kotelnich es cruel. Pero es aquí donde trabaja Sasha, es su mundo, su vida y será por tanto el mundo y la vida de Ania, que a los veintiocho años, por amor, parece haberse avenido a enterrarse en vida aquí. Porque Kotelnich, dice con un énfasis ingenuo, es la ciudad del amor. El amor, sin embargo, no es fácil aquí, la gente te mira mal cuando eres forastera y vives sin estar casada con un hombre que por ti ha dejado a su mujer y que por añadidura ejerce funciones

delicadas. ¿Ah, sí? ¿Funciones delicadas? Se tapa la boca con la mano, como un niño que teme haberse ido de la lengua, pero al instante vuelve a hablar de Sasha y de su trabajo como sin duda a él no le gustaría que lo hiciera. O bien, lo que es poco probable, Sasha no le ha leído la cartilla sobre lo que debía decir o no, o bien en materia de secretos ella es una alumna muy inexperta y en todo caso muy atolondrada. Lo demuestra una vez más cuando la acompañamos al despacho de Sasha, es decir, al FSB, donde ha dejado el bolso. Le propongo bajar con ella para ayudarla, ella dice que sí, sí, pero luego, de golpe, se le agrandan los ojos, se lleva otra vez la mano a la boca y dice no, Emmanuel, no, más vale que vaya sola. Y un poco más tarde, en la estación, me explica que es allí donde venden hachís, que cada vez hay más gente que fuma en la ciudad (no veremos a nadie fumar, nadie nos lo ofrecerá) y que forma parte del trabajo de Sasha ocuparse de esos fumadores. ¿Ah, sí? ¿No se ocupaba de la protección de la naturaleza? Mímica de asombro: ¿os ha dicho eso? Se ríe.

Ania me ha decepcionado un poco, el día del reencuentro. Yo esperaba a la Mata Hari de Kotelnich y me he encontrado con una madre joven que me parece banal y a la que no sabía muy bien qué decirle. Sin embargo, de mi primera estancia, de nuestra noche de embriaguez en el Troika, conservo la convicción de que a Sasha y a ella les rodea un misterio, en todo caso un halo novelesco. En el fondo no me interesan la pequeña Cristina, el culturista Volodia, el indolente profesor Igor Pavlovich y tampoco sus alumnas más bonitas, pero quiero de verdad que Ania y Sasha salgan en la película.

Entonces se me ocurre una idea. Propongo a Ania que nos sirva de intérprete adicional. Es una burda treta, es evidente que no necesito dos intérpretes, y por más que le explique a nuestro Sasha que se trata de una estratagema, él pone mala cara, como si yo comunicase a todo el mundo que estoy descontento con sus servicios. Pero al contratar los de Ania

pretendo que ella comente nuestros encuentros a su manera libre e imprevisible, y que así, creyendo ser nuestra ayudante, se convierta en un personaje principal de la película. De todos modos, mi propuesta la fascina: es bueno para vosotros, dice, y es bueno para mí; pero más para mí, añade con una mezcla de coquetería y de modestia maligna que, por un instante, la hace irresistible. Yo me esperaba este entusiasmo, pero lo que más me sorprende es que Sasha, al día siguiente, declare que está de acuerdo. Negocia la tarifa, cincuenta dólares al día, con nuestro Sasha, y me pregunto qué le habrá dicho éste para salvar la cara y justificar que le suplanten así. Trato hecho, en suma: Ania trabaja para nosotros.

(Oficialmente es para descargar a nuestro Sasha, ocupado con otros asuntos más urgentes. Decimos vaguedades respecto a dichos asuntos, pero su primer impulso, cuando tiene tiempo libre, es ir a tomar unos tragos con el otro Sasha, lo que debería bastar para destruir nuestra falacia, pero no, no es así, y cada uno finge creérsela.) Orgullosa de que le paguemos, orgullosa de realizar para nosotros un auténtico trabajo, Ania se ha preparado para la visita a la colonia penitenciaria como quien se prepara para un examen importante. Le divierte de antemano la sorpresa que se llevará Serguéi Víktorovich, el director, cuando la vea entrar en su despacho con nosotros: es un buen amigo de Sasha, repite Ania, y uno de los pocos que cuando él abandonó a su mujer acogió bien a su nueva compañera. Pero en contra de lo que se esperaba, cuando entramos en el despacho Serguéi Víktorovich, un hombrecillo regordete, que viste un uniforme militar, la saluda sin que parezca asombrarse de su presencia y sin perder tiempo en efusiones amistosas, inicia de inmediato una disertación. El desencanto de Ania debió de comenzar ahí. Guardo un recuerdo borroso del tiempo pasado en aquel despacho, recuerdo sobre todo las cintas visionadas unos meses más tarde con Camille, la montadora. Era una chica de risa fácil, y se carcajaba ante la desgana cortés con que escuchaba

el discurso de Serguéi Víktorovich sobre el sistema penitenciario y las etapas de la rehabilitación de los presos. Yo tenía uno de esos días en que nada ni nadie me interesan y en que toda mi actividad psíquica se concentra amargamente en ese desinterés. Con la barbilla apoyada en la mano, no paro de menear la cabeza y reprimir los bostezos y, al final de cada párrafo, Ania, con el bloc y el lápiz en la mano, empieza a traducir con un celo que me abrumba aún más. La sesión dura una hora y media y a continuación Serguéi nos lleva a visitar el penal. Me extrañaba un poco que nos permitieran visitarlo, pero ahora lo comprendo porque está bastante bien organizado. Los dormitorios están limpios, las aulas parecen aulas, con dibujos de niños clavados con chinchetas en las paredes, y los adolescentes encarcelados que recorren los pasillos en uniforme tienen aire de alumnos en un internado algo estricto. Me reprocho estar aquí, me reprocho haber considerado emocionante visitar una cárcel para menores que esperaba dantesca, me reprocho estar decepcionado porque no lo es tanto, y también guardo rencor a Ania por su buena voluntad exasperante, su manera aplicada de traducir a media voz, inclinada hacia mí, los comentarios interminables de Serguéi Víktorovich. Secamente le digo que vale, que comprendo. Y como siempre he sido amable con ella, mi brusco cambio de tono la espanta. Se azora. En el trayecto de vuelta me mira con inquietud, como a un doctor Jekyll que de repente se hubiera convertido en Mister Hyde. No sé lo que ha hecho para ponerme nervioso, yo mismo no sabría explicarlo claramente, pero me cripa. Le echo la culpa de todo lo que no ha ido bien desde el principio de esta estancia y de lo cual no puedo hacer responsable a nadie, y casi me reiría con sorna de mi ceguera: me había hecho ilusiones con Ania, la veía como un personaje novelesco y en realidad no es más que una pobre chica desorientada que quiere hacer las cosas como es debido y cuya voz y expresiones me desagradan, el hecho de que sólo emplee el artículo determinado, por ejemplo cuando dice: tengo que ir a

comprar *el* tubo de pasta dientes, y no *un* tubo y *de* dientes, y de golpe esta torpeza liviana, en boca de alguien que, sin embargo, habla francés cien veces mejor que yo ruso, concentra todas las crispaciones que me produce la estancia aquí y, más en general, mi vida. La llevan a su casa, pregunta tímidamente cuándo volveremos a necesitar sus servicios y respondo que no sé, ya veremos. Siento que soy cruel, estoy rabioso conmigo mismo y también con ella. Detesto recordar este día.

Cristina y sus amigas han aprobado el examen, que es el equivalente del bachillerato, y para celebrar su entrada en la vida adulta una fiesta congrega a los padres, profesores y jóvenes en el refectorio de la panadería industrial. Un grupo de padres biliosos, encabezados por un cacique desabrido que dice que ha visto «nuestras» películas sobre Kotelnich y sabe a qué atenerse con nosotros, quiere al principio impedirnos el acceso, pero Cristina tiene que cantar y sus padres están de acuerdo en que la filmemos, conque al final nos dejan entrar y optamos por integrarnos, es decir, por lo que a mí respecta, en pillar una curda metódica. Cristina canta sus canciones de Britney Spears y la bonita Liudmila, que no bromea con el patriotismo, canciones a la gloria del ejército ruso en Chechenia. Yo también tengo en mi repertorio una nana cosaca donde se dice con toda tranquilidad que el enemigo es el cruel checheno y, aunque no me la sé entera, cosecho en un extremo de la mesa un pequeño éxito cantando las primeras estrofas. Las repiten a mi alrededor, me felicitan, menciono como puedo mis raíces rusas, a mi madre, mi *niania*, al vicegobernador que defenestraba a musulmanes, y pronto me encuentro enzarzado en una conversación incoherente pero sumamente afectuosa con un bigotudo que se llama Leónidas y que una hora antes formaba parte del grupo de padres que se oponían a permitirnos la entrada. En un momento dado le hago la siguiente promesa: cuando esté terminado, quiero poder mostrar con la cabeza muy alta el documental que estamos rodando a los habitantes de

Kotelnich. Porque, por supuesto, se lo mostraré: dentro de seis meses, de un año, volveremos e invitaremos a una gran proyección a todos los que aparecen en la película. Y no se quejarán: me comprometo a ello. O, por lo menos, porque quizá sea pedir demasiado, no sentirán vergüenza. Lo que me ha chocado en el rechazo inicial de los padres a que filmemos su banquete, y después en su sentimentalismo desbordado e inquieto, es que no sólo desconfían, sino que se avergüenzan. Se avergüenzan de ser pobres, de estar desorientados, de empinar el codo, y tienen miedo de que les muestren así. Tienen un miedo espantoso de que se burlen de ellos y, mientras hablo con Leónidas, nada me parece más importante que cumplir mi promesa y no justificar su recelo.

El festín duró mucho tiempo y hacia las cuatro de la madrugada todo el mundo estaba a la orilla del río. Ya había amanecido, la noche sólo había durado una o dos horas. Era la más corta del año, el 21 de junio. Unos sapos croaban. Las chicas se metieron en el agua con los zapatos en la mano, remangado el dobladillo de sus faldas largas. Los tirantes del corpiño les caían sobre los hombros, cerveza y vodka corrían a chorro, proseguían los cantos, cada vez más desafinados. Yo estaba borracho como una cuba, desplomado en el fondo del coche y sobre esta escapada a la ribera me fio menos del recuerdo que de las imágenes captadas por Philippe: poseen la gracia de las alboradas y de los epílogos alcohólicos en las películas de Kusturica.

Me aprendo la nana hasta el final. Me trastorna, me entran ganas de llorar cuando murmuro para mí la última estrofa. Pero decae enseguida el impulso que me movió a hablar ruso con Leónidas y las chicas la tarde del banquete. Sean quienes sean mis interlocutores, apenas me interesan. A no ser que haya bebido una copa de más, no sé de qué hablar con ellos, ni con cualquiera, y de golpe vuelvo a sumirme en la afasia. Sigo el rodaje más que dirigirlo. Sasha hace preguntas,

Philippe filma. Liudmila graba y yo sigo en mi rincón, me siento en un banco y tomo notas sin ilación, menos seguro de lo que ocurre delante que de lo que se me pasa por la cabeza. Pienso en Andrés Toma, que vivió cincuenta y tres años aquí sin hablar ruso ni comunicarse con nadie. Pienso en mi abuelo desaparecido, en la locura que traslucía en sus cartas, en mi madre, que tanto miedo tiene de que yo escriba sobre él algún día, en mí, que tanto miedo tengo de hacerlo, y que sé, sin embargo, que hay que hacerlo, que para ella y para mí es una cuestión de vida o muerte. Pienso en aquel detective de ya no recuerdo qué novela policial que poseía el talento de resolver los enigmas durmiendo, mientras los investigadores discutían, y asaltado por una somnolencia inquieta, surcada de pesadillas, me pregunto qué enigma he venido a resolver aquí.

Vamos a casa de Vladímir Petrov, el halterófilo. La idea consiste en mostrarle en su casa, con su mujer y su hijito, después de haberle filmado en el entrenamiento. Philippe les explica amablemente que hagan lo que harían si nosotros no estuviéramos delante: preparar la comida, jugar con el niño, hablar de la jornada pasada. Esta perspectiva me abrumba, siento que allí sobro y aprovechando la estrechez del piso, donde a cada paso corro el riesgo de que me capte la cámara, salgo a esperar en el rellano. Luego bajo la escalera de hormigón. Espero al pie del inmueble. Delante de mí hay otro bloque de inmuebles, un solar donde pacen las vacas y al fondo de todo los edificios de la panadería industrial. El sol lo aplasta todo. Filmo el paraje, por pura ociosidad, con la pequeña DV. Como contrapunto de las imágenes filmadas durante este tiempo en el piso de Vladímir, imágenes que sin duda he debido de ver después en el montaje, pero de las que no conservo ningún recuerdo, están estas otras yuxtapuestas, bañadas en una luz cruda y cargadas para mí de una extraña e indecible tristeza. En esta película en la que yo esperaba aparecer, hablando ruso libremente, dirigiendo un equipo, dialogando de

tú a tú con los demás, las imágenes señalan el momento en que yo también me resigné a desaparecer.

Ania nos propone un paseo en barco. De hecho el paseo lo organiza Sasha, el barco pertenece a un amigo suyo, es una especie de regalo que nos hace, pero prefiere no venir con nosotros. Es más bien raro porque, de creer a Ania, que como de costumbre habla sin la menor inhibición, desde hace unos días hay entre ellos una fuerte tensión a la que no somos ajenos. El ecologista sospecha que queremos sonsacar a su mujer —en particular, supongo, sobre el tema de Morodikovo— y sospecha que ella se deja engatusar con excesiva facilidad. ¿Por qué, así las cosas, nos manda a navegar juntos y él se abstiene de venir? Es otro misterio que no resolveré.

La pequeña motora que pilota el amigo de Sasha remonta lentamente el río Viatka, pasa por debajo del puente del ferrocarril, pone rumbo hacia un cementerio de barcos oxidados que resultarán ser el objetivo de la excursión. Al principio, Ania juega a hacer de guía, pero enseguida sus comentarios sobre las curiosidades locales viran hacia la confidencia. Rebasamos un pequeño cerro pelado y nos dice que le llaman «el pico del amor», que los enamorados van a pasear allí y que Sasha la llevaba al pico desde la primera cita. Algunos días más tarde, él abandonaba a su mujer y a su hija para vivir con ella. Juntos afrontaron los chismorreos de la aldea donde a Sasha, de entrada, no le apreciaban demasiado porque era poli, y a ella tampoco porque venía de la gran ciudad. No querían a Sasha pero le temían, y sólo Ania encajaba de lleno las frases hirientes, las miradas malévolas. Ella se burlaba entonces, hasta se enorgullecía porque estaba con él y se amaban. Describe a Sasha como un hombre romántico, misterioso, herido, habla de los primeros tiempos de su amor mutuo con una especie de embriaguez, pero también dice, con palabras al principio veladas *y* después cada vez más claramente, que aquel tiempo ha pasado, que hoy la cosa no marcha entre ellos.

Procura decirlo alegremente porque cree que esperamos alegría de ella. Se encoge de hombros y suelta, con una despreocupación afectada, que él quiere abandonarles, a ella y al pequeño León. ¿Por otra mujer? No, no por otra mujer en especial, aunque tiene amantes. Sólo la exaltación ha decaído y lo que a él también le había parecido romántico y misterioso ahora le desagrada. Le encantaba que ella hablase francés y ahora le parece algo turbio, vagamente inquietante, teme que le comprometa. Y ella nota que el francés la abandona, como un don que se perdiese, una singularidad preciosa que se diluyera en la grisura opresora de los días. Lo que cuenta me parece triste y al mismo tiempo comprendo ese desencanto porque lo comparto. Yo también, la primera noche, en el Troika, los había considerado románticos y misteriosos. Me había enamorado un poco de ellos, ¿y qué veo ahora? Una buena chica ingenua, bovaryzante, sentimental, como lo es él también, pero abúlico y paranoico, una historia que ha ardido algunos meses y se ha hundido en el tedio mezquino de una región de la que sueñan con huir pero que no abandonarán nunca. Esta vez me muestro amable, no como en la colonia, pongo cara de compadecerme pero en realidad estoy harto: harto de Ania y de Sasha, harto de Kotelnich y harto de mi estancia en Kotelnich. Quisiera ser tres semanas más viejo para estar con Sophie cuando publiquen mi cuento, o sólo diez días porque son los que nos faltan para marcharnos. De repente diez días me parecen muy largos y me digo que sólo depende de mí abreviar la experiencia.

¿Me apetece filmar otra vez la colonia penitenciaria? ¿Al bueno de Volodia y sus culturistas? ¿A Cristina cantando, las lamentaciones de la criada Tamara e incluso los comentarios de Ania sobre Kotelnich, la ciudad del amor? Más en general, ¿me apetece filmar algo? No, pero por otro lado había previsto este momento de desaliento y también me había dicho que lo importante era llevar la experiencia hasta el final, aunque fuese aburrida e infructuosa en lo inmediato. Nada impide que se

produzca un milagro en el último minuto, cuando ya no se creía posible. Sin embargo, al anochecer anuncio que he reflexionado mucho y que me inclino por volver antes de lo previsto.

Podemos hacer lo que nos falta en tres o cuatro días, ¿para qué esperar una semana más? Es razonable, pero todos piensan que acortar nuestra estancia equivale implícitamente a reconocer el fracaso de la misma. Sasha, Liudmila y Philippe se entristecen y me miran con un poco de rencor.

A la mañana siguiente me despierto con el nudo de angustia en el plexo solar que me ha acompañado toda la vida y que curiosamente no me había molestado desde mi llegada a Kotelnich: estaba apático, tenía dudas, pero no una auténtica angustia. Noto también, en la extremidad del prepucio, la especie de hinchazón que anuncia un acceso de herpes y tengo la certeza absoluta de que he tomado la decisión errónea en un momento crucial. ¿Por qué no haber aguantado una semana más? ¿Por qué no haber tenido confianza?

La víspera por la noche quise hablar con Sophie. La llamé a medianoche, cuando eran las diez en París, pero no estaba en casa. Dejé un mensaje diciendo que seguramente regresaría dentro de unos días. Vuelvo a llamarla temprano por la mañana y no contesta. Me extraña un poco pero me digo que ha debido de pasar la velada en casa de alguna amiga *y* se habrá quedado a dormir. Dejo otro mensaje, *y* un tercero en su móvil. Soy cada vez más apremiante porque me encuentro mal, mi decisión me pesa, necesito sincerarme con ella. A las once, o sea, a las nueve allá, ella me llama. Dice que acaba de salir del metro, que acaba de oír mi mensaje en el móvil. No dice que esta noche ha dormido fuera. La noto agitada, confusa, y me asombro. ¿No recibiste mi mensaje de anoche? ¿Anoche? Ah, no, volví un poco tarde, no debí de escuchar el contestador... ¿Y esta mañana? He llamado a las siete de la mañana. No habrías salido tan pronto, ¿verdad? Ella se azora, dice que debía de estar en la ducha cuando ha sonado el teléfono. Intuyo que miente. Si me miente,

¿qué quiere decir? Que ha dormido fuera, pero no en casa de una amiga: con otro hombre. No lo digo claramente, pero de pronto me vuelvo muy frío al teléfono y a ella le extraña mi frialdad. ¿Qué pasa, Emmanuel, qué te he hecho yo? ¿No haber estado cuando necesitabas hablar conmigo? Ahora estoy aquí, contenta de que vuelvas antes. Te echo de menos. Abrevio la conversación, secamente.

Entre las cosas que quería hacer antes de marcharme, hay una pequeña experiencia que, en lugar de correr detrás de los personajes más o menos pintorescos, consiste en pasar un día simplemente sentado en un banco de la plaza situada enfrente de la estación. Te sientas, no te mueves, miras lo que ocurre... o lo que no ocurre. Me figuro que para Philippe, que es de por sí impaciente, puede resultar un suplicio, pero le explico que es la regla del juego: en vez de filmar la plaza desde todos los ángulos, hay que limitarse al punto de vista del banco. La cámara se colocará a la altura de tus ojos y sólo podrá girar sobre el trípode, como si movieras la cabeza sin levantarte. De acuerdo, dice Philippe, y se sienta estoicamente, flanqueado por Liudmila, que abre el micrófono, y por mí, que tomo notas.

12 horas. Además de nosotros, hay otras tres personas en la plaza, repartidas en dos bancos. Una pareja de edad, un hombre todavía joven. No tienen equipaje ni aspecto de haber venido a esperar un tren, sino sólo a sentarse un rato. Pronto llega la hora de comer, pero no sacan bocadillos. No hablan y no parecen advertir que les filmamos. Es cierto que tampoco nosotros nos movemos ni hablamos. La mujer se abanica con un periódico. Unos gorriones gorjean. Pasan varios trenes, entre ellos el expreso que va a San Petersburgo.

13.30 horas. La pareja se ha ido. El joven solitario se ha dormido con la cabeza gacha y ronca ligeramente. Otro hombre solo viene a sentarse, con un cucurucho de pipas de girasol comprado a la vendedora ambulante que se coloca delante de la

estación. Pela las pipas y se las come una tras otra, a un ritmo perfectamente regular. Sigue así hasta vaciar el cucurucho. Entonces se levanta y se va.

Llega Sasha Kamorkin, que se sienta sin remilgos a nuestro lado en el banco. Le explicamos lo que hacemos y se ríe: ¿para qué? Philippe corea su risa: es un antojo que tiene, no intentes comprenderlo. Sasha viene de la estación, donde ha comprado el billete de su hija para San Petersburgo. Va a estudiar allí. Bueno, estudiar: a hacer de puta, más bien. Lo dice bromeando, pero se nota que no es una simple broma, hay en su tono rabia y admiración. Su hija se llama Cristina, como nuestra heroína principal, tiene diecisiete años, igual que la otra Cristina, y también acaba de terminar la escuela, pero la semejanza no pasa de ahí. Sasha nos enseña su foto en el pasaporte y yo me digo que si hubiera visto esta foto antes nuestro documental habría seguido otro curso: es exactamente la clase de chica cuya trayectoria me habría gustado seguir desde un villorrio podrido como Kotelnich hasta las discotecas de San Petersburgo, de Moscú o de Nueva York, donde su belleza y su cinismo ingenuo van a hacer estragos. Es una bonita putilla, ¿eh?, repite Sasha, antes de detallar las medidas de su hija. Nosotros estamos un poco cortados, él en absoluto: tiene un alma de macarra, es su forma de enorgullecerse de su hija.

Una media hora después de haberse ido Sasha, Ania, sin duda avisada por él, viene a visitarnos. Lleva a su hijo contra el pecho, en un arnés tipo canguro. Es la primera vez que vemos al pequeño León. Tiene cinco meses. Duerme. Ella le acuna con la mirada y nos lo muestra para que lo admiremos con una ternura que borra todo lo que en otros momentos ella puede tener de ingrato y la vuelve grácil y conmovedora. Dios sabe lo complicadas que han podido ser las relaciones entre Sasha y Ania; hoy son sencillas. Saben que pasamos el día sentados en un banco cerca de la estación, que nos aburríamos un poco, un

aburrimiento tranquilo y más bien agradable, y se turnan para hacernos compañía, charlar un rato. Es curioso, pero hoy pienso en ellos como amigos, no amigos íntimos, sino buenos amigos, personas con las que he vivido cosas, y me agrada este charloteo perezoso, sin compromiso.

Sin embargo, pienso en Sophie todo el tiempo. ¿De verdad creo que me ha engañado esta noche y mentido esta mañana? Si lo ha hecho, ¿es tan grave? ¿Me duele realmente? ¿O es que temo sobre todo, antes de la publicación de mi cuento, un conflicto que lo echaría a perder?

Bien sé que esta publicación, dentro de tres semanas, es lo que impide que me afecte demasiado el fracaso de nuestra estancia en Kotelnich. Pero ¿si el fracaso se extendiera? ¿Si la hora de gloria y de amor que nos auguro desembocara también en una catástrofe? ¿Si Sophie me abandonase?

Me he prohibido llamarla, pero es ella la que llama al móvil. Me mantengo frío, lejano, aunque sé muy bien que no podré prolongar esta actitud. Ella no da en verdad la impresión de que vaya a abandonarme. Por tanto, o bien yo me obceco en creer que miente, le doy mil vueltas a la idea hasta que se vuelve insoportable, o bien decido creerla: creer que efectivamente se estaba duchando cuando llamé y que ella, que lo escucha no una, sino tres veces, no escuchó el contestador aquella mañana... No es muy verosímil, pero por otro lado sus protestas amorosas suenan tan sinceras que realmente tendría..., ¿qué? ¿Que mentir muy bien? Sé que ella miente muy bien, ya me ha mentido y me ha reprochado después que yo no haya adivinado nada. Pues para mentir tan bien es preciso que me quiera y para no adivinar nada hace falta que yo la quiera menos. Supongamos que ella se haya acostado con otro aquella noche. Si tanto le importa ocultármelo, quiere decir que me ama a mí. Y si yo lo he presentido significa que yo también la quiero, más y mejor que antes. Se lo digo. Se ríe. Dice: qué retorcido

eres. Mi sospecha subsiste, pero sé que hemos empezado a hacer las paces, y yo lo prefiero así.

Como la actividad en la plaza es ya inexistente, suavizo la orden y permito que filmen a Ania y al pequeño León. Ella está muy contenta porque me explica que Sasha desconfía hasta tal punto de las fotografías o las filmaciones que prácticamente no tiene una sola foto de su hijo. Es un niño al que no fotografían nunca. Luego, sin cambiar de tono, como de pasada, repite lo que dijo en el barco, que Sasha se dispone a abandonarla, y canturrea con tristeza: el placer de amor sólo dura un instante, la pena de amor dura toda la vida. En ese momento León se despierta y se pone a llorar. Le digo que no, los dos sólo duran un instante. Ania canta a su hijo una bonita nana que no entiendo bien pero en la que se habla de un grillo. Después, a petición de ella, tomo al bebé en brazos y, a media voz, le canto mi nana.

Duerme, pequeñito, maravilla mía, duerme, mi niño, duerme. Los claros rayos de la luna velan sobre tu cuna. Te contaré cuentos, te cantaré canciones. Cierra los ojos, duérmete, sueña, duerme, mi niño, duerme.

El torrente fluye sobre las piedras, retumba la espuma de las olas. Te acecha el cruel checheno, afila su puñal. Pero tu padre es un hombre valiente, curtido en el combate. Duerme, mi amor, tranquilo, duerme, mi niño, duerme.

Un día, ¿sabes?, llegará la hora de la vida guerrera. Montarás a caballo, empuñarás las armas. Yo bordaré hilos de oro para adornar tu silla. Duerme, hijo de mis entrañas, duerme, mi niño, duerme.

Tendrás el aire de un héroe y el alma de un cosaco. Iré a despedirte, tú me dirás adiós. Cuántas lágrimas amargas derramaré sola esa noche. Duerme en paz, mi ángel, mi cariño, duerme, mi niño, duerme.

Serán tiempos de angustia de espera interminable, De presagios y

plegarias, de noches insomnes. Temeré que te entristezcas, lejos, muy lejos de mí. Duerme antes de que el mal llegue, duerme, mi niño, duerme.

Te daré para el camino un icono bendecido. Guárdalo sobre el pecho cuando reces a Dios. A la hora del combate acuérdate de tu madre. Duerme, pequeñito, maravilla mía, duerme, mi niño, duerme.

5

Hice una última corrección en las galeradas. En lugar de «la mujer de la que estoy enamorado», puse «la mujer que amo».

Parto para la isla de Ré, donde me esperan mis hijos. Tú te quedas en París a trabajar una semana más y debes tomar el tren para reunirme conmigo el sábado siguiente, el sábado del cuento del que no sabes nada. Te noto inquieta, tensa, cuando nos despedimos. Al besarte en el umbral de la puerta te digo: confía en mí.

Nunca te he dicho esto, nunca se lo digo a nadie. Tengo miedo de que no confíen en mí, porque temo ser indigno y traicionar. Pero acuérdate de que te lo dije aquella mañana.

Me resulta difícil ser padre e hijo al mismo tiempo y prefiero evitar las estancias prolongadas con mis padres y mis hijos. Pero esta semana todo va bien. Preparo barbacoas, acompaño a mi madre al mercado, llevo a bandadas de niños a la playa. Estoy desconocido. Una tarde, con la ayuda de mi sobrino Thibaud, ordeno el cobertizo, inflo las ruedas de las bicis, les aplico el antioxidante, reúno los antirrobo todavía utilizables y tiro aquellos cuya llave he perdido. Thibaud, ya puestos, propone tirar también un triciclo que ya nadie usará: en esta generación, no habrá más nacimientos en la familia.

Digo: te olvidas de Sophie y de mí.

¿Pensáis tenerlos?

¿Y por qué no?

Corro y nado horas en la playa de las Ballenas. Mientras corro y nado me cuento lo que sucederá dentro de cinco, cuatro, tres días. La ligera embriaguez de la cuenta atrás, mezcla de exaltación y de aprensión, en la que ésta prevalece claramente sobre la primera. Pienso en el periodista que vino a entrevistarme y que me juzgó tan despreocupado, después de arrancar la anilla de mi granada... Una granada... Pobre chico... Me pregunto qué contratiempo pudiera aún estropear mi triunfo. ¿Una disputa entre nosotros? ¿Mi familia? Sé que mis padres son pudibundos, pero me he ocupado de avisarles empleando una palabra de su vocabulario: he escrito en *Le Monde* un relato un poco «verde». Para no escandalizarse, optarán por considerarlo una broma. Por otra parte, mis libros anteriores, sobre todo el último, eran bastante más escandalosos que este texto crudo pero alegre. Mi primer texto alegre, no podrán no advertirlo. Se acabaron las historias de locura, de pérdida, de mentiras, por fin he pasado a otra cosa, digo a una mujer que la amo, es una declaración de amor. Después de una noche en La Rochelle, donde he reservado la habitación más bonita de un hotel maravilloso, llegaremos los dos a la comida del domingo y todo el mundo romperá a reír, se reirá feliz. La semana siguiente daremos una fiesta en la casa. Este verano hay muchos amigos nuestros en la isla de Ré: bromearán, nos felicitarán, seremos la pareja radiante y ligeramente escandalosa que se disputa la sociedad. No sólo estoy seguro de que el cuento tendrá un éxito inmenso, que en cuanto el rumor circule incluso los que no leen *Le Monde* se pelearán por conseguir uno en todos los quioscos de Francia, sino también de que sólo es un comienzo, de que habrá una continuación. Ignoro cuál será: quizá un montaje de los miles

de e-mails que voy a recibir, quizá algo totalmente distinto, me encanta no saberlo, dejar que la vida me lo depara sin intentar adivinarlo, pero aun así no puedo evitar preverlo. Me imagino un libro corto, sexy, lúdico, que también tendrá un éxito inmenso y que podría titularse: *La historia porno del Monde y su continuación*. Prefiero incluso este título en su versión inglesa: *The Porn Story of the World and What Came After*, que le va como anillo al dedo porque será, no tengo la menor duda, un bestseller internacional. Me río yo solo al pensarlo en la playa.

El jueves, es decir, dos días antes de la aparición del cuento, me telefoneas muy angustiada. Acabas de recibir un mensaje de Denis que, con una voz de ultratumba, te pide que le llames. Denis y Véro, tu mejor amiga, están a punto de separarse y lo llevan muy mal: hace algún tiempo que me hablas de ello sin que yo me interese mucho porque no me caen muy bien. No te atreves a llamarle porque tienes un presentimiento: Véro ha muerto, se ha matado en un accidente de coche o se ha suicidado. Procuro calmarte: que la relación de pareja se vaya a pique es una cosa, pero de ahí a pensar que ella esté muerta... Llama a Denis.

Voy a hacerlo, sé que tengo que hacerlo pero no me atrevo, estoy segura de que está muerta y, además, ¿sabes?, es horrible decirlo, pero si la entierran este fin de semana no podré ir a la isla de Ré y me gustaría muchísimo ir, estar contigo, creo que preferiría no saberlo.

Sollozas y estoy muy enfadado: no a causa de la muerte de Véro, en la que no creo ni por un segundo, sino por tu estado de nervios, por el desasosiego que revela, que yo había notado un poco en tus llamadas anteriores de la semana y que atribuía al ajetreo profesional. Quiero que el sábado subas al tren feliz y relajada, y es evidente que no vas por ese camino. Duermo mal.

El viernes alquilo un barco y llevo a mi padre, mis hijos y mi sobrino a la isla de Aix. Cielo azul, mar en calma, un poco

agitado, el casco choca con las olas, dejo que los niños piloten por turnos y cuando me toca a mí lo hago con audacia y precisión. La víspera, mi padre ya me había señalado que en coche me comporto con más rapidez y firmeza: has cambiado mucho en estos últimos tiempos, dice.

Al desembarcar te llamo. No sé cómo era la voz de Denis ayer, pero la tuya es lo que realmente se llama una voz de ultratumba. Véro no ha muerto, no, pero está mal, muy mal, corre el riesgo de cometer una idiotez, es absolutamente necesario que te quedes con ella el fin de semana.

Aquí se hunde el mundo. En el muelle, al sol, mientras los niños riegan con la manguera el puente del barco y el empleado comprueba el estado de la hélice, te explico que desde hace dos meses te preparo una sorpresa, una sorpresa como nunca te ha dado nadie y no te dará en tu vida, como pocos hombres han dado a una mujer, y que la sorpresa es mañana y no puede ser ningún otro día.

Pero ¿qué es esa sorpresa?

No puedo decirte más. Lo único que te puedo decir es que tienes que venir.

Emmanuel, tampoco puedo dejar a Véro en la estacada.

Ven con ella.

No tal como está.

Entonces yo *voy* a volver. Quiero pasar contigo la noche de mañana.

No, no, no hagas eso, tengo que quedarme con ella, ¿qué harías tú durante ese tiempo?

Llegada la noche, me autoinvito a cenar en casa de mis amigos Valérie y Olivier, que tienen una casa alquilada en un pueblo vecino. En el jardín bellamente invadido de malas hierbas, bebo en exceso y aunque tú y yo hayamos dejado de

fumar hace un año, quemo cigarrillos que enciendo uno tras otro y me olvido de comer. Estoy muy contrariado y explico por qué con un tono que oscila entre el del niño que patalea porque le han roto su juguete y el del adulto irónicamente indiferente. Yo me preguntaba qué castigo reservan los dioses a quienes les desafían: pues ahí lo tengo. Podría ser peor, la amiga en apuros pronto estará mejor, tú llegarás mañana o pasado mañana, beberemos todos juntos a la ironía de la suerte. Lo poco que digo de mi cuento despierta la curiosidad de mis anfitriones, que están impacientes por leerlo. A las once me llamas, después de haberte dejado dos mensajes en el móvil. Me alejo para hablar contigo en el fondo del jardín. Tienes la voz sofocada: algo no va nada bien. Parece que va tan mal que te pregunto si lo más razonable no sería llevar a Véro a urgencias de psiquiatría.

No, no, no ha llegado a ese punto, tiene sobre todo necesidad de hablar. Lo que piensan hacer mañana es coger el coche y echarse a la carretera, pasar el fin de semana en el campo...

Escucha, por lo que dices Véro está al borde de tirarse por la ventana y tú no pareces mucho mejor que ella, y por eso creo que es una idea muy mala.

No te preocupes, lo tengo todo controlado.

Pero ¿cuándo llegas?

No lo sé, quizá dentro de dos días...

¿Dos días?

Emmanuel, por favor, tienes que comprender.

Comprendo, digo, fríamente, no me queda otra que comprender, pero estoy tristísimo.

Por favor, no me culpabilices, las cosas ya son bastante difíciles.

No te culpabilizo, sólo te digo que mañana estarás tan triste como yo hoy. Algo ha fallado entre nosotros, algo que no es recuperable, ya está, no tiene remedio, hablemos de otra cosa. ¿Qué hacéis esta noche, dónde estáis?

Hemos cenado juntas, ahora estamos en casa, seguramente vamos a dormir a casa de Véro en Montreuil y mañana nos pondremos en camino.

Es absurdo, estáis reventadas, con los nervios en punta, por lo menos quedaos a dormir en casa.

Escucha, ya veremos, te llamaré.

A la mañana siguiente encontré la réplica. Voy a ser flexible, adaptarme, sacar partido de los contratiempos. Estudio los horarios. Es demasiado tarde para hacer la ida y la vuelta completas, pero hay un La Rochelle-París, 14.45-17.45 horas, que se cruza con el París-La Rochelle de las 14.45-17.45 horas, con diez minutos de margen a mi favor en Poitiers. Como tú no tomarás ese tren lo haré yo en tu lugar. Ocuparé a partir de Poitiers el asiento que había reservado para ti. Relataré el viaje desde ese punto de vista. Observaré con atención a los vecinos que habrías tenido, imaginaré cómo les habrías mirado, cómo te habrían mirado cuando hubieses murmurado «me apetece tu polla en mi coño». Iré a ver lo que pasa en el bar.

Te llamo al móvil. Estáis en Montreuil, donde Véro ha insistido en dormir. Te pido perdón por mi frialdad de la víspera: estaba decepcionado, por supuesto, pero lo comprendo, es un caso de fuerza mayor, no tienes que sentirte culpable por mi causa. No lo digo, pero no quiero que ningún resentimiento empañe el momento en que leas mi cuento. Lo único que te pido es que compres *Le Monde* cuando tengas un rato tranquilo y puedas pensar en mí.

No comprendes bien por qué es tan importante que compres *Le Monde* hoy, pero me prometes que lo harás.

¿Cuándo os marcháis?

Por la tarde, seguramente hacia la bahía de Somme.

No seáis imprudentes, me preocupo, ya sabes. ¿Me llamas durante el viaje? ¿Me llamas cuando lleguéis?

Sí, sí, mi amor... Espera, el móvil pierde cobertura.

Se corta.

Poitiers, 16.19 horas. Para esperarte a la llegada del París-La Rochelle, yo había anotado el número de tu asiento. Nadie lo ocupa y me instalo. Recorrer el vagón es suficiente para comprender que he elegido mal el tren: casi no hay mujeres solas, ninguna bonita, familias, jubilados, toda esa gente absorta en historietas cómicas o crucigramas. Difícil, con esta fauna, imaginar el intercambio cruzado de miradas cómplices y réplicas de doble sentido que yo te prometía.

En Niort voy al bar. No hay nadie al acecho, nadie tiene *Le Monde* debajo del brazo. Fracaso estrepitoso. Mientras bebo agua mineral acodado cerca de la ventanilla, pensando que ni siquiera será divertido contar este fiasco, se me acerca una mujer joven, regordeta, agradable. Se presenta: Émilie Grangeray, de *Le Monde*, y al sentarse añade: enviada especial en el tren París-La Rochelle de las 14.45 horas. Me quedo atónito. *Le Monde* ha enviado a una periodista para que sea testigo de mi derrota. Sin reflexionar, farfullo que estoy muy decepcionado porque mi novia no ha podido tomar el tren: caso de fuerza mayor. Émilie Grangeray sonríe, anota lo que digo en una libreta, la veo escribir las palabras «decepcionado», «contrariado», quisiera corregirla, mostrarme indiferente, espiritual, pero en vez de esto me hundo en una vergüenza que creía olvidada desde hacía mucho tiempo, la que me invadía cuando siendo un adolescente tímido me inventaba amiguitas y me daba cuenta de que no me creían.

De hecho, Émilie Grangeray no tiene pinta de creerse lo

del caso de fuerza mayor que ha impedido tomar el tren a mi novia. Me dice que en el periódico, aparte de la cuestión de publicar el texto o no, que suscitó un debate encrespado, se formaron dos bandos: los que creían que todo era verdad y los que se inclinaban por la ficción, y ella era más bien de estos últimos. Es curioso, yo ni siquiera había imaginado que se pudiera pensar esto, y aún más curioso resulta que visto desde fuera la realidad parece dar la razón a Emilie. Se lo digo, ella mueve la cabeza, me percató de que agravo aún más mi situación.

Poco antes de llegar, consulto el buzón de voz. Ya hay tres mensajes de amigos: maravillosa carta de amor, qué felices estaréis, es superfluo desearos una buena noche. Luego un mensaje tuyo: nos ponemos en camino pero hemos decidido apagar los móviles por culpa de Denis, que llama sin parar y enloquece a Véro. Espera, te la paso.

Véro: sí, Emmanuel, te robo a tu Soso que es también mi Soso, tienes que comprenderlo cuando tienes una amiga que está en apuros. Besos.

Esta manera de terminar sus mensajes con «besos» o, mejor, «besos y besos» es un rasgo de Véro que siempre me ha crispado *y* hoy soy aún menos indulgente que de costumbre. Además, no tiene un aire tan consternado, la amiga en apuros. ¿Va todo bien?, se inquieta Émilie Grangeray. Todo bien, sí. Damos un trago de agua mineral. Sol triste y crudo sobre la llanura de la Vendée, pequeñas moscas muertas en el cristal.

Como el tren se compone de dos filas de vagones que no se comunican, *Le Monde*, para asegurarse de no perderse nada, ha enviado no a uno, sino a dos periodistas, y encontramos al otro a la llegada. Su sector del tren, nos dice, no estaba mucho más animado que el nuestro. No parece demasiado asombrado de verme. Él tampoco creía mucho en la existencia de la chica, o quizá sí, pero se imaginaba algo como la última tentativa de un

hombre abandonado. Me río: pues no, la verdad es que no era eso. En vez de darles esquinazo a los dos, opto por ser amable con la esperanza de que su artículo sea menos cruel. Tomando un trago con ellos en el puerto, interpreto al tío que se repone bien de una decepción, teoriza sobre el principio del placer que se ha roto la crisma contra el principio de la realidad y para acabar anuncio que como no he anulado la reserva de mi maravilloso hotel, prefiero dormir en él que volver a la isla de Ré. Si queréis, podemos cenar juntos.

Mariscos, lubina a la plancha, vino blanco. Bromeo: sinceramente, no era con vosotros con los que me apetecía pasar esta noche, pero así y todo me caéis bien. Es cierto. Fralon, que trabaja en la sección de Internacional, rememora con humor sus reportajes y Émilie los diversos oficios que ha ejercido antes de entrar en *Le Monde*: trapecista, amable organizadora en el Club Méditerranée. Cuenta la invasión de los rusos en algunos pueblos y el cristo que montan; total, que la cena es alegre, pero mi móvil no suena. No hablan ya de mi cuento, a mi entender para no afligirme, y soy yo el que reanudo la conversación al respecto. Émilie pensaba llamar a uno de nuestros amigos comunes para saber si existías y correspondías a la descripción; Fralon, contratar a una chica que sí correspondiese para subirla en el tren y aumentar la confusión. Una rubia grande con el cuello largo, cintura fina y caderas anchas: le gustan mucho las caderas opulentas, pero me da la impresión de que para él es una forma delicada de decir un culo grande. Como confieso que estoy realmente triste, hacen lo posible para consolarme: voy a recibir centenares de e-mails, quizá miles, van a fundar un club de personas que no viajaban en el tren y a las que les hubiera gustado hacerlo. Fralon dice afablemente que está seguro de que la historia no ha terminado, que escribiré una segunda parte. Yo también estoy seguro, pero es casi medianoche y el móvil no ha sonado.

En el hotel me tiendo en la cama sin desvestirme y te envío

un mensaje bastante seco: me habría gustado y me gustaría todavía que me llamaras, deberías hacerlo en cuanto llegues, ¿qué ha sido eso de que te has quedado sin cobertura? Vuelvo a pensar en mi cuento. ¿Es posible que lo hayas leído y que te haya impresionado hasta el punto de que no quieres hablarme de él? No, no lo creo. Si te lo he escrito es porque sabía que lo leerías como una declaración de amor, que su lado exhibicionista te excitaría. La inquietud suplanta al cabreo, temo un accidente, tendría que haber ido a París, no dejaros viajar en ese estado.

Acabo adormilándome, me despierta el teléfono. Pero no eres tú, es mi amigo Philippe que me dice: verás, al leerlo he pensado que Jean-Claude Romand² estaba realmente muerto. Tengo ganas de responderle que no estoy tan seguro, pero me limito a decirle que ahora mismo tengo un gran problema. Parece dejarle estupefacto la idea de que yo pueda tener un gran problema.

Habrán otras llamadas de felicitación durante el día que paso encerrado en la habitación del hotel fumando sin parar, mandándote mensajes cada vez más enloquecidos y sobre todo llamando a los hospitales, la comisaría, los servicios de ayuda en carretera, a tus amigos de los que tengo el teléfono... La gente que me telefona espera encontrar un tío de lo más engreído, ahído de amor y muy pagado de sí mismo, pero es un zombi el que descuelga y con una voz agónica repite lo que le ha dicho a Philippe: que tiene un problema grave, que volverá a llamar.

Es imposible, incluso para los más íntimos, decir en qué consiste ese problema. Tampoco lo sé yo, lo único que sé es que hay dos alternativas: o estás en el hospital, entre la vida y la muerte, o bien, por una razón que no logro imaginar, te complaces en torturarme. Llevas en el bolso una libreta con mi número de teléfono para llamar en caso de urgencia: si

estuvieses en el hospital me habrían llamado sin falta. Y es imposible, aunque hayas apagado el móvil, que en las últimas veinticuatro horas no hayas escuchado tus mensajes, más bien eres de esas personas que los consultan cada hora, y también de las que me llaman tres veces al día para decirme que me quieres y que piensas en mí.

¿Y entonces?

Me he negado a que hagan la habitación, la conservo y la lleno de humo hasta que te encuentre. Me prohíbo llamarte más de una vez cada hora. No lejos del hotel hay una iglesia donde suenan las campanas. Cuatro campanadas, son ya las cuatro de la tarde. Marco tu número por décima vez en el día, exasperado de antemano al oír por décima vez el mensaje del contestador.

Pero esta vez, milagro, descuelgas.

Emmanuel, amor mío, acabo de escuchar tus mensajes, ¿qué pasa? ¿Qué te ocurre?

Aúllo: así, sin más, ¿qué te ocurre? ¿Qué gilipollez es esa del móvil apagado? ¿Dónde estás, por qué no me has llamado?

Iba a llamarte. Y luego te he mandado un mensaje diciendo que apagaba el móvil, Véro está muy mal, la estoy cuidando, es una locura que te pongas así, mi amor, ¿qué te pasa?

¿Dónde estás?

Estamos en Saint-Valéry-en-Caux, estábamos hablando, Véro está muy mal, ¿comprendes?

¿Está ahí contigo?

Una pausa, y después: sí, está conmigo.

Pásamela.

No está a mi lado.

O sea que está tan mal que no puedes perderla de vista y

ni siquiera te deja tiempo para tranquilizarme con una llamada: no debe de estar muy lejos, ve a buscarla.

Otra pausa, y después: vale, voy a buscarla.

La oigo gritar: ¡Véro! ¡Véro! Emmanuel quiere hablar contigo.

Silencio, ninguna voz, ni siquiera lejana, responde.

Continúas: no quiere hablar contigo.

No quiere hablar conmigo, ¿y por qué no quiere hablar conmigo?

No lo sé, no quiere hablar contigo, está molesta porque te enfadaste por haberme ido con ella.

Primero: no me enfadé, sólo te dije que estaba triste, y, segundo, que esté molesta no es un impedimento para hablar conmigo.

Gritas a tu vez, sollozas: te digo que no quiere... Véro, por favor, habla con él... No quiere. Emmanuel, no puedo hacer nada, no quiere ponerse.

Sophie, no estás con Véro, no sé con quién estás, pero no estás con Véro.

Pero ¿con quién quieres que esté? Oye, es horrible lo que me estás haciendo. Estoy estresadísima, hace dos días que cargo con ella y tú me haces una escena totalmente demencial, tienes que calmarte.

Es muy fácil calmarme: basta con que Véro se acerque al teléfono y diga: hola, estoy aquí, o puede decir hola, estoy aquí, gilipollas, pero que lo diga, sólo quiero oír su voz, puede hablarte a ti y no a mí, lo único que quiero es saber que está ahí.

Te digo que no quiere, ¿no puedes entenderlo?

No, no puedo entenderlo, y si Véro no me dice algo por teléfono, sólo puedo deducir una cosa y entonces hemos

terminado.

Tú estás loco.

Quizá esté loco, pero ¿por qué Véro no puede hablar conmigo?

Yo no he dicho que no pueda: no quiere. Te odia.

No comprendo por qué, pero aunque me odie a mí, no te odia a ti. Entonces explícale que nuestra relación depende de que quiera acercarse al teléfono para que yo oiga su voz. No puede negarte esto, dices que es tu mejor amiga, si no lo hace es que es tu peor enemiga.

Escucha, Emmanuel, deliras totalmente. En la situación en que estamos, en el estado de Véro, es realmente asqueroso lo que estás haciendo, más vale que reflexiones un poco sobre lo que dices y volvamos a hablar cuando te hayas calmado.

Corta.

Vuelvo a llamar al instante. Buzón de voz.

Sophie, son las cuatro y diez. Si estás con Véro, lo que me cuesta creer, tienes veinte minutos para convencerla de que nuestra vida juntos está en sus manos. Si estás con un hombre, mejor que me lo digas, todo es mejor que esas mentiras delirantes. Así que si a las cuatro y media no me has llamado, con Véro o sin ella, tienes una semana para recoger tus cosas y marcharte de casa. Es todo, dejo el móvil encendido hasta las cuatro y media.

Por supuesto, lo dejé encendido más tiempo. No hubo llamada a las cuatro y media, tampoco la hubo a las cinco. No aguanto más, no me veo regresando a la isla de Ré y enfrentándome, huraño, a mi familia consternada; decido volver a París.

Espero en el restaurante de la estación, una terraza instalada debajo de la vidriera del andén. Tengo un paquete de

tabaco pero no fuego, y cada cinco minutos se lo pido a mi vecino, que me alarga su mechero con una cortesía silenciosa. Dos señoras bastante mayores, con un perrito, se acercan y al ver todas las mesas ocupadas se dirigen a mí: ¿Podemos sentarnos, está solo? Respondo que sí, pero que quisiera seguir estando solo. Retirada indignada, risas en una mesa de gente muy joven. Durante las dos horas de espera, trato de contarme todo lo que acaba de ocurrir con la idea de que quizá la frustración, la falta de sueño, la inquietud de no reunirme contigo han podido hacerme desvariar e interpretar mal cosas que resultarán absolutamente banales. Pero no surte efecto. Punto por punto sigue siendo insensato. Pienso en mi novela *El bigote*, en la infernal oscilación del héroe entre hipótesis que no se tienen en pie, y en la frase de Michel Simón en *Drôle de drame*: «A fuerza de escribir cosas horribles, acaban sucediendo.» Lo peor es que suceden en el momento preciso en que yo creía haberlas eludido.

Me llamas un minuto antes de la salida del tren y casi tres horas después de mi ultimátum.

Emmanuel, ¿dónde estás?

En la estación.

Te paso a Véro.

No, es demasiado tarde.

Corto la comunicación. Me río con sarcasmo. Has necesitado tres horas para echarle el guante a Véro: no sólo eres una mentirosa, sino también una idiota. Llama otra vez. Pulso la tecla de silencio y subo al tren. Los mensajes se suceden, acabo por escucharlos.

Hola, soy Véro. Escucha, no te comprendo y hasta me pareces repugnante. Joder, hay gente que pasa una mala racha, deberías comprender que es algo que les ocurre a los demás y que no sólo estás tú y tus cambios de humor. Pues mira, estoy

con Soso, todo va bien, no te preocupes, estaba un poco de los nervios hace un rato, lo entiendes, ¿no?

Faltan los besos. Su jerga lumpen-enrollada siempre me ha crispado pero hacía un esfuerzo por ti, me decía que era una chica que ha tenido una vida difícil, una chica generosa en el fondo y llena de vida. Ahora la aborrezco, pero menos que a ti: al fin y al cabo, lo único que hace ella es servirte de coartada.

Mensaje siguiente: Véro otra vez, presentándose, con lo que ella debe de creer que es humor, como la enemiga pública número uno: para ser una chica que tres horas antes estaba al borde del suicidio y era incapaz de decirme una palabra, se ha vuelto extrañamente charlatana. Y tú suplicándome que te llame, que te diga a qué hora llega mi tren, que vendrás a buscarme, amor mío, no comprendo, es horrible todo esto. Se vuelve tan repetitivo como mis llamadas desde hace veinticuatro horas.

Dejo mi asiento para fumar unos cigarrillos. La luz del atardecer, fuera, es desgarradora. Muchos lectores de *Le Monde*, algunos enfrascados en mi cuento, y entre ellos tres mujeres solas y bonitas. Todas esas personas deben de decirse: qué pena, no he tomado el tren que era, y la mayoría de los e-mails que recibiré comienzan con esta lamentación. Hay una multitud en el bar, hago una cola de veinte minutos para un agua mineral. La única camarera, desbordada, muestra una amabilidad y una alegría increíbles, tiene una broma para cada cliente, nadie se pone nervioso a pesar de la espera, todas esas mujeres bonitas podrían ir a masturbarse a los servicios y salir sonriendo a la usuaria siguiente, es en verdad un tren embrujado. Al volver a mi vagón, me cruzo con una mujer bastante madura, elegante, con un bello rostro abierto, que me pregunta si no soy Emmanuel Carrère. Le digo que no, ella sonrío y dice: ¡bravo, de todos modos!

Lo primero que hago al entrar en casa es cambiar el

mensaje del contestador. Tú lo habías grabado justo después de haberte instalado, me acuerdo de cómo te gustaba decir «estás llamando a casa de Sophie y Emmanuel» y cómo a mí me gustaba oírlo. Un amigo mío al que abandonó su mujer, conservó durante más de un año la grabación con su voz y los nombres de ambos. No es mi estilo, *y* en este instante me precio de ello. Me precio del odio frío, inapelable, que ha reemplazado a la atroz incertidumbre. Ya no existes para mí, ya no significas nada. Pero por poco que signifiqués, aguardo tu llamada para disfrutar de tu desazón y de mi firmeza. Como tardas en llamar, estoy tentado de llamarte yo y, para evitarlo, empiezo a leer los e-mails. Ochenta y cinco. Un buen comienzo. Quitando algunos cascarrabias, todos son entusiásticos: ¡qué carta de amor! Me habría gustado tanto viajar en ese tren, me habría encantado saber cómo ha ido, espero que pronto podamos leer la continuación. Debe de estar feliz, su novia, todas las mujeres sueñan que su hombre les envía esto, deben de estar felices los dos...

Pobrecillos, si supierais...

Llamas hacia medianoche, al móvil.

Emmanuel, ¿dónde estás?

En mi casa.

¿En *tu* casa?

Sí, y sólo tengo una cosa que decirte, en adelante no contestaré. Puedes venir mañana a partir de mediodía para empezar a empacar tus cosas. Buenas noches.

Llega al contestador de casa una serie de llamadas a las que no respondo; sólo escucho los mensajes. Súplicas, lloros, cólera. Te sienta especialmente mal el cambio de mensaje. Entonces, ¿ya no existo? ¿De verdad que nuestro amor ya no es nada para ti? ¿Quieres destruirlo todo porque he apagado el móvil, porque Véro estaba mal? Emmanuel, contesta, háblame,

te lo suplico, sé que estás ahí...

Sonrío, malévolo: cada cual su turno.

Llegas a las once, mientras reviso el centenar de e-mails recibidos durante la noche. No abres con tu llave. Sin levantar la nariz del ordenador, sin mirarte, digo secamente: te dije a mediodía, me gustaría que durante esta semana lo respetaras y llamasas al timbre, ya no estás en tu casa.

Emmanuel, hasta nueva orden yo vivo aquí.

Ya no, y te recuerdo que soy yo quien paga el alquiler.

Emmanuel, tenemos que hablar.

¿De qué? ¿Tienes una explicación que darme? Quiero decir una explicación que se sostenga, no las chorradas de tu amiga.

Pero, bueno, ¡ella te llamó! ¡Querías que hablase contigo, ella no quería, me peleé con ella durante todo el viaje de vuelta y te llamó!

Mi risa es burlona. Imposible describir tu aire de candor doloroso, nadie ha adoptado nunca una expresión más leal y recta. Llevas un vestido negro con un amplio escote entre los pechos sin sujetador, miro tus hombros, tus brazos, intento convencerme de que nunca sentiré nostalgia de esos miembros. Te sientas en el sofá del salón, enciendes una cerilla, tú también has vuelto a fumar.

Emmanuel, no sé lo que hay en tu cuento, todavía no lo he leído, pero no había comprendido lo importante que era para ti.

Era importante para ti también. Para nosotros.

De acuerdo, era importante, pero tienes que comprender que no sólo estás tú, que no sólo existe lo que tú quieres, que la gente no toma el tren forzosamente cuando tú lo has decidido. Me reservaste el billete, me dijiste que me habías preparado una sorpresa y por supuesto que me agradaba, me apetecía ir, pero

estaba Véro, que andaba muy mal y que es como mi hermana, cuando yo estaba mal ella estuvo siempre a mi lado y yo no podía aceptar tu chantaje.

Yo no te he chantajeado, no te pedí que dejaras a Véro, sólo te dije que me entristecía y que también a ti te entristecería. Aparte de eso te pedí que me llamaras para darme noticias, lo cual era lo mínimo que se podía pedir.

Pero yo te dije que lo tenía todo controlado, que todo iría bien...

Sophie, esta conversación no conduce a nada y tú lo sabes. Tendría sentido si pudieras probarme que estabas con Véro este fin de semana. Era muy sencillo ayer a las cuatro de la tarde, y ahora es mucho más complicado. Pues sí, yo estaba mal, estaba decepcionado, no razonaba con calma, Véro que a las cuatro no quiere dirigirme la palabra y a las siete y media me bombardea con mensajes conciliadores, perdona pero hay una sola conclusión posible.

¿Y cuál es esa conclusión? Dilo. ¿Yo estaba con un hombre?

No creo que estuvieses con tu madre.

¿Oyes lo que estás diciendo? ¿Me imaginas con un hombre cuando Véro se encontraba tan mal?

Me levanto, desalentado, a sabiendas de que no tendré la firmeza de cortar en seco. Me miras como se mira a un loco. Me apetecería tomarte en mis brazos. Me siento en la butaca gris, enfrente de ti, y empiezo, más suavemente: Sophie, lo único que quiero es creerte y pedirte perdón. Admitir que soy celoso y paranoide, pero no lo he sido hasta ahora, has podido engañarme durante cuatro meses sin que yo haya tenido la menor sospecha y hasta me lo has reprochado. Hoy, cualquiera en mi lugar tendría dudas y como yo no puedo vivir con esta duda tendremos que arreglárnoslas para disiparla. Tenemos

que encontrar una prueba.

Tú levantas la cabeza, con un destello de esperanza: ¿qué prueba haría falta?

No lo sé... ¿Dónde dormisteis?

Ya te lo dije: en Saint-Valéry-en-Caux...

¿En el hotel? ¿Cómo se llamaba?

El Edén... Era un cuchitril, no había sitio en ninguna parte...

¿Quién pagó?

Vacilas, después dices: Véro. Lo cual me extraña, porque una de las razones de su depresión, aparte del hostigamiento de Denis, es que está sin blanca.

Yo insisto: ¿cómo pagó?

Espero que me digas que en efectivo, pero no tienes esta presencia de ánimo: creo que con tarjeta, o con un talón...

Entonces estamos salvados. Hay una pista. Ella guardó el recibo y aunque no lo guardase, basta con que consulte su cuenta y que me dé una copia de la factura del cobro. Hotel Edén, 19 de julio, es facilísimo.

Lo es, pero al parecer no para ti. Reflexionas un instante, con la cabeza entre las manos, y después dices: no lo hará. No te dará una copia.

¿Por qué?

Porque no soporta a un tío que pide pruebas.

En ese momento suena tu móvil. Sí, Véro, respondes con una voz suave... No puedo hablar ahora mismo, estoy con Emmanuel, está en pleno delirio, tengo la impresión de estar viviendo una pesadilla... Te llamo luego.

Cuelgas. Yo estoy estupefacto.

Sophie, si no me mientes, Véro está destruyendo adrede

nuestra pareja. Deberías rogarle que pare este numerito, que consulte ya mismo a su banco o le arrancas los ojos, y no, le hablas con dulzura, sin aludir siquiera a esto, es una locura.

Es una locura porque nunca has sido capaz de ver más allá de tu propio punto de vista. No conoces a Véro.

¡Me importa un bledo conocer a Véro! Sólo quiero que te dé ese papel.

Suspiras. Luego, mirándome directamente a los ojos: ¿sabes lo que va a pasar? Te lo voy a decir. Voy a hacer lo que has dicho, recoger mis cosas, mudarme, el viernes te dejo la llave en un sobre y dentro de ese sobre estará la prueba de lo que me pides. En ese momento lo verás.

Guardo silencio, conmovido de repente.

De acuerdo, digo por fin, y en ese momento seré atrocemente infeliz. Pero hace un minuto estábamos sumidos en el delirio de Véro y ahora me dices que tienes la prueba. Entonces, ¿por qué infligirnos eso? Me la das ahora, yo me postro a tus pies, tú me perdonas o no me perdonas pero nos libramos de esta pesadilla. ¿Qué prueba es?

Te quedas callada un momento. Me miras, con lágrimas en los ojos. Después, con una voz a la vez muy baja y muy clara, dices: un test de embarazo.

Un mazazo.

¿Estás embarazada?

Mueves la cabeza. Las lágrimas ruedan por tus mejillas.

Estás en el sofá, con los ojos cerrados, la cabeza echada hacia atrás, veo una vena palpar a lo largo de tu cuello. Me quedo desplomado en la butaca gris frente a ti. Desde hace una hora fumamos un cigarrillo tras otro. Conservas continuamente el mechero en tu mano crispada y cada vez que yo te lo pido, con la voz o un gesto, me esfuerzo en cogerlo sin tocarte. No

tocarte nunca más, como un alcoholico arrepentido que aparta la mirada de un bombón de licor. Ahora me levanto y con toda delicadeza retiro el cigarro que se consume entre tus dedos, lo aplasto en el cenicero y digo: ahora, esto se acabó. Tomo el paquete y el cenicero para ir a vaciarlos en la cocina. Allí me quedo un momento solo. Pienso que hará falta un tiempo para que me perdones, pero que acabarás perdonándome. Leerás el cuento, verás en él mi amor, comprenderás mi rapto de locura. Así pues, había una explicación. La más simple, en la que yo no había pensado. Por más que te dijera que confiases en mí, temías que yo no quisiera realmente este niño, que lo aceptase, si lo aceptaba, más por coacción que por deseo. Quisiste marcharte sola para reflexionar, apagaste el móvil porque no debías hablarme, porque si lo hacías no podrías evitar decírmelo y aún no te atrevías a hacerlo. Quedan algunas zonas de sombra, qué es ese rollo de Véro, a la que tú crees muerta, que está muy mal, que no quiere hablar conmigo, pero no pienso en todo esto. Pienso que estás embarazada, que vamos a tener un hijo. Hace unas semanas aún te habría dicho que era muy pronto, que había que pensarlo, esperar, pero me equivocaba: lo que yo creía que no quería aún, inconscientemente lo quería ya, me parece extraordinario que suceda en el momento en que se publica el cuento, hay una lógica perturbadora en ello y no puedo dejar de pensar que, por añadidura, es un final perfecto para el libro que voy a escribir.

Vuelvo a la sala. Al rodear la mesa baja, franqueo el metro cincuenta que me separa del sofá y me siento a tu lado, sin tocarte. Estás hecha un ovillo, casi me das la espalda, con las manos te abrazas los codos. Te rozo una mano, no sé si vas a dármela pero me la das. La tomo. Se queda inerte. Con mis dedos alrededor de los tuyos, cuento hasta nueve. Será en marzo. Has debido de entenderlo. Me aprietas la mano, me la guías. La posas en tu vientre. Dices: es increíble, los pechos ya están el doble de grandes.

Descansas la cabeza en mi hombro. Dices: Emmanuel, mi amor, ¿qué es esa obsesión con la mentira? ¿Quién te ha mentado?

Vamos a la habitación. Nos tumbamos en la cama. No obstante, no vamos a desvestirnos, no tan deprisa, pero nos quedamos abrazados y te acaricio los pechos diciendo amor mío, amor mío, y tú lloras suavemente.

Te duermes. Yo no. Doy vueltas en la cabeza a todo lo que ha ocurrido en los dos últimos días. Lo mire como lo mire, algo se me escapa. Pero atribuyo a Véro la culpa de todo. Cualquier amiga sensata a quien hubieras explicado la situación te habría dicho que vinieras a mi encuentro con el corazón alegre. Habrías tomado el tren y leído mi cuento, y por la noche, en el restaurante, me habrías dicho, con los ojos brillantes, que tú también tenías una sorpresa para mí. La fiesta que podríamos habernos ofrecido el uno al otro no se celebró porque esta loca malvada te metió en la cabeza no sé qué aberraciones, que quizá yo reaccionase mal, que había que hablarlo entre mujeres, ¿qué chorradas te habría dicho y por qué? Por odio a los hombres, sin duda por odio hacia ti. Está celosa, más o menos conscientemente sueña con destruir nuestra pareja porque yo no soy el tipo de intermitente del espectáculo con barbita y coleta atada con una cinta que según ella te convendría, es decir, que te rebajaría a su nivel ínfimo. Pobre chica, pobre loca, la verdad es que tienes que dejar de verla, esa clase de amigas mal folladas y ariscas que organizan pequeñas cenas para decir pestes de sus hombres son como el tabaco: una mala costumbre. Desde hace tres días, a mi vez, encadeno un cigarro tras otro, pero voy a parar mañana, mañana dejamos los dos el hábito.

Entretanto, bajo a comprar un paquete y también *Le Monde*, que examino en la terraza de un café. El reportaje de Grangeray y Fralon está en la última página: no es muy

malévolo, aunque forzosamente me pintan con los trazos de un niño frustrado que tiene una pataleta. Me da igual, yo conozco el final de la historia.

Sigues durmiendo cuando vuelvo a casa. Me acurruco un momento contra ti, pero tu sueño no me apacigua. No parece apacible. Tienes la cara crispada, dolorosa, te remueves como si tuvieras un mal sueño. Me levanto, enciendo el ordenador. Ya he recibido doscientos veinte e-mails, la mayoría efusivos. Varias propuestas sexuales, encantadoras algunas. Unos cuantos insultos que yo, parcial, encuentro idiotas. Ya hay reacciones al artículo aparecido hoy. Conmoviditos por mi frustración, muchos quieren consolarme: lo esencial es el texto, importa poco que la mujer exista o no. ¡Pero tengo ganas de gritar que sí existe! Y entre los últimos mensajes que han llegado, el siguiente: «¿Puedo empezar a leer?»

Aún no. Espera a que el tren salga. Hay que respetar estrictamente las consignas del texto. Cuando el tren se ponga en movimiento, empiezas. No antes. Faltan diez minutos.

Dime la primera frase.

No, hemos dicho que no haremos trampas.

Por favor, sólo la primera frase.

De acuerdo, pero después paramos. Empieza así: “Antes de subir al tren, has comprado *Le Monde* en el quiosco de la estación.”

Él compró el periódico una hora antes. No tenía previsto coger el tren aquel día. Acompañarla hasta La Rochelle. Le ha decidido el texto del marido. Ese relato extraño publicado este viernes. Por supuesto, ella le había dicho lo del cuento para *Le Monde*, pero no había precisado nada del contenido del texto. Cuando él ha terminado la última línea, ha posado el periódico, pagado el café y se ha metido en un taxi para la estación. Se reunirá con ella discretamente en el compartimento. Ella no se

ha mostrado sorprendida al verle. Él se ha sentado enfrente y le ha dado instrucciones. Las del amante. De hecho, nada más que seguir escrupulosamente las instrucciones del texto. Pero con la diferencia notable de que él estará allí. Que volverá a leer el cuento al mismo tiempo que ella lo descubre. Y que se burlarán juntos del marido. Él la observará a lo largo del trayecto, espíará el menor estremecimiento de su piel, la adivinará desnuda debajo de la ropa, verá cómo se desliza el dedo por debajo de la axila, leerá en sus labios las palabras: “Me apetece tu polla en mi coño.” Sí, pero la polla de él. Su polla enorme que la hace aullar. Porque el amante no es un delicado, un gozador despacioso, un esteta del polvo. El amante la toma como a una perra y a grandes golpes de ariete, con la espalda pegada a una pared o en un rincón de un parking. La penetra hasta sofocarla, la excava, y cuando ella se sume en la pequeña muerte, agotada, presa de temblores nerviosos e inundada de placer, en oleadas brutales que le cortan la respiración, él sabe que ella es mucho más que su cosa, mucho más que un animal domesticado. Que es una parte de él. Porque su polla enorme le ha deformado la vagina y moldeado con su huella el interior del vientre; su sudor acre, fuerte, su sudor de hombre sureño ha depositado en ella una capa invisible pero viva, llena de surcos subterráneos y secretos en el fondo de la piel, que la irrigan tanto como la alimentan. Y cuando esos pozos de sudor acaban de secarse, el vientre se le relaja y el placer se desvanece, de nuevo la invade el deseo del amante.

Hoy, sin embargo, nada. Sólo mirarla. De hecho, él mira a distancia cómo hace el amor con su marido en un tren. Ante todo, no hay que modificar el plan inicial. Porque a medida que ella va descubriendo el texto, el deseo de ambos crece. Porque excitarse con las palabras del marido ante la mirada del amante va a proporcionarle un placer nuevo e intenso. Al final irán a masturbarse juntos, los dos en los servicios. Ella delante del espejo, él detrás. Él tendrá cuidado de no eyacular sobre ella, de

hacerlo lentamente en el suelo, sin salpicarla. Tendrán que ser fuertes para no tocarse. Que ella consiga no meterse en la boca la polla enorme de la que ama todo. El olor, la forma, ese glande redondo y rechoncho, la vena hinchada que se enrosca en la verga como hiedra y que ella adora acariciar y comprimir con la punta de la uña, y su esperma, marfil tan abundante con el que ella se unta la cara. Cuando tienen tiempo, ella le pide a veces que descargue sobre su cabello rubio. A continuación, él le masajea un largo rato el cráneo diciendo que le introduce en la cabeza cantidad de simiente y minúsculos seres vivos.

Pero esta vez nada físico. Será únicamente como está escrito. Y, para acabar, el e-mail enviado a la llegada. Él lleva encima su libreta. En cuanto baje del tren, buscará un cybercafé para enviar el mensaje. Sin duda es esto lo que más les excita. Que el marido sepa sin dejar de dudar. Que sea el cazador cazado. *Le Monde*, seiscientos mil lectores y muchísimos e-mails. Y es muy difícil distinguir lo verdadero de lo falso. Las reacciones convenidas y habituales de los lectores, las continuaciones torpes de los aspirantes a escritores, las propuestas de todo género, y este texto. Al principio se reirá. Se dirá: no está mal. Está correctamente escrito, es divertido. Y después acabará aflorando la duda. Han acordado que, siga el camino que siga después esta historia, ella lo negará todo. Ni una palabra, ni un indicio, nada. Nunca volverán a hablar de este viaje.

Ya ves, Emmanuel. Mi relato ha terminado. Soy el amante. Es un enunciado performativo. Te declaro la guerra. Con mi polla enorme. Antes de depositar este texto y olvidarlo al instante, unas pocas palabras para sembrar la duda definitiva y turbarte un poco: Philippe, de Niza. Y de noche ella prefiere dormir acurrucada, de costado, con la espalda curvada y tú (o yo) pegado contra ella.

La Rochelle, 20 de julio de 2002, 18 horas.»

Ni erratas ni faltas de ortografía. La crueldad pura. No hay suficiente para que yo crea que ese tío es o ha sido realmente tu amante, habría detalles físicos más concretos, pero es suficiente para hacerme daño. Tú y yo durmiendo acurrucados. Tú durmiendo acurrucada contra otro, haciendo el amor con otro. Me digo que el Philippe de Niza es un auténtico depravado. ¿Acaso no lo era también mi cuento? No, no, no creo. Ingenuo quizá, adolescente, pero no depravado. Apago el ordenador, me quedo sentado delante, me pongo a pensar otra vez y cuanto más pienso más evidente es que toda esta historia no se sostiene. Rebobino la película otra vez. Viajé a Rusia a finales de mayo y volví con un acceso de herpes que nos obligó a hacer el amor con condones hasta la víspera de mi partida a la isla de Ré, donde te gocé por primera vez en un mes y medio. Era un viernes y una semana más tarde descubres que estás embarazada y tienes los pechos hinchados. ¿No es un plazo muy corto, una semana? Tengo ganas de despertarte, interrogarte. Vuelvo a la habitación, te miro mientras duermes. ¡Qué aire de sufrimiento tienes! Me encierro en mi despacho con la guía telefónica, hablo en voz baja con varios ginecólogos del barrio. El doctor Weitzmann, rue de Maubeuge, puede recibirme a las 18 horas. Me prometo no interrogarte hasta después de haberle visto.

Te levantas hacia las cinco, extenuada. Te preparas un baño. Tienes muy mal aspecto. Hago un té, te lo llevo al cuarto de baño. Me siento en el borde de la bañera y, olvidando mi promesa, te digo que me gustaría hacerte otra pregunta más, la última.

No, Emmanuel, basta, ahora mismo no estoy en condiciones de responder a tus preguntas, ya me haces bastante daño así.

Escucha, mi pregunta es sólo: ¿cuánto te lo has hecho, el test de embarazo?

No lo sé, este fin de semana...

¿Cómo que no lo sabes? No es algo que se olvide.

Sí, estoy totalmente confusa, lo olvido todo, las fechas, los lugares, no tengo tu memoria, deja de torturarme, ¿qué quieres? ¿Que muera en mi vientre, el niño?

Sophie, cuando una está embarazada el test no es lo único, hay que ir al ginecólogo...

Voy mañana por la mañana.

Yo te acompaño.

No, no, prefiero que no, es un asunto mío.

¿Y mío, no es asunto mío?

Cuanto más hablamos más seguro estoy, y gozo cruelmente al ver cómo te embrollas, pero no quiero asestar el golpe de gracia antes de la confirmación oficial. Me dices entonces que sería mejor que nos separásemos unos días: necesito estar sola y tú, además, tienes a los niños, estarán inquietos, deberías volver a la isla de Ré...

¿Qué quieres que haga en la isla de Ré? Nadie comprende tu ausencia, mi marcha, y como yo tampoco las comprendo no veo la forma de tranquilizarles.

Te digo que necesito estar sola, es un asunto de mujer, ¿puedes entenderlo?

No, no puedo entenderlo. A no ser, claro está, que el hijo no sea mío.

Ya está, ya lo he soltado. Me miras horrorizada.

¿Has oído lo que has dicho? ¿Dices que me quieres y le dices eso a la mujer que quieres?

Digo que no aguanto más, que salgo a dar una vuelta.

El doctor Weitzmann está sujeto al secreto profesional, pero yo no, y puedo decir que me ha caído muy bien. Cincuenta

años, amistoso, directo. El plazo entre la concepción y un test positivo es de catorce días en principio, puede ser un poco menos, por supuesto, sobre todo en mujeres que no son regulares como relojes..., pero tú sí lo eres. Viernes 12, domingo 21, lo siento muchísimo pero sinceramente hay muy pocas posibilidades de que sea suyo. Podemos hacer ya mismo una ecografía, de todos modos habrá que hacer una pronto si ella quiere tener el niño, y si hay una confesión que hacer no sirve de nada aplazarla. También a mí me extraña: que te obceques en mentir cuando no tienes ninguna posibilidad de que te crean.

Al acompañarme a la puerta, el doctor Weitzmann, que me ha reconocido y ha leído mi cuento, pregunta: ¿es ella?

Sí.

Es muy triste.

Me siento en la butaca gris, aguardo a que vengas a sentarte en el sofá, frente a mí. Es como si tuviéramos asignados los asientos, los gestos y los trayectos posibles en el piso se han enrarecido monstruosamente desde hace veinticuatro horas. Ir del cuarto de baño al dormitorio, del dormitorio a la sala era sencillo en otra época, pero hoy es una trampa.

Pausadamente, te cuento mi visita al doctor Weitzmann. Tengo que repetirlo todo, las fechas, los plazos, y tú me escuchas como si no comprendieras. Yo exhibo esa sonrisa horrible que más adelante me reprocharás tanto. Como la de un ajedrecista seguro de dar mate y que se toma su tiempo.

Resumiendo: ¿lo que quieres decir es que el niño no es tuyo?

Lo dirá la ecografía. ¿Quieres que la hagamos mañana? En todo caso, habrá que hacerla algún día.

Me odias, ¿es eso?

Sí, es eso, sí.

Te levantas, coges tu bolso, sales sin decirme adónde vas.

No das un portazo, tampoco la cierras con suavidad. Si hay una manera neutra de cerrar una puerta es la tuya.

Las cuatro de la madrugada. Acabo de escribir todo lo que ha ocurrido en los dos últimos días. Mucho tiempo después hice algunas correcciones, suprimí algunas cosas, pero en líneas generales todo lo que antecede lo escribí aquella noche. Anotar lo más textualmente posible las palabras que pronunciamos era para mí el único modo de atravesar lo que nos ocurría y habría de ocurrirnos los días que siguieron.

No hay que tentar al diablo: mi madre lo dice siempre. ¿He tentado al diablo? ¿Es mi destino tentarlo, haga lo que haga?

Quisiera no pensarlo. Quisiera pensar que aquel cuento era un acto de amor, a la par del cual se consumó una traición, y que ella no la provocó. Quisiera creer que no soy culpable de nada.

Pero no lo consigo.

Es raro que me preocupe tan poco saber quién es el otro. Saber si ella quiere tener el niño, si él quiere vivir contigo. Y tú, ¿qué quieres tú?

A ratos me digo que eres un monstruo, una mentirosa patológica, y a ratos que soy yo el que delira. Una pequeña aventura y a raíz de ella un embarazo no deseado es un accidente, un motivo de crisis, pero no una monstruosidad. Si no hubiera coincidido con la publicación de mi cuento, yo afrontaría esta crisis sin volverme loco. Pero está la decepción, y más que ella la herida en el amor propio, la humillación, el triunfo previsto que desemboca en el ridículo: es eso lo que no soporto, lo que me empuja a hostigarte y a ti te obliga a hundirte en mentiras cada vez más incoherentes.

Al amanecer no aguanto más y te llamo al móvil. Tienes la

voz apagada, nos hablamos bajo, como si hubiera gente cerca a la que temiésemos despertar.

Digo: temo por ti.

Sí.

¿Dónde estás?

No tengo que responder a tus preguntas. Te he querido como no he querido nunca a nadie.

Lo sé. Yo también te he querido como a nadie. Pero no puedo evitar hacerte estas preguntas. Es demasiado grave.

¿Qué es tan grave? ¿Que yo no haya cogido un tren? ¿Que no haya hecho lo que querías como un personaje de novela?

No. Que estés embarazada de otro hombre y que hayas querido hacerme creer que el niño era mío.

Yo no he querido hacerte creer que era tuyo.

Entonces, ¿no es mío?

No quiero responderte.

Bien.

No sabes la verdad. No sabes nada.

Pero te pido la verdad. Quisiera que me hablaras.

Dame un poco de tiempo. Ahora necesito dormir. Está bien que hayas llamado.

Cuando dices que nunca has querido a nadie más que a mí, que nunca has deseado a alguien como a mí, sé que es cierto, aunque no le guste a Philippe de Niza y a su polla enorme que me declaran la guerra.

Y cuando te digo lo mismo, sabes que también es cierto.

Tengo ganas de volver a decírtelo: amor mío. Desde hace un año, como mínimo, lo repetía a menudo, solo, a media voz: amor mío.

Te he querido tanto.

Trescientos treinta y nueve e-mails. Empiezan a parecerme un poco repetitivos. Siempre los mismos elogios, siempre las mismas preguntas. Pero en el montón hay este mensaje, que me emociona tanto como daño me hizo el de Philippe de Niza: «Es para decirle: gracias.

Le Monde del sábado 20 de julio me llegó por casualidad, unos amigos de paso lo olvidaron en mi casa. Lo he dejado pendiente hasta esta tarde.

La casa está tranquila. Hace un día magnífico, muy caluroso.

Echamos la siesta, ¿comprende?

Entonces he leído y he utilizado *Le Monde*.

Y he gozado.

El que me procuraba placer de esta manera se encuentra hoy muy incapacitado, al menos por el método simple y directo. Pero él sabe que conmigo las palabras son eficaces. Entonces se ha servido de usted, creo, se ha servido de sus palabras, y es justo que le agradezca que me haya transmitido su mensaje.

El que me daba placer murió hará pronto cinco años.

Desde entonces yo no echaba la siesta.

Tengo setenta años.

Gracias de nuevo.»

¿Has vuelto para hablar conmigo?

Sí, he vuelto para hablarte.

Pues adelante, escúchame. Te quiero a rabiar, hay quizá una posibilidad de resolverlo, pero hoy tienes que decírmelo todo. Es preciso que no me mientas. Si lo haces lo sabré, no porque vaya a contratar a unos detectives, sino por ese extraño

fenómeno que se da entre nosotros y que hace que te llame al amanecer, desde Kotelnich, la noche en que no has dormido en casa, y que tú sepas que estás embarazada de otro el día en que yo declaro al mundo entero que te quiero. Si me entero, y me enteraré, de que hoy me has mentido estamos muertos.

No te mentiré. Pero no sólo quiero contarte lo que ha pasado estos últimos días, sino contarte nuestra historia desde el principio.

¿Te acuerdas de nuestra primera cena, en el restaurante tailandés, cerca de Maubert?

Por supuesto que me acuerdo.

Llegaste tarde. Yo había extendido encima de la mesa papeles relacionados con un empleo que me proponían en mi oficina. Me preguntaba si debía aceptarlo. Era importante para mí, quise hablarte de ello y tú me escuchaste unos minutos poniendo cara de interesarte, pero enseguida cambiaste de tema y te pusiste a hablar del reportaje que ibas a hacer en Rusia, a contarme la historia del húngaro. Y yo no puse cara de que me interesara: me interesé de verdad. Quedó implantado así desde aquella noche. Tus historias nos interesan a los dos, las mías sólo a mí. Te parecen desdeñables. Pero eso me lo dije a mí misma más tarde. De momento me había enamorado. Y sé que tú también, no me cabe duda a este respecto. Yo había ido a la cena pensando que quizá acabaríamos acostándonos, y cuando me desperté, a la mañana siguiente, supe que volveríamos a vernos aquella misma noche y las siguientes, y que tú también querías que nos viéramos, y así fue. Era evidente, un poco milagroso.

Cuando me propusiste que fuera a vivir a la rue Blanche yo estaba feliz y al mismo tiempo tenía miedo porque intuía que a ti te asustaba. No lo dijiste claramente, pero yo me daba cuenta de que lo que habría convenido era que yo llevase dos maletas de ropa y que conservara mi apartamento para el caso

de que aquello no funcionase. Me acuerdo de que todo el mundo se rió cuando llegaste con la camioneta, porque habías elegido el modelo más pequeño y tenías pinta de estar consternado por la cantidad de cosas que había que transportar. No había tantas, sin embargo, pero aun así para ti eran demasiadas. Me sentí incómoda cuando te presenté a los amigos que habían venido a ayudarme para la mudanza. Hiciste lo posible por ser amable, pero yo veía que no te gustaban. Eras mayor y más rico que ellos, y tenías una profesión de más prestigio, y tuviste al verles un reflejo de clase que me hizo daño. Aprecio a mis amigos, los quiero, y no tenía ganas de sacrificarlos por ti.

Te interrumpo: Pero, Sophie, nunca te pedí que los sacrificaras por mí. Hemos visto a tus amigos tanto como a los míos, hemos hecho fiestas donde se mezclaron muy bien. Y lo que me apena cuando te oigo es que hablas como si nunca hubieras sido feliz conmigo.

Sí, fui feliz. Profundamente feliz. Más de lo que había sido nunca con nadie. Me gustaba vivir contigo, hacer el amor contigo, desayunar contigo. Pero nunca me sentí segura. Estabas orgulloso de mí y al mismo tiempo un poco avergonzado. Como si yo no fuese digna de ti, como si yo sólo fuera en tu vida una etapa agradable mientras esperabas encontrar a la mujer que te convendría de verdad. De un momento a otro, porque yo había dicho algo que tú considerabas vulgar o porque yo había llamado a alguien con uno de esos apodosos que te ponen muy nervioso, tu cara de enamorado podía transformarse en otra dura y lejana, la cara de un enemigo. Yo te amaba, sabía que tú me amabas, pero todo el tiempo tenía miedo de que me dejases. Todos sabemos, por supuesto, que las cosas no son eternas, que las parejas pueden deshacerse, pero en general es sólo una posibilidad, mientras que contigo era una amenaza perpetua. No parabas de repetirme que no debía confiar en ti, que aquello era una prueba entre nosotros, que siempre lo sería, que estábamos

enamorados pero no construiríamos nada juntos. ¿Te acuerdas de la noche en que dijiste delante de todo el mundo en la cocina que si yo quería un hijo lo sentías mucho pero que no lo tendría contigo? ¿Te acuerdas del tío que empezó a bombardearme de e-mails, a mandarme flores y libros a la oficina? Cuando te lo conté te lo tomaste a la ligera, como si ningún rival pudiese amenazarte. Pensé que estabas demasiado seguro de mi amor por ti, demasiado seguro de que si uno de los dos dejaba al otro serías tú el que me dejarías. Me hizo mucho daño esto, muchísimo daño.

Después vinieron tus viajes a Rusia. Al principio soñé que me propondrías que te acompañara, al menos que me reuniera allí contigo una semana, que compartiéramos lo que me decías que era importantísimo para ti. Estoy segura de que ni siquiera se te pasó por la cabeza. No sólo querías vivirlo solo, sino que cada vez que te ibas me dabas a entender que quizá allá lejos ocurrieran muchas cosas, que tu vida podría tomar allí un rumbo nuevo. Yo pensaba en las mujeres rusas, por supuesto, y estaba celosa. Tenía la impresión de que allí estabas buscando algo que yo nunca podría darte. Me sentía marginada, sin otra cosa que hacer que esperarte, y eso sin la seguridad de que volverías.

¿Te acuerdas de la cena con Valentine, justo antes de que te fueras a Moscú, el verano pasado? ¿Te acuerdas de las historias graciosísimas que nos contaste sobre los excursionistas que iban a ligar con nosotras en el refugio del monte Agnel mientras a ti se te ligaban unas modelos rusas? Entonces me reí con tus historias, pero en realidad no me hacían tanta gracia. Pensaba que si hubieras querido decirme: siéntete libre, porque yo no voy a molestarte, no lo habrías dicho de otra manera. ¿Y sabes lo que pasó? No te lo dije aquel invierno porque en el fondo me daba la impresión de que te importaba un bledo, pero allí, en el refugio del Agnel, conocí a Arnaud. La noche en que llamaste de Moscú. Él también hacía

senderismo con unos amigos. Hablamos, noté que a él le impresionaba que mi hombre me llamase desde Moscú, y que también se preguntaba qué hacía mi hombre en Moscú mientras yo estaba en el Queyras, incluso llegó a decirme que en tu lugar me habría llevado a Moscú o él habría venido al Queyras, pero que en todo caso se habría quedado conmigo, que no se habría despegado de mi lado. No se atrevía a tirarme los tejos, pero me di cuenta de que yo le gustaba y que esto era agradable. Habría preferido no estarlo, pero me sentía disponible. Tenía la sensación de que eras tú, con tus historias, el que me empujaba a los brazos de aquel chico, que lo habías previsto, que en el fondo era eso lo que querías. Así que sí, fui hacia él. Ya te conté lo que ocurrió después. Nos vimos en París, nos enviamos e-mails...

Os acostasteis.

Sí, pero acostarnos juntos no era lo más importante para mí. Él quería que nos casáramos y tuviéramos hijos. Que pasáramos el resto de nuestras vidas juntos. Él creía realmente en ello y yo quería creer. Me sentaba bien que me quisieran de aquella forma. Simple, directa, con un futuro. Él sabía que yo te quería, por supuesto, pero me decía que yo no te hacía feliz y que él sí podía hacerme feliz. Estaba seguro, y estaba dispuesto a esperar que yo también lo estuviese. Esperó. Sufría, y yo también sufría, tú eras el único que no sufría porque no veías nada. Ni siquiera viste el anillo. Al final hablé contigo. Me pediste que me quedara y me quedé. Se lo dije el día mismo. Rompí con él.

¿Definitivamente?

Definitivamente, y lo que me pareció terrible es que no volveríamos a hablar nunca del asunto. Para ti estaba arreglado, lo habías olvidado al cabo de dos días. Un hombre me quería de verdad, me proponía que nos casáramos y tuviéramos hijos, yo estaba desgarrada y tú ni por un segundo

lo tomaste en serio.

Sí, lo tomé en serio. Comprendí que si quería seguir viviendo contigo tendríamos que tener un hijo. Sólo te pedí que esperásemos un año, para estar seguros de nosotros.

Sí, me pediste que esperásemos un año. Una vez más, eras tú el que decidías, el que establecías el calendario y yo no tenía nada que decir al respecto.

De todas formas, acuérdate de que brindamos por el niño, en una cena en casa de Jean-Philippe, y sorprendí a todo el mundo proponiendo aquel brindis.

Es cierto, y me dijiste que la idea de verme embarazada era muy erótica para ti. Me gustó que me dijese eso, pensé que era un auténtico regalo para mí y para el niño.

Sollozas y repites suavemente: es cierto...

Cuando volviste a marcharte para rodar la película en Kotelnich, no comprendí muy bien lo que pasaba, pero me hundí. Me sentía sola, abandonada, tenía miedo, sentía que mi vida se desparramaba por todas partes. Pasé una noche con un hombre.

¿Una sola?

Una sola, la noche en que intentaste llamarme para decirme que volvías antes.

Lo sabía. Sabía que me mentías.

Te mentí porque no tenía importancia.

¿Quién es ese hombre?

Te digo que no tiene importancia.

¿Le conozco?

No.

¿Y follasteis sin condón?

Silencio.

¿Cuándo te diste cuenta de que estabas embarazada?

El jueves pasado. Unos días antes me dijiste: confía en mí. Era la primera vez que me lo decías. Es la primera vez que estoy embarazada. Es la primera vez que aborto.

Bajas la cabeza. Lloras.

No me atrevo a tocarte. Pregunto suavemente: ¿has decidido abortar?

Levantas la cabeza.

Quería un hijo tuyo, Emmanuel, no de otro. Habría querido hacerlo lo antes posible, para reunirme contigo el sábado con el vientre vacío, pero hay un plazo obligatorio y no era posible antes del lunes. Por eso no podía ir a verte el fin de semana. No quería verte hasta que hubiese abortado. Y después todo se mezcló con lo de tu cuento. No sé lo que contiene, no tengo la cabeza ahora para leerlo, lo único que entendí fue que tú querías que fuese a toda costa, que estabas dispuesto a venir a París a recogerme y que eso no era posible. Cada llamada de teléfono entre nosotros se convirtió en una pesadilla, y por eso acabé apagando el móvil. Me dije que te lo explicaría más tarde, que lo entenderías o no lo entenderías, pero lo urgente para mí era cortar toda comunicación entre nosotros.

Estabas con el otro, ¿no es eso? ¿El que te dejó embarazada?

No podía acarrear aquel peso sola, Emmanuel.

¿Y él qué decía? ¿Qué quería?

Que tuviera el niño.

Sophie, no comprendo. ¿Te acuestas con un hombre una sola vez, me dices que no tiene importancia y él quiere tener el niño?

Murmuras: me quiere.

Una pausa y luego pregunto: ¿es Arnaud?

Bajas los ojos. Y después, tras un largo silencio, me dices que tomaste el lunes la primera píldora abortiva, que debes tomar la segunda esta noche y que la ginecóloga te ha anunciado una noche de dolor y hemorragias. Querías que te dejase el piso algunos días, necesitas estar sola.

De acuerdo, me voy mañana a la isla de Ré.

Vendré mañana, entonces.

¿Y esta noche?

Esta noche dormiré en otro sitio. Esto es asunto mío, no quiero vivirlo contigo.

¿Con él, entonces? ¿Vas a dormir en su casa?

No tengo por qué decírtelo.

Hacemos una tregua. Voy junto a ti en el sofá, te estiras en mis brazos. Con los labios en tu pelo, murmuro: amor mío, amor mío, y te acaricio la cara. Pero la sombra gana. Pienso en Arnaud, el joven a quien no conozco y que te ama, te espera, aguarda a que comprendas que conmigo no vas a ninguna parte y a que le escojas. Pienso en su sufrimiento si te ama como dices, y creo que sí te ama como dices, cuando tuviste que comunicarle que esperabas un hijo de él y que habías decidido no tenerlo. Pienso en el momento en que me hiciste tocarte los pechos hinchados. Como habrías hecho si hubieras estado embarazada de mí.

Te has ido, me quedo solo. Miro los e-mails. Un anglófono que me figuro, a juzgar por su estilo florido en mayúsculas, que se dedica a la meditación trascendental y a la recitación de mantras, me escribe: «*You say in your story that you love the Real but it exalts the Unreal and the Evil. I hope that woman slapped you when you met her for degrading her in that way. I hope she left you. You deserve it. You deserve to have your heart broken.*»

¿Merezco que se me rompa el corazón? ¿Merezco que me

abandones? ¿Que me abofetees? En lugar de darme una bofetada hiciste algo peor, pero fue peor porque te hice sufrir. No he sabido quererte, no he sabido verte. Tú me mentiste, me traicionaste, pero cuando descubres que estás embarazada de otro hombre no dudas un solo instante en abortar. Porque quieres un hijo mío.

¿Algún día tendremos uno?

Antes de subir al coche, recorro *Le Monde* en el café. El «defensor», que una vez a la semana comenta el correo de los lectores, consagra su crónica a mi relato y, en nombre del periódico, hace un acto de contrición. Sólo cita cartas indignadas, acompañadas de amenazas de cancelar suscripciones, y de ahí concluye que *Le Monde* se equivocó al publicar un texto a la vez escandaloso y mediocre. Si tuviese el valor, yo mismo escribiría al defensor para recordarle esta regla elemental del periodismo: cuando a un lector le gusta un artículo escribe al autor, cuando no le gusta escribe a la redacción. Desde hace cinco días he recibido más de ochocientos mensajes de los que las nueve décimas partes son entusiastas; el defensor sabía que yo había dado mi dirección de correo electrónico, no le habría costado mucho pedirme algunas muestras de ese correo. Lo más hiriente de su crónica no es, obviamente, la indignación, sino la ironía. Mi cuento aparece en ella como una provocación de crío que ha fracasado en redondo, algo vagamente ridículo y molesto. En mi pequeña carrera, hasta ahora sin pasos en falso, es la primera vez que me despellejan con un tono semejante, y una de las primeras cosas que descubriría al llegar a la isla de Ré fue que Philippe Sollers imitó el ejemplo del defensor y en *Le Journal du dimanche* se burlaba con arrogancia de mi texto y se asombraba también de que *Le Monde* hubiese publicado aquel fragmento de pornografía impúber, y concluía con una broma sobre lo que debe de pensar de todo esto la secretaria perpetua de la

Academia Francesa.

Lo que piensa está bastante claro, pero se dejaría hacer picadillo antes que decirlo y se limita a hablar de otra cosa, de los vecinos, del tiempo, de Raffarin, de las compras por hacer, sin la menor alusión al cuento, a tu ausencia, a mis idas y venidas erráticas. A mi padre, por su parte, parece haberle picado una flecha de *radjaijah*, el veneno que produce locura en los libros de Tintín, es decir, que cuando me acerco se pone a deambular de un lado a otro mirando hacia otra parte, y si en la sala, delante del televisor, le pregunto dónde está Jean-Baptiste, mi hijo menor, responde, azorado: pues no sé, seguramente en su habitación, o viendo la televisión.

Papá, digo con suavidad, ves que no está viendo la televisión.

Bueno, he dicho que debía de estar en su cuarto o viendo la televisión, y si no la está viendo estará en su cuarto.

(Este diálogo tiene lugar a un metro del televisor.) En este ambiente de desastre y de cháchara petrificada, Jean-Baptiste sólo pregunta una cosa: ¿qué tal? Le respondo que mal, que las cosas no van bien, que sin duda irán mejor pero que de momento no van muy bien, y al cabo de un minuto vuelve a preguntar: ¿qué tal? A la larga acabamos contando las veces, se convierte en un juego infantil, y nos reímos.

Gabriel, su hermano, se ha ido a un campamento de escalada. Jean-Baptiste se queda solo con mis padres, he venido a verle, pensaba quedarme dos o tres días, pero comprendo muy pronto que veinticuatro horas ya será demasiado.

Vamos a bañarnos juntos, el mar está agitado y lleno de algas, cuando volvemos empieza a llover, estalla la tormenta, mi padre ordena las tumbonas como quien asea a un muerto, mi madre en la cocina fija la mirada en la olla a presión con cara

de esperar estoicamente a que le explote en la cara. Me digo que aunque todo hubiese ocurrido como había previsto, era una pura locura imaginar que mis padres se tomarían bien el cuento. ¿Y a mí qué mosca me ha picado? ¿Por qué he escogido su casa como pista de aterrizaje y a ellos como testigos? Cena silenciosa, incómoda, después de la cual, decidido a plantar cara y a no esconderme, voy a reunirme con Ars Olivier, Valérie y un grupo de amigos más o menos comunes: pequeña sociedad muy chismosa, es decir, muy parisina, y que a mi llegada bulle de curiosidad. Tu desaparición, mis respuestas evasivas por teléfono, nadie comprende nada, todo el mundo quisiera saber. Corto en seco diciendo que ha ocurrido entre nosotros algo un poco complicado, pero que no tiene nada que ver y que no tengo ganas de contar. El público está frustrado. Ya no diré más, hay que contentarse con el relato. A Olivier, que no es sospechoso de gazmoñería, le ha parecido..., ¿cómo decirlo?, bien hecho, pero, en fin, cuando conoces a los protagonistas produce de todos modos una impresión extraña... Valérie dice que no corresponde en absoluto a sus fantasías sexuales y que, a su entender, sacar la polla así delante de los padres e hijos era un tanto inmaduro. Y por mucho que Nicole exclame: ¡a mí me gustaría que un hombre me escribiese eso! ¿No serás tú el que me lo escriba, François? (François se encoge de hombros y se sirve más vino blanco), prevalece la sensación de una mezcla de ingenio, fanfarronada sexual *y* pérdida de control que, sin dejar indiferente, más bien incomoda.

Bebo *y* fumo mucho. Cuando la conversación cambia de tema, defiendo como puedo mi criterio, prefiriendo esto, despreciando aquello, y me digo para mis adentros que aunque yo puedo, llegado el caso, ocupar un sitio en este tipo de grupitos, tú no, tú desentonarás siempre, estarás siempre celosa de una chica como Valérie, que es ¿qué?, periodista en *Elle*, pero opina de todo con aplomo, no con ese temblor de indignación y humillación que se mezclan en tu voz; pero es a ti

a quien amo, por tu alegría que a veces he entrevisto y que ensombrece tu bastardía original, el hecho de que al nacer, un bebé al parecer feo, negro y peludo, tu madre llorase porque sólo ella estaba allí para mirarte, amor mío.

Amor mío.

Replegados en el interior del piso, mi madre, Jean-Baptiste y yo jugamos al Monopoly. Durante la partida, en la que ella queda enseguida eliminada, mi madre respira muy fuerte, como cuando se encuentra mal. El equilibrio entre Jean-Baptiste y yo se rompe y conduce a mi derrota total —ni un inmueble, ni un céntimo, nada—, comentada con frases de doble sentido que creo semiconscientes en Jean-Baptiste y muy conscientes en mi madre: ahora no tienes ningún sitio adonde ir... Ahí estás realmente perdido.

Estás realmente perdido.

Aún más perdido me siento leyendo las quince líneas de Sollers en *Le Journal du dimanche*. Sollers es más duro de tragar que el defensor del lector de *Le Monde*, porque es el jefe de la banda de burlones, el que indica a la jauría de quién puede reírse sin correr ningún riesgo. Si hubiera podido, es lo que me habría gustado ser a mí, que siempre he tenido tanto miedo del ridículo: alguien que se burla de todo quisqui, en especial de quienes se bandean peor que él, alguien que lo mira todo con una fina sonrisa de ironía superior, y me digo que también al desdichado de mi abuelo, tan aplastado por la vida, le habría gustado ser esta clase de hombre.

Me llamas hacia medianoche. Conversación a la vez apagada y tormentosa. Dices que soy el único hombre en el que habrías creído. Te pregunto si aún crees. Me respondes que necesitas tiempo. Al final te digo que lo grave no es la mentira, no es el accidente, no las consecuencias, sino el hecho de haberte acostado con otro hombre. Eso no lo soporto. No quiero que nunca más el sexo de otro hombre entre en ti. Nunca más.

¿Lo dices porque sabes que me hace bien oírlo?

Lo digo porque es cierto. Y esta frase, de pronto, me parece violentamente erótica: nunca más otra polla que la mía en tu cuerpo.

A la mañana siguiente, me siento con mi madre en la terraza para un último café antes de emprender viaje. Silencio, tintineo de cucharas, malestar. Después, de golpe, sin mirarme: Emmanuel, sé que tienes intención de escribir sobre Rusia, sobre tu familia rusa, pero te pido una cosa: que no toques a mi padre. No antes de mi muerte.

Es extraño, pero lo esperaba. Esperaba que me lo dijese un día, e incluso lo esperaba en este preciso momento, cuando ha habido un silencio prolongado. Guardo silencio a mi vez un instante y luego digo que sí, que la he oído, pero que es una petición terrible por su parte, que equivale a mi muerte como escritor.

Estás completamente loco si te interesas por tus orígenes rusos, hay otras mil historias interesantes que contar, no comprendo lo que te impulsa a querer desenterrar esta historia.

Pero, mamá, si soy escritor es para poder contarla un día, para acabar un día con ella. Si hay algo que está prohibido contar, comprenderás que fatalmente sólo se puede y se debe contar esa cosa.

No es tu historia, es la mía. Además no sabes nada, Nicolas no sabe nada, soy yo la única depositaria de esas cosas y quiero que mueran conmigo.

Te equivocas: puede que no sepa nada, pero también es mi historia. Ha obsesionado tu vida y de paso ha obsesionado la mía y si seguimos así obsesionará y destruirá a mis hijos, tus nietos, es lo que ocurre con los secretos, que pueden envenenar a varias generaciones.

Espera a que me haya muerto.

En este momento me percató de que Jean-Baptiste, desplomado en una cama del cuarto de los niños que da a la terraza, ha debido de oír toda la conversación, esta historia de un secreto que envenena a todo el mundo y habrá de envenenarle a él también. No encuentro nada mejor que balbucir un lastimoso: ¿qué tal?, exactamente como él, y después meto mi bolsa en el maletero del coche y pido que nos sentemos, según la costumbre rusa cuando alguien se va de viaje. La sentada dura menos de diez segundos, mi madre se levanta de inmediato para hacerse cargo de Jean-Baptiste, sentado en mis rodillas —rápido, separarle de su padre loco— y parto sin que nadie me pregunte adónde voy ni cuándo volveré. Lo urgente, para ellos y para mí, es que yo desaparezca.

En el coche, en dirección a París, pienso en mi primera estancia en Rusia con mi madre. Invitada a un congreso de historiadores en Moscú, había decidido llevarme. Yo tendría unos diez años. Quería a mamá —entonces era mamá, no mi madre— con un amor absoluto y confiado, y un viaje solo con ella a un país lejano, el país de donde ella procedía, era sin duda lo que más me podía entusiasmar en el mundo.

Teníamos una habitación de dos camas en el inmenso Hotel Rossía, donde se celebraba el congreso. Mi madre me llevaba a todas partes, yo escuchaba muy formal las ponencias. Ella lo era todo para mí y yo lo era todo para ella. Era una intimidad de cada instante, un viaje de enamorados. Por la mañana, recorriendo los pasillos interminables del hotel, íbamos hacia uno de los numerosos *stolóvye* donde servían el desayuno y oficiaban unos *diezhúmye* bruscos a más no poder, de quienes nos burlábamos a hurtadillas. A mamá le gustaba reírse, sobre todo conmigo, pero necesitaba reírse *de* alguien. Era preciso que la gente fuera un poco ridícula para que resaltase lo inteligentes, cultivados, irónicos, lo superiores, en suma, que éramos ella y yo. En cuanto había un descanso en las actividades del congreso, nos íbamos de paseo. Visitamos el

Kremlin y Novodiévichi y Zagorsk, y hasta Vladímir y Súzdal. Me gustó mucho el monumento a Minin y a Pozharski en la Plaza Roja. No recuerdo bien quiénes eran exactamente estos héroes, pero sus nombres me hacían gracia, les llamaba Mimin y Pirozhki, y me llamaba a mí mismo señor Mimin, y estaba en la gloria cuando mi madre empleaba este apodo. Yo era ya Manuchok para ella, existía en la familia una especie de canción infantil que había improvisado Nana *y* que mi padre no paraba de tararear en su versión francesa: «Manu, ven a casa...», pero lo que más me gustaba, sin duda porque era algo exclusivo entre los dos, era ser el señor Mimin para mamá.

En aquel congreso mamá conoció a un hombre del que no recuerdo nada, salvo que era moreno y chaparro, y que la invitó a su habitación para degustar un coñac del Daguestán. No estaba claro si la invitación se extendía a mí, aunque fuera evidente que el hombre habría preferido beber el coñac a solas con ella; en cualquier caso, mamá declinó cortésmente la propuesta. Sin embargo, le encontrábamos en la *stolóvaia*, tomábamos té y café con él y, en resumen, estábamos a menudo los tres juntos. Se veía claramente que le gustaba aquella bonita francesa morena, pero no debió de tardar en darse cuenta de que el hijo constituía una dificultad insuperable. En su lugar, yo habría aborrecido a aquel niño pedante y pegajoso. Me parece que por mi parte, a mí, Manuchok, señor Mimin, no me molestaba nada. Aquella mujer joven y guapa que atraía a los hombres era mi mamá y yo era su preferido, no dudaba de que ella prefería venir a dormir conmigo en nuestra habitación a entrar en la de otro para beber con él coñac daguestanés. Yo no me representaba entonces a los demás hombres como una amenaza. Estaba seguro del amor exclusivo de mamá y en consecuencia no estaba celoso. Sigue siendo así hoy día: estoy seguro de que la mujer que me ama me ama exclusivamente, haga yo lo que haga no dejará de amarme, pero si esto resulta ser falso, me vuelvo loco.

Cuando llego a casa estás dándote un baño. Me desvisto y me deslizo frente a ti en la bañera. Encajamos bien, el agua está caliente, te acaricio las piernas, los pies que descansan encima de mis hombros, cierro los ojos y me siento arropado. Debí de adormilarme un momento, recuerdo al despertar una conversación tranquila, con largos intervalos entre frase y frase, una charla que el cansancio torna muy dulce. Pero después salimos a cenar a la rue des Abbesses, trasiego una copa de vino blanco tras otra sin probar mi plato y me vuelvo odioso. Digo que tú, que eres tan celosa, te las has apañado para encontrar un modo de engañarme continuamente durante un año. Que no eres una chica que se ha tirado a todo el mundo, sino una chica a la que se ha tirado todo el mundo, de esas que te follas borracho al final de una fiesta y de la que después no te acuerdas. Que tus amigos son lamentables y tus amantes también. Ironizo sobre Arnaud, tan recto y tan fiable que da asco. Te imagino dentro de diez años viviendo en un bloque de una barriada con tu simpático marido que limpia el coche el domingo y al que engañas todo lo que puedes, pero no, ya no le engañas, porque ya no eres tan joven ni tan bonita. Digo: el amor que siento por ti es una droga, voy a tardar más de lo que pensaba en desintoxicarme pero lo conseguiré, no te preocupes, además tampoco me preocupas, encontrarás siempre hombres más débiles que tú, hombres como Arnaud a quienes destrozar, pobrecito Arnaud, le compadezco.

Te abrumo de desprecio y de odio, me escuchas sin responder. Sólo una vez, en un momento dado, me hablas de la sonrisa horrible que viste en mi cara cuando volví de ver al doctor Weitzmann.

Pero esa sonrisa horrible me la pusiste tú en la cara, mintiendo como mentiste.

En todo caso, qué contento parecías de hacernos daño...

Vuelvo borracho repitiendo que ya no quiero tocarte, que me das asco, voy a acostarme a la cama de Jean-Baptiste con la sensación de que monto, por principio, una escena pueril, y de que espero el momento de escaquearme salvando la cara. Al amanecer vienes a buscarme y me llevas a nuestra cama, me duermo apretujado contra ti, acurrucado, con tus pechos en mis manos, y tengo un sueño atroz en el que un niño descubre que se está convirtiendo en mongólico. Llora, se rebela en mi presencia, yo le miro desolado, impotente, y lo único que se me ocurre decirle es: no serás desgraciado porque no te darás cuenta.

Te vas a trabajar, me quedo solo. Tengo resaca, fumo como una chimenea. Para entretenerme, repaso los e-mails recién llegados. Casi mil. Una literata que se dice conocida pero no da su nombre desea entablar conmigo una correspondencia encubierta sobre el tema: ¿hasta qué punto puede un escritor ofrecer de pasto al público a sus seres próximos, sacrificarlos a su propio placer? Está convencida de que mi cuento ha tenido consecuencias terribles en mi vida y en nuestra relación, si la heroína es mi compañera y no una amante intermitente. No me gustan los misterios ni el tono del mensaje, pero da en el blanco. Me pregunto si para mí escribir significa necesariamente matar a alguien.

Dentro de tres días tenemos que viajar a Córcega, donde hemos alquilado una casa con mis amigos Paul y Emmie. ¿Iremos? Y aunque vayamos, ¿qué hacer hasta entonces? Ya no tengo nada que anotar en este archivo, he contestado a algunos e-mails que me ha apetecido responder y cualquier otro trabajo es imposible. Es demasiado pronto para escribir nuestra historia, suponiendo que la escriba algún día. Mi madre me ha prohibido escribir sobre Rusia, sobre mi abuelo, y por más seguro que esté seguro, absolutamente seguro de que un día u otro, de una forma u otra, para vivir tendré que transgredir su voluntad, no puedo hacerlo, sigo paralizado. Me he repetido

muchas veces que el otoño de 2003, fecha en que alcanzaré la edad de mi abuelo, será el momento de mi liberación, pero que también existe el riesgo de que yo cumpla a mi vez su destino, que el muerto sin sepultura se venga de mí y yo desaparezca.

Tengo miedo.

Encuentro en la guía el número de teléfono de Arnaud, que marco a sabiendas de que a esta hora no estará en su casa. Escucho la voz grabada en su contestador. Tiene la voz de un hombre muy joven, una voz insegura pero sin pose, la voz de quien no intenta hacerse pasar por otro. No hay en ella la menor ironía, ninguna distancia con respecto a sí mismo ni a su papel, ninguna sospecha de que en sociedad se pueda desempeñar un papel, sino una especie de inmediatez ingenua y entusiasta. Es la voz de un chico que no se mira sin fin en los espejos, que abriga proyectos realizables, que confía en los demás y les inspira confianza: lo contrario de lo que yo era a su edad y de lo que sigo siendo hoy.

Husmeo en tus cosas, extraigo de un cajón de tu escritorio una libreta en la que de vez en cuando has escrito listas de cosas pendientes, de libros que leer, y en la que también, brevemente, has anotado lo que te atormentaba. El pasado otoño te preguntabas, en dos columnas, lo que perderías y lo que ganarías dejándome por Arnaud. Por un lado, entendimiento sexual único, momentos de felicidad intensa, un ambiente más brillante, pero yo soy retorcido, egocéntrico, no doy seguridad; por otro lado, ternura, confianza, lealtad, hijos..., ¿nombres de nuestros hijos? Más adelante, ya en junio, yo estoy en Kotelnich, es el cumpleaños de Arnaud y, tras muchas vacilaciones, le telefoneas para felicitarle. No habías hablado con él desde vuestra ruptura. Volvéis a veros. Sigue enamorado de ti pero trata de olvidarte, puesto que no le has dado ninguna esperanza. Ha encontrado una amiga y esto, lo apuntas francamente, se te hace insoportable.

Te ataco por este flanco cuando vuelves agotada del trabajo. Yo también estoy agotado de haber estado dando vueltas en redondo, de haber registrado y revisado, pero he tenido tiempo de preparar mis frases, que quiero que sean lo más hirientes posibles, y mi caballo de batalla esta noche es Arnaud. Pobre Arnaud. Un chico ingenuo, vulnerable, que te quiere locamente y de quien te sirves sin escrúpulos para afrontar tus problemas conmigo. Un seguro por si te abandono. Cuando yo no estoy o cuando las cosas no marchan entre nosotros, recurres a él pero no le das nada, nada más que falsas esperanzas. Si tiene una novia te angustias y vuelves a acostarte con él para cerciorarte de su influencia. Ya conmigo, a quien quieres, lo menos que se puede decir es que no te comportas bien, pero con él tu comportamiento es totalmente abominable.

Me escuchas. Callas. Te cambias, preparas la cena, yo te sigo, insultándote, de una habitación a otra. Al final me dices: Lo que es verdad en todo esto es que he matado al niño que llevaba en el vientre porque no era tuyo.

Lloras.

Más tarde hacemos el amor. Te digo que te quiero, que te quiero por encima de todo. Me pides perdón por haberme hecho daño. Quieres que vayamos juntos a Córcega, como estaba previsto. El sueño, el mar, una cama, tiempo: podremos descansar, hablarnos. Digo que sí, es lo que quiero yo también, prometo calmarme. Nos dormimos el uno contra el otro y me despierto soñando que te mato.

Recorremos en moto una pista del desierto. Anochece. Conduzco muy rápido, tú vas detrás de mí y me ciñes la cintura con los brazos. Vuelvo hacia ti la cabeza para hablarte y me veo forzado a gritar debido al viento y la velocidad. Te digo que estaría bien que volviésemos de Córcega el sábado en vez del domingo, para tener un momento de tranquilidad en casa antes

de que vuelvas al trabajo. Me respondes gritando tú también que si volvemos el sábado por la noche me prepararás la cena, me dejarás la cena preparada. Me quedo asombrado. ¿Cómo? ¿Tú no estarás? ¿Saldrás esa noche? Dices que sí, que tendrás que salir. Tengo la impresión de que te burlas de mí. Furioso, te digo que entonces sólo te pido una cosa, que es irnos ahora mismo, no volver a verte nunca, que no quede ninguna huella de ti en casa. Riendo, me dices que cambio de opinión continuamente. Añades: bésame, amor mío. Me vuelvo completamente hacia ti, ya no veo la carretera y al mismo tiempo acelero. Te beso y te muerdo, te muerdo la comisura de la boca como si quisiera lacerarte la cara. Te ríes cada vez más fuerte. La moto cae de costado y levanta un haz de arena, es de noche, te has caído, sigues riéndote, con la mitad de la cara arrancada, y empiezo a darte patadas. Quiero aplastarte, matarte a patadas. Tú te ríes, te burlas de mí y yo te mato.

Me levanto temblando, voy a fumar un cigarrillo en el despacho. Todavía es de noche. Escribo este sueño en el archivo donde anoto todo lo que nos ocurre. Un poco solemnemente, me digo que señala el comienzo del duelo. No quiero que te mueras, pero quiero matar mi amor por ti, que me hace sufrir demasiado. Mentirás siempre, traicionarás siempre. Cuando te oigo decir: amor mío, oigo también: Véro no quiere hablar contigo. Empiezo a preparar frases malvadas, pero me repongo: no hace falta ser malo, sólo triste y firme. Lo siento por las vacaciones, pero es mejor que vaya solo a Córcega, te pido que te hayas ido cuando vuelva. Espero que tu talento para mentirte tanto como mientes a otros te permita inventar rápidamente una película según la cual eres tú la que me has abandonado porque soy un tío horrible, egocéntrico, malévolo, todo lo que quieras. No te apures, que no te contradiré. Tú piensa en lo que pueda ayudarte a mirarte en el espejo por la mañana, yo lo único que te pido es que te vayas. Si a Arnaud todavía le interesas, aprovecha la ocasión. Llámale para decirle: mi amor,

he elegido, dejo a Emmanuel, te quiero a ti. Empieza de nuevo con una mentira, en el punto en que estás sólo te queda hacer eso.

No. No ser malo.

Esta pendiente me inquieta, somos malos cuando amamos todavía, y evidentemente temo los retornos del deseo, pero esta noche estoy seguro de que tomo la decisión correcta. Te la comunicaré mañana. No volveremos a vernos. Me quedaré solo en el piso libre de tu presencia, de tus pertenencias, de tu olor, será doloroso pero trabajaré. Contaré lo sucedido desde hace dos años: el húngaro, mi abuelo, la lengua rusa, Kotelnich y tú, todo junto. Imposible publicarlo, sobre todo a causa de mi madre y también a causa de ti, a quien no quiero hacer daño, pero no es imposible escribirlo. Un tiempo de retiro, sin pedir nada a nadie, sin buscar por todas partes una mujer nueva. No ser malo, sólo decir que se acabó. Limitarme a eso.

No ocurre así, por supuesto. Apenas he empezado a hablarte, con el tono grave y firme que he ensayado, sé ya que mi resolución va a flaquear y que por más que me haga el inquebrantable sólo será un juego y al final me dejaré hacer como un niño que lleva los morros lo más lejos posible hasta que su madre le coge en brazos. Me escuchas soltar mi pequeño discurso y aunque no te ríes como en el sueño, veo que no te lo tomas en serio. Me dices que en primer lugar, si debes irte, te irás cuando y como te convenga, estás en tu casa, y en segundo lugar que cambio de idea constantemente, que hemos planeado ir juntos a Córcega y que haremos lo que estaba previsto. Digo que si tú vas yo no iré, así de simple: llamo a Paul para informarle. Me dirijo hacia el teléfono pero me dices serenamente que no lo haga y yo no llevo el ridículo hasta el extremo de marcar el número para luego colgar. He perdido y en el fondo prefiero haber perdido. Digo que de todas formas el amor ha muerto entre nosotros, tú me contestas que no, que no

es cierto, y yo sé que tienes razón.

Hace ocho días que se publicó y tú debes de ser la única persona que conozco que no ha leído el cuento escrito para ti. Me has dicho que lo leerás en Córcega. Nos levantamos muy temprano para hacer el equipaje y vigilo el folleto que he puesto a la vista encima de tu escritorio, esperando que lo veas. Me digo que si lo coges, si no olvidas ese regalo convertido en mísero pero que a pesar de todo quiero hacerte, todo es posible aún, de lo contrario todo se ha jodido. No parece que veas el folleto. Voy al balcón a fumar mi primer cigarro, vuelvo a la habitación y te pregunto dos veces si no olvidas nada. Intuyes la importancia de la pregunta pero no, no lo ves.

¿Qué olvido, Emmanuel? Dímelo.

No, no, no tiene importancia.

Te lo digo en el taxi, con una risa de satisfacción amarga: no dejas pasar una, la verdad.

Pero ¿por qué no me lo has dicho?

Tú tenías que haberlo pensado. Yo ya lo he leído, mira por dónde.

Llego al aeropuerto rezumando odio y, justo después del despegue, te digo algo espantoso que hoy todavía me avergüenza. ¿Sabes lo que va a pasar? ¿Quieres que te lo diga? Vamos a hacer lo que hemos dicho. Nadar, vagar al sol, fumar canutos. Estará bien. Yo estaré encantador, tierno, atento, te haré el amor, te diré que te quiero, pero te lo advierto: será mentira. Voy a pasar dos semanas mintiéndote, mientras que la verdad son las cosas horribles que te he dicho. Es lo que pienso de ti y por eso a la vuelta te echaré de casa. ¿Me has oído bien? Dentro de cinco minutos diré lo contrario, te suplicaré que no creas lo que acabo de decir, pero tienes que saber que entonces te estaré mintiendo. ¿Entendido?

Cierras los ojos, no puedes respirar por un momento, veo

tu vientre sacudido de espasmos. Al cabo de media hora de silencio, te cojo la mano y te pido perdón.

La casa, en un pueblo de montaña, domina el mar. Es antigua, de puertas abovedadas y muros gruesos, hace fresco dentro y calor fuera. Paul y Emmie nos reciben allí con una amistad risueña, pero con pies de plomo. Como todos nuestros amigos, han adivinado que la aparición de mi relato ha tenido entre nosotros consecuencias catastróficas de las que no saben nada ni sobre las que no se atreven a hacer preguntas. Basta con vernos, en todo caso, para comprender que la cosa no ha acabado. Pensaban ir a la playa, digo que quizá vayamos más tarde y nos encerramos en nuestra habitación para hacer el amor. Estar dentro de ti es la única tierra firme, alrededor hay arenas movedizas, y durante cuatro días casi no paramos. Estoy dos, tres horas en erección, no puedo hacer otra cosa, no tengo ganas de levantarme de la cama, de ir a la playa, de comer, lo único posible es el sexo contigo, el deseo de ti loco y doloroso. Te repito que no quiero que nunca más te acuestes con otro, te digo hasta qué punto la fidelidad no sólo es esencial sino sexualmente excitante, tú dices sí, mi amor, sí. Tengo tu cara entre mis manos, te miro gozar, te pido que mantengas los ojos abiertos, los abres de par en par y veo en ellos tanto espanto como amor. Dormimos a ratos, acoplados, oliendo el sudor y la angustia. Hasta el sueño es violento. En cuanto nos desenlazamos vuelvo a ponerme odioso, te digo que tu rostro inocente es para mí la faz de la mentira, vuelvo incansable sobre el horror de lo que has hecho, el horror de estas coincidencias, esta declaración de amor que queda en el sufrimiento. Paul y Emmie nos ven huraños, no lo comprenden, oscilan entre el esfuerzo de fingir normalidad y la tentación de hablarnos —cuando pueden— como a supervivientes de un avión que se ha estrellado. Tú tienes un poco mejor aspecto que yo, que incluso durante las comidas no digo ni palabra. Hay, sin

embargo, momentos de tregua: un baño en las rocas, un trago en una terraza donde podemos hablar con calma. Cuando dos personas que han atravesado una crisis semejante, en la que cada uno ha sido la imagen de la felicidad pero también la del miedo, entonces todo se vuelve posible, la confianza debe por fin explayarse. Así lo creemos en este instante, te digo que te quiero y lo creo. Una noche preparo un pisto. Te conmueve, y me lo dices, verme hundir la larga cuchara de madera en la cazuela, probar las legumbres que se cuecen a fuego lento, te gusta la vida cotidiana conmigo y que pueda ser tranquila, que no sólo sea este furor sexual. Pero llega un momento, durante los preparativos de la cena, en que te alejas sin avisarme para telefonar desde más arriba del pueblo: los móviles no tienen cobertura alrededor de la casa. Enloquezco en cuanto me percató de tu ausencia. Corro a buscarte en las dos calles y las tres escaleras que suben hacia la iglesia, y te encuentro sentada en sus escalones. Te arranco el móvil de las manos, te insulto, te acuso de torturarme, de espolear mis celos, de querer volverme loco. Tú estás trastornada pero en lugar de insultarme también me haces sentarme en el pequeño muro de piedra en lo alto del pueblo y me explicas con el mayor sosiego posible que no, que no llamabas a Arnaud, que llamabas al amigo corso en cuya casa de Ajaccio quisieras que pasáramos dos noches. Mi furia te asusta pero dices que la comprendes, admites que ha sido un error marcharte sin decirme nada, me pides perdón. Digo que no se trata de que te perdone o que me perdones, sino de que no es posible vivir así. No soporto ser un tipo receloso, cruel, a quien asaltan tales ráfagas de odio y de pánico que enloquece si te alejas un instante. No aguanto ser ese niño que está de morros y espera a que le consuelen, que juega a odiar porque le quieren, abandonar para que no le abandonen. No aguanto serlo, te reprocho haberme convertido en esto. Me compadezco, sollozo, me acaricias el pelo. Sufro, me odio, disfruto odiándome.

Vamos a ver a tus amigos de Ajaccio. Durante todo el trayecto, conduzco sin mirarte y sin despegar los labios. Tú querías que admirase el paisaje y yo te respondo que paso totalmente. La pareja de amigos corsos es muy corsa, muy cordial. Han previsto llevarnos por la noche a un concierto que se compone a la vez de cantos nacionalistas corsos y cantos revolucionarios chilenos. Sin hacer el menor esfuerzo por fingir, digo que no me siento bien, que prefiero quedarme solo. Tú me propones quedarte conmigo y yo me niego. Me dejan una llave, voy a tomar unas cervezas en un café del cours Napoléon y después regreso para fumar un porro en el balcón que da sobre el puerto y trato de dormir. Hace mucho calor, el ruido y la música de los cafés suben por la ventana abierta. De pronto suena mi móvil, veo tu nombre que aparece en la pantalla pero no contesto. Pienso que estaría bien volver a salir y regresar muy tarde, más tarde que tú, para que te inquietes, o bien coger el coche y viajar toda la noche, sin dejarte una palabra de explicación, pero estoy exhausto, un poco bebido, dormito a intervalos hasta que vuelves, hacia la una de la madrugada. Os oigo, a tus amigos y a ti, hablar un momento en la cocina. Os reís y me molesta que te rías. Me molesta que no vengas de inmediato a buscarme. Cuando por fin entras en la habitación, estoy vuelto hacia la pared, hecho un ovillo bajo la sábana húmeda. Te oigo desvestirte, noto que te acuestas contra mí, me abrazas y te rechazo con asco, rechazo a la mujer que me convierte en este hombre horrible. Te guardaría rencor si, desistiendo, te dieras media vuelta, pero no lo haces, sino que pacientemente me aproximas a ti. Un poco más tarde me arrastras a la cocina para tomar una taza de té y una tostada. No he comido nada, insistes en que coma. Tus amigos duermen, los del café de abajo ya han cerrado. Los dos estamos desnudos. La cocina es bonita, alegre, pintada de amarillo a brochazos, con unos como azulejos. Observo cómo preparas el té, desnuda, y te veo moverte desnuda, bronceada, tan hermosa que sueño

con la vida que sería posible contigo. Hemos hablado ya de irnos a vivir a algún lugar en el sur. Encontrarías un trabajo que te gustase, yo escribiría, tendríamos nuevas amistades, mis hijos vendrían en vacaciones, nuestra vida cotidiana sería agradable, yo te miraría ir y venir desnuda, quizá desnuda y encinta, en una casa que podría parecerse a ésta. ¡Qué bien estaría! ¡Y qué fácil, si lo decidiéramos! Pero me conozco, no tardaría en verme en el pellejo del tipo a la que una chica que no es de su medio social, celosa y posesiva, ha apartado de todo y convertido en un abuelete provinciano, secretamente amargado. Me parecería horrible. Todo me parece horrible. Tomamos el té, me sonríes, eres hermosa y te digo que me encuentro muy mal, que no voy a quedarme. En cuanto hayamos dormido un poco, cogeré el coche y volveré a Novella. Suspiras, no discutes. Añado: oye, si seguimos juntos, no puedes guardar tu puerta de escape. O la cierras o la usas. O no ves nunca más a Arnaud, no le das ninguna esperanza, o te vas con él, pero dejas de jugar a dos bandas. Es importante, me gustaría que te lo pienses.

Sacudes la cabeza.

Volvemos a la cama. No hacemos el amor. La última vez fue la víspera, antes de partir, y se me ocurre la idea de que quizá era en verdad la última.

En Novella, Paul y Emmie están un poco atónitos de verme regresar solo. Bebo mucho en la cena y les cuento toda la historia. Aunque aún no se la haya contado a nadie, sé que hay dos maneras de contarla. En la primera, el interlocutor reacciona diciendo: tienes razón, esa chica es mentirosa, infiel y celosa, lo mejor que puedes hacer es dejarla. Y en la segunda: acabáis de vivir una crisis muy violenta, pero lo que veo en lo que dices es que la quieres y ella te quiere, así que superadlo, relajaos, sed felices. Esta noche cuento la segunda versión, pero los días siguientes pasaré de una a otra, al capricho de esta

oscilación pendular que es mi síntoma más insufrible.

Me llamas tarde. Tus amigos corsos te han llevado a pasar el fin de semana en su pueblo de montaña y allí te sientes muy mal. La casa es opresiva, los amigos de una jovialidad penosa, como no conduces dependes de su coche, el móvil no tiene cobertura y el único teléfono está en medio del comedor donde los vecinos se reúnen para una cháchara sin fin.

Afortunadamente acaban de irse a la fiesta del pueblo y por fin te quedas sola un momento. Tiembles, lloras, tienes miedo.

Piensas sin cesar en lo que te pedí antes de partir de Ajaccio: nada de puerta de escape, o bien la usas. Dices que no puedes prometerme eso. Si no tienes confianza en mí recurrirás a Arnaud, es inevitable.

Pues hazlo ahora. Vete con él.

Pero, Emmanuel, te quiero.

Me quieres, pero es Arnaud el que te quiere como pides que te quieran y como yo no puedo prometerte. Si me dejas por él, tienes que arriesgarte, no mirar atrás, con esta condición quizá seas feliz.

Detesto que hables así. Es una maldad. Puedes permitirte el lujo de empujarme hacia Arnaud porque sabes que te quiero y que si te dejo es para volver contigo un día. Si lo hago será para eso, para estar por fin contigo sin tener continuamente miedo de que me dejes, porque te habré demostrado que podía dejarte.

Si te vas con Arnaud pensando eso, no vale la pena. Pero es lo que piensas ahora mismo conmigo. Si estuvieras con él sería distinto. Quizá lo que ocurre ahora es que ya no es nuestra historia sino la vuestra, la de vosotros dos.

No digas eso, te lo suplico, no digas eso.

Sophie, no lo digo irónicamente, te lo juro. Quiero tu bien y tu bien no soy yo. Estoy demasiado herido, te guardo mucho

rencor e incluso antes de esta pesadilla de verano no supe inspirarte confianza. Quisiera que fueras feliz y si puedes serlo con Arnaud entonces lo deseo de verdad, y hay una cosa que puedo prometerte, una sola, y es que a partir del momento en que hayas decidido dejarme yo ya no estaré, en serio, nunca engañarás a Arnaud conmigo, lo harás con otros si quieres, no es cosa mía, pero no conmigo. No me inmiscuiré en tu historia, no seré nunca tu puerta de escape.

Pero yo no quiero que lo seas, quiero vivir contigo, quiero tener un hijo tuyo y comprendo ahora mismo que para que esto sea posible un día tengo que dejarte. Tengo la sensación de que me vuelvo loca. Sufro. Sufro muchísimo.

Yo también, yo voy a sufrir seguramente más que tú. Tú te vas con un hombre que te espera, vas a empezar una nueva vida, yo voy a quedarme solo, hacer el amor quiere decir para mí hacer el amor contigo, el piso de la rue Blanche no tenía fantasma y ahora tiene uno, así que te aseguro que necesito valor para no hacerte promesas que no estoy seguro de cumplir. Te he hecho sufrir pero nunca te he mentido y no voy a empezar ahora.

Te quiero. Sé que eres el hombre de mi vida.

No lo sabes, quizá sea Arnaud. Arriésgate.

Me duermo borracho, anestesiado por el alcohol. Abro los ojos hacia las nueve, me quedo postrado en la cama hasta el mediodía. No me muevo en absoluto, como si el sufrimiento fuese un animal dentro de mí al que el menor movimiento despertaría. Emmie, a través de la puerta, me anuncia que Paul y ella se van a pasar el día fuera, yo le contesto por medio de un gruñido indicando, a falta de otra cosa, que sigo vivo.

Me llamas a primera hora de la tarde. Me dices que vuelves a París. Te habrás mudado al final de la semana.

Bien.

Tendremos que llamarnos, de todos modos, para que sepas lo que me llevo.

Llévate lo que quieras, me gustaría que sólo me dejases dos o tres fotos tuyas y de los dos. Y creo que es mejor que no hablemos.

De acuerdo. Pero ¿sabes?, tengo la sensación de hacer una gilipollez enorme y de que no puedo hacer otra cosa.

Los días que siguen son atroces. Yo también tengo la sensación de hacer una gilipollez enorme. Imagino mi regreso a París, el piso vacío de tu presencia, los meses de abstinencia en que me preguntaré dónde estás, qué sientes, lo que le dices a Arnaud cuando te hace el amor. Quisiera llamarte, decirte que no es posible, te quiero, vuelve, pero sé que bastaría que volvieses para que se reanudara en mi cabeza el carrusel infernal: te rechazaré, te alejarás de nuevo, te suplicaré otra vez, esto tiene que acabar.

Pienso en tu espalda frente a mí, cuando dormimos acurrucados. Pienso en el horrible Philippe de Niza. Tengo ganas de acariciarte la espalda, de rozar con los labios la pelusa rubia entre tus omoplatos, de separarte con suavidad las nalgas mientras duermes y penetrarte, siempre humedecida para mí.

Que tú ya no me mires es la fealdad, la muerte. Me gusta parecerte guapo, yo era guapo contigo, me gustaba mi cuerpo, mi sexo, tú decías mi rabo, yo decía mi polla, tú empezaste también a decir mi polla. Me mirabas levantarme por la mañana de la cama para ir a preparar el desayuno, en general yo estaba empalmado, lo estaba continuamente para ti, y tú decías mi polla, es mi polla, sonriendo. Son las palabras de amor que más me han gustado en mi vida.

Tu cara cuando gozabas. Tus palabras cuando gozabas. Emmanuel, ya sube, ¿notas cómo me sube? Aquellos días pensé que decías las mismas palabras a todos los hombres, que tu

imperio sobre los hombres era hacerles sentir que te hacían gozar como nadie. No creo que sea cierto. Creo, por ejemplo, que nadie te ha lamido como yo, que nunca te has abandonado en eso como conmigo. Me lo dijiste, *y sé* que habrías podido abandonarte aún más si hubieras tenido una confianza plena, *y* habría sido el paraíso, creo que por obtenerlo me habría casado contigo, te habría hecho un hijo, tantas ganas tenía de hacerte el amor embarazada, y otro lo hará, con amor, pero no como yo.

Cuando pienso en Arnaud ahora me digo que de nosotros dos es él quien ocupa el lugar más envidiable. Él sabe lo que quiere. Sabe amar. Te merece.

Yo quisiera merecerte, aunque sepa que es demasiado tarde. Quisiera en la ausencia y la nostalgia escribir un libro que cuente nuestra historia, nuestro amor, la locura que se ha apoderado de nosotros este verano, y que este libro te hiciese volver.

Quisiera que hubiese una segunda primera vez.

6

Es Sasha Kamorkin el que informa a Sasha, nuestro intérprete, y Sasha, a su vez, se lo comunica a Philippe, que me ha llamado. Ania había muerto, asesinada con el pequeño Lev. Philippe no sabía por quién, por qué, cómo. Sabía solamente que había ocurrido una semana antes, el 23 de octubre de 2002, *y* que al día siguiente tuvo lugar la celebración, muy importante para los rusos, del noveno día de duelo. Desde Moscú, donde vivía, podía tomar nuestro tren nocturno habitual y llegar a tiempo. Le he dicho que sí, que estaría bien asistir.

Aquel otoño yo había comenzado el montaje de la película.

Me había decidido a hacerlo, a falta de otro proyecto, para combatir la angustia que no me abandonaba desde la partida de Sophie. No esperaba gran cosa de aquel trabajo, pero a fin de cuentas era un trabajo, un motivo para levantarme, ir a alguna parte, encontrarme con alguien. Llegaba por la mañana, ocupaba mi sitio al lado de Camille, la montadora, delante de la pantalla del ordenador, y veíamos, una cinta tras otra, todo lo que Philippe había filmado el mes de junio en Kotelnich. Yo había llevado los cuadernos donde escribía mi diario mientras él rodaba. Lo leía en voz alta, de tal modo que a las imágenes se superponían mis impresiones de entonces, y luego a estas impresiones y estas imágenes los comentarios que yo hacía en la sala, porque había que explicar a Camille quién era quién, lo que había ocurrido antes y después de cada secuencia, todo lo que era evidente para nosotros allí y que ni los *rushes* ni mi diario bastaban para aclarar. Me complacía hacer el comentario porque a Camille le apasionaba y día tras día yo veía que Kotelnich le resultaba cada vez más conocido, como si ella también hubiera estado. Se orientaba en las calles, prefería el Troika al Zodiac, esperaba ver a tal personaje que en la fiesta de la ciudad le había agradado. Sin anticipar su forma ni su contenido, ella no dudaba de que al final habría una película. Yo apenas lo creía. No alcanzaba a ver cómo, de aquellas imágenes quizá suficientes para montar un documental sobre la vida cotidiana en una pequeña ciudad rusa, podría salir algo que diese forma a lo que me obsesionaba: algo que sirviera de lápida sepulcral a mi abuelo, para que al llegar yo a la edad de su muerte me haya liberado de su fantasma y pueda vivir por fin.

Si Ania hubiera muerto en un accidente de coche, me habría entristecido, por supuesto: la apreciaba. De todas las personas que tratamos en Kotelnich, fue a ella y a Sasha a las que más aprecié, al principio porque me parecían misteriosos e, incluso cuando el misterio quedó desvelado, porque seguían

siendo más complicados, más solitarios y más patéticos que los demás. Su muerte violenta, que adivino atroz, me llena no de tristeza sino de horror. Y el meollo de este horror es la manera en que, por segunda vez, la realidad responde a mis expectativas. Imaginé aquella primavera una trama amorosa que debía cobrar cuerpo en la realidad y esta la desbarató, me ofreció otra que devastó mi amor. En Kotelnich me pasé el tiempo formulando votos para que al final ocurriese algo y he aquí que ocurrió, y lo ocurrido fue esto: este horror.

También es horrible que la muerte de Ania y de su hijo haga posible la película. Ahora ya narra algo. Vamos a volver a Kotelnich para el día cuarenta, que es la etapa más importante del duelo, el momento en que el alma de los difuntos abandona para siempre la tierra y sube al cielo. Me figuro que entonces no podremos filmar a Sasha y a la familia: no querrán, no osaremos. Pero filmaremos la ciudad en invierno, la nieve, los árboles pelados, el jardín cerca de la estación donde Ania y yo le cantamos nuestras nanas al pequeño Lev. Estas imágenes, sobre las cuales contaré lo ocurrido, rubricarán la película.

Tomamos en Moscú nuestro tren de costumbre, pero en vez de apearnos en Kotelnich continuamos hasta Viatka, donde reside la madre de Ania. Como no tiene teléfono es imposible anunciarle nuestra visita. Desde el centro, donde está nuestro hotel, hacemos un largo trayecto en taxi hasta una lejana periferia donde las hileras de inmuebles breznevianos alternan con casuchas de madera medio sepultadas por la nieve. Tardamos todavía un poco en encontrar la entrada exterior, el rellano, la puerta acolchada con falso cuero desgarrado. Llamamos una y otra vez en vano. Optamos por esperar. El termómetro señala veinticinco grados bajo cero fuera y apenas hace más calor en el rellano de pintura verdosa, iluminado por una bombilla desnuda, chisporroteante, de voltaje muy bajo. Nuestra cara también es verdosa bajo nuestras capuchas, de la boca nos salen nubes de vaho. En el edificio se oyen flujos

repentinos de las canalizaciones, palabras lejanas. Sasha tuerce el gesto. Está resentido de antemano con Philippe y conmigo. Ha aceptado acompañarnos en este tercer viaje, pero a regañadientes: preferiría que todo transcurriese entre rusos, sin observadores extranjeros. Incluso antes del drama, durante nuestra estancia anterior, a menudo me dio a entender que me entrometía en lo que no era asunto mío. Cuando le pedía que me tradujese una reticencia, se encogía de hombros: al fin y al cabo, yo no podía comprenderla. Suspira repetidas veces, dice que la anciana no vendrá, que más vale regresar al hotel, pero al cabo de dos horas de pisotear el suelo para calentarnos los pies las puertas del ascensor se abren con un silbido y la madre aparece. Es una mujer muy pequeña, de cara arrugada y envuelta en una pesada pelliza. Se asusta al vernos a los tres en el rellano: tres extraños delante de su puerta, tres posibles enemigos. Luego reconoce a Philippe y su rostro se ilumina, le besa, extasiada. El nos presenta y ella me besa a mí también: Ania le habló mucho de nosotros. Le dijo que yo era el nieto del último gobernador de Viatka y ella está emocionada, pero también avergonzada, de acoger a un personaje tan notable en su sórdido alojamiento. Discúlpeme, repite, discúlpeme, por favor, por mi pobreza. Soy una mujer mísera, me avergüenzo de mí, de mi casa. Al apartarse para que pasemos, nos hace una señal de que no hagamos ruido: los vecinos no deben enterarse de que estamos aquí. Tiene miedo de ellos, miedo de todo el mundo, y los vecinos, además, no saben nada: nada de la muerte de su hija y de su nieto, nada de sus relaciones con franceses. Ella no ha dicho nada, sólo los parientes próximos están al corriente, prefiere no decir nada a nadie, como si esta tragedia fuera humillante, como si su hija hubiera matado a alguien en vez de haber sido asesinada, o como si fuese demasiado pobre para permitirse tener una hija asesinada. Nos hace sentarnos alrededor de la mesa en la habitación única de la vivienda, pero sin ruido, como clandestinamente. Dice que va

a preparar té, pero trae de la cocina una botella de vodka con un salchichón y nos llena hasta el borde unos vasos grandes. Al ver que poso el mío después de un sorbo, frunce el ceño y con un gesto imperioso me ordena que me lo beba de un trago. No tengo más remedio que obedecer, ella vuelve a servirme y comprendo que ya está borracha y que habrá que imitarla. No entiendo la mitad de lo que dice, de tan rápido que habla, con una brusquedad extrema, y Sasha, que se ha puesto cómodo en una butaca y parece decidido a emborracharse, sólo me traduce lo que juzga oportuno, y lo hace con suma negligencia. Philippe, por su parte, ha sacado la cámara de la bolsa y empieza a filmar nuestra conversación sin que la mujer proteste, salvo de una forma simbólica, y como si fuera un juego entre ellos dos. ¡Philippe! ¡No me filmes! Soy fea, soy vieja, mi casa es espantosa... Pone en regañarle una ternura que me conmueve. No olvida que él la visitó el noveno día, que estuvo a su lado delante de la tumba, que aquel día nos representó a nosotros, los franceses a los que quería su hija. Hablaba todo el rato de vosotros, nos dice, todo el rato. Decía que vuestra llegada a Kotelnich fue como un cuento de hadas, un cuento de Navidad. Os quería tanto, y le disgustó tanto decepcionaros...

¿Decepcionarnos? Nunca nos decepcionó, ¿de qué habla usted?

Que sí, que tú ya lo sabes, haces como que lo has olvidado porque eres amable, Emmanuel, porque eres un santo, porque eres el nieto del antiguo gobernador, pero os decepcionó. Me lo dijo ella, cuando fuisteis a la cárcel para niños, no comprendió lo que pasó pero no debió de traducir bien, mi hijita, porque después tú estabas descontento, notó claramente que lo estabas y ella se sentía tan disgustada por no haber trabajado bien...

Me siento consternado al escucharla. Recuerdo perfectamente aquella visita a la colonia penitenciaria en la que Ania pagó el pato de mi malhumor. Yo me decía que no era

nada grave y, de creer a su madre, aquel momentito de fricción y malentendido ensombreció su vida, hasta su muerte no dejó de machacarla y preguntarse qué habría hecho para caer en desgracia.

Y además estaba avergonzada, insiste Galina Serguéievna. Vivía gracias a vuestra presencia, respiraba por vuestra presencia, ¿comprendes, Emmanuel?, y tenía vergüenza por los doscientos dólares que le pagasteis, porque para ella era como si los hubiese robado. Ya teníais un intérprete, y entonces, ¿para qué contratarla a ella? ¿Para qué?

No, eso no es así, le corrige Sasha, a quien agradezco que esgrima la versión oficial. Yo estaba ocupado con otras cosas, con unas gestiones en la ciudad, y Ania resultaba imprescindible. Nadie robó nada, que no te apene eso...

¿Y cómo quieres que no me apene? Ella le daba vueltas continuamente. Pensaba que tú la aborrecías, Sashulia, porque intentaba robarte el empleo. Pensaba que la tomabais por una intrigante, por una chica que se cuele y que trata de robar los empleos ajenos y que se hace pagar dinero por nada... ¿Sabéis lo que compró con los doscientos dólares? Se compró unos vaqueros y productos de belleza. Y también mascarillas, mascarillas de papel...

¿Mascarillas de papel? ¿Para qué?

Para mí, para que yo me las pusiera cuando me traía a Lióvochka para que se lo cuidara... Porque trabajo en correos y veo a mucha gente desde la ventanilla, y Aniútochka tenía miedo de los microbios y quería que me pusiera una mascarilla para cuidar a Lióvochka...

Registra en un cajón *y* saca de él mascarillas como las que se usan en los quirófanos. Torpemente encaja la tira elástica detrás de la cabeza, se la calza en el pelo al rape *y* gris como el hierro, se baja la mascarilla sobre la cara y, de repente, con la

ayuda del alcohol que no ha dejado de circular, surge una visión de pesadilla, esta mujercita borracha y desesperada, que se agita en medio de su cuchitril siniestro con una mascarilla blanca de hospital y que grita y que rompe a llorar: Así veía a su abuela, Lióvochka, siempre así, con una mascarilla, no estaba autorizada a sonreírle, a besarle, porque siempre tenía que esconder la boca por culpa de los microbios que podía pillar en correos... La reñí por aquellas compras estúpidas. La reprendí una y otra vez, la reñía a todas horas, a mi pobre hijita. Le dije lo que debería haber comprado con doscientos dólares. ¿Sabes lo que debería haber comprado? Una puerta. Una puerta nueva. Es lo que debería haber hecho, comprar una puerta nueva para su apartamento. Porque la puerta de su casa es como de cartón. ¡En la planta baja, en Kotelnich, esa ciudad de enfermos! Se lo repetía sin parar: Sasha, hay que cambiar esa puerta, es peligroso, es de cartón, y él decía que iba a hacerlo, ¡qué va! Nunca tenía tiempo. Siempre estaba en el trabajo, según él, pero yo sé la verdad, sé que estaba de galanteo con sus amantes... Yo se lo había dicho a mi hijita, no vayas con él, no mira a la cara, tiene la mirada esquiva, le da lo mismo todo, y era cierto, le daba igual que su chica y su hijo vivieran en un piso con una puerta de cartón en una ciudad que está llena de locos... ¡El asesino sólo tuvo que dar una patada para entrar en el piso y coger un hacha, y los despedazó a los dos con el hacha!

Despedazar con un hacha se dice en ruso *toporom stukat'* Yo no lo sabía, Sasha me lo tradujo bajando la cabeza con aire abrumado. Lo que decía Galina Serguéievna de las circunstancias del asesinato era confuso, punteado de gemidos de rabia y de impotencia, pero con ayuda de lo que me contó Sasha Kamorkin tres días después, pude reconstruir lo siguiente: la tarde del 23 de octubre, Sasha, en su despacho, recibió una llamada telefónica de Ania, aterrorizada. Estaba sola en casa con el pequeño Lev cuando un desconocido llamó a la puerta. Ella se negó a abrirle y él empezó a dar patadas

contra la puerta para romperla. Sasha, sin perder la sangre fría, le dijo a su mujer que se ocupara del intruso, que le hablara: él llegaría al instante. Recorrió el trayecto en cinco minutos, pero cuando cruzó el umbral, acompañado por dos colegas, era demasiado tarde: Ania había sido estrangulada con el cable del teléfono y después ella y el bebé habían sido despedazados con el hacha que dejaban en la entrada para las partidas de leña. La sangre, los sesos, las entrañas habían salpicado toda la habitación. Mientras Sasha se derrumbaba aullando delante de los cadáveres, sus colegas se lanzaron en persecución del homicida. Había chapoteado en la sangre, dejado huellas por todas partes, tampoco hicieron falta más de cinco minutos para hacerle salir del sótano donde se había refugiado.

Era un individuo conocido en la ciudad, padre de dos niños, que trabajaba de calefactor en la panadería industrial y no tenía antecedentes penales. No le unía ningún vínculo con Sasha ni con Ania. Durante su primer interrogatorio, inmediatamente después de los hechos, dijo que había oído voces que le ordenaban ir a matar a una mujer y a un niño, y cuando entró en el piso les vio brillar a los dos. Brillaban, repetía, *ani sviertilis*'. Dijo también que había bebido, pero el análisis efectuado al instante reveló que no había alcohol en la sangre. Y cuando, a la mañana siguiente, le sometieron a un examen psiquiátrico dirigido por nuestro viejo conocido el doctor Petujov, desaparecieron las voces y el brillo: no se acordaba de nada.

Capté fragmentos de todo esto la primera noche en casa de Galina Serguéievna. Entre las palabras que volvían sin cesar entre sus gritos y lloros, y de las que yo no comprendía todas, estaba *toporom stukat*', pero también *palach*, y cuando pregunté a Sasha qué quería decir *palach*, no bajó la cabeza, sino que la meneó con aquel aire de exasperación que yo conocía bien y que indicaba que a su entender no era asunto mío, y me costó mucho conseguir que revelara que era un asesino a sueldo.

¿Asesino a sueldo? Galina, a pesar de su embriaguez, seguía con una atención curiosa lo que él me traducía, giraba la cabeza desde Sasha hacia mí y a la inversa, luego la movía en señal de aprobación, y yo tenía la sensación absurda de que comprendía lo que hablábamos. Por último me miró de arriba abajo, con una risita burlona de triunfo demente, como si hubiera logrado con tremendo esfuerzo que Sasha confirmara sus palabras y repitiese *palach, palach*.

Pero ¿cómo *palach*? Según lo que ella contaba parecía cualquier cosa menos la obra de un asesino a sueldo. Dije que sólo un loco, un iluminado o un sádico podía *toporom stukat'a* una mujer joven y a su bebé.

Nueva risita burlona de Galina: ¿quieres hacerme creer que es un loco? Da un golpe sobre la mesa, acerca a la mía, tocando casi con su nariz la mía, su carita seca, devastada de dolor. ¡No! ¡Emmanuel, no, no es un loco! Mi hijo me dice: mamá, cállate. No digas nada porque es muy peligroso, pero yo sé lo que sé, yo sé que se hace el loco. Él es el *palach*, pero ¿quién le ha dado la orden? Podría decirte su nombre, Emmanuel, te asombraría oírlo.

Me mira, sus ojos escrutan los míos, luego de pronto se endereza, se levanta, hace el gesto solemne de cerrarse la boca como quien cierra una cremallera. Susurra: ahora empieza el silencio.

Se hace de nuevo el silencio, los tres nos quedamos azorados alrededor de esta mujer borracha y enloquecida de pena que, de pie, con los puños sobre las caderas, arqueada en toda su corta estatura, nos desafía. Por fin, Sasha se encoge de hombros, se escancia un vaso de vodka y, con su voz, la más fuerte, suelta: bueno, Galia, nos estás diciendo que fue un crimen por encargo. La cuestión es saber quién lo encargó y por qué.

Ella se ríe, burlona. Eres muy inteligente, Sashulia, sabes

reconocer una cuestión cuando la ves. ¿Por qué despedazar con un hacha a mi hija y a Lióvochka? ¡Reflexiona, Sashulia, pon en marcha el caletre!

Vale, reflexiono. ¿A quién beneficia?

¿Eres gilipollas, Sasha, o qué?

No, no soy gilipollas. Espero que no.

¿A quién, joder? ¿A quién beneficia hacer despedazar a mi hija y a mi nieto con un hacha? ¿A quién le interesa?

No nos atrevemos a comprender, ella insiste: ¿todavía no veis a quién beneficia?

No, miente Sasha, para que ella lo diga.

Entonces Galina da un paso atrás y, muy claramente, articula: a Sáchenka.

Y en cuanto lo ha largado, se encoge en su silla, se pone la mano encima de la boca, con los ojos agrandados por el pavor, y murmura: me van a matar.

No recuerdo muy bien qué se dijo después de esto. Nos echó a la calle, pero mientras nos poníamos los abrigo, totalmente decididos a marcharnos sin pedir explicaciones, olvidó por completo que nos había echado y quiso seguir bebiendo, hablar, enseñarme las cortinas. Adornadas con círculos rojos y verdes sobre un fondo blanco, eran las cortinas que había recuperado del piso de Sasha y de su hija, manchadas por regueros de sangre y sesos que las habían salpicado. Las hirvió varias veces y había eliminado las manchas más gruesas, pero no del todo, y dibuja con el dedo el contorno de las manchas parduscas, que se ven mejor a la luz de la lámpara, y la acerca para que yo las vea bien. Mira, Emmanuel, mira, se enternece Galina. Es la sangre de mi hija y de mi nieto. Cada vez que corro las cortinas, lo que protege mis ojos de la luna y las farolas de fuera es la sangre de mi hija y de mi nieto.

Digo que sí, Galina Serguéievna, sí, lo veo.

Me acuerdo de esto, de las cortinas, y también de nuestra conversación, al regresar al hotel. En el punto en que estábamos, pedimos vodka y comenzamos a debatir las acusaciones de Galina. Un delirio, dijo Sasha, encogiendo pesadamente los hombros, y asqueado incluso de que el asunto nos pareciera debatible, no tardó en dejarnos y apalancarse en el bar en mejor compañía. Un delirio, sin duda, consideró Philippe, pero se preguntaba si no habría en él un fondo de verdad.

Objeté que la matanza tenía todas las trazas del crimen de un loco. Un asesinato por encargo se ejecuta a balazos y, suponiendo que hubiera motivos para matar a la pobre Ania, ¿por qué también al bebé, por qué aquella barbarie?

Quizá precisamente para descartar la idea de un asesinato por encargo. Para hacer creer en el crimen de un loco. No hay duda alguna sobre la identidad del asesino, pero Galina no dice que no sea él, dice que finge estar loco.

¿Por qué, sin embargo, quiere hacerse pasar por loco? Le han detenido, si no pasa en la cárcel el resto de su vida lo pasará en un hospital psiquiátrico, y para un asesino a sueldo es, de todos modos, un mal negocio. Un asesino a sueldo dispara y se larga, no se deja atrapar ensangrentado en el lugar del crimen.

Escucha, continuó Philippe, a lo mejor es un disparate, pero imagina: Sasha quiere abandonar a Ania. Sabemos que esto es verdad, que tenía ese proyecto y que a ella la hacía sufrir horriblemente. Entonces ella le amenaza. Le amenaza con revelar las malversaciones en las que está implicado. Es el jefe del FSB en Kotelnich y francamente no creo que sea un tío honrado. Ania no se chupa el dedo: se da cuenta de que sabe mucho más de lo que debiera. Entonces él decide eliminarla. No te digo que sea cierto, sólo intento ver cómo podría sostenerse lo

que dice Galina. Supongamos que él quiere eliminar a su mujer. Estamos en Kotelnich, no en Moscú, de acuerdo, pero al cabo de los diez años que he vivido en Rusia puedo garantizarte que no es algo irrealizable. En cualquier parte encuentras a un tío dispuesto a meter una bala en la cabeza de otro. Sólo que Sasha no quiere que tenga la pinta de un contrato. Sospecharían de él. Entonces piensa en el crimen de un loco y se dice que si el bebé también muere él será aún menos sospechoso. Encuentra al tío, un calefactor, pongamos que ha hecho algún que otro chanchullo y que lo tiene cogido por los cojones, yo no sé cómo pero lo bastante fuerte para proponerle dos alternativas: o te mando al trullo y me las arreglo para que no salgas nunca, o te haces pasar por un loco asesino y te meterán en el hospital, primero donde Petujov y después en el quinto infierno, donde se olvidarán de ti y de donde me las compondré para sacarte al cabo de unos meses. No te digo que sea cierto, ni siquiera verosímil, sino sólo que en Rusia estas cosas suceden.

A la mañana siguiente, aliviando la resaca a fuerza de salchichón demasiado graso y de té demasiado fuerte, Philippe y yo no nos atrevemos a mirarnos a la cara ni a cruzar la mirada con nuestro Sasha, que siguió la juerga por su lado hasta más tarde que nosotros y, con la jeta adusta, trata su resaca con cerveza negra. Nos da un poco de vergüenza haber elaborado una hipótesis tan monstruosa, pero las seis horas pasadas en casa de la vieja Galina Serguéievna nos impresionaron hasta tal punto que persiste el recelo hacia Sasha Kamorkin. Sin creer ya realmente en nuestras elucubraciones, nos queda la vaga sensación de que no hay humo sin fuego, y las acusaciones teatrales de la anciana, la manera en que resonaron en el espacio cerrado de su estudio, siguen dando vueltas en nuestro cerebro nublado. No sabemos a qué atenernos cuando volvemos a su casa a primera hora de la tarde, quizá ella experimenta un malestar parejo al nuestro, pero parece haber olvidado totalmente si no nuestra visita, al menos el contenido de

nuestra conversación. Está en ayunas, tan serena como puede estarlo, no salta ya, como la víspera, de la desconfianza a la gratitud desmedida, y cuando empieza a hablar de Sasha, cosa que hace enseguida, es para contarnos casi con afecto las circunstancias de su encuentro con Ania. Ella acababa de abandonar Viatka para instalarse en Kotelnich. Había encontrado trabajo en la panadería industrial, no está claro qué clase de trabajo, porque en un momento consiste en el control sanitario y técnico y al siguiente es un empleo de intérprete, sin que se comprenda para qué podría necesitar los servicios de una intérprete de francés una panadería, incluso industrial, de Kotelnich. Dicho esto, tengo el vago recuerdo de que durante nuestro primer encuentro, en el Troika, el director de la panadería, Anatoli, había propuesto unos brindis pastosos no sólo a la amistad franco-rusa, sino también a su propio éxito en la penetración del mercado africano, y que había acariciado la idea de que en Senegal o en Zambia se pudiesen comer panecillos fabricados en Kotelnich. En cualquier caso, fueron esas presuntas relaciones con el extranjero las que empujaron a Sasha, cuando Anatoli les hubo presentado, a preguntar severamente a Ania si estaba autorizada a ocuparse de comercio internacional. Galina Serguéievna cuenta que Sasha llegó a amenazarla con detenerla, pero era para bromear, y también para ligársela. Él jugó a asustarla y ella a asustarse, y desde el día siguiente fueron a pasear juntos a la orilla del río. Hollaron el pequeño cerro que Ania, durante la excursión que hicimos en barco, nos presentó con orgullo como «el pico del amor», el paraje donde los novios de Kotelnich intercambian juramentos tiernos, y allí se besaron por primera vez.

El asunto se complicó cuando Ania, durante aquel paseo, explicó a Sasha que era francesa a medias por el lado de su madre, que había muerto de parto, y que incluso era propietaria de una casa cerca de París, adonde iba con frecuencia. Ya impresionado por su conocimiento del francés, Sasha lo estuvo

aún más al oír estas revelaciones. Como a mí cuando la conocimos, Ania le pareció novelesca a Sasha, distinta de todas las chicas que podía encontrar en Kotelnich, y a partir de aquel momento, según Galina, se enamoró de ella. Pocos días después dejó a su mujer y a su hija para irse a vivir con la chica a la que desde entonces llamaba *frantsúzhenka*, la francesita. Ania se confió a su madre, que le aconsejó que lo confesara todo. Aparte de ocultar a su familia y de embarcarse en una mentira de largo alcance, no le quedaba otra opción, y se resignó a llevar a su nuevo enamorado a Viatka para presentarle a Galina Serguéievna. La resurrección de la madre fallecida en el parto perturbó mucho a Sasha, y Galina, con su franqueza habitual, tomó el partido de mofarse de él: a ver, don gran jefe, ¿has estado jugando a asustar a mi hijita, a decirle que van a ponerle las esposas? Sólo te has llevado lo que merecías, ella también te ha tomado el pelo. ¿Francia, la casa cerca de París, es lo que te ha seducido de ella? ¡Pero piensa un segundo, Sasha! Si tuviera una casa cerca de París, ¿tú crees que se quedaría en Kotelnich?

Para ser un hombre de los servicios secretos, un profesional de la desconfianza y la sospecha, se había mostrado muy ingenuo y le estaba bien empleado que se burlaran de él. Sin embargo, como se desprende tanto del relato de Galina como de la versión que Sasha me daría dos días después, a pesar de la confesión y de las risas había subsistido una sensación de misterio. Volvió a la carga en varias ocasiones: Galina Serguéievna, dígame la verdad, ¿es usted su madre? Por más que ella se lo confirmase, le quedó una duda que paradójicamente beneficiaba a Ania, que había tenido mucho miedo de perder su amor al confesarle la mistificación. Si sólo era ella misma, una chica ni rica ni muy guapa, sin otro prestigio que su dominio del francés, tenía todos los motivos para creer que un hombre como Sasha se cansaría pronto de ella. Pero él, sin creer la mentira, siguió creyéndola un poco,

creyendo no obstante que ellas no le decían todo, que detrás de aquella historia del francés y los viajes a Francia había algo que le ocultaban; en suma, que Ania no le había engañado totalmente al hacerse pasar por una chica fuera de lo ordinario. Hablaba francés, en efecto, aunque él no tuviera medios de evaluar su grado de maestría. Era cierto que ella había hecho un viaje a Francia, como atestiguaba el visado en su pasaporte, y Sasha lo sacaba a menudo del cajón para mirarlo y soñar al respecto. Era verdad que recibía cartas de una amiga francesa y cintas de canciones francesas. Creo que Sasha estaba orgulloso de todo esto y que no renunciaba completamente a todo lo que imaginaba que había detrás de ello.

La mañana del día cuarenta, llegó de Kotelnich al volante de una camioneta cargada de pertenencias de Ania que le llevaba a su madre. Había cajas de cartón llenas de ropa, pero también su guitarra, envuelta en un plástico que le daba un aspecto siniestro de cuerpo del delito, y un mueble de cocina que costó Dios y ayuda introducir en el estudio minúsculo. Galina Serguéievna daba vueltas alrededor de Sasha, protestando por aquella invasión, pero él hacía caso omiso y lo amontonaba todo, en equilibrio precario, en el único rincón del cuarto donde todavía quedaba un poco de espacio. Vestido de negro debajo de su pelliza, tenía la cara muy pálida y abotargada: me explicó que le atiborraban de medicamentos. En los días que siguieron a la muerte de Ania había desvariado gravemente, circulaba por la ciudad armado con un revólver y amenazaba con irrumpir en la celda aislada donde estaba recluido el asesino para ajustarle las cuentas, y le habían enviado tres semanas a una clínica donde le sometieron a una cura de sueño. Acababa de abandonar el FSB y preferí no preguntarle si había dimitido por iniciativa propia o si le habían empujado a dimitir, a causa de su conducta irregular y quizá de sospechas más concretas. Él también se emocionó al vernos,

nos abrazó efusivamente y Philippe aprovechó la ocasión para preguntarle si aquel día solemne aceptaría que le filmásemos. Sasha levantó sus ojos de un azul descolorido, miró al objetivo que Philippe manoseaba, como esperando la señal para terminar de desenroscar la tapa, y luego se rió, con una de las risas más tristes que he oído nunca, y contestó: ¡qué coño me importa ahora! Filma lo que quieras. Pensé en las acusaciones vesánicas que había formulado su suegra y me dije que si hacía teatro lo hacía muy bien, pero no creo que fingiese. Me acordaba del chequista arrogante y amigo de tapujos que habíamos conocido, que nos había intrigado y al que habíamos intentado tender una trampa; recordaba lo contentos que estábamos la noche en que por pura astucia conseguimos a escondidas unas imágenes de él, de medio perfil, y ahora teníamos delante a aquel hombre espantado y destruido que nos abrazaba como a viejos amigos, y comprendí que a pesar de nuestras sospechas de la antevíspera, a pesar de la excitación pueril y morbosa que nos causaban aquellas sospechas, habíamos llegado a ser exactamente aquello, unos viejos amigos que le estrechaban en los brazos sin pensar ya en otra cosa que en el horror de sus noches y la enorme magnitud de su congoja.

En el cementerio conocemos al hermano de Galina, Serguéi Serguéievich —un hombre de unos cincuenta años del que ella nos cuenta que no ha vuelto a ser el mismo desde que en plena ciudad, dos años antes, unos desconocidos lo sacaron por la fuerza de su coche, lo molieron a golpes y lo dejaron por muerto en un foso, sin siquiera intentar robarle un kopec, tan sólo por el placer de apalearlo—, y a su hijo Seriozha, que es suboficial y está destinado en Chechenia. Con el cráneo rasurado y un traje de faena militar, Seriozha lanza carcajadas atronadoras sin venir a cuento, da grandes empellones a todo el mundo y muestra una cordialidad casi alarmante que en estas circunstancias me parece ligeramente intempestiva. Como estamos a treinta grados bajo cero, el rito se reduce al estricto

mínimo: encienden dos velas que plantan en la nieve, sacan de un cesto una botella de vodka y algunas lonchas de salchichón que engullimos deprisa y después vamos a resguardarnos de la intemperie en los coches, y habríamos partido de inmediato si Galina Serguéievna, sola, no se demorase junto a la tumba. Da vueltas alrededor, gime, toma en las manos enguantadas nieve que apila maquinalmente. La miro por la ventanilla de la camioneta de Sasha, donde me he guarecido con él y Serguéi Serguéievich, que con un tono fatalista empieza a desgranar la letanía de los duelos sufridos por la familia. Él mismo, a Dios gracias, tiene aún dos hijos vivos, pero de los seis hijos de sus tres hermanas el único superviviente hoy es el militar Seriozha. Los otros cinco, toda la nueva generación, han conocido una muerte violenta: Afganistán, la caída de una estalactita encima de la cabeza, una pelea de borrachos, Chechenia y el hacha para Ania.

Sasha, que parece dormitar al volante, se vuelve entonces hacia mí y, sin más, me pregunta: Emmanuel, responde sinceramente. ¿Cómo hablaba francés?

Bien, muy bien, contesto, pero como una extranjera que habla bien.

¿Cómo una extranjera? ¿No como una francesa? ¿No habrían podido tomarla por una francesa?

Lamento mucho decirle que no, noto que mi respuesta le desilusiona.

Pero, insiste, ¿no crees que podía hacer como si no lo hablara del todo bien?

¿Como si no lo hablara? Pero ¿por qué?

Para que no sospecharan de ella.

¿Que no sospecharan qué?

Pues que era francesa...

Le miro, un poco pasmado. Digo que quizá, tal vez, ¿qué podía decir?

La comida que sigue dura tres, cuatro horas, en el curso de las cuales Galina Serguéievna se emborracha a conciencia. No obstante, se ha impuesto buenos propósitos, al principio sólo bebe agua, sabe que su hermano y su hijo la vigilan. Quiere portarse bien, interpretar a la señora que recibe a sus invitados *y*, la primera media hora, interpreta este papel con esmero, pero empieza a flaquear en cuanto Sasha considera oportuno proponer un brindis. Por lo que a ella respecta, sin embargo, le han leído especialmente la cartilla: ella ha debido de pregonar a todo el mundo las acusaciones que oímos dos días antes *y* le han ordenado que cierre el pico, no sólo por decoro, sino también por el temor a que cause problemas. Aunque le hayan despedido, Sasha sigue siendo para la familia el hombre del FSB, y en cuanto tal le temen. Así que desde el principio del día Galina le besa, le engatusa, le llama Sashulia, Sashúlienka, pero cuando él se levanta, levanta el vaso y, con una voz átona, ralentizada por las medicinas, comienza un largo discurso que habla de su amor por Ania, de su amor mutuo, Galina no puede por menos de puntearlo con sarcasmos amargos. Sasha, sin embargo, no se describe como un marido modélico ni presenta la pareja que formaba con Ania como un ejemplo de armonía. Al contrario, confiesa su remordimiento, dice que la quería de verdad pero que no supo amarla como ella se merecía. Dice que descuidamos lo que creemos poseer, que esperamos a haberlo perdido para llorarlo, y él lo llora con acentos que a mí me parecen sinceros y conmovedores. A mí, pero no a Galina Serguéievna, que a cada dos frases se burla abiertamente de él y le tacha de farsante. Ella no ha llegado todavía a acusarle de haber matado a su hija, sino sólo de haberla desatendido, de haberla hecho infeliz, y sobre todo de haberla obligado a vivir en Kotelnich, esa ciudad de locos. La historia del húngaro desdichado es invocada como un buen ejemplo de la clase de

cosas que suceden en Kotelnich y pronto, en el recoveco de una frase, reconozco la palabra *palach*. Ya está, la palabra vuelve: fue un *palach* el que mató a Aniútochka y a Lióvochka. Los dos Sashas mueven la cabeza, agobiados, como quien oye una vieja cantinela que ya no tiene el valor de corregir. Serguéi Serguéievich, que también ha debido de oírla más a menudo de lo que debería, suspira y, por su parte, protesta: qué cosas dices, Galia. Si tu hija fuera millonaria o una personalidad de las altas esferas, no diría que no, pero era una madre de familia en Kotelnich, ¿por qué la habrían mandado matar? A lo cual ella explota y replica: Serguéi Serguéievich, ¿al lado de quién estás sentado? Como Serguéi Serguéievich está sentado al lado de Sasha Kamorkin, me digo con inquietud que va a empezar una nueva versión de las acusaciones de la antevíspera, y que en presencia del principal interesado la cosa amenaza con despedir chispas. Pero Galina prosigue: ¿tú crees que no tiene enemigos? ¿Crees que nadie le guarda rencor?

Esta vez ella dice otra cosa: no que Sasha ordenó matar a Ania y a Lev, sino que al matarles apuntaban hacia él, y Sasha encaja esto sin abrir la boca. Baja la cabeza, se sirve con una mano temblorosa un vaso grande de vodka, deja pasar la tormenta con un aire tan corrido, tan culpable, que me digo de golpe: esto, por lo menos, es cierto. Sus enemigos se vengaron de él, le atacaban a él destruyendo a los suyos, y lo peor es que él lo sabe y no tiene nada que decir en su descargo. Se limita a volverse hacia mí y me pregunta: Emmanuel, ¿nos vamos? ¿Volvemos a Kotelnich?

Yo me iría con gusto, a gusto dejaría de beber pero la comida no ha terminado, Galina ha preparado otros platos, no podemos escabullimos por las buenas. Más tarde le toca a Seriozha proponer un brindis. Se levanta, con el torso abombado por debajo del traje, pero no bien ha comenzado a saludar la memoria de los difuntos, su madre estalla en maldiciones. Ya no se trata de comentarios sarcásticos, lo que

dice no tiene ya nada que ver con las palabras de su hijo, es toda su desesperación, su cólera y su vergüenza las que salen de su boca y adoptan cualquier forma. Aúlla que cogería platos de la mesa para estrellarlos contra la pared. Aúlla que ya nadie le hace caso, que la arrinconan, que ya sólo sirve para reventar en su rincón y que nadie asistirá a su entierro porque es una vieja pobre, fea y dañina. Aúlla que es culpa suya que hayan matado a su hija y a su nieto porque habría tenido que impedirles que se fueran a vivir a Kotelnich. Aúlla que Seriozha es una basura porque la abandona a ella, pero también porque abandona a su mujer y a sus hijos, porque va a hacerse el interesante en su cuartel de Chechenia en lugar de cortar leña para el invierno. El argumento de que Seriozha se larga a Chechenia para escaquearse y eludir la faena de la leña es tan absurdo que todo el mundo, empezando por Seriozha, se echa a reír, y ella, al notar que entretiene a su público, que le divierte y capta su atención, ya no puede parar, añade cosas, no haría falta mucho más para que se subiese a la mesa y se pusiera a bailar. Y luego, bruscamente, se calla, se encoge en su silla, rompe a llorar y con una voz muy débil, murmura para sí misma: ¿por qué?

Bueno, dice entonces Serguéi Serguéievich, *na pasachok*. La espuela. Levantamos los vasos, bebemos. Galina Serguéievna, que se ha perdido esta iniciativa, no comprende lo que ocurre ni por qué, después de haber bebido, nos ponemos los abrigos y empezamos a abrazarnos. Es como si, al hacer los gestos que todo el mundo hace en el momento de partir, ejecutásemos una figura absolutamente inédita, imposible de interpretar, y que más que consternarla la deja perpleja y totalmente desamparada. Por fin lo entiende todo y cuando lo ha entendido se lo toma mal, muy mal. Suplica que nos quedemos un ratito más, nos tira de la manga a unos y a otros para retenernos, dice que hay todavía cantidad de cosas de comer y a mí me disgusta marcharme de este modo, dejándola

sola con platos preparados para tres veces más de los que somos, y con su borrachera, su vergüenza y su duelo. Es evidente que lo amable sería quedarse con ella hasta la noche, seguir comiendo, ayudarla a ordenar todo, aceptar los paquetes de provisiones que nos preparase. Pero Sasha no quiere, quiere volver ya mismo a Kotelnich.

Sin duda por el alivio de haber podido escapar, dentro del coche está especialmente alegre. Se relaja al cabo de cuatro horas de asumir, de aguantar reproches, insultos y muestras de ternura de las que creo que de buena gana habría prescindido. Ha birlado para el camino un salchichón y una botella de vodka de la que toma unos buenos pelotazos y, al tiempo que conduce, se pone a berrear *Comme d'habitude*, en francés. Lástima, se lamenta, que yo no haya traído las cintas francesas de Ania. ¿Te acuerdas, Emmanuel, de la noche en que nos conocimos en el Troika? Ella las había llevado especialmente para vosotros. Bailamos con canciones de Claude François, de Adamo... *Tombe la neige... Permettez, monsieur...* Se acuerda de fragmentos, trata de cantarlos, nos exhorta a corearlos. Recuerdo que durante aquel viaje nocturno intenté dormir, previéndolo con lucidez una noche tan ruda como la tarde, pero Sasha no quería que durmiera, quería cantar y hablar, contaba con nosotros para conocer mujeres nuevas, francesas del tipo de Juliette Binoche o Sophie Marceau, ¿y por qué no a Juliette Binoche y Sophie Marceau en persona? Le frustré confesando que no conocía ni a una ni a otra y que por tanto no podía presentárselas. Me pareció que mi cotización bajaba, y quizá también la de mi antepasado, el vicegobernador. Más tarde abordó de nuevo la cuestión que le obsesionaba: ¿era realmente imposible que Ania hubiera sido francesa? No se detuvo en esta pregunta ni en mis respuestas, que no habían variado desde la mañana: en realidad tenía otra cosa que decirnos. Una revelación que hacernos. No debíamos burlarnos de él, sabía que era inverosímil, que había un noventa y nueve por ciento de

posibilidades de que fuera falso, pero el uno por ciento restante de incertidumbre no le dejaba respiro. Era algo que le había dicho Ania poco después de conocerse, algo que habría sucedido en Alemania del Este, donde los padres de ella estuvieron destinados a finales de los años setenta. Una historia de sustitución de niños. Si intento reconstruirla, Galina Serguéievna y su marido habrían confiado a su hija de corta edad a una familia francesa y recibido a cambio a una niña francesa. Y esta francesita, criada con el nombre de Ania, estaba programada para ser espía: era la única razón del trueque, organizado por los servicios secretos franceses. Había crecido en el hogar de un suboficial del Ejército Rojo, más tarde había estudiado en la escuela de intérpretes militares y a lo largo de toda esta trayectoria habría proporcionado información a su país de origen. Por supuesto, el encuentro con Sasha formaba parte de su misión. Para una espía occidental, ¿qué mejor presa que un dirigente medio del FSB? Yo estaba borracho, Sasha también y yo escuchaba todo esto dentro de una bruma, pero con una estupefacción creciente. Sabía por experiencia personal y por los relatos de su madre que Ania era un poco mitómana, pero de ahí a imaginarla contando sobre la almohada una historia semejante a Sasha y, sobre todo, que lograra convencerle... En efecto, por mucho que lo negase, una parte de él, y no solamente un uno por ciento, seguía creyéndolo porque Ania le había dicho que era una espía francesa, que había simulado que se dejaba cortejar para atraerle a sus redes porque el jefe del FSB en Kotelnich era un objetivo de la mayor importancia para los servicios secretos franceses. Ella había acabado confesándolo porque se había enamorado de él y aquel amor loco prevalecía sobre la duplicidad. Al revelarle la verdad traicionaba a sus patronos y corría un riesgo enorme. Él también, al enamorarse de una espía, se ponía en peligro con respecto a sus jefes. Desde luego, no me había equivocado al considerarles novelescos desde el

primer día, y al llamarla bromeando la Mata Hari de Kotelnich. Juntos se habían contado una novela dentro de la cual vivían y de la que ella era la instigadora, y él la seguía en sus fantasías porque en el fondo, como yo había adivinado enseguida, le gustaban. Y, ahora, ¿lo seguía creyendo hasta el extremo de pensar que el doble asesinato de su mujer y su hijo tenía alguna relación con aquella historia? No me atreví a preguntárselo.

Me queda poco que decir de los tres días que pasamos todavía con Sasha en Kotelnich. Le ayudamos a embalar sus cajas de cartón y a transportarlas desde su despacho del FSB al pequeño estudio siniestro donde había encontrado cobijo después de la tragedia. Por la noche bebíamos escuchando las cintas de canciones francesas. Nos hablaba de Chechenia. Recuerdo que hubo un momento en que nos peleamos al comparar la eficacia del tai-chi —que yo practico— y del karate —que practica él—. No llegamos a una conclusión porque los dos estábamos demasiado borrachos. Le enseñé que existe una técnica marcial china denominada «kung fu del borracho», que consiste en imitar, antes de asestar un golpe seco y muy eficaz, los gestos desordenados de un borrachín. Jugamos un poco a este kung-fu, nos reímos, bebimos más, lloramos. Salíamos de vez en cuando a comprar más bebida. Estábamos a treinta cinco grados bajo cero y era de noche a las tres de la tarde. Hacia medianoche volvíamos al Hotel Viatka. Como casi no había calefacción, nos enrollábamos en las mantas, completamente vestidos, sin quitarnos las botas ni las parkas. Por la mañana me arrastraba hasta la ventana cubierta de escarcha, y desde allí, a través de los árboles pelados, miraba pasar los trenes. Miraba los trenes, miraba la habitación miserable donde había dormido y recordaba sin comprenderlo bien el trayecto que me había conducido hasta allí. Me preguntaba qué había ido a buscar en Kotelnich y qué había encontrado.

Pensé: vine a poner una sepultura a un hombre cuya muerte ha pesado sobre mi vida y me encuentro delante de otra tumba, la de una mujer y de un niño que no eran nada mío y ahora yo también llevo luto.

Quizá la historia sea ésta.

7

Digo: es ésta, la historia, pero no estoy seguro. Ni de que sea la historia ni de que esto represente una. He querido contar dos años de mi vida, hablar de Kotelnich, mi abuelo, la lengua rusa y Sophie, con la esperanza de capturar algo que se me escapa y me mina. Pero se me sigue escapando y minando.

Al regreso de nuestro viaje de diciembre, Camille y yo reanudamos el montaje de la película. Ya era una película y no un caos de instantes dispersos. En gran parte yo no había asimilado lo ocurrido durante aquella semana —porque estaba borrachísimo, porque todo iba muy deprisa—, pero de esta experiencia breve e intensa quedaban las imágenes que había filmado Philippe y que se organizaron de forma natural en un relato. La película se convirtió en el relato del duelo de Ania, de nuestras estancias sucesivas en Kotelnich y de todo lo que nos sucedió allí sin que pudiéramos preverlo. Sólo faltaba lo que yo había querido poner en ello antes de partir.

Una mañana, cuando estábamos en el comienzo del trabajo, Camille, a quien yo nunca le había hablado de mi nana, llegó a la sala de montaje y me dijo: he tenido un sueño. ¿Sabes lo que he soñado? Que terminabas la película cantando una canción en ruso.

Me reí, aquello me pareció absurdo. Pero tres meses

después estaba grabando en un estudio una docena de frases que evocaban con brevedad *y* precisión el destino de mi abuelo, *y* a continuación canté la nana. Para él, para Ania y su hijo, para mi madre y para mí. Era el final de la película y en aquel momento fue como una victoria. Se había dicho algo que nunca se había dicho en público. Se había nombrado a aquel hombre, se le había llorado y, si no enterrado, al menos se le había declarado muerto. Una vez cumplido el exorcismo, yo podía empezar a vivir.

Invité a mis padres a la primera proyección. Me senté justo detrás de ellos. Mi madre no es una mujer que muestre sus emociones pero, mientras desfilaba la ficha técnica del fin, se dio media vuelta, me incliné hacia ella, me agarró del brazo y me murmuró: he entendido, he entendido que lo habías hecho para mí. Cuando las luces volvieron a encenderse, no había ya rastro de las lágrimas que yo había visto brillar en la penumbra. Ella se había repuesto y se marchó muy deprisa con mi padre.

Después, nada más.

Desde la época de mi cuento y de nuestro fracaso, había vuelto a ver a Sophie, a veces como amante ferviente, a veces como comentador inquieto de nuestras relaciones. Yo daba largas, como de costumbre. Ella vivía sola desde nuestra separación, pero yo sabía que Arnaud la seguía esperando, es decir, aguardaba a que ella hubiese roto de verdad conmigo. Yo sabía también que ella me seguía queriendo, que yo la quería también, pero no me decidía a proponerle que reanudásemos nuestra vida en común.

Desconfiaba de mí mismo, temía asumir compromisos que no cumpliría y hacerla infeliz, al obligarla a sacrificar un amor más seguro y más directo que el mío. Sophie sufría cruelmente de aquella vacilación que se prolongaba desde hacía meses entre dos hombres, el que esperaba con paciencia incansable y el que la forzaba a tener paciencia repitiendo sin tampoco

cansarse que más valía que no se fiase de él.

Sin embargo, yo quería ser otro hombre. Distinto del anterior. Había terminado la película con un gesto que juzgué decisivo, liberador, y me creí capaz de un gesto de similar alcance en el terreno del amor. Compré un anillo, un anillo antiguo y muy hermoso que, durante una cita anunciada por mí con un poco de misterio, deslicé en el dedo de Sophie después de que ella hubiera cerrado los ojos. Fue enfático, y el énfasis me gustó. Ya no me escabullía, le pedí que fuera mi mujer. Esperaba que ella se deshiciera en lágrimas, y fue lo que hizo. Pero no se abandonó del todo. Yo le intuía una reticencia, y no sabía si el anillo sólo le gustaba a medias o si sólo a medias creía en mi proposición súbita. Le había dicho suficientes veces que la sinceridad y la verdad son dos cosas distintas, en especial en mi caso: difícilmente podía yo reprocharle que no depusiera de golpe todas sus defensas.

Cuando lo pienso, me digo que fue una idea extraña la de llevarla aquella noche, la noche de nuestro compromiso, a ver el estreno de una adaptación teatral de mi relato *El adversario*. Esto debía halagarme, pero para proclamar la autenticidad de mis sentimientos habría podido elegir algo mejor. Durante todo el espectáculo tuve la mano de Sophie en la mía. Sentía el contacto del anillo contra mis dedos. Nos acercábamos al final en que Jean-Claude Romand hacía un regalo a su amante, unos días antes de tratar de asesinarla. El regalo era un anillo que yo había descrito en el libro y que el actor describió en escena: un anillo de oro blanco con una esmeralda engastada de pequeños diamantes.

Sophie se miró la mano.

Yo también la miré.

El anillo que tenía en el dedo era exactamente igual.

Le había regalado el anillo de Jean-Claude Romand.

Siempre me preguntaré qué me impulsó a escogerlo. Por supuesto, no pensé en ello, no tenía en la cabeza aquel detalle del libro, pero, como me dijo Sophie después del espectáculo que los dos aguantamos hasta el final, helados: el inconsciente existe. ¿Cómo sostener lo contrario? ¿Cómo decir más claramente, al regalarle el anillo: te pido que me creas, pero no me creas, miento?

Me lo devolvió. Y aquella noche, aunque más adelante hubo otros titubeos, otros aplazamientos que no referiré, supe que había perdido a Sophie y que la había perdido sin querer, pero era aún peor que obrando adrede, era lo más rotundo y quirúrgico que podía hacer.

Poco después se fue a vivir con Arnaud.

Al año siguiente tuvieron un hijo.

Sophie nunca pudo leer mi cuento, que hasta el final habrá sido papel mojado.

En otoño volví a Viatka para mostrar la película a los que, desaparecida Ania, constituían los únicos protagonistas. El proyecto anterior de organizar una gran proyección festiva para todos los habitantes de Kotelnich no era ya oportuno: ya no aparecían en la película, lo que contaba no les concernía. Sólo les concernía ahora a Galina Serguéievna y Sasha Kamorkin. Yo temía sus reacciones. La de Galina no me sorprendió: lloró cuando su hija aparecía en la pantalla de televisión, gritó a voz en cuello cuando se vio a sí misma en su turbación, su furia, su embriaguez. Me insultó y me bendijo, *y* finalmente primó la bendición. Con Sasha fue distinto. Estaba sobrio, sumamente atento. Yo le traducía como podía, según iban saliendo, las partes de diálogo y los comentarios en francés, y en varias ocasiones interrumpió el visionado para que le repitiera algo, para cerciorarse de que había comprendido. Al final me dijo: está bien. Y lo que sobre todo me parece bien es que hablas de tu abuelo, de tu historia personal. No sólo viniste a contar

nuestra desdicha, sino que has aportado la tuya. Eso me gusta.

Desde entonces he hablado con él algunas veces por teléfono. Casi siempre estaba borracho, de un humor sentimental y desesperado. Lleva una vida miserable en Kotelnich. Su hija y su ex mujer se marcharon a vivir en San Petersburgo. Él está solo con su pesadumbre, sus cintas de canciones francesas y sus preguntas sin respuesta sobre el pasado de Ania, que no ha renunciado a creer misterioso. Ahora trabaja de auxiliar de juzgado, un puesto subalterno, y aunque no lo diga adivino que la gente con la que trata conserva de la época de su poder recuerdos lo bastante aciagos para no desaprovechar nunca la ocasión, ahora que está caído, de darle un puntapié. Aún no ha cumplido cuarenta años pero, cada vez que bebe, habla de las cosas que le gustaría hacer antes de morir: ver París, abrazarnos una última vez a Philippe y a mí.

Unos días antes de cumplir cuarenta y seis años, conocí a otra mujer. Si escribiese una novela, me las habría apañado, a fin de rizar el rizo, para que esta mujer nueva fuese un avatar verosímil de la señora Fujimori, el pecio intrigante rescatado del sueño con el que todo empezó, tres años antes. Pero no escribo una novela y en la realidad esta mujer se llama Hélène.

También nosotros acabamos de tener un hijo. Una niña. Se llama Jeanne.

El miércoles 19 de abril de 2006, François, el hijo mayor de mi tío Nicolas, se suicidó. Yo le conocía poco, no nos habíamos visto desde hacía por lo menos quince años, y el sentimiento que experimenté entonces, muy profundo y violento, no fue tanto empatía por el sufrimiento intolerable que le impulsó a arrojararse por la ventana de su apartamento, en el piso decimotercero, como piedad por el dolor intolerable que Nicolas afronta y va a afrontar hasta el final de su vida. Le llamé por teléfono al día siguiente. En su voz temblorosa, entrecortada por sollozos, había algo muy distinto de la pena: pavor. Me

acuerdo de sus palabras: es la maldición de la familia. Hélène y yo no deberíamos haber tenido hijos. Ella ha tenido tres infelices, y yo he tenido dos. Desde hace años, temía que uno de vosotros cinco se suicidase. Pensé que serías tú, y ha sido François...

Dijo lo mismo a mi madre, casi textualmente, y ella se movilizó con todas sus fuerzas contra la visión trágica, fatídica, a la que la empuja el dolor excesivo. Dice que su padre no se suicidó, no era un suicida. El suicidio de François es una gran desgracia pero no tiene nada que ver con su abuelo, para aclarar su sentido no es necesario remontarse a él. Sin duda mi madre tiene razón, y al repetir esto parece que ella, tan supersticiosa, se defiende del pensamiento mágico. No creo, sin embargo, que se trate tanto de un pensamiento mágico como de una historia y una trayectoria oscura en el inconsciente de dos generaciones. Somos infelices los cinco, actualmente los cuatro, y estamos llenos de miedo y vergüenza, torturados por un fantasma. La sombra de nuestro abuelo pesa sobre nosotros y no puedo por menos de pensar, como Nicolas, al contrario de mi madre, o más bien al contrario de lo que ella quisiera pensar, que cuando mi primo se suicidó se desplegó aquella sombra.

Mamá:

Te escribo esta carta desde Kotelnich, adonde he vuelto para encontrar el punto final de este libro. Pasé el día de ayer bebiendo con Sasha, bebiendo de mediodía a medianoche. Sasha está cada vez peor, pero ha encontrado otra mujer, bonita, dulce, fina, un ángel que le acuesta todas las noches mortalmente borracho, con una ebriedad malévola. La llama puta mientras ella le desata con ternura los zapatos antes de meterle en la cama. Me figuro que no te interesa mucho lo que ha sido de Sasha, pero él, imagínate, se interesa mucho por ti. Te ha visto en la televisión rusa, te admira, le gustaría

conversar contigo sobre la suerte de su país. Quiere que le dé tu número de teléfono, como en otro tiempo el de Juliette Binoche o el de Sophie Marceau, y he prometido dárselo, pero tranquilízate, la promesa fue rápidamente olvidada en los remolinos de la melopea.

Me he despertado hacia las dos de la tarde, en mi habitación del Hotel Viatka. Nieva. Estoy sentado a la mesa delante de la ventana. Esta noche tomaré el tren a Moscú. Sé que es la última vez, que nunca volveré a Kotelnich.

En lo más profundo de la depresión en que este libro me ha sumido, había pensado terminarlo con el suicidio de François y decir que el fantasma de tu padre había ganado. Que también había podido conmigo. No oía su voz, que no he conocido, sino la voz escrita que brota de sus cartas, y esta voz me decía: lo creíste. Creíste que el amor de Sophie, la lengua rusa, la investigación sobre mi vida y mi muerte iban a liberarte, a permitirte saldar un pasado que no es el tuyo y que se repite en ti tanto más implacablemente cuanto que no te pertenece. Pero el amor te mintió, sigues sin hablar ruso y lo que había en mí de destruido continúa destruyendo, matando a mis nietos uno tras otro. No hace falta tirarse por la ventana para morir, otros como tú mueren bien vivos. No hay liberación para ti. Vayas donde vayas, hagas lo que hagas, el horror y la locura te esperan. Gesticula cuanto quieras, mi pequeño halcón, porque no escaparás. Ve a filmar trenes en Kotelnich, cree que escribes este libro para acabar con todo esto y dedicarte a otra cosa, para vivir por fin. Créelo, gesticula. Tu madre y yo siempre estaremos aquí para aplastarte con nuestra desgracia.

Escribí algo así antes de regresar a Kotelnich, y sabía ya que no podía ser la última palabra del libro. Que no es la verdad, o al menos no toda la verdad. Que hay algo más. Ese algo más son Hélène y Jeanne, por supuesto, son Gabriel y

Jean-Baptiste, pero no soy capaz de escribir sobre ellos. No tengo palabras para expresar la alegría de pasar horas jugando con un bebé de cinco meses, de acercar mi cara a la suya, una, dos, diez veces, de hacerla reír. Puede que esta pauta cambie algún día, no lo sé, pero las palabras de que dispongo sólo sirven para expresar la desdicha.

Han servido una vez más. No me lancé por la ventana. Escribí este libro. Aunque te haga daño, admitirás que es mejor.

Ya ves, hay una cosa que me pregunto a menudo. Tus jornadas son interminables, de las siete de la mañana a medianoche: citas, conferencias, viajes, libros que escribir y leer, nietos para los que no sé cómo encuentras el tiempo de ocuparte con amor, la Academia, recepciones, estrenos, cenas mundanas, y en esta agenda sobrecargada ni un solo intersticio, ni un momento de soledad y retiro. Tienes la cabeza ocupada sin cesar y yo me digo que si hiciera la cuarta parte de lo que haces tú caería derrengado al cabo de una semana. Pero por la noche, cuando vuelves a casa y te acuestas, entre el momento en que apagas la luz y el instante en que te duermes, ¿en qué piensas? Un poco en el torbellino del día, sin duda, en la jornada del día siguiente, en lo que tienes que hacer, decir y escribir, pero no creo que sólo pienses en esto. ¿En qué, entonces? ¿En tu padre, cuyas cartas relees a veces, y con el que a veces sueñas que vuelve? ¿En tu hijo, al que tanto quisiste, que tanto te quiso, y del que hoy estás tan alejada? ¿En la niña que fuiste, la pequeña Poussy, en el recorrido triunfal y tan difícil de tu vida? ¿En lo que has logrado, en lo que no has conseguido?

Quizá me equivoco, pero creo, mamá, que sufres en esos raros momentos en que estás a solas contigo misma. Y en cierto modo, ¿sabes?, eso me tranquiliza.

Es de lo que quería hablarte en esta carta, de nuestro sufrimiento. Anochece, los transeúntes empiezan a escasear

debajo de mi ventana, la tienda de comestibles de enfrente va a cerrar y apagar las luces, pero yo tengo todavía una hora por delante. Lo que creo es que debiste de enfrentarte muy temprano a un sufrimiento espantoso y cuyo origen no era sólo la trágica desaparición de tu padre, sino todo lo que él era: su tormento, su negrura, su horror a la vida, de la que te hizo su confidente. El hombre al que más amabas en el mundo se consideraba algo podrido sin remedio: algo que yo también pienso por mi cuenta. Tuviste que cargar con ello. Y, también muy temprano, optaste por negar el sufrimiento. No sólo por ocultarlo y aplicar lo que tú misma dices que es la máxima de tu vida, *never complain, never explain*: no, por negarlo. Por decidir que no debía existir. Fue una elección heroica. Creo que fuiste heroica. Desde la chica pobre y radiante de la que tanto me gusta contemplar las fotos hasta la apoteosis social de estos últimos años, has seguido tu camino sin desviarte nunca, con una determinación y una valentía que me dejan atónito, pero en este camino por fuerza has sufrido muchos daños. Te prohibiste sufrir pero también prohibiste que se sufriera a tu alrededor. Ahora bien, tu padre sufrió, como condenado que era, y el silencio sobre este dolor, más aún que su desaparición, lo convirtió en un fantasma que atormenta la vida de todos nosotros. Tu hermano, Nicolas, sufre. Mi padre, tu marido, sufre. Yo sufro y también mis hermanas, aunque no me arrogue aquí el derecho de hablar en su nombre. Tú no nos negaste, no, tú nos amaste, hiciste todo lo que estuvo en tu mano para protegernos, pero nos negaste el derecho de sufrir y nuestro sufrimiento te rodea hasta el punto de que era necesario que alguien lo asumiese un día y le diera voz.

Estabas orgullosa de que yo fuera escritor. A tu juicio, no hay nada mejor. Fuiste tú la que me enseñó a leer y me inculcó el amor a los libros. Pero no te gustó la clase de escritor en que me he convertido, el tipo de libros que he escrito. Habrías querido que fuera un escritor como, no sé, Erik Orsenna: un

hombre feliz o que, en todo caso, lo parece. A mí también me habría gustado. No he podido elegir. Recibí como legado el horror, la locura y la prohibición de expresarlos. Pero los he expresado. Es una victoria.

Escribo estas últimas páginas y te imagino leyéndolas dentro de unos meses, cuando salga este libro. Sé que lo que antecede te ha hecho sufrir, pero creo que sufriste aún más durante todos aquellos años en que sabías, aunque yo nunca te lo hubiera dicho, que yo estaba escribiéndolo. No nos hablábamos, o muy poco. Tenías miedo y yo también. Ahora ya está hecho.

Quisiera contarte un recuerdo de infancia. Era en la piscina, al sol, en vacaciones. Tendría unos cinco o seis años y aprendía a nadar. El monitor me sostenía a flote mientras me hacía atravesar la piscina. Tú estabas sentada en el otro extremo, en los escalones, con los pies en el agua, y no me perdías de vista mientras yo recibía la clase. Llevabas un bañador de una pieza, de rayas blancas y negras. Eras joven, eras hermosa, me sonreías y yo te amaba como desde entonces no he podido amar a ninguna mujer, ninguna ha reunido los requisitos necesarios, excepto, ahora, mi hija. Atravesar la piscina quería decir ir hacia ti. Me mirabas acercarme y yo, con la barbilla fuera del agua, la mano del monitor debajo de mi vientre, te miraba mirarme y estaba increíblemente orgulloso de aproximarme a ti nadando, de que tú me mirases mientras nadaba.

Es extraño, pero algunas veces, al escribir este libro, recobré aquella sensación inolvidable: la de nadar hacia ti, atravesar la piscina para ir a tu encuentro.

Es hora de partir. Voy a cerrar este cuaderno, apagar la luz, devolver la llave de la habitación. La recepcionista, que ayer, cuando llegué, me recibió como a un viejo conocido, seguramente me dirá, riéndose: *da skórava*, hasta pronto, y yo

responderé *da skórava*, pero será mentira. Recorreré por última vez hasta la estación las calles nevadas de Kotelnich. Aguardaré en el frío la llegada del tren. Mañana por la mañana estaré en Moscú, pasado mañana llegaré a París y me reuniré con Hélène, Jeanne, mis hijos. Seguiré viviendo y luchando. El libro ya está terminado. Acéptalo. Es para ti.

Fin

notes

Notas a pie de página

¹ En español vendría a ser algo así como Toca y Teja. (*N. del T.*) ² Protagonista de la novela *El adversario*, obra del propio Emmanuel Carrère. (*N. del T.*) **Table of Contents**

Sinopsis

1

2

3

4

5

6

7

Notas a pie de página

